



NO HAY ATAJOS

NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS



**NO HAY ATAJOS:
Avanza o muere.**

Saga Contrátame y Gana — Vol.4

por

Nicolás López Cisneros

www.nicolaslopezcisneros.com

Autor: Nicolás López Cisneros

Título original: *No hay atajos*

1ª edición: noviembre 2018

© Nicolás López Cisneros 2018

Maquetación: Nicolás López Cisneros

Corrección y revisión:

Diseño de portada: Alexia Jorques

Edición: Nicolás López Cisneros

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

- [1.Solo son diamantes](#)
- [2.¿Por qué a mí?](#)
- [3.Qué poco duró la alegría.](#)
- [4.No me conformo](#)
- [5.Me encantan las sorpresas](#)
- [6.No te veo](#)
- [7.Felices jornadas](#)
- [8.Una estupenda comida](#)
- [9.Encuentro desafortunado](#)
- [10.¿Dónde estoy?](#)
- [11.Sé defenderme sola](#)
- [12.Demasiado tiempo esperando](#)
- [13.Estar a tu lado](#)
- [14.Aprovechando el tiempo](#)
- [15.En su apartamento](#)
- [16.En su trabajo](#)
- [17.Visitando la empresa](#)
- [18.Bienvenido a Europa](#)
- [19.Escala en Cabo Verde](#)
- [20.Llegando a Manaos](#)
- [21.Drogado](#)
- [22.La esclavitud existe](#)
- [23.Pasar desapercibido](#)
- [24.El discurso del militar](#)
- [25.Travesía en barco](#)
- [26.Campo de concentración](#)
- [27.Trabaja o muere](#)
- [28.Ayuda inesperada](#)
- [29.¿Que hacemos aquí.](#)
- [30.Nos vamos](#)
- [31.Libertad](#)
- [32.Tenemos compañía](#)

- [33.Abrazados a un árbol](#)
- [34.La muerte como negocio](#)
- [35.Caza con arco](#)
- [36.Socios de sangre](#)
- [37.A ti me entrego](#)
- [38.Nos dimos un festín](#)
- [39.Nos han encontrado](#)
- [40.Mala suerte](#)
- [41.Venganza](#)
- [42.Abandonamos la selva](#)
- [43.Necesitamos ayuda](#)
- [44.En la isla](#)

*"Se necesitan dos,
para empezar una pelea".*

Proverbio brasileño

1. Solo son diamantes

Ontario. 12 de septiembre

El moderno taxi se había detenido en la zona reservada para clientes del hotel *Le Mount Stephen*, uno de los más lujosos de Montreal, la mayor ciudad de la región de Quebec, y la segunda más poblada de Canadá.

Se encuentra ubicado en una mansión opulenta que perteneció a *Lord George Stephen* desde 1880, y fue el hogar del exclusivo club, *Mount Stephen*. Durante su habilitación como hotel se tuvo especial cuidado en preservar el histórico edificio. Se considera que en su interior tuvieron lugar algunos de los eventos más importantes de la historia del país.

Le Mount Stephen se encuentra en la *Milla Cuadrada Dorada de Montreal*, cercano a otros emblemáticos edificios de la ciudad canadiense, algunos cargados de historia, cultura y conocimiento como el *Museo de Bellas Artes* o la *Universidad McGill*, y otros más lúdicos y recientes como el *Centro Bell* o las cercanas tiendas de la calle *Saint Catherine*.

Del automóvil bajó un individuo alto y atlético, de dura mirada, que se dirigió sin mirar a los lados hacia la puerta principal del hotel. Iba vestido a la moda, con un traje oscuro de marca que mostraba claramente lo caro que era. En su mano derecha sujetaba con firmeza un maletín fabricado con una mezcla de plástico y aluminio que parecía preparado para soportar golpes y caídas.

Miraba al frente y sus largas zancadas denotaban seguridad y decisión. Cerca de la entrada, un conserje vestido de uniforme de época le abrió la puerta un par de metros antes de que llegase a ella. Le dio los buenos días, y experto como era tras más de quince años de experiencia en observar a los clientes, se apartó rápidamente para cederle el paso.

El individuo se dirigió hacia los ascensores. Una vez dentro, pulsó el botón de la primera planta. Podía haber subido por las escaleras, pero eso en un hotel de aquellas características habría llamado la atención. Al contrario que los hoteles modernos de la ciudad, grandes rascacielos, *Le Mount Stephen*, es un hotel de solo dos plantas. Eso sí, inaugurado en el año 2017, cuenta con todo tipo de comodidades y lujosos servicios.

Al llegar al primer piso giró hacia la izquierda encontrándose con un pasillo en el que había habitaciones a ambos lados. Por el escaso número dedujo que eran suites. Al fondo, delante de una de ellas había un hombretón con más cara de matón que de guardaespaldas. Lucía un pendiente de oro en el lóbulo de la oreja izquierda y el ajustado traje marcaba su musculoso cuerpo. Lo había comprado así para conseguir dicho efecto. Se dirigió hacia él y se detuvo a un par de metros de distancia.

—Soy Frank Grey. Tu jefe me está esperando —y luciendo una sonrisa cínica en su adusto rostro añadió mientras señalaba el maletín— Bueno, en realidad a mí no, más bien a lo que hay aquí dentro.

—Sepárate un par de metros más —le ordenó con tonos eco el vigilante sin ninguna muestra de haberle hecho gracia el comentario.

Golpeó varias veces con los nudillos la puerta con una cadencia que debía ser algún tipo de señal para los compañeros que estuviesen dentro. Al cabo de unos segundos, otro individuo de vestimenta y similar apariencia, aunque un poco más delgado, abrió la puerta. Lucía una corbata azul a tono con el traje. Antes de que pronunciase ninguna palabra, su compañero señalando al autodenominado Frank repuso:

—Es el correo que estaba esperando el jefe.

Cada uno ellos se situó a un lado del hombre del maletín e indicándole que no le iban a quitar el ojo de encima le hicieron una seña para que pasase. Nada más entrar en la suite, cerraron la puerta.

—¡Desnúdate!

—¿¡Queeeé!?

—¡Qué te desnudes! No sabemos si llevas armas y con cachearte no nos es suficiente.

—No sé con quién soléis negociar, pero no creo que repitan. Este tipo de acciones no genera confianza —dijo con un cierto tono de desprecio en su voz.

—No queremos generar confianza. Solo queremos seguridad para nuestro jefe —le respondió el que le había recibido en la puerta.

El tal Frank empezó a quitarse la ropa: el traje, la camisa, los zapatos, ... Cuando estuvo en calzoncillos, paró.

—Entiendo que es suficiente. No me quitaré nada más. O lo aceptáis o me largo.

El más delgado, sacó unos guantes de su chaqueta, se los puso y acercándose a Frank, le cacheó sin miramientos sus partes más íntimas, por

delante y por detrás.

—¡La madre que os parió! —exclamó enfadado.

—No es la primera vez que alguien lleva en sus calzones una navaja. Nosotros somos profesionales y no dejamos nada al azar.

Cuando estuvo satisfecho, haciendo una nueva seña se volvieron a colocar cada uno a un lado y caminaron hacia el interior de la suite. Traspasaron una puerta y se encontraron en un amplio salón en donde se encontraban charlando otras dos personas. Una estaba sentada con un coctel en la mano y la otra de pie, vigilante. Debía ser otro de los guardaespaldas. En vez de camisa, llevaba una camiseta negra.

Al ver aparecer al visitante, el jefe le hizo una seña para que ocupase el cercano sofá enfrente al suyo.

—¡Siéntate! —le ordenó con el tono de voz de la persona que está acostumbrada a que le obedezcan.

Frank, sin responder, hizo lo que le decía.

—¿Llevas en ese maletín lo que he pedido? —le preguntó con un cierto tono entre la ansiedad y la amenaza.

—Por supuesto. Si no, no estaría aquí. No me gusta perder el tiempo —se limitó a responder con un tono de voz neutro.

—¡Enséñamelo! —ordenó de nuevo, alzando la voz.

—Primero quiero ver que estás en posesión de lo que he venido a buscar —respondió en el mismo tono frío, sin ningún tipo de alteración.

—¿No te fías de mí? —le preguntó mientras adelantaba la cabeza y acercaba su rostro hasta colocarse a cuarenta centímetros del otro, luciendo una mirada fija y amenazante.

—No. No me fio en absoluto. Mira en qué condiciones estamos hablando —añadió señalando su calzoncillo—. Hace años me enseñaron: “que quien no se fía, no es de fiar”.

A pesar de estar en ropa interior, descalzo y rodeado de cuatro individuos de mala catadura, ni su voz, ni su expresión delataba que tuviese ningún tipo de temor, lo que hacía que la persona que estaba enfrente empezase a perder el control y sentirse incómodo. Estaba acostumbrado a inspirar miedo, sobre todo cuando dejaba a su oponente en semejantes condiciones. La gente desnuda suele sentir que está desamparada. Pero aquel extraño, ni había pestañeado.

—Con lo feo que eres, debes estar tremendamente habituado a que la gente pase de ti, por eso tienes ese tono de indiferencia— arguyó riéndose

intentando prevalecer por encima de su contrario.

Aunque las facciones del otro siguieron inmutables, en su interior se consolidó una gran sonrisa. Había previsto el comportamiento de sus oponentes y adivinado que lo desnudarían y tratarían sin ningún miramiento. Los rasgos del rostro que veían los individuos de aquella habitación no eran los suyos. Una de las mejores maneras de evitar el hipotético caso de que se les ocurriese palpar su rostro para ver si llevaba una máscara, era el hacer que dicha acción resultase desagradable y así quitarles las ganas. El individuo lo había previsto y había elegido una que convirtiese su rostro en uno feo y desagradable con el aspecto de haber padecido viruela. La gente reusa acercarse a las personas que parece que tienen o han tenido una enfermedad de ese estilo. Siempre creen que se puede contagiar.

—Hemos venido a hacer un negocio, no a hablar de mi cara —respondió cortante—. Hay otros asuntos que reclaman mi atención por lo que cuanto antes acabemos mejor —añadió mirándole a su vez fijamente a los ojos.

—No le hables de esa manera a nuestro jefe —exclamó el de la corbata azul, sacando una pistola de la sobaquera de su traje y apuntándole a la cabeza.

—Quiere decirle a este imbécil que deje de hacer tonterías y sigamos con lo que he venido a hacer —y añadió sin perder la compostura—. Salvo que él sea el jefe y tenga que tratar con él.

—Estate quieto y guarda esa pistola —dijo levantando la voz, queriendo recuperar el control de la situación. Acto seguido volviendo la mirada a su visitante le preguntó— ¿Has traído el pago?

—Está dentro de este maletín.

—Ábrelo.

—En cuanto vea lo que he venido a buscar.

—¡Trae la cajita! —ordenó en voz alta el jefe a otro de sus matones.

El individuo del pendiente desapareció por una de las puertas y volvió al cabo de un par de minutos con una pequeña cajita de plástico negro, cuadrada, de unos treinta milímetros de lado y unos tres de alto. Aproximadamente una sexta parte de un paquete de tabaco. Se la pasó a su jefe.

—¿Por qué vale tanto dinero? —preguntó a Frank.

—Ni idea. Mi trabajo es negociar el intercambio. No me interesan los productos del canje, ni su valor, ni para que sirven, ni en algunos casos quién me contrata. Esa información es peligrosa.

—No me lo creo. Seguro que tienes curiosidad —añadió acercando de nuevo su rostro.

—Ninguna —respondió manteniéndole la mirada— ¿Me deja echarle un ojo?

—¿Para qué? Acabas de decir que no te interesan los productos que intercambias.

—El que no me interesen no significa que no conozca lo suficiente de ellos como para poder realizar el trueque sin que me engañen.

A regañadientes y sintiendo que aquel hombre le estaba dejando en ridículo, le entregó la cajita. La cogió con cuidado, la levantó a la altura de los ojos y la contempló durante unos segundos.

—Es lo que andaba buscando.

—Entonces dame mi parte.

El negociador cogió el maletín, lo puso sobre sus rodillas y pulsando unos pequeños botones que había junto a las dos cerraduras que había en la parte superior, tecleó la combinación correcta. Con un chasquido el maletín se abrió. Introdujo la mano dentro y sacó una bolsa de terciopelo que entregó al jefe de aquella banda. Este cogió el saquito y lo inclinó, derramando parte de su contenido sobre la mesa. Los diamantes refulgieron sobre aquella lujosa madera.

—¡Ahora sí! —ordenó dirigiendo su mirada al que anteriormente había sacado el arma—. ¡Pégale un tiro!

—No me parece una buena idea —repuso con el mismo tono frío que había utilizado hasta ese momento.

La falta de miedo por parte de aquel tipo era algo que le desconcertaba. Le hizo una señal al matón que había sacado su arma.

—¡Quieto! —y dirigiéndose al negociador, alzando la voz con ira exclamó— ¿Por qué no es una buena idea?

—Por eso —dijo señalando la ventana.

Todas las miradas se dirigieron a través del cristal, intentando averiguar a que se refería aquel hombre. La vida es curiosa, pensó este. Todo lo que había hecho y dicho desde que había entrado en aquella suite, estaba encaminado a buscar esos segundos de desconcierto en aquellos hombres.

Mientras aquellos matones se ponían a cubierto detrás de las paredes y buscaban la posible amenaza con ansiedad, no perdió el tiempo. De uno de los laterales del maletín, desmontó con habilidad ensayada durante horas, una cajita indistinguible de la que aquellos matones le habían dado y la cambió

por la original, pasando a integrar ésta el maletín. Ninguno de los componentes de la banda se apercibió del cambio.

—¿Qué estamos buscando como gilipollas? —preguntó dirigiéndose al hombre que permanecía tranquilamente sentado en el sofá.

—¿Veis el edificio de enfrente?

—Sí. ¿Tienes un francotirador observándonos y cubriéndote las espaldas? No te servirá de nada —dijo apuntándole con su pistola—. ¡Estúpido! ¡Has perdido el factor sorpresa! Ya estamos a cubierto.

—No sé con qué tipo de personas trabajáis, pero en mi caso los francotiradores pasaron a la historia. Mi compañero del edificio de enfrente está apuntando a esta habitación con un *Javelin*. Es una versión moderna y manual con mira telescópica de un RPG, capaz de volar esta habitación y todo su contenido. Si ve que me disparáis, hacéis algún movimiento extraño contra mí o que en quince minutos no salgo de la habitación, disparará.

—No mientras tú estés dentro —exclamó rabioso apuntándole con la pistola.

—Nosotros trabajamos compartimentados. Él tiene sus órdenes y sus acciones son independientes de las mías y la misión es lo que importa. Si la caja no es para nuestros clientes, no será para nadie.

—Este es el primer pago —exclamó a regañadientes con una profunda mirada de odio en su rostro, mientras le quitaba la cajita falsa —Mañana a esta misma hora, te esperamos con la segunda bolsa de diamantes. No falles.

—Aquí estaré. Yo no fallo. El que me contrata siempre gana —dijo mientras con el maletín en la mano se dirigía donde estaba su ropa y comenzaba a vestirse—. Por cierto —añadió mientras abandonaba la habitación—. No se rompa la cabeza intentando neutralizar a mi compañero. Para mañana utilizaremos otra táctica. Si quiere disfrutar de los diamantes, solo tiene que hacer lo que hemos convenido. Si no, todos desaparecerán en las frías aguas del *San Lorenzo*. Hasta tenemos el lugar elegido.

2. ¿Por qué a mí?

En algún lugar de Europa. 10 de septiembre

“¿Qué me pasa?” —exclamó para sus adentros.

Intentaba aclarar sus ideas, frotándose los ojos y meneando su cabeza de un lado a otro, con el fin de conseguir aumentar su lucidez.

“Me han debido drogar”

Se levantó del catre donde reposaba y empezó a pasear en la estrecha habitación para mejorar la circulación de la sangre e intentar despejarse un poco. No había estado nunca en la cárcel, pero supuso que debía ser algo muy parecido a aquello. Una cama y un inodoro para hacer sus necesidades, en unos pocos metros. Justo los necesarios para dar cabida a aquellos dos muebles y la posibilidad de dar cuatro pasos y dar la vuelta para volver a empezar.

Un, dos, tres, cuatro y vuelta. Un, dos, tres, cuatro y vuelta. Se estrujó el cerebro con el fin de recordar cómo había llegado hasta allí. Las drogas que le habían dado debían contener potentes sedantes diseñados para todo lo contrario.

“Mi nombre es...”

No podía ni recordar su nombre.

“¿Qué narices me han dado?, y... ¿para qué?”

Siguió dando vueltas y más vueltas en aquella estrecha habitación. Por algún motivo pensaba que, si seguía haciendo ejercicio, de alguna manera las sustancias que le habían suministrado desaparecerían de su organismo.

Después de una media hora dando vueltas, sin bajar el ritmo y sin darse por vencida exclamó:

“¡Ya sé quién soy!”

Siguió andando sin parar, contenta con el logro que había conseguido. Cuando llevaba otra media hora caminando, oyó pasos que se acercaban. Se detuvo y rápidamente se echó sobre el catre, girándose contra la pared, simulando que estaba dormida.

Se oyeron unos golpes en la puerta y a los pocos segundos, una mano pasó por debajo de una abertura habilitada para tal efecto en la puerta, una

bandeja en la que había depositados un plato de comida y una botella de agua. Después de esto, se oyeron los pasos del individuo alejándose.

Como no se fiaba en absoluto, la mujer esperó unos minutos más. Después se incorporó y se dirigió hacia la bandeja. Tenía sed desde que se había despertado y el ejercicio que había realizado la había acrecentado. Cogió la botella, le quitó el tapón y bebió con avidez. Al cabo de unos segundos empezó a notar que su cabeza se embotaba.

“¡Mierda! ¡Mierda! ¡La droga está en la botella!”

Aquel conocimiento no le sirvió de mucho. Para evitar desmayarse y golpearse contra el suelo, empleó lo poco que le quedaba de su consciencia para acercarse al catre, donde se dejó caer pesadamente.



“¡Oh Dios mío!” —exclamó, mientras volvía a aquella bruma que para ella era la consciencia.

No sabía cuántas horas llevaba tendida en aquella pequeña cama, ni cómo había llegado allí. La luz artificial de aquella habitación ayudaba a estar desorientada con respecto a si era de día o de noche. En aquel confinamiento a la que le tenían relegada, todos los minutos eran iguales.

Se despertaba atontada, intentando recordar quién era y cómo había llegado a aquel lugar. Se ponía a caminar para que el ejercicio le ayudase a despejarse y contrarrestar de alguna manera el efecto de las drogas, pero cuando comenzaba a tener cierta lucidez, la sed que las propias sustancias le generaban, le obligaba a beber aquella agua, y el ciclo volvía a comenzar.

Se encontraba caminando y alguno de los recuerdos habían vuelto. Era científica. No era de ningún modo famosa, aunque era una buena especialista en su campo de actuación.

“¿Para qué me retendrán aquí?”

Hasta ese momento no le habían preguntado nada, ni le habían dado ninguna explicación. Solo la habían vestido con una especie de buzo gris y la había dejado encerrada en aquel cuchitril.

“O quizás, simplemente no me acuerdo”

A pesar de considerarse una persona tranquila y sosegada, el desánimo estaba empezando a hacer presa de ella.

“¿Qué pinto aquí?”

En esos momentos y como haciéndose eco de sus palabras, se oyeron unos pasos acercándose a su celda. A pesar de su embotamiento pudo apreciar

que eran más de una persona.

Se produjeron unos ruidos al otro lado de la puerta y esta se abrió. Dos individuos fornidos, uno de aproximadamente un metro ochenta de altura y otro unos centímetros más bajo, se dirigieron hacia ella. Ambos iban vestidos con un uniforme negro que contrastaba fuertemente con el blanco de la celda y llevaban puestos unos pasamontañas que ocultaban sus rostros.

Le pusieron una capucha en la cabeza que aumentó su desorientación, la agarraron cada uno de ellos de uno de sus brazos y la obligaron a salir del cuarto. Por un momento, intentó resistirse, aunque con escaso éxito debido a la influencia de las drogas que le habían suministrado y a la diferencia de musculación con respecto a sus captores.

—¡Estúpida! ¿De verdad quieres que lo hagamos por las malas? —le espetó el más bajo de los dos.

Entre la poca fuerza de que disponía y aquella airada exclamación, dejó que la condujesen sin oponer resistencia por los pasillos de aquel edificio.

—¡Maldita sea! No entiendo por qué el jefe no nos permite divertirnos un rato con ella. ¡No está nada mal! —exclamó el más alto de los dos.

—Yo tampoco, sobre todo teniendo en cuenta los días que llevamos encerrados sin poder salir a divertirnos. En cuanto salgamos, me voy a ir directo a correrme una juerga de una semana.

—¡Te acompañaré! —exclamó riéndose su compañero—. Yo también estoy aburrido de estar encerrado. ¿Para qué nos sirve todo el dinero que nos pagan si no nos lo podemos gastar en alcohol y mujeres?

—¿Y si volvemos a la celda y nos la tiramos!?

La chica aterrorizada, notó como se detenían. Intento zafarse de ellos, pero fue inútil.

—A mí también se me ha pasado por la cabeza, pero es demasiado peligroso. El jefe nos conoce, e inspeccionará a la muchacha. Viste la mirada de advertencia que nos lanzó, cuando nos ordenó que no la tocásemos. Todavía la tengo presente. A la más ligera duda nos mata. Y a pesar de lo buena que está, no merece la pena correr el riesgo. Hay muchas más esperándonos.

—Tienes razón. Él, no amenaza en vano. Acuérdate de lo que le hizo la semana pasada por una tontería al de la cicatriz en la mano. ¡Se salvó de que le cortase el brazo por un pelo!

—¿Sabes la causa de que no podamos cepillarnos a esta rubia?

—No lo tengo del todo claro, pero esta operación en la que estamos metidos es distinta a las que llevamos a cabo habitualmente. Esto no se trata

de raptar a chicas y venderlas al mejor postor. La gente que nos han mandado secuestrar y el método empleado es diferente. Por algún motivo que desconozco y no creo que sea bueno para nuestra salud preguntar, estas personas son diferentes.

—¿Por qué?

—Tienen algún don o conocimiento especial y lo último que desean nuestros contratistas es que sus cerebros se vean afectados por una situación traumática y violenta, más allá de las drogas que les estamos suministrando. He oído decir que las sustancias que están ingiriendo, también son especiales. Con un par de días que dejen de tomarlas, cualquier rastro desaparecerá sin ningún tipo de efecto secundario.

—¡Pues vaya mierda de drogas!

A aquellos sicarios, la operación en la que estaban metidos les venía grande y les resultaba incomprensible. Solo sus jefes conocían los detalles de lo que estaban haciendo, y aun así dudaban de que su inmediato superior supera de más de una de las piezas del rompecabezas. Lo que sí tenían claro, era que la operación era rentable y de poco riesgo. Con ello, tenían más que suficiente.

La joven, siendo llevada casi en volandas y a pesar de estar atrapada en su aturdimiento, captó algunas de las frases de sus captores, aunque lo que a duras penas escuchaba seguía sin tener ningún sentido para ella.

“¿¡Qué hago aquí!?” —era la pregunta que más rondaba por su cabeza.

Al cabo de unos minutos, llegaron a una zona en donde escuchó el ruido producido por más personas. De repente, la levantaron en el aire y tras unos segundos la volvieron a depositar en el suelo. Acto seguido, presionándole en los hombros la obligaron a sentarse en un duro banco de madera y le quitaron la capucha.

Se encontraba en una especie de pequeña habitación blanca, de dos por tres metros, en cuyas paredes opuestas estaban colocados un par de bancos enfrentados. Sentadas sobre ellos, había otras cuatro personas en una situación parecida a la suya: con aire de desconcierto, vestidas con aquellos buzos grises y con una mirada que demostraba el miedo que sentían. Todas ellas eran mujeres.

Los dos hombres que la habían transportado hasta allí salieron del cuarto sin añadir palabra y cerraron la doble puerta que daba a aquella nueva celda.

A los pocos segundos, y añadiendo una nueva sorpresa a su extraña

situación, las presas de su interior sintieron un brusco movimiento y notaron que aquella habitación se desplazaba.

“¡Nos han metido en una especie de furgoneta y nos trasladan! ¿A dónde? ¿Para qué? —fueron las preguntas que luchando con las drogas que la poseían se fueron abriendo paso en su cabeza.

3. Qué poco duró la alegría.

Ontario. 12 de septiembre

Una empresa americana especializada en nuevos materiales había descubierto una aleación, más ligera que el aluminio y más dura que el acero con un coste de producción similar al de estos metales y reutilizando las mismas instalaciones productivas. Es decir, el coste de infraestructuras de manufactura era nulo.

Una de las primeras aplicaciones a las que iba a ir destinado el nuevo material era la fabricación de las carcasas de los teléfonos móviles. Teniendo en cuenta los millones de aparatos que se vendían al año, la empresa pensaba tener unos beneficios exorbitantes. El valor de sus acciones en bolsa se triplicaría. Después vendrían otras aplicaciones.

Por un golpe de mala suerte para la compañía, un primo de un miembro de la banda que se encontraba en esos momentos en *Le Mount Stephen*, trabajaba en la empresa encargada de la limpieza del laboratorio donde se había descubierto la forma de fabricar aquella aleación. Mientras pasaba un trapo por una de las mesas se encontró con un correo electrónico impreso, en donde uno de los responsables del hallazgo, le comentaba a uno de sus jefes que por fin lo habían logrado.

Sin saber muy bien qué es lo que habían “logrado”, pero intuyendo que tenía un considerable valor, y encubierto por su trabajo fue recorriendo el laboratorio como si ordenase las cosas depositadas en los armarios, buscando algo que fuera nuevo y estuviese guardado. Con paciencia siguió fisgando en los despachos anexos al laboratorio, hasta que, en uno de los cajones de la mesa del director, encontró aquel objeto.

“Me juego el sueldo de un mes a que es esto lo que han desarrollado” — se dijo para sus adentros.

Fue muy fácil esconder aquella cajita en el enorme carro de limpieza que empujaba de un lado para otro recorriendo los pasillos del edificio. Nada más llegar a su casa, llamó por teléfono a su primo y le contó su descubrimiento. Aquella noche se plantaron en su casa los miembros de la banda, para ver que podían hacer para sacar un buen dinero a lo que aquel

hombre había robado.



Uno de los motivos por los que se denomina “espionaje” es que este tipo de descubrimientos empresariales tienen mucho de secreto. Acudir a la policía puede dar lugar en ocasiones a filtraciones a la prensa y por lo tanto destapar la sorpresa y, como consecuencia, la pérdida de la ventaja competitiva que el descubrimiento iba a proporcionar. En vez de aprovechar una posible ventaja, se podían encontrar con un declive financiero por el efecto negativo sobre las acciones. Esto se acentuaba más si la empresa cotizaba en bolsa.

Durante aquellos momentos de pánico, el Director General de *Ward Materials Group*, Nolan Foster, no sabía a quién acudir para resolver el problema.

A base de preguntar con precaución a dueños de empresas de su confianza, dio con la clave para solucionar su problema. Uno de sus amigos, le comentó que había sufrido una situación parecida y se lo había solucionado un especialista, aunque no era fácil localizarlo, ni contratarlo.

Al día siguiente de desaparecer la cajita con la aleación en su interior, el especialista, recibió en su correo electrónico la petición de *Ward Materials Group* para que les ayudase en la recuperación de su descubrimiento. No querían acudir a la policía. El tema era demasiado importante para ellos.

Aquel profesional, solo confiaba en posibles clientes que viniesen de otros anteriores satisfechos. Así, él podía decidir si le interesaban o no de una forma más segura, y así, las empresas que requerían de sus servicios ya estaban enteradas de las reglas del juego. Como era partidario de utilizar alta tecnología, había ideado una forma de asegurar que los contactos establecidos venían de un cliente satisfecho, y no de una filtración en el sistema.

Dicho sistema consistía en que los presuntos contactos que querían comunicarse con él, debían enviar un correo electrónico a una dirección determinada, con el mensaje “Me gustan los entresijos tecnológicos” junto a un archivo que contuviese la descripción del problema. El mensaje estaba codificado con un programa diseñado a medida por un hacker profesional para evitar posibles lectores indeseados. Sólo entregaba el programa de codificación a sus antiguos clientes, advirtiéndoles de la importancia de no perderlo y de que era el único modo de ponerse en contacto con él.

Su verdadero nombre era Sergio López, nacido en España y con residencia en Andorra, aunque ninguno de sus clientes sabía nada de su

verdadero yo. Utilizaba muchos disfraces y personalidades diferentes para ocultar entre un entresijo de distintas capas, su verdadera identidad. Sus trabajos los realizaba en cualquier lugar del mundo y su verdadero hogar solían ser los hoteles en los que dormía bastantes más noches que en su residencia de Andorra.

Le había propuesto que aceptase el contrato, en los términos e importes que solía hacerlo: diez millones de dólares en una cuenta bancaria y otros cinco millones en acciones de *Ward Materials Group*.

—¡Está usted loco! —exclamó Nolan Foster nada más escuchar el importe solicitado por su trabajo.

—Es lo que cuestan mis servicios. Pero no se preocupe, no tiene por qué aceptarlos. Puede contratar a otro o dirigirse a la policía. Ha sido un placer hablar con usted —dijo mientras colgaba tranquilamente el teléfono.

Sergio había sido el que, a través de una línea segura, se había puesto en contacto con Nolan. Resultaba imposible para el Director General localizarle a él.

Como estaba acostumbrado, a las pocas horas recibió otro correo electrónico en donde le pedían disculpas, le rogaban que por favor aceptase el trabajo y que ingresarían de inmediato los diez millones en la cuenta del banco que él quisiera.

Por experiencias previas, comprendía el desconocimiento en que se encontraban sus clientes tras haberles sido sustraído aquellos descubrimientos que tanto les había costado conseguir y que iban a cambiar el futuro de su empresa, y acto seguido lo de entregar tanto dinero y acciones a un desconocido, no era lo que dictaba la razón.

Por eso era tan importante para su trabajo el que los nuevos clientes procediesen de otros para los que había trabajado y estuviesen satisfechos de sus resultados. Él no tenía que convencer a nadie, se encargaban ellos solitos. Además, en el mundo empresarial en el que él tan bien se desenvolvía, lo que menos sufría, era de falta de trabajo. Siempre había un par de correos electrónicos esperando en su bandeja.

4. No me conformo

Ontario, 12 de septiembre.

De nuevo montado en otro taxi, la persona que hacía unas horas se había hecho llamar Frank Grey, se dirigía hacia el *Le Mount Stephen*. En su cerebro se agolpaban varias ideas.

Ya había cumplido con su misión. El cliente que le había contratado no tenía ningún inconveniente en pagar el millón de euros en diamantes que aquella banda de ladrones le habían pedido por recuperar aquella cajita. Su valor era cien veces más alto. Estaba claro que no tenían ni idea de lo que habían robado, ni su valor real. Eran una cuadrilla de matones y ladrones de baja estofa que sin quererlo se habían tropezado con un golpe de suerte.

Había resuelto el caso y tenía en su poder la preciada pieza de aleación. Solo tenía que volver, coger el primer vuelo a Pittsburgh y entregar a su cliente la cajita que se hallaba a buen recaudo en la caja fuerte de la habitación de su hotel. A cambio recibiría el resto de sus honorarios y podría atender al siguiente cliente. Pero..., no estaba satisfecho.

Le estaba dando demasiadas vueltas a la cabeza de que debía volver a por aquella banda, recuperar los diamantes y darles una lección. A pesar de que, aunque ellos todavía no se habían dado cuenta, les había roto sus planes y dejado sin negocio. Sin embargo, para Sergio, se iban a *salir de rositas* y con doscientos mil dólares en diamantes.

Aunque una voz en su interior le decía que él ya había cumplido y ganado la partida, otra le seguía repitiendo que no se engañase, que no había terminado el trabajo. Sergio se conocía a si mismo lo suficientemente bien, para saber que, si no hacía caso a la segunda voz, iba a tener remordimientos durante una buena temporada. Para aquel tipo de situaciones, en donde su conciencia le reclamaba que debía hacer algo, su padre haciéndose eco de la letra de una de las canciones de Joaquín Sabina, uno de sus cantautores españoles favoritos, le solía repetir: “Sólo calan los besos que no has dado”.

Esa era la razón de que se encontrase de nuevo en dirección al *Le Mount Stephen*. Tenía que acallar la voz de su conciencia. Para estar más motivado, se había dicho a si mismo frases del estilo:

“Al ver que han sido engañados, puede que vayan a hacer daño a Nolan. Es mejor pararlos de una vez por todas”.

Hizo que el taxista detuviese el coche un par de manzanas más allá del hotel y volvió caminando hacia la entrada. Estaba empezando a anochecer y el portero que le abrió la puerta era otro. Debía ser el del turno de tarde o noche. Por la mañana había recorrido y analizado la disposición de las habitaciones del hotel y visitado por donde entrar desde el exterior a la zona del servicio. Se dirigió hacia un cuarto en donde había visto diferentes uniformes, carros de servir comidas y galanes de noche para trasladar ropas.

La puerta del pequeño almacén estaba cerrada. Le costó cinco segundos abrirla. Una vez en el interior buscó un uniforme de camarero que le sentase bien y echando mano de un carro, colocó unos platos, vasos y otros utensilios, dando la sensación de que se había preparado un suculento servicio de habitaciones para alguno de los huéspedes.

Encima de un aparador, había un teléfono de uso interior que debía servir para conectarse con la cocina, el restaurante o las habitaciones. Descolgó y llamó al número de la suite, dispuesto a usar un tono de voz servicial y muy diferente al que había utilizado por la mañana.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó con brusquedad la ruda voz de uno de los matones.

—Disculpe la molestia señor. Tenemos la duda de si ha sido la suite número tres o la suya la que nos ha pedido que le sirvamos la cena.

—¿Alguno de vosotros ha pedido la cena? —le oyó preguntar al resto de sus colegas.

Sergio oyó como varios respondían que no, pero al cabo de unos segundos escuchó al jefe de la banda respondiendo mientras se reía:

—No, pero vamos a fastidiarle la noche al que la haya pedido. Dile que sí, que nos la suba.

—Sí, hemos sido nosotros, Súbela rápido —repitió el matón siguiendo las órdenes de su jefe.

—Por supuesto señor, ahora mismo sube uno de nuestros camareros. En un par de minutos, estará en su habitación.

Obtuvo como respuesta, el sonido de la línea al cortarse la comunicación. Los modales no eran una de las virtudes de aquella gente. Pero su plan estaba funcionando tal y como lo había planeado. Empujando el carrito se dirigió hacia el ascensor, que en esos momentos se hallaba sin gente. Pulsó el botón de la primera planta.

Se puso unos auriculares de música en los oídos. Eran pequeños, pero se distinguía perfectamente el cordón de plástico blanco que en teoría los unía al móvil. En su caso, no estaban conectados a nada. Salió del elevador moviendo la cabeza como si siguiese el ritmo de una canción y al torcer en dirección al pequeño pasillo, de refilón vio al matón que vigilaba la puerta. Esta vez era el de la corbata azul. Por lo visto hacían turnos.

Ignorando su presencia y moviendo la cabeza al mismo son, depositó el carro enfrente de la puerta de otra suite a la que llamó con los nudillos. Según lo previsto nadie la ocupaba y por tanto nadie respondió. Antes de abandonar el pequeño almacén había llamado a las suites cercanas a las que ocupaba la banda. A la segunda llamada nadie le respondió. El número era el de la puerta en donde se encontraba.

—¡Eeeeh! ¡Tú! ¡Que esa cena es la nuestra! —exclamó airado el matón.

Haciendo caso omiso de aquella llamada, siguió moviendo la cabeza simulando estar enfrascado en la tonadilla de aquella canción y se dirigió hacia el ascensor. Dobló la esquina y se detuvo quitándose los auriculares. Estaba fuera de la vista del vigilante de la puerta. Él veía el carro que se encontraba a un metro suya, pero era invisible desde el pasillo.

—¡Ricky! —le oyó llamar a uno de sus compañeros— échame una mano con el carro de la cena. El imbécil del camarero se ha equivocado de puerta

—¡Ya voy! —se escuchó desde el interior de la habitación.

Desde su escondite, en unos segundos oyó los pasos de dos personas que se acercaban a donde se encontraba. Se puso en tensión. En el momento en que los matones llegaron a la altura del carrito saltó sobre ellos. Llevaba en la mano una pesada tapadera de plata que había dejado en el suelo antes de abandonar el carrito. No tuvieron ninguna oportunidad de defenderse. Con el mismo y veloz movimiento circular, a uno le acertó con el canto en la sien y al otro en el cuello. El primero cayó fulminado y el segundo boqueaba como un pez fuera del agua intentando respirar.

Le agarró de las solapas del traje y con una brutal patada en la espinilla, generó un barrido circular que lo envió de costado contra el suelo. Sin perder un segundo, extrajo de uno de sus bolsillos unas bridas de plástico con las que los ató de pies y manos. Después de comprobar que no había roto la tráquea del que seguía intentando coger aire, utilizó otras para sus bocas, lo suficientemente tensas para impedir que pudiesen emitir ningún sonido, pero no tanto como para asfixiarlos.

Los arrastró varios metros en dirección hacia la suite que ocupaban y

desplazó el carrito para que quedase fuera de la vista de alguien que tomase el ascensor. Se tenía que mover deprisa para acabar lo que había venido a hacer antes de que alguien notase algo raro diese la alarma.

Se acercó a la puerta abierta y escuchó los ruidos del interior. Solo se apreciaba el sonido de una televisión a muy alto volumen. Echó un vistazo rápido y no viendo a nadie, se aventuró a traspasar la entrada. Con todos los sentidos alertas y atento al menor sonido, se fue desplazando hacia la dirección de donde provenía el ruido. Parecía que estaban retransmitiendo algún tipo de encuentro deportivo.

Había dado varios pasos en aquella dirección cuando una puerta a su izquierda comenzó a abrirse. Parecía que se trataba de un baño. Se colocó en un lateral pegado a la pared y cuando otro de los matones apareció, le dio una patada en la rodilla. Se oyó romperse el hueso y mientras el individuo sorprendido se iba al suelo, se puso a su espalda.

Desde su posición más elevada le aplicó la técnica de Judo: *Okuri Eri Jime*. Consiste en pasar cada una de las manos por debajo del cuello del rival, agarrar con la mano derecha la solapa izquierda y viceversa y aplicar un giro que estrangula al contrario. La técnica es mortal. A los pocos segundos se corta el flujo sanguíneo y el oponente pierde el conocimiento, si se continúa sujetando muere por asfixia.

No quería matarlo, nada más perder la consciencia lo soltó y de igual forma que a los otros dos, le colocó unas bridas inmovilizándolo. Solo quedaba el jefe.

Se desplazó en silencio en dirección al salón, aunque aquellas medidas resultaban innecesarias. Salvo que hubiese entrado tocando una trompeta, debido al altísimo volumen de la televisión, el individuo de enfrente de la televisión hubiese seguido sin notar su presencia. Se había situado a su espalda, a un par de pasos y lo tenía completamente a su merced. Sin percatarse del peligro a su espalda, estaba concentrado en el partido gesticulando y dando pequeños saltitos en el sofá animando a uno de los equipos.

Lo podía estrangular igual que a su esbirro y dejarlo inconsciente antes que se diese cuenta de lo que le estaba pasando, pero se dijo así mismo que aquel hombre merecía un trato más especial. Abrió su mano y describiendo un amplio arco, la abatió sobre su indefensa víctima. El tortazo fue descomunal. La cabeza se bamboleó durante unos segundos hasta que cayó inerte contra el otro lado del sofá.

Le ató las manos a la espalda igual que al resto y fue a buscar los cuerpos del resto. Los arrastró hasta donde estaba su jefe y los puso todos los cuerpos línea. Acto seguido los desnudó. Viendo que no era inmediato el que saliesen de la inconsciencia, les cortó sus ataduras y puso a su alrededor las botellas de alcohol de la habitación. Compuso la foto de tal manera que pareciese que habían caído inconscientes tras una buena juerga.

Buscó sus móviles por la suite y les sacó unas cuantas fotos. Miró las llamadas recientes de cada uno de ellos y envió las fotos a varios de sus contactos. Iban a tener que dar un montón de explicaciones cuando volviesen a su ciudad. Se había cargado su reputación. A partir de entonces iban a ser el hazmerreír del resto de sus colegas. Apagó los teléfonos y se los guardó. Ya tendría tiempo de analizar su contenido.

Estaba pensando en marcharse, pero decidió que no, que aquel imbécil a sus pies, necesitaba entender la situación y que a él no le vendría mal un poco de ejercicio. Había limpiado todo el pasillo e introducido el carrito en la suite. Las suites de aquel hotel, como en la mayoría de los hoteles de lujo, estaban insonorizadas. Si algo querían los huéspedes de aquel tipo de habitaciones, era intimidad. El volumen al que había puesto el aparato de televisión era un buen ejemplo

Volvió a atarlos y a amordazarlos con nuevas bridas, a excepción de al jefe. Cogió una botella de tequila y vació lo que quedaba sobre la cara de aquel delincuente. Se despertó sobresaltado.

—¿Queeé? ¿Quieeén?

Miró extrañado los cuerpos a su alrededor y en unos segundos vio al culpable de todo aquello. Con torpeza se puso de pie. Se echó una mano al lado derecho de la cara. Lo tenía dolorido e inflamado.

—¡Te voy a matar! —rugió encolerizado.

—¿Con qué? —le respondió Sergio con un tono frío y absolutamente tranquilo—. Sin tu banda, sin tu pistola o sin una navaja en tu mano, eres un simple calzonazos.

Y señalando su desnudez con un gesto y una irónica sonrisa en su rostro añadió:

—Y desnudo todavía vales menos. Debes dejar decepcionadas a todas las chicas —añadió mirando despectivamente por debajo de su cintura.

Con la cara roja de ira, el otro se abalanzó sobre él intentando darle un golpe en la cara. Sergio solo se desplazó un poco lateralmente esquivando aquel puño, y cogiendo su muñeca la giró hacia el suelo. Aprovechando el

impulso que llevaba lo volteó. El impacto contra el suelo de madera fue tremendo. Durante unos segundos su oponente permaneció donde estaba.

—¡Venga! ¡Levanta! ¡Mi sobrina de diez años pondría más resistencia!

No tenía ninguna sobrina, pero sabía que aquellas frases, herían profundamente el ego de aquel tipo de maleantes.

—¡Te mataré! —profirió desde el suelo su oponente.

Y torpemente se dispuso a levantarse. Le costó unos segundos recuperar la verticalidad y se movió de nuevo en dirección a Sergio. Esta vez más despacio.

—No creo. No soy una de tus indefensas víctimas. Sin tus matones no eres nadie, ni vales nada. No inspirarías temor ni a mi anciana abuela.

—¡A ella también la mataré! ¡Y a tu sobrina!

Cuando estaba a un par de metros, abrió sus brazos y se lanzó hacia adelante con la intención de aferrarse a él. Sergio sin desplazarse de su sitio, se dejó caer de espaldas. Mientras el otro cuerpo pasaba por encima de él abrazando el aire, puso su pie derecho en los genitales de su adversario y lo catapultó con toda la potencia de su pierna. El impacto contra el mueble que había en la pared fue terrible. La madera se rompió y alguna de las astillas se clavaron en aquel cuerpo desmadejado que yacía en el suelo boca abajo sin moverse.

Sergio cogió la cubitera de una de las mesas y arrojó el agua que contenía del hielo derretido y la arrojó junto con algunos cubitos sobre su rostro. El golpe había sido tal que aquel individuo solo balbuceó. Le dio la vuelta y terminó de echarle el agua que aún quedaba.

—¿Me oyes?! —preguntó zarandeando su cabeza.

—Sí... —pronunció en un tono prácticamente inaudible el maltrecho hombre a sus pies.

—Intenta que te calen mis palabras. ¿Dónde están los diamantes y la cajita?

Sergio no tenía ninguna intención de que supiese que él tenía la auténtica. Durante unos segundos no se oyó salvo la profunda respiración del delincuente.

—Veo que todavía no te has dado cuenta de en qué situación estás.

Y puso su dedo índice derecho en la cuenca ocular y comenzó a apretar. El dolor y el miedo a perder un ojo aparecieron en aquel rostro, que comenzó a chillar despavorido.

—¡En la caja fuerte! ¡En la caja fuerte!

Dejó de hacer presión, pero mantuvo el dedo para que el otro siguiera sintiendo la amenaza que aquello significaba.

—¿El código?

—7532.

—Bien, ahora vuelvo. Espero que no hayas cometido la estupidez de engañarme.

Estuvo valorando si atarlo con una brida o no. En principio no parecía que en aquel estado pudiese ir a ningún sitio, pero la formación que había recibido le había enseñado a eliminar los riesgos. Acabó atándolo.

Abandonó el salón encaminándose hacia el dormitorio principal, localizó la caja fuerte y tecleó los números que le había dado. Se abrió sin problemas. En su interior estaba la bolsita de terciopelo con los diamantes, la cajita falsa y un fajo de billetes con unos diez mil dólares. No los necesitaba para nada, pero habría levantado sospechas el que los dejase.

De uno de los armarios de aquel cuarto cogió una de las bolsas de plástico que se empleaban para enviar ropa a la lavandería y metió todo. Echó un ojo por la habitación por si había algo interesante y viendo un portátil, también lo introdujo en la bolsa.

Retornó al salón, y para completar el papel que estaba interpretando despojó a aquellos cuerpos de todo lo valioso que llevaban: collares, pulseras, anillos y relojes. Arrastró al jefe a donde estaban el resto y los sentó en el suelo apoyando sus espaldas contra el amplio sofá de tal manera que se sostuvieran.

Cogió la cubitera, la llenó de agua fría en el baño y volviendo de nuevo al salón arrojó su contenido sobre sus rostros. Poco a poco volvieron a la consciencia. Cuando comprendieron su estado, sus rostros se fueron transfigurando, dejando traslucir un profundo miedo. Desnudos, atados e indefensos, delante de aquel rostro frío e impenetrable, sabían que sus vidas no valían nada.

—Aunque se os haga difícil de entender, no os voy a liquidar —y enseñando la bolsita de diamantes y la caja añadió—. Por hoy con esto me basta. Mi cliente es demasiado generoso y aunque le recomendé lo contrario, ni quiere, ni paga para que os mate. Cosa que hará si volvéis a acercaros a menos de un kilómetro de su empresa. ¿Ha quedado claro?

Todos los rostros, salvo el del jefe, cuyo maltrecho estado impedía que reaccionase al mismo ritmo que los otros, asintieron.

—Perfecto. Tengo vuestras carteras, vuestros móviles y vuestro portátil,

por lo que, si no cumplís lo que acabamos de acordar, me costará menos de una mañana localizaros. Y os aseguro que no seré tan amable.

*"Quien pisa con suavidad
va lejos".*

Proverbio brasileño

5. Me encantan las sorpresas

New York, 14 de septiembre.

Estaba tranquila en el cómodo sofá de su casa, tomándose una taza de café y descansando de una ajetreada semana de trabajo, cuando sonó el timbre del portero automático del edificio. Durante unos segundos, se quedó parada, sin reaccionar ante aquel sonido.

No esperaba a nadie a esas horas y aquel sonido en cierta medida, rompía la tranquilidad y el reposo del que estaba disfrutando. Aunque volvieron a llamar con insistencia se planteó seriamente el no contestar. Ya se aburriría la persona que estaba pulsando el botón y se largaría. Al final, a la tercera intentona, abandonó la comodidad de aquellos cojines y se desplazó hasta la puerta de la entrada.

Vivía en el noveno piso de un bloque de modernos apartamentos, dotado con las últimas medidas de seguridad y avances tecnológicos. Se acercó al panel que controlaba la puerta de la entrada del edificio y pulsó un botón. En la pantalla aparecieron varios chicos y chicas vestidos a la moda y que portaban un montón de cajas. No viendo en ellos ningún tipo de amenaza y queriendo averiguar que significaba aquello, pulsó el botón del interfono.

—¿Sí? ¿Dígame?

—Buenas tardes. ¿Estamos llamando al apartamento de Mónica Glaría?

—Sí, Aquí es. ¿Qué deseaban?

—Somos personal de los almacenes Macy's y nos han encargado que le traigamos unos presentes que han adquirido para usted.

De nuevo, se quedó durante unos segundos, perpleja ante aquellas frases. Después mientras pulsó, casi sin darse cuenta el botón de apertura.

“No puede ser. No puede ser...” —murmuró hablando consigo misma presa de una gran emoción.

Casi en el mismo momento en que abría la puerta de su apartamento vio como unas cinco personas que portaban coloridas cajas de distintos tamaños y flamantes diseños, salían del ascensor y se dirigían hacia ella.

—Buenas tardes señora. Mi nombre es Lucio. ¿Nos permite pasar? —preguntó el amable joven que encaminaba la comitiva viendo a Mónica parada

en medio de la puerta.

—Si por supuesto pasad, pasad.

—Por favor, no cierre la puerta, todavía faltan unos compañeros que vienen en otro ascensor.

Mónica los acompañó al interior de su apartamento y no sabiendo muy bien hacia dónde dirigirlos, los encaminó hacia el amplio salón. Viendo que empezaban a depositar aquellos paquetes encima de los muebles con sumo cuidado, les preguntó:

—¿Seguro que todo esto es para mí? ¿Que no hay alguna equivocación?

—Esperemos que no. Nuestro cliente nos ha dado esta dirección y nos ha encomendado que preguntemos por Mónica Glaría. Nos acaba de confirmar que es usted. ¿No es así?

—Si soy yo. Pero para aceptar todo esto, necesito saber quién es la persona que lo envía —dijo cruzando los brazos para dar firmeza a lo que acababa de decir, mientras miraba fijamente al que parecía el responsable.

—Espero que esta tarjeta que nos han dado sea suficiente para usted —respondió educadamente mientras le tendía un pequeño sobrecito blanco.

“Hola Mónica:

Como quedamos hace unos días en la última conversación telefónica que mantuvimos, espero estar pronto a tu lado y disfrutar de unos días de ocio y descanso tal y como te prometí. Ya he hablado con Carl y no tiene inconveniente en que te tomes esos días libres.

Me hiciste prometerte que te dedicaría una semana completa de atenciones. Que te llevaría todas las noches a cenar a restaurantes maravillosos, llevando un vestido espectacular para cada una de nuestras salidas, con zapatos increíbles para cada velada y con complementos a juego.

Siempre cumplo mis promesas y si todavía sigues queriendo mantener en pie nuestro plan, mañana por la mañana llega mi avión a New York sobre las ocho. En cuanto aterrice te llamo.

Como adelanto, junto con esta tarjeta espero que recibas los vestidos, zapatos y complementos para nuestras veladas. Si algo no te gusta de lo que he seleccionado, lo rechazas sin ningún tipo de compromiso. Ya está todo acordado con el responsable de Macy's.

Mi número de teléfono móvil es 626 584 365. Llámame cuando quieras de

día o de noche. A cualquier hora.

Alguien que te quiere mucho”.

Leyó y releyó aquella nota un par de veces despacio, saboreando cada una de sus palabras y olvidándose de todo aquel personal que la rodeaba. El responsable de la entrega respetó aquel momento de intimidad. Al cabo de un rato, Mónica, saliendo de su ensimismamiento y viendo aquellas miradas enfocadas sobre su persona, se dirigió hacia él.

—¿Qué tengo que hacer? —le preguntó con una voz sencilla y humilde.

—De momento nada señora. Ya nos encargamos nosotros. ¿Podemos colocar los vestidos sobre ese sofá? —preguntó señalando el amplio mueble—. No se preocupe, le aseguro que no estropearemos nada. Siéntese en esa butaca ahí enfrente y contemple lo que iremos desarrollando. Lo que no le guste nos lo comunica y nos lo llevaremos. De verdad le digo que no se sienta en ningún momento con ningún tipo de compromiso de devolvernos aquello que no la satisfaga plenamente.

—Gracias.

Con una habilidad nacida de la práctica, el personal de *Macy's* empezó a extraer el contenido de las cajas y colocó los vestidos, zapatos y complementos, formando preciosos conjuntos junto a los que se podía leer: lunes día, lunes noche, martes día, martes noche, ... Y así hasta completar cinco días de la semana. *Chanel, Dior, Oscar de la Renta, Manolo Blahnik* y otras marcas de lujo, estaban expuestas frente a su mirada.

—Señora. Espero que le guste lo que el caballero ha elegido.

—Me encanta —pronunció prácticamente en un susurro con los ojos abiertos de par en par ante aquel despliegue de *glamour* y lujo.

—¿Desea devolver algo?

—No. De ninguna de las maneras. Todo me parece precioso.

—Aunque el caballero que ha hecho el encargo, me parece que conocía a la perfección sus medidas —era curioso que aquellas palabras en su boca sonasen de manera elegante, no vulgar—. Preferiría que se probase algunas prendas para corroborarlo. Elija cualquier conjunto.

—Pues..., ese y ese —repuso Mónica señalando los dos que más le habían llamado la atención.

Se disponía a recogerlos, cuando tres de aquellos jóvenes se le adelantaron y con suavidad se los colocaron sin arrugarlos en sus brazos.

—¿Dónde se va a cambiar? —le preguntó el responsable.

—En mi habitación. Por favor síganme.

Mónica desapareció dentro del cuarto seguida de las personas que llevaban los conjuntos elegidos. Éstos a los pocos segundos volvieron a salir cerrando la puerta. Tras unos minutos Mónica salió llevando un ceñido vestido de *Gucci*.

—¡Está usted espectacular! —exclamó Lucio, llevándose las manos a la boca con grandes aspavientos.

—¿Seguro que no lo dice por halagarme? —preguntó Mónica ruborizándose.

—No. Cuando la he visto, se me ha venido de inmediato a la cabeza que el diseñador que creó ese vestido pensaba en usted cuando lo dibujó.

—¡Es usted un adulator! Seguro que les dice lo mismo a todas sus clientes.

—Sí. Pero..., a las demás les miento —respondió lanzándole un guiño con una generosa sonrisa en su rostro.

6. No te veo

New York, 14 de septiembre.

Se había pegado prácticamente toda la noche en vela sin conseguir relajarse y dormir. Desde que había recibido la visita del personal de *Macy's* una emoción incontenible se había apoderado de su cuerpo.

Había leído y vuelto a releer la nota varias veces. Ya era capaz de recitarla de memoria. Como no podía pegar ojo se había entretenido en probarse varios de los vestidos. Como le había asegurado Lucio, ponerse aquellas carísimas prendas, le transformaban a una.

Ahora sabía lo que era sentirse una princesa de cuentos de hadas. También le llenaba de satisfacción el buen gusto que había mostrado “su caballero andante” al seleccionarlas. Todas se ajustaban a su cuerpo a la perfección. Estaba claro que pese al poco tiempo que habían estado juntos, no se había perdido un detalle de su anatomía.

Tras haber dormido a intervalos solo unas pocas horas, ahí estaba de nuevo a las seis de la mañana, totalmente despierta y con los ojos como un búho. Tomó una decisión, a pesar de que no sabía en qué vuelo llegaba, iría a buscarlo al aeropuerto.

Nada más tomar esta decisión se quedó pensativa.

“¡Mierda! Tampoco sé en dónde va a aterrizar. ¿La Guardia, Newark. John F. Kennedy? Si me equivoco retrasaré en un par de horas el que nos veamos”

Pero ya se había levantado y era una mujer de decisiones y movimientos rápidos, prefería hacer una mala elección y corregirla, que quedarse en la cama y morderse las uñas.

Mientras se preparaba un café, pensó en que ropa ponerse. Con todos aquellos conjuntos adornando su salón la respuesta era complicada. Al final le vino a la cabeza una idea que le convenció. Se pondría la ropa que llevaba el día que se conocieron. De esta manera además comprobaría cuantos recuerdos guardaba él de su primer encuentro.

Mientras se vestía aquel traje de chaqueta y pantalón que le gustaba ponerse en los viajes de negocios, lo comparó con la ropa que se desplegaba

ante su vista.

“Esos conjuntos, son los de la princesa, y este que me he puesto, el de la ayuda de cámara de la princesa” —pensó, riéndose para sus adentros.

Mientras tomaba el aromático café recién hecho, sentada en una de las butacas que había quedado libres, intentó calcular lo que valía todo aquello. No era una experta en aquel tipo de vestidos, ni nunca había sido una de sus pretensiones el lucir ropa cara.

Hasta hacia unos meses, su sueldo se alejaba mucho de poder permitirse nada de lo que estaba delante de sus ojos. En la actualidad, con su nuevo empleo sí podía hacerlo. Ni de lejos todo aquel despliegue, pero si al menos uno o dos de ellos al año. La cuestión es que seguía sin ser una de sus aficiones y dudaba que llegase a serlo algún día.

Había tenido la suerte de que la naturaleza le había dotado de un escultural cuerpo y una belleza espectacular, lo que suplía ampliamente la necesidad de ponerse vestidos llamativos. Con cualquier prenda que se vistiera, la deslumbrante pasaba a ser ella. Aspecto que tampoco cultivaba, porque era discreta y no le gustaba ser el centro de las miradas. Ni de los hombres, ni de las mujeres.

Terminó el café, abandonó su apartamento y dentro del ascensor, introdujo la llave que permitía acceder al aparcamiento. Iba pensando en cual de los tres aeropuertos de New York sería el adecuado. Al final se decidió por el John F. Kennedy. Sergio, le costaba llamarlo así, casi siempre andaba en asuntos con multinacionales que le hacían recorrer el mundo.

Se subió a su coche, un BMV 323 que la empresa ponía a su disposición y comenzó a recorrer la distancia que le separaba de su destino. Una vez allí aparcó en el carísimo estacionamiento de corta duración y se encaminó a la salida más concurrida de la terminal y por la que llegaban el mayor número de vuelos.

Como era inevitable y a pesar de su sencillo atuendo, no dejaba de atraer las miradas de los hombres y mujeres que llenaban aquellos pasillos. Como era habitual en ella, simulaba estar concentrada en buscar su vuelo, observando los paneles en donde se mostraba la información del aeropuerto y desoyendo las palabras que más de uno y una le dedicaban.

Buscó una zona junto a una columna que impedía el que se aglomerase mucha gente y se dispuso a esperar. Por aquella salida no discurrían muchos pasajeros y ya eran cerca de las siete y cincuenta. Había cierta ansiedad en su espera y no dejaba de repartir su mirada, entre la pantalla de su móvil y aquel

lugar por donde transitaba tanta gente.

No sabía si su elección había sido la correcta y aún en ese caso pasaba demasiada gente por delante suya. Aunque se decía a sí misma que la figura de Sergio sería para ella inconfundible, temía que pasase si verlo. Pasaron los minutos y su inquietud interna se fue incrementando.

“Parezco una chiquilla anhelante, esperando la aparición de su novio en su primera cita”.

Las ocho y cinco y nada.

“Con las prisas, he venido al aeropuerto equivocado —se dijo sin dejar de contemplar el enorme panel en donde iban apareciendo los diferentes vuelos—. Acaba de llegar un vuelo de Canadá y ahora aterriza uno de México. ¿De qué país vendrá esta vez?”

Las ocho y diez y nada.

Empezó a mirar más a su teléfono que a la salida de pasajeros. Seguro que se había equivocado...

Llamó su atención un hombre que hacía unos minutos había llegado en el vuelo de Canadá y en vez de dirigirse a coger un medio de transporte que le llevase al centro de la ciudad, se había colocado a escasos metros suya y la miraba con descaro.

Mónica empezó a fijarse con más detenimiento en su fisonomía. Viendo que era el foco de la mirada de la muchacha, el individuo se quitó las gafas de sol que llevaba y le guiñó un ojo. Iba a ignorarlo y volver su mirada de nuevo hacia la salida, cuando él le volvió a guiñar un ojo y con una sonrisa le hizo una seña para que se acercase.

Sintiendo curiosidad sin explicarse muy bien el motivo, abandonó su espera y se dirigió hacia él.

—Hola. ¿Qué es lo que desea? —le preguntó en un tono educado pero distante.

—Comenzar a hablar con una chica estupenda con la que no me esperaba encontrar tan pronto —le respondió el desconocido en perfecto castellano, mientras le guiñaba un ojo—. Si no recuerdo mal se llamaba Mónica Glaría.

En un primer momento, la joven no reaccionó ante aquellas frases. La mayor de las sorpresas se reflejaba en su bello rostro.

—Eres..., eres tú —balbuceó.

—¿A quién buscabas si no?

Y avanzando hacia ella, la acogió entre sus brazos con cariño.

—No tienes ni idea de las ganas que tenía de que llegase este momento.

Al oír aquella voz que tanto tiempo llevaba sin escuchar, ella le correspondió abrazándose también fuertemente a él.

—Las mismas que yo —respondió, mientras una pequeña lágrima de emoción corría por su mejilla.

Estuvieron enlazados tiernamente durante unos minutos, como si ninguno de los dos quisiera que se les escapase aquel momento. Despacio, poco a poco se fueron separando, sin dejar de mirarse a los ojos.

Se pusieron en movimiento. Sergio, que siempre viajaba escaso de equipaje, llevaba un pequeño *trolley* en la mano izquierda y a Mónica enlazada en el brazo derecho.

—Como siempre, eres una caja de sorpresas. ¿De quién vas disfrazado hoy?

—En el coche te lo cuento. Aquí: “*hay ropa tendida*”.

Nada más oír aquella frase Mónica se sumió en un silencio que no abandonó hasta que estuvieron montados en su coche y salieron del aeropuerto. La última vez que estuvieron juntos, Sergio le había comentado que su madre solía utilizar aquella frase para decir que había gente escuchando lo que decían y que tuviesen cuidado. Ya de camino al centro de New York, recuperaron la conversación.

—¿Por qué pensabas que alguien nos podía estar escuchando? —preguntó Mónica en tono bajo mientras conducía.

—No era estrictamente a nosotros. Debido a la sucesión de atentados terroristas, en este país se han tomado medidas especiales en los aeropuertos de las cuales los pasajeros que las frecuentan no son conscientes. Una de ellas es la de grabar y analizar aquellas conversaciones que puedan parecer sospechosas. Perdona que te haya interrumpido, pero tú me acababas de preguntar sobre este disfraz que llevo. Y la palabra disfraz es una de las que atraen su atención.

—Disculpa. No sabía nada de eso.

—Nada que disculpar, como te acabo de comentar, no es de dominio público. Si lo fuese, y la noticia se difundiese por las redes sociales, mucha gente presentaría demandas por el ataque a su privacidad.

—¿Y tú..., ¿cómo lo sabes?

—Casualidades de la vida.

—No he pasado mucho tiempo contigo... Pero de lo que conozco, nada en ti suele ser casual. Como ejemplo: ¿por qué te has puesto una máscara que

te hace tan feo?

—Me divierte asustar a cierto tipo de gente —respondió riéndose— Tú, ¿saltarías a abrazarme y a acariciar este rostro con muestras de haber sido picado de viruela?

—¡Ni se me pasaría por la cabeza!

—Pues ese era el objetivo que quería conseguir —añadió guiñándole un ojo—. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—Pues..., respondió indecisa. Había pensado que querías ir a mi apartamento a cambiarte.

—¡Pues sí que vas deprisa! —exclamó sin dejar de reírse.

—No sería la primera vez que pasases una noche en mi casa —repuso ella ruborizándose—. Y la última vez te comportaste como todo un caballero. Ni te acercaste un poco a mí.

Lo dijo con un tono en el que se advirtió un leve reproche, dando a entender que hubiese deseado en cierta forma, todo lo contrario.

—Si no te importa —dijo cambiando el rumbo de la conversación—. Te propongo un plan. Me dejas en el *Four Seasons*, vas a tu casa y dejas allí este coche. No lo vas a necesitar durante los próximos días. No es compatible el conducir con el buen vino.

—Y, ¿tú vendrás a buscarme?

—No me importaría, pero necesito algo de tiempo, para asearme y comprarme ropa adecuada. A pesar de que me encanta el traje que llevas puesto por los recuerdos que me trae, quiero que luzcas los vestidos que te he comprado. En cuanto te hayas cambiado, vuelves al hotel y me llamas. Estoy en la suite número doce. Yo también estaré mejor vestido y con mi cara real. No daré la talla a tu lado, pero lo intentaré.

—Nos acabamos de ver... y ya me estás dejando.

—Te prometo que esta vez no desapareceré. Llevo demasiado tiempo esperando poder estar de nuevo contigo. No tardes.

7. Felices jornadas

New York, 14 de septiembre.

Se había introducido en el hotel por una de las puertas de servicio y evitando que las cámaras le captasen, entró en un baño poco concurrido. Bloqueó la puerta y se fue retirando de la cara, la máscara que la cubría.

El rostro de un joven que no había cumplido los treinta años fue apareciendo en el espejo. Limpió a conciencia su cara hasta eliminar todo rastro de los pegajosos materiales empleados en su disfraz. Cogió todos los restos de maquillaje y plástico y los arrojó por el inodoro. Se lavó la cara y se la secó con una de las suaves toallas que tenía a su disposición. Cuando terminó se dirigió hacia recepción.

—Buenos días.

—Bueno días señor —le respondió con un tono repleto de educación—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Tengo una reserva a nombre Michael Johnson.

—Por favor, espere un segundo mientras la localizo —le comentó educadamente el joven, mientras tecleaba con habilidad en el teclado de un ordenador—. Aquí está. Perdona señor. Según el ordenador, tiene usted reservados los próximos cinco días. Pero...

—¿Sí?

—No tiene cerrada la salida.

—Es que..., no sé si me marcharé al sexto día o seguiré algo más.

—Bien señor —dijo intentando disimular la sorpresa que aquello le había causado.

Que aquel individuo, joven, solo, sin acompañantes, ni equipaje, reservase una suite en uno de los hoteles más caros de la ciudad durante varios días, le pareció extraño. Que además se diese el lujo de no cerrar su salida, lo que era equivalente a pagar tres días adicionales hasta que no lo hiciese, rompía todos los esquemas de aquel empleado. Bueno, una vez más las apariencias engañaban.

—Aquí tiene su llave —dijo entregándole una tarjeta magnética—. ¿Desea algo más?

—Sí, un par de cosas. Primera, ¿han dejado algún paquete a mi nombre?

Segunda, ¿dispone el hotel de una tienda de moda de hombre?

El recepcionista buscó en uno de los cajones del mueble delante suyo y en unos segundos, encontró un abultado sobre de plástico reforzado.

—Aquí tiene usted el paquete, señor —dijo entregándoselo—. Y sí que tenemos una excelente tienda de ropa masculina. Está en la primera planta. Subiendo esas escaleras, a mano derecha. Si no tenemos lo que desea, se los buscaremos.

—Estupendo.

—Muchas gracias. Aquí nos tiene para lo que usted necesite —dijo con el tono adecuado de atención, pero sin caer en el servilismo.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

Subió rápidamente a su suite, en donde se dio un baño de sales de media hora, sin apartar la vista del reloj. Necesitaba relajarse después del trabajo de los últimos días. Después se volvió a vestir y bajó a la tienda del hotel, en donde eligió diferentes conjuntos. Desde un par de ellos de gala, hasta unos más desenfadados, aunque elegantes. Decidió ponerse uno de estos últimos para esa mañana y pidió al encargado del hotel que subiesen el que había llevado puesto y lo que había comprado, a su habitación.

Mirando el reloj que acababa de adquirir, calculó que Mónica estaría a punto de aparecer por allí, por lo que se encaminó a la recepción en donde tomó asiento en un cómodo sofá.

No habían pasado ni diez minutos, cuando la chica cruzó el *hall* del hotel. Ondeando su preciosa melena rubia, con aquel vestido que se ceñía a su esbelto cuerpo y los zapatos de tacón que la dotaban de más de un metro ochenta de estatura, destacaba como un faro en la oscuridad. Sergio se levantó de su butaca y caminó en su dirección. Cuando estuvieron a un paso de distancia, se miraron de arriba a abajo, estudiándose en detalle. Después se fundieron en un cálido abrazo.

—¡Qué ganas tenía de volver a verte! —le dijo Sergio al oído, poniendo todo su sentir en aquella frase.

—Pues ya te ha costado...

Siguieron así durante un buen rato, indiferentes a que la mayoría de las miradas de la gente que pasaba por allí fuese en su dirección.

—¿A dónde me vas a llevar? —preguntó cuando por fin se desenlazarón.

Lo dijo con los ojos brillantes de ilusión, como una hermosa niña a punto de recibir el regalo del día de su cumpleaños que llevaba tanto tiempo esperando.

—¡Uhhh! Pues no lo tengo muy claro... —respondió él en un tono pensativo—. Con ese vestido me lo has puesto muy difícil. Estás espectacular y voy a ser el blanco de todas las miradas de envidia de los hombres y mujeres, allá donde vayamos.

—¡Tonto! —le dijo riéndose mientras le daba un ligero toque en un brazo con el pequeño bolso que llevaba y sus mejillas se sonrojaban levemente—. Quiero para MÍ SOLA cada uno de los cinco días de diversión y lujo que me prometiste. O sea que ya puedes ir pensando.

Conociendo a Sergio, dudaba mucho que no hubiese planificado con cuidadoso detalle lo que iban a hacer.

—Por cierto —continuó retomando la palabra y dando con gracia una lenta vuelta sobre sí misma—, voy a considerar que has cumplido al menos la primera parte de tu promesa.

—Sí —añadió el mientras movía la cabeza en un gesto de aprobación—. Yo también.

—Bueno. ¿A dónde vamos?

—Pues primeramente a llevarte un poco la contraria a lo que has dicho hace un momento. Cuando le pedí a Carl que te diese cinco días libres, solo me puso una condición...

—Cual... —dijo ella arrugando levemente su preciosa nariz y torciendo el gesto temiéndose escuchar una noticia desagradable que estropease su encuentro.

—Que almorcemos hoy con él. Está deseando verme, pero sí tú le niegas ese pequeño placer —dijo mientras una sonrisa acudía a su rostro—, le llamamos y le decimos que se quede en su despacho, que no quieres que venga.

De nuevo recibió un bolsazo de Mónica, esta vez con bastante más fuerza que la anterior.

—¡Ay! ¡Que es un bolso de Michael Kors! ¡Y de los caros! —exclamó, no pudiendo evitar una carcajada— ¿Estás acudiendo últimamente a un gimnasio? ¡Vaya golpe que me has dado!

—Pues espera un momento —añadió ella también contagiada por la risa de Sergio—, que este bolso para zurrarte no me sirve. Voy a pedirle al recepcionista que me preste un bastón.

—¡Esto si que es un recibimiento cariñoso!

—¡NO ME DES ESOS SUSTOS! —le dijo ella en un tono más serio y alzando la voz— Cada vez que educadamente me dices que vas a faltar un

momento, desapareces durante semanas.

—Esta vez no —y añadió empleando un tono de voz igual de serio—. Te lo prometo.

Y para dar más sentido a sus palabras, sacó de su traje un delgado móvil, lo apagó y se lo entregó.

—Guárdalo. Estaré totalmente incomunicado.

Después de la sorpresa inicial al ver el gesto que suponía aquello, se repuso y lo guardó en su bolso. Colgándose de su brazo, se dirigió hacia la salida.

—Con Carl, no me importa compartirte. Pero..., solo un rato. El resto de estos días, me dedicarás a mi sola toda tu atención. ¿A dónde vamos?

—Al *Gramercy Tavern*. Tenemos mesa reservada para dentro de una hora.

—¡Vaya! —exclamó ella sorprendida—. Pero ¡si hay que reservar con más de tres meses de antelación!

—Depende de a quien conozcas... —respondió el con una sonrisa en su rostro.

—Veo que te estás tomando en serio lo de tratarme como a una reina.

—Como una reina no. Las reinas tienen obligaciones que atender. Como una princesita cuya única obligación va a ser la de pasarlo bien.

—¡Pues te va a costar una fortuna!

—Señorita —repuso con una amplia sonrisa en su rostro—, Es de muy mala educación en este tipo de ocasiones hablar de dinero.

Al salir del hotel cogidos del brazo, Mónica vio que no cogían ningún taxi, sino que seguían caminando. Viendo su ligera expresión de extrañeza Sergio tomó la palabra.

—Uno de nuestros objetivos de estos días es relajarnos y no tener prisa. Salvo los horarios de espectáculos que no podemos cambiar, el resto del tiempo procuraremos no mirar el reloj —le dijo con un tono de voz lleno de ternura enseñándole sus muñecas vacías—. Tanto tú como yo a diario somos en nuestro trabajo esclavos del tiempo. Reuniones, viajes, compromisos, ... Acabo de bajarme de un avión y si esos preciosos zapatos de tacón no te lo impiden, me encantaría pasear tranquilamente a tu lado.

Mónica sin responderle, se quitó su reloj, lo introdujo en el bolso, apoyó suavemente la cabeza sobre su hombro y siguió andando.

8. Una estupenda comida

New York, 14 de septiembre.

Habían ido caminando lentamente por *Park Avenue* y *Madison Avenue*, recorriendo la distancia que les separaba del famoso restaurante italiano. Un trayecto que dos jóvenes como ellos podían haber recorrido en apenas treinta y cinco minutos, les llevó prácticamente las dos horas que tenían de margen.

Casi no se habían dirigido la palabra, disfrutando sencillamente el contacto del uno con el otro. De su mera compañía. Agarrando el tiempo como si temiesen que se les fuese a escapar. Tenían una mala experiencia previa de momentos similares.

Llegaron al restaurante y atravesaron las columnas de su señorial entrada. El *Gramercy Tavern* había sido inaugurado en 1994 por el famoso *chef Danny Meyer*. Desde el principio fue uno de los máximos exponentes de la *New American Cuisin*, convirtiéndose en uno de los lugares favoritos tanto de los altos ejecutivos de las empresas de Manhattan, como de famosos del cine y de la música que peleaban por sentarse en una de sus mesas y por supuesto que la prensa les captase.

El restaurante cuenta con el *Zagat*, probablemente el más prestigioso de los premios culinarios y entre sus platos famosos están la sopa fría de zanahoria con camarones, o la crema de calabacín con mantequilla de nueces.

Se acercaron a un elegante *maitre* vestido de negro, que comprobaba en un atril el libro de reservas. En cuanto validó que era verdad que disponían de una mesa los acompañó hacia el interior del local. Disfrutando de un aperitivo, les esperaba Carl Murray, presidente de *Softplay, Inc*. En cuanto los vio, se levantó ágilmente de su silla y acudió a su encuentro. Sin mediar palabra le dio un fuerte abrazo a Sergio.

—¡Qué ganas tenía de verte! —exclamó no pudiendo contener su alegría—. ¡Veo que estás estupendamente! La vida no te trata mal.

—No me puedo quejar.

Tomaron asiento y al cabo de un minuto apareció de nuevo el *maitre*.

—¿Qué desean los señores?

—Yo soy una sencilla chica de pueblo, sin experiencia en este tipo de restaurantes —sonriendo Mónica y declinando la responsabilidad de elegir.

—Pues yo —añadió Carl—. Soy un chico de un barrio pobre de New York que accedió gracias a una beca a una buena universidad y con un golpe de suerte ha hecho algo de dinero en los negocios. Pero me pego todo el día trabajando y tampoco frecuento este tipo de sitios.

—¡Vale! ¡Vale! Ya me encargo yo —exclamó Sergio mirando al *maitre*—. No les haga ni caso. Yo sí que soy un pobre hombre con dos caraduras de amigos que quieren que haga el ridículo delante de usted. Como queremos probar un poco de todo, por favor nos sacan los diversos platos al centro de la mesa. De entrantes queremos cilantro a la parrilla y yogur, unas croquetas de pescado con zanahoria y salchichas a la parrilla con boniato, grelos y salsa de perejil.

—Buena elección.

—A continuación, unas pechugas de pato confitadas con coles de Bruselas, avellanas y membrillo. No tenemos ninguna prisa y queremos disfrutar de sus platos y de una buena charla, por lo que tómense su tiempo en atendernos.

—Por supuesto señor.

—De postre nos prepara, una tabla de quesos y crujiente de manzana caliente con arándanos, *streusel* de nueces y helado de *brie*.

—¿Señor?

—¿Sí?

—Sí me lo permite...

—Adelante.

—Para ser la primera vez que viene usted por aquí, ha seleccionado algunos de mis platos favoritos.

—Ha sido pura casualidad —añadió quitándose importancia.

—¿Permite que le recomiende para acompañar la comida alguno de nuestros vinos franceses?

—No —respondió tajante produciendo que el rostro del *maitre* se contrajese con un rictus de sorpresa—. Preferimos los caldos españoles. ¿Qué tiene en su bodega?

—Tenemos *Petrus*, *Vega Sicilia*, *Marqués de Murrieta* y *Sierra Cantabria*. Todos ellos, grandes reservas.

—Perfecto. Nos va a sacar inicialmente una botella de *Sierra Cantabria* y después una de *Petrus*.

—De nuevo, una excelente elección.

—Disculpe, una cosa más. La tabla de quesos, que sea también de

quesos españoles.

—Faltaría más señor.

Cuando aquel hombre se alejó de la mesa para encargarse de lo que habían pedido, Carl tomó la palabra.

—Michael, ¿dónde te ha entrado esa afición por los productos españoles? ¿Has estado trabajando últimamente por allí?

Carl había sido uno de los clientes de Sergio y como era su costumbre le había cobrado tanto en metálico como en acciones. Al contrario de lo que le pasaba con otros de los que contrataban sus servicios, había trabado una especial amistad con aquel hombre y mantenían un trato frecuente. A pesar de ello, Carl desconocía la verdadera identidad de Sergio y seguía pensando que su nacionalidad era norteamericana.

—Cómo te gusta intentar sonsacarme. A pesar de que estamos en el *sancto sanctorum* de la *New American Cuisin*, no he podido resistirme a, en honor a Mónica, pedir unos platos de su tierra —respondió mientras torcía la cabeza y le guiñaba un ojo a ella, sin que Carl se apercibiese.

Estuvieron hablando de la buena marcha de la empresa y Carl elogió el trabajo que estaba realizando Mónica. Tras haberse tomado los postres y un buen rato de animada conversación, se levantó.

—Bueno, ha sido un placer compartir los manjares de esta mesa con vosotros, pero mis obligaciones en nuestra empresa me reclaman —dijo Carl, Mónica y Sergio sabían que era una pobre excusa para dejarlos solos—. Michael, por favor, repitamos esto más frecuentemente. No os levantéis, yo me encargo de la cuenta.

—Lo siento Carl, pero ya está hablado con el *maitre*. La comida corre a mi cargo.

—Eres imposible... —añadió mientras se dirigía hacia la salida del local.

—Es un buen hombre —dijo Sergio.

—Magnífico y un buen profesional. Es el mejor jefe que podía tener. ¿Qué? ¿Nos movemos?

—¿A dónde te apetece ir?

—No lo sé. Solo quiero pasear como antes, cogida de tu brazo.

Sergio llamó la atención del *maitre* y le pidió que le trajese la cuenta. Cuando lo hizo, pagó con una tarjeta de crédito y dejó una buena propina. Viendo como Mónica ponía excesiva atención en la tarjeta, se la entregó.

—Esta tarjeta, no es de las que solemos utilizar en Softplay —dijo ella.

—No, no lo es —y viendo en su rostro una pregunta que no se atrevía a realizar en el rostro de Mónica añadió —¿Qué quieres saber?

—No..., no es nada importante.

—Te prometí que iba a responder a todas tus preguntas y pienso cumplir con ello. ¿Qué quieres saber? —repitió.

—¿Cuántas tarjetas de crédito tienes?

—No sé el número exacto. Muchas. Para diferentes ocasiones.

—Y de la misma manera que en el caso de *SoftPlay*, ¿de cuantas de empresas del mismo volumen de negocio tienes acciones?

—De unas veinte.

—¡Uauh! —exclamó ella con una enorme sorpresa pintada en su rostro.

Al cabo de unos segundos cuando al fin se recuperó de la información que Sergio le había suministrado, volvió a preguntar.

—¿Y son todas tan rentables con *SoftPlay*?

—Más o menos —respondió Sergio con una sonrisa en su rostro—. ¿Con lo que te he contado es suficiente o necesitas mis extractos de cuentas bancarias?

—Necesito airearme —susurró la joven mientras se levantaba de la mesa y esperaba a que se pusiera él de pie para agarrarse de su brazo y encaminarse hacia la salida.

Fueron caminando por *Madison Avenue* en dirección *Union Square Park*. Cuando llegaron, Sergio la invitó a sentarse en uno de sus bancos. Algunos paseantes se quedaban extrañados viendo a aquel par de jóvenes tan elegantemente vestidos, sentados en aquel sencillo lugar.

Estuvieron durante un amplio espacio de tiempo, el uno junto a otro sin hablar, solo disfrutando de su compañía. Al cabo de un rato, Sergio tomó la palabra.

—Ya se lo que te lo dije por teléfono hace unas semanas, pero necesito repetírtelo de nuevo. Lamento profundamente lo que tuviste que padecer por mi culpa. Desde que ocurrió no hago más que pensar de vez en cuando en ello y arrepentirme de todo lo que sucedió.

—¿Sergio?

—¿Sí?

—El conocerte a ti, ha sido lo mejor que me ha podido pasar en mi vida.

—Pero por mi culpa, simplemente porque te asociaron conmigo, te secuestraron y golpearon.

—Sí, y tú me salvaste y castigaste duramente a los culpables. Gracias a

ti, conocí a Carl y al principio, imagino que por sentirse culpable y porque tú se lo pediste, me contrató como Directora de Marketing de SoftPlay. Pasé a ganar diez veces más que en mi anterior trabajo en un puesto y en una empresa que me encanta. Ahora que le he demostrado lo que valgo, Carl cada vez me da funciones de mayor responsabilidad. Ya me ha hablado de subirme el sueldo para el siguiente trimestre.

—Pero..., te maltrataron por mi culpa.

—Sergio, mírame a los ojos —y su tono de voz, era el más firme y sereno que había visto en su boca desde que la conociera—. TODO, repito, TODO lo que me ha pasado desde que te conocí, ha mejorado mi persona. Soy muy feliz con mi trabajo y mi estilo de vida. No quiero que le des más vueltas a este asunto. Doy por bien empleados unos pocos moratones que desaparecieron en un par de semanas. Ha sido un pago muy pequeño por lo mucho que he recibido a cambio.

—No sabes lo que me alegra escuchar estas palabras de tus labios. Prometo no volver a mencionarlo.

—Además...

—¿Sí?

—He cambiado en otros aspectos. Me apunté a clases de defensa personal y tengo mayor confianza en mí misma en todos los aspectos. A nivel profesional me he vuelto mejor negociadora. A nivel personal, estoy más contenta con mi estado físico.

Él no pudo contenerse y le estampó un sonoro beso en la mejilla mientras la abrazaba contra sí. Volvieron a sumirse en un sosegado silencio.

—Bueno, te prometí que íbamos a disfrutar unos días de eventos y celebraciones. Tenemos el tiempo justo para cambiarnos.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa —respondió haciéndose el interesante.

Se levantaron y se dirigieron a la salida del parque, donde Sergio paró un par de taxis.

—Nos vemos en tu casa en una hora —le dijo a Mónica, mientras ella se subía al suyo.

—Si, ¿no te he dicho donde es!

Sin responder, él esgrimió en su rostro una amplia y pícaro sonrisa.

—¡Qué tonta soy! —exclamó ella, dándose cuenta de que Sergio era un especialista en encontrar secretos y estaba segura de que la dirección de su domicilio no llegaba a ese nivel de dificultad.

9. Encuentro desafortunado

New York, 14 de septiembre

Estaba delante del espejo del cuarto de baño, dándose los últimos retoques de un suave maquillaje. Era lo suficientemente guapa para no ser necesario, y no solía hacerlo salvo en ocasiones, pero en aquel momento tenía dos funciones.

La primera, quería estar tremendamente atractiva para él y aunque le había dado suficientes muestras de cariño, ella quería sacarles partido a todas sus armas de mujer.

La segunda, mientras esperaba que pasase la interminable hora que él le había dicho que emplearía, no tenía nada mejor que hacer. Se había cambiado de ropa en minutos, poniéndose un precioso conjunto de cuerpo entero de terciopelo negro que se ajustaba a su figura como una segunda piel. Un escote en forma de pico y una abertura lateral que le llegaba por encima de la rodilla, eran dos elementos que sin llegar a enseñar nada, dejaban intuir la belleza existente en su interior.

Los lentos movimientos de los pinceles sobre su delicado rostro le permitían pensar en Sergio y en las últimas horas vividas con él. No habían hecho nada del otro mundo salvo pasear despacio por las calles de aquella ciudad y comer tranquilamente con Carl. Nada especial, salvo estar el uno junto al otro. Pero, para ella eso era suficiente.

Dejó la brocha y cogió el pintalabios rojo pasión para dar un toque adicional a sus labios, cuando sonó su móvil.

—¿Sí? ¿Dígame? —preguntó con un leve tono de ansiedad en su voz.

—Hola Mónica. Estoy en la entrada de tu edificio, esperándote en el interior de un coche del *Four Seasons*. Me verás sin dificultad. No tardes mucho.

Mientras mantenían la conversación, ella había salido del cuarto de baño, había cogido un chal a juego con su vestido y abandonando su casa, se dirigió al ascensor. En un par de minutos salía por la puerta principal del edificio. Vio un coche de alta gama del tipo que el hotel ponía a disposición de sus huéspedes. El conductor a una indicación de Sergio se bajó y le abrió la puerta trasera. Ella se sentó al su lado y le dio un tierno beso en la mejilla.

El coche estaba dotado de una placa de metacrilato que dotaba de intimidad a los pasajeros del vehículo. El chofer no podía oír su conversación.

—¡Estás guapísima! —exclamó él con un gesto de fascinación en su rostro.

—¡Es que tengo un admirador que piensa en mí y me agasaja! —repuso ella con una sonrisa pícara.

—¡Pues dile que siga así! ¡Ese vestido te sienta de maravilla!

El coche se puso en movimiento y comenzó a avanzar entre las calles de New York. Eran las siete de la tarde y aunque empezaba a disminuir el tráfico debido a que el mundo financiero se iba a dormir, el ambiente nocturno, se empezaba a poner en marcha. New York y sobre todo Manhattan tenía vida las veinticuatro horas del día y de la noche.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella con la misma ilusión en la mirada que una niña.

—Espera un poco. Enseguida llegamos.

—¡Venga! ¡Venga! ¡Dímelo!

—No va a ser necesario. Espera solo un par de minutos más.

Tal y como había dicho, tras un par de manzanas, llegaron a su destino. El coche se detuvo a la puerta de aquel centro mundial del espectáculo.

—¡Es el *Majestic Theatre*!

—Efectivamente. Te veo muy puesta en el mundo de los musicales. ¿Vienes mucho por aquí?

—No. No he estado nunca a pesar de que varias veces me lo había propuesto. La gran cantidad de tiempo que hay que esperar para conseguir entradas ha hecho siempre que me desmoralizase y abandone. No me hace ilusión coger entradas para dentro de dos meses.

—Pues en un rato estaremos dentro.

—¡¿Vamos a ver “El fantasma de la ópera”?!

—Pues sí

—¡Te adoro! —exclamó ella dándole de nuevo un sonoro beso en la mejilla.

En esos momentos, una luz amarilla se encendió en el panel que tenían delante suya. Indicaba que el conductor quería hablar con ellos. Sergio pulsó el intercomunicador.

—¿Sí? ¿Charles?

—¿Cuándo desea el señor que venga a buscarlos?

—El espectáculo dura un par de horas. Si no te vemos, te esperaremos.

—No se preocupe señor. Estaré aquí.

A Mónica le encantaba la facilidad que tenía Sergio para conseguir hacerse cercano a la gente. A pesar de su dinero, su clase social, su nivel de estudios y conocimientos, trataba a todo el mundo por igual. Con respeto y educación. Daba igual que fuese el gobernador de California, que el chófer de aquel automóvil. Para él, todo el mundo era importante. A cambio la gente, principalmente la de clase humilde, le agradecía aquel trato enormemente.

Estaba segura de que solo hacía unos minutos que conocía a Charles. Sin embargo, con las pocas frases que habían intercambiado, le había quedado claro que aquel conductor, no le iba a prestar sus servicios de la misma manera que a otros huéspedes del hotel. Se iba a volcar en atenderlo. No por esperar una posible propina. Solo en agradecimiento por el respeto con que lo estaba tratando.

La gente iba acudiendo a la entrada del teatro para ver el espectáculo y ellos se sumaron a la marea de espectadores que se estaba acumulando en las puertas.



—¡Ha sido increíble! —exclamó Mónica entusiasmada.

Iba colgada del brazo de Sergio, muy apretada a él, rodeados del gentío que había acudido a ver la obra y que se dirigían a través de los pasillos del local hacia la salida.

—¿Te ha gustado? —le preguntó con una amplia sonrisa en su rostro Sergio.

—¡¿Que si me ha gustado?! ¡¿Que si me ha gustado?! ¡Me ha encantado! Prométeme que no será la última vez que me traigas a este sitio —pidió bajando el tono de voz y ligeramente la mirada como quien no se atreve a expresar en voz alta sus pensamientos.

—Te lo prometo —dijo en un tono más serio que el que estaba utilizando.

Y para dar mayor veracidad a lo que acababa de pronunciar repitió:

—Te lo prometo.

Ella como si fuese un premio a lo que acababa de prometerle, le estampó un sonoro beso en la mejilla, mientras atravesaban la puerta de salida y alcanzaban la acera de la calle.

—¡Eh! —exclamó mientras se daba la vuelta con un gesto de disgusto en el rostro.

El hombre que estaba a su espalda no podía evitar lucir una irónica sonrisa y daba la sensación de estar aguantándose una carcajada. Lucía un caro traje azul oscuro y un rostro bronceado por el sol.

—¡Me has pellizcado el culo!

—Normal —manifestó otro pelirrojo de piel pálida con traje gris riéndose a su lado—. Con esos altos tacones y ese vestido tan ceñido, nos estás invitando a comprobar si lo tienes tan duro como parece.

—Si —añadió el tercero de los que componían el grupo, más bajo que los otros, siguiendo la corriente a sus compañeros y echando carcajadas—. Todos hemos pensado que era una especie de prueba que teníamos que pasar. ¿Qué tal lo hemos hecho?

Sin poder contenerse, Mónica estampó en la cara del primero, una sonora bofetada.

—¡Imbécil!

—¡Zorra! —exclamó el que había recibido el tortazo, echándose la mano a la zona dolorida. La zona del impacto empezó a enrojecer.

Sergio experimentó una extraña sensación de *déjà vu*. El día que conoció a Mónica se habían visto envueltos en una situación similar, cuando tres individuos borrachos, quisieron propasarse con ella.

—¡Te vamos a enseñar modales! —añadió envalentonado el pelirrojo.

Mónica que se había situado en una posición defensiva adelantando una parte de su cuerpo y ofreciendo menos superficie de contacto, notó como la agarraban por detrás, con una curiosa mezcla de delicadeza y firmeza. Siendo levantada sin esfuerzo, pasaba de estar delante de Sergio a estar situada detrás suya.

Hay momentos en donde tras largos minutos de conversación, no eres capaz de sintonizar con una persona y hacerte entender. Otros en donde una simple mirada, es capaz de trasladar al otro todos sus pensamientos.

Mónica vio la transformación que se había producido en los ojos de Sergio. De estar todo el día con ella transmitiéndole cariño y afecto, a esa mirada de depredador que lucía en esos momentos. Ella ya había visto ese fulgor en sus ojos anteriormente en un par de ocasiones. Ambas de peligro para ella. En ambas los que se habían enfrentado a Sergio habían acabado en el hospital... o muertos.

Mientras cambiaban sus posiciones, también Sergio la miró a los ojos, queriendo transmitirle tranquilidad, pero fueron los de ella los que le hablaron con intensidad. Su mensaje expresaba una triste súplica y lo decía todo. Si él

era el que se enfrentaba a aquellos hombres, todo lo que Mónica había trabajado tanto mentalmente como físicamente en las últimas semanas, no habrían valido para nada.

Sus clases de defensa personal, su acondicionamiento interior, sus ganas de demostrar que el secuestro que había sufrido, no le había dejado secuelas, que no había minado la confianza en sí misma. Todos aquellos esfuerzos, habrían resultado inútiles. Aquellos ojos y aquel rostro que tanto adoraba le estaban suplicando:

“Por favor”.

Aquel mensaje, quedó diáfano en la mente de Sergio y sin terminar de depositarla en el suelo, volvió a posicionarla delante de él enfrentada a aquellos hombres. Para bien o para mal, ganase o perdiese, aquel combate tenía que librarlo ella.

Mientras ella volvía a colocarse en una posición de defensa, él vio reflejada una enorme gratitud en su rostro. En su cara no había miedo, solo determinación.

En la visión periférica de Sergio, apareció Charles saliendo del coche. Estaban claras las intenciones de aquel joven. Su rostro expresaba enfado y furia e iba a tomar partido en la pelea.

Mientras avanzaba para situarse al lado de Mónica y enfrentarse a los agresores, Sergio le hizo un gesto con la mano, mientras le decía.

—No.

Con aquellas simples indicaciones tanto corporales como de palabra, le transmitía varias cosas. Primero, que le agradecía su voluntad de ayudarles. Segundo, que no quería que se metiera en problemas en horas de trabajo. Tercero, que si se torcían las cosas para Mónica, él se encargaría del asunto y cuarto, que les era más útil al volante y con el coche preparado.

A pesar de cierta reticencia inicial, Charles le hizo con la mano una señal de que le había entendido y se dirigió hacia su puesto de conducción.

El hombre bajito, situado a la derecha del que le había pellizcado el culo fue el primero en tomar la iniciativa.

—¡So zorra! No debieras haber comenzado algo que no podrás terminar.

10. ¿Dónde estoy?

En algún lugar de Brasil, 15 de septiembre

No había forma de despejar aquella bruma que cubría su cerebro. Les habían trasladado en un contenedor como si fuesen o materiales o ganado.

Habían dejado espaciar el periodo de tiempo que utilizaban para suministrarles comida y agua, de tal manera que cuando sus raptos aparecían con víveres, y se los pasaban al interior del contenedor, las mujeres se abalanzaban con un deseo irrefrenable de llenar sus estómagos, principalmente de la necesidad de saciar su sed.

A la muchacha, le resultaba evidente que el motivo principal de aquella forma de actuar era el aumentar la dosis de droga de tal manera que durante el traslado estuvieran aún más alejadas de la realidad que las circundaba.

Solo dos veces habían salido de su encierro en el interior del contenedor. Ambas para hacer sus necesidades y casi al límite de su aguante. Ella que había depositado cierta esperanza de poder ver donde se encontraban o al menos de ver la luz del día, había visto truncadas sus ilusiones.

Habían abandonado el contenedor, en lo que le había parecido un almacén sin ventanas de una nave industrial, lo justo para ser acompañadas por una pareja de sus captos, hasta una sencilla habitación también sin ventanas en donde solo había un sucio inodoro sin lavabo. Lo tenían todo calculado con precisión. No les habían dado la oportunidad de beber un miserable sorbo de agua.

En cada ocasión los hombres que las habían acompañado eran distintos, como si a lo largo de su viaje, se fuesen realizando relevos. Probablemente eran eslabones independientes de una cadena, sin conexión, ni conocimiento por parte de ninguno de ellos de la ruta completa que estaban siguiendo.

Lo único que su cerebro era capaz de recordar, era el continuo traqueteo del contenedor. No era capaz de estimar el tiempo que llevaban encerradas allí. Aunque todo el viaje se estaba realizando dentro del contenedor, a través de la niebla que cubría su mente, hubiera apostado a que había sido trasladado por diferentes medios.

Desde camiones a aviones, pasando por trenes. Esto último, por el tipo de traqueteo que había vivido. A pesar de que a priori le parecía una

estupidez, también hubiese jurado que habían subido aquel maldito contenedor a un barco. Por la duración del viaje y los medios empleados, aquel recipiente podía encontrarse en cualquier lugar del mundo.

Lo que deseaba fervientemente, era que aquel viaje acabase. Que le dijese el motivo por el cual le habían raptado y qué condiciones iban a poner para su liberación. Estaba convencida de que en el momento en que parasen aquella celda metálica, al menos dejarían de suministrarles drogas.

Era tal el mal estado mental en el que se encontraba ella y el resto de sus compañeras, que no habían sido capaces de entablar conversación entre ellas. Su lamentable situación, había impedido que se comunicasen. Por culpa de aquellas sustancias que les suministraban solo les era posible, en los breves intervalos de tiempo que recuperaban cierto grado de consciencia el contemplarse unas a otras.

Oyó como la puerta se abría una vez más.

“¿Qué raro? ¿No ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos trajeron la comida?”.

Probablemente era una falsa impresión que le transmitía su adormilado cerebro.

—¡Venga! ¡Levantaos! ¡En pie!

“Se habrán detenido para llevarnos a otro cuarto de baño?” —pensó mientras se ponía en pie con torpeza, obedeciendo aquellas órdenes.

Despacio, con el entumecimiento propio de llevar varias horas encogidas en aquel suelo metálico, formaron una fila y fueron abandonando aquella celda.

Intentó mirar a su alrededor sin llamar la atención de sus captores, pero una vez más, solo pudo distinguir las paredes sin ventanas de un local cerrado.

Se llevó una tremenda sorpresa, cuando en su caminar las fueron separando y sus captores las conducían por diferentes pasillos. Por lo visto, habían llegado a su destino. Ella y otra chica se habían separado del grupo y esta vez los hombres que las acompañaban iban vestidos de militares. No era una experta en uniformes, por lo que no pudo distinguir a qué ejército pertenecían.

“Aunque lo más probable es que solo sea ropa de camuflaje de algún equipo de seguridad privado”

Tras caminar varios minutos, llegaron a un pasillo con varias puertas. Abrieron dos de ellas. En la primera introdujeron de un empujón a la otra chica y en la segunda a ella.

“¡Cabrones! ¡Estoy en otra celda!”

La habitación en donde la habían dejado disponía de dos literas, inodoro y un lavabo.

“Al menos, por fin voy a poder beber agua” —pensó, abalanzándose hacía el grifo.

Bebió de aquella agua, como si fuese el más preciado líquido que en su vida se había llevado a la boca y como si en breve se la fuesen a retirar de nuevo.

—¿Quién anda ahí?

Todavía abotargada por las drogas, solo había tenido ojos para el grifo, sin fijarse en que en la litera superior había una muchacha.

—¿Quién anda ahí?

—Mi nombre es... —y tuvo que hacer un increíble esfuerzo para concentrarse—. Mi nombre es Amanda.

11. Sé defenderme sola

New York, 14 de septiembre

Aquel hombre, con la mirada puesta en la muchacha, avanzó los pocos pasos que la separaban de ella y adelantó el brazo derecho con la clara intención de sujetarla, mientras sus compañeros la manoseaban y golpeaban.

Mónica esquivó la mano y se desplazó lateralmente acompañando el movimiento de aquel brazo. Le agarró con su mano izquierda la manga de la chaqueta a la altura de la muñeca y mientras se giraba e introducía su cuerpo junto al de él, con su brazo derecho y en un movimiento circular de abajo a arriba, terminó de atenazar el brazo de su oponente. Después con un movimiento de palanca de su cadera, lo lanzó por encima de ella.

Nos han acostumbrado a través de las películas a que las peleas se deben tener a puñetazos. Un experto en artes marciales conoce perfectamente que una proyección bien ejecutada es bastante más eficaz y no produce ningún daño, al contrario de lo que ocurre en el caso de tu puño lastimado al chocar con un duro cráneo.

Como es lógico, depende de cómo sea el entorno en que se produzca la pelea. No es el mismo resultado en la playa donde la arena, amortiguará la caída que entre los duros adoquines de una calle. En este último caso, las lesiones para el contrario están aseguradas. Las probabilidades de que aquella zona del cuerpo con la que impacte, codo, rodilla, cabeza, muñeca, etc. se rompa son altísimas. Si además el bordillo de la acera juega a tu favor, el que termine en el hospital, está asegurado.

En aquel momento y en gran medida, la suerte estuvo de parte del atacante de Mónica, ya que se libró de golpear sobre la esquina y solo se rompió la muñeca al caer un par de metros más allá de la muchacha.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! Me has roto la muñeca.

En la mayoría de las peleas, y con el inconveniente de que la decisión no tiene marcha atrás, el subestimar a tu oponente, hace que el resultado final se decante a tu favor o en tu contra.

Si en vez de considerar a Mónica una indefensa muchacha, se hubiesen lanzado sobre ella todos a la vez, ahora la tendrían a su merced. Claro que..., solo eran un grupo de estúpidos que confiados en ser tres, pensaban que

aquello era suficiente para reducir a aquella joven. Ahora, eran solo dos.

Sin haber aprendido la lección, aunque con más precaución, el siguiente en moverse fue el que había provocado la pelea, el que lucía el bronceado.

—¡Estúpida zorra! Le has roto la muñeca a Matt. ¡Lo pagarás!

De nuevo Mónica, atenta a sus movimientos y cubriendo su rostro con sus brazos por si le lanzaba un puñetazo, dejó que se acercase a ella. Cuando se encontraba a un paso, simuló que iba a realizar la misma técnica que tan buenos resultados le había dado, comenzó a realizar el giro

Su contrincante que estaba esperándola, utilizó los dos brazos para agarrarle el suyo. Era lo que ella quería. Estando de espaldas pegada a él, le lanzó un tremendo pisotón. Con los tacones de aguja que llevaba, prácticamente le perforó la planta del pie. Su contrincante lanzó un chillido de dolor.

Con su brazo libre, le propinó un golpe con el codo a la altura del diafragma. El agresor la soltó y solo se preocupó de intentar que el aire le llegase a los pulmones.

Mónica se descalzó para tener más fluidez y libertad de movimiento. El mismo truco del zapato, no le iba a servir dos veces. Contempló al tercer miembro del grupo, el pelirrojo, intentando averiguar cómo defenderse de él.

Su atacante se tomaba su tiempo, y al contrario que los otros dos, no se abalanzó sobre ella impetuosamente, si no que se fijó en su postura defensiva. O bien era un experto y estaba analizando cómo neutralizarla, o bien era un cobarde y no tenía ganas de enfrentarse a ella.

Para su desgracia, Mónica no se percató de que no era, ni una cosa, ni la otra. Viendo como su bronceado compañero, a pesar del efecto inicial del pisotón y del golpe, no se había visto tan afectado, le estaba dando tiempo a recuperarse y situarse a la espalda de ella.

Como todo en esta vida, la experiencia es un grado, y era la primera pelea real de Mónica, por lo que, en primer lugar, y debido a no querer lastimarlo en exceso, la fuerza que había imprimido al codo no había sido la suficiente. El segundo error de novata había sido el no comprobar el verdadero estado de su atacante y confiada, darlo por neutralizado.

A su vez, el hombre situado a su espalda y debido a la ira que sentía hacia la muchacha y el efecto de la subida de adrenalina había cometido un error irremediable. Había dejado a su espalda a Sergio.

Antes de que sujetase a la joven y sin que ella llegase a darse cuenta, Sergio realizó un movimiento similar al que había realizado la muchacha unos

momentos antes. Agarró por la muñeca a aquel hombre y lo giró en su dirección. Acto seguido y con la mano derecha formando un puño, le propinó un puñetazo en el diafragma.

Esta vez, el efecto fue brutal. El agresor se encogió sobre sí mismo, mientras se derrumbaba a sus pies, intentando inhalar el aire que se le escapaba del cuerpo.

El pelirrojo que se enfrentaba a Mónica, vio como en un segundo se habían cambiado las tornas y lo que en principio les había parecido una diversión, se había torcido de manera cruel e irremediable.

Dos de sus compañeros mostraban toda la pinta de necesitar asistencia médica y quedaba el solo para enfrentarse a aquella pareja. El miedo empezó a aflorar por todo su cuerpo en forma de sudoración incontrolable. Ya no le parecían dos enamorados de los que aprovecharse y pasar un buen rato a su costa, sino dos personas que eran capaces de infligirle, mucho, mucho daño.

Se dio la vuelta para intentar escapar, olvidándose de sus compañeros en el suelo, cuando notó que la muchacha le agarraba del brazo a la altura del codo, mientras con un giro y ejerciendo presión sobre la articulación, lo tumbaba en el duro suelo.

—¡Tú no te escapas! —exclamó ella, mientras ejercía más presión sobre su codo.

Ahora entendía porque lo tenía sujeto y a sus pies, en vez de proyectarlo como a su compañero contra el asfalto. Al no haber más amenazas para ella, se podía permitir el lujo de practicarle una luxación y romperle el codo lentamente si lo deseaba.

—¡Pide perdón!

—¿Queeeeé?

—¡Que me pidas perdón! —ordenó Mónica mientras aumentaba la presión.

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Por favor no me rompas el codo!

—¡Estúpido!

Un experto en artes marciales es capaz de medir el nivel de daño cuando aplica una técnica. Mónica, a pesar del poco tiempo que llevaba recibiendo clases, se acordaba de lo que les había enseñado su profesor. Le pegó un golpe seco en el codo antes de soltarlo. Lo suficiente, para que sin romperlo le doliese durante unos días y recordase lo cerca que había estado de que la lesión hubiese sido más grave.

En el momento en que la muchacha se separaba de su agresor y debido

al tumulto que se había generado, dos guardias de seguridad del teatro hicieron acto de presencia.

—¡Que no se mueva nadie! ¡Todos quietos! —exclamó el más fornido.

Sergio, sin hacerles caso, recogió los zapatos de Mónica y agarrándola suavemente del brazo se dirigió hacia el automóvil que les estaba esperando.

—¿A dónde cree que va? —gritó el mismo guarda, acercándose en actitud desafiante a ellos.

Sergio, soltando a Mónica hizo un gesto a Charles, para que saliese del vehículo y se acercase. El joven diligentemente en un momento estuvo a su lado.

Viendo a aquellos dos hombres, altos, atléticos y decididos acercarse en su dirección, los guardias dieron un paso hacia atrás y se colocaron en posiciones defensivas. Los acerados ojos de Sergio no presagiaban nada bueno.

—¿Frank? ¿Joe? —exclamó leyendo las placas identificativas de su uniforme—. Llevo varios meses fuera sirviendo a este país en el otro lado del mundo. Vuelvo y decido salir un rato con mi novia y elegimos para pasar un rato agradable vuestro teatro. A la salida estos tres estúpidos —dijo señalando los cuerpos en el suelo—insultan y agreden a mi novia. Ella solo se ha defendido. ¿Es así Charles?

—Si señor. Tal y como usted lo dice.

—No tengo ninguna intención después del tiempo que llevamos separados, de por culpa de tres imbéciles quedarme esperando a la policía y pegarme toda la noche declarando en una comisaria junto con mi novia. Los huéspedes del *Four Seasons* —añadió señalando los emblemas del coche—, son algunos de los mejores clientes de este teatro y no creo que a vuestro jefe le haga mucha gracia prescindir de ellos. Entiendo que tengáis que cumplir con vuestro trabajo. Os vais a hacer cargo de esos tres, hacéis que los atiendan y si de verdad quieren denunciarnos, cosa que dudo, mañana nos presentamos a requerimiento de la policía en la comisaría correspondiente a prestar declaración. Sacad una fotografía del documento de identificación de mi novia y así tendréis nuestros datos. ¿De acuerdo?

Aunque había parecido una pregunta, los ojos de Sergio indicaban claramente a aquellos hombres, que aquella propuesta no era negociable. Y después de lo poco que habían podido ver del final de la pelea, no tenían ganas de enfrentarse a ellos. Y más en desventaja numérica.

—De acuerdo —respondió el guarda que no había tomado parte en la

conversación, adelantándose a su indeciso compañero—. Señorita, déjenos por favor su carné de identidad.

Mónica extrajo de su minúsculo bolso de gala el documento solicitado y con una sonrisa lo puso en la mano del guardia. Este sacó con su móvil rápidamente un par de fotografías de ambas caras y se lo devolvió dándole las gracias.

—Pueden irse —concedió el guardia—. Pero estén disponibles si mañana les llama la policía.

*"Disfruta cada momento
porque la vida es corta".*

Proverbio brasileño

12. Demasiado tiempo esperando

New York, 14 de septiembre

Sergio y Mónica se dirigieron hacia el coche, mientras Charles se les adelantaba y les abría la puerta. Después se colocó en el asiento del conductor y poniendo el coche en marcha abandonó aquel lugar. Pulsó el botón del intercomunicador que solicitaba permiso para hablar con los ocupantes del asiento de atrás.

—¿Si Charles?

—¿A dónde vamos señor?

—No lo sé. Con la reyerta se nos ha hecho tarde para ir a cualquiera de los restaurantes más elegantes de esta ciudad —y dirigiéndose a Mónica le preguntó— ¿A dónde quieres ir?

—No lo sé. Siempre voy a los mismos restaurantes y a estas horas, no están abiertos. Además, no me apetece ir a un lugar al que voy por motivos de trabajo.

—Señor, si me permite, les puedo recomendar un sitio donde cenar a estas horas. No es uno de los lujosos restaurantes a los que están acostumbrados, pero la comida es estupenda. Lo regenta un amigo mío de toda confianza.

—¿Qué opinas? —preguntó Sergio, dirigiéndose a Mónica.

—Que me fío totalmente de Charles.

—Estoy totalmente de acuerdo. Nos ponemos en tus manos. Llévanos a ese lugar. Por cierto...

—¿Sí? ¿Señor?

—Si quieres que sigamos siendo amigos, no me vuelvas a llamar SEÑOR.

—Si señor. Perdón, Si Michael.

—Eso está mejor. Quisiera agradecerte tu predisposición a ayudarnos durante la pelea. Mañana, le entregaré un documento de recomendación al Gerente del hotel, agradeciendo tu apoyo.

—No es necesario señor. Perdón Michael.

—Puede que no, pero lo voy a hacer de todas formas.

Se apreciaba en su tono de voz que a pesar de sus educadas palabras de

negativa, estaba encantado con la propuesta de Sergio.

—Muchas gracias.

—De nada. Cenarás con nosotros.

—No Michael. No quisiera hacer de carabina.

Mientras se desplazaban por la oscura noche de New York, Mónica recostando su cabeza sobre el hombro de su acompañante, le dijo pasando a hablar en español, en un tono de voz que solo le pudiese escuchar Sergio y haciendo que la conversación se hiciese más íntima.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por dejarme enfrentarme a esos tres imbéciles.

—Te has desenvuelto perfectamente. No necesitabas para nada de mi ayuda.

—Era una deuda que tenía pendiente. Tanto física como mentalmente. Necesitaba una prueba de que había superado mi secuestro. Que tantas horas repitiéndome delante del espejo que no tenía miedo y que sabía defenderme, no se habían quedado en mentiras de autocompasión. Que tantas horas entrenando mi mente y mi cuerpo, habían dado su fruto.

—Lo has hecho muy bien. He visto a muchos hombres con muchas horas de clases de artes marciales a sus espaldas que cuando les ha tocado utilizar en la calle lo que habían aprendido, se han quedado bloqueados. No han sabido reaccionar, elegir la técnica adecuada y sus contrincantes se los han llevado por delante. Una cosa es la teoría en el gimnasio y otra la cruda realidad de la calle. Hay un abismo de distancia entre ambas.

—Gracias —repitió ella, expresando con su voz y su faz lo que aquellas palabras significaban para ella.

—No has dudado ni un momento. Podías haberte equivocado en la técnica a utilizar. Te podían haber fallado los reflejos. Ellos podían haber sido más rápidos. Pero lo más importante es tener decisión y coraje. Has estado sobrada de los dos.

A Mónica se le escaparon un par de lagrimas que corrieron por sus tersas mejillas. Antes de que se las pudiese secar, Sergio con extrema suavidad y dulzura se las llevó con el dedo índice.

—¿Sabes una cosa? —preguntó ella al cabo de unos segundos de silencio.

—¿Dime?

—Creo que hubo un par de cosas que me ayudaron.

—¿Cuáles?

—No quería fallar. Quería que estuvieses orgulloso de mi.

—Ni nunca me has fallado, ni nunca lo harás. Siempre he estado orgulloso de ti. ¿Y la segunda?

—Estabas a mi espalda. Eso me quitó el miedo.

Sergio le cogió la barbilla con toda la delicadeza del mundo y acercado su rostro al de ella, le dio un suave beso en los labios.

—Cuando hablaste hace un momento con los guardas del *Majestic* —continuó ella, separando sus labios de los de él con desgana, pero con la necesidad de salir de una duda—. Te referiste a mi como tu novia. ¿De verdad me consideras como tal o solo era para dar más énfasis a lo que estaba diciendo?

—Nada me haría más feliz que ser tu pareja, pero es algo que tienes que decidir tú.

“A veces, los gestos son más significativos que las palabras” —pensó Mónica mientras volvía a depositar un prolongado beso en sus labios.

Llegaron al cabo de un rato a una zona tranquila de *Little Italy* en Manhattan y aparcaron a la entrada de un local con la apariencia de un sencillo pero amplio restaurante de barrio.

—Es aquí.

—Vamos —dijo Sergio.

—Vale. Los acompaño dentro del local, les presento a mi amigo Antonello y en cuanto les acomode en un buen lugar, les dejo tranquilos.

Entraron en el local, donde a pesar de la hora que era, varias de las mesas estaban ocupadas por parejas y grupos de personas que daban la sensación de ser parroquianos habituales del local. Se respiraba un ambiente acogedor y los olores que presidían el comedor despertaban el apetito. Se podía sentir a través del olfato, los asados, el queso o el buen vino que allí se prodigaba

Charles, con movimientos que mostraban su familiaridad con el entorno, se fue directo hacia la cocina. Al cabo de unos segundos salió acompañado con un hombre de mediana edad, piel morena, pelo rizado y mirada cordial. Llevaba puesto un delantal y debía ser el cocinero.

—Este es Antonello —dijo señalándole con el dedo índice—. El mejor cocinero de comida italiana de todo *Little Italy* y por lo tanto de todo New York.

—Encantada Antonello —repuso Mónica mientras le daba un beso en

cada mejilla.

El hombre se había quedado sorprendido de la entrada de Charles con aquella elegante pareja a aquellas horas de la noche y más de que aquella hermosa mujer, le hubiese tratado de aquella manera. Como buen italiano, era un admirador de la belleza femenina y a pesar de que le sacaba media cabeza estaba embelesado con Mónica.

—Encantado Antonello —añadió Sergio dándole la mano y sacándolo de la nube en la que se encontraba.

—Encantado señores —repuso el a trompicones.

—Venga Antonello —exclamó Charles, propinándole un leve codazo—. Dales a los señores la mejor mesa que tengas, ten una noche inspirada y prepara tus mejores platos. No me hagas quedar en mal lugar.

Antonello con una sonrisa en la boca les guió hasta una discreta mesa situada en un rincón. Al cabo de unos minutos volvió.

—Aunque la carta que les he dejado está repleta de típicos platos italianos, si me permiten les puedo hacer algunas recomendaciones para esta noche. Les explico sus componentes y cómo las preparamos.

—Adelante —le animó Mónica.

—De *antipasto*, es decir como entrantes, pueden degustar una *ensalada caprese* a base de finas rodajas de tomate, aceitunas y bolas de mozzarella fresca, aliñada con unas hojas de albahaca fresca de la variedad de hoja grande y aceite de oliva. De primer plato *Risotto alla zucca*, un arroz con trozos de calabaza, que crea una mezcla de contrastes, ya que el gusto salado del arroz se entremezcla con el ligeramente dulce de la calabaza. Lo serviremos al estilo clásico dentro de la propia calabaza, lo que potencia su sabor.

—Se me está haciendo la boca agua —le interrumpió la muchacha.

—Como plato fuerte *Bollito misto alla piemontese*. Una combinación de carnes de cerdo y ternera, hervidas que se cocinan en forma de estofado y se sirven con zanahorias, apio, cebollas y ajo. De postre, *cannoli*. Unos rollos de forma cilíndrica que hacemos con harina, azúcar granulado, yemas de huevo y vino tinto. Se mezclan hasta obtener una masa compacta que una vez frita, se rellena de crema pastelera con un toque de canela, queso *ricotta* y nueces molidas.

—A esta hora de la noche, lo que nos cuentas, presenta una pinta estupenda —exclamó Mónica. Y desviando su mirada hacia Sergio—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. Antonello, ¿no tendrás para beber *Brunello di Montalcino* o *Barbaresco*?

El buen hombre puso unos ojos como platos, al oír como aquel joven, no solo entendía de vinos italianos, si no que le había pedido un par de los más caros.

—No señor. Ese tipo de caldos, son demasiado caros para la clientela que frecuenta este local. Lo siento —repuso con cierta pena en su voz.

—No importa. Sácanos las dos mejores botellas que sirvan para maridar adecuadamente la estupenda cena que nos has propuesto.

Cenaron tranquilamente, sin ninguna prisa, saboreando cada uno de los platos que aquel hombre les preparó con todo el cariño que ponía en todo lo que salía de su cocina. Mónica comía con fruición. Por lo visto la subida de adrenalina producida por la reyerta le había abierto el apetito.

Después del postre, mientras tomaban unas copas de *Limoncello*, el famoso licor italiano, obtenido de la maceración de limones, el dueño del restaurante se les acercó.

—¿Qué tal señores?

—¡Estaba todo increíblemente bueno! —le respondió Mónica—. Prometo sinceramente venir a verte más a menudo.

Aquello iluminó el rostro de Antonello, que se llenó de una amplia sonrisa.

—Cuando quieran señorita. Ustedes siempre tendrán una mesa disponible en mi restaurante.

—Estaba todo riquísimo —dijo Sergio.

Y mirando hacia Charles que había cenado en una mesa situada en una esquina del restaurante acompañado de Antonello añadió:

—Dile que cuando haya terminado nos vamos. Cóbranos, y por supuesto su cena corre a nuestro cargo.

—Gracias señor.

El dueño del restaurante pasó junto a Charles y le dio el recado mientras se dirigía a la caja registradora a preparar la cuenta. A los pocos segundos el chófer se encontraba de pie enfrente de su mesa.

—Por mi parte, estoy listo —y con un tono voz más bajo añadió—. Muchas gracias por la invitación.

—Es lo menos que podíamos hacer por tu predisposición a ayudarnos durante la pelea y principalmente por habernos traído a este estupendo restaurante.

—Ha sido un placer.

Abandonaron el restaurante después de pagar la cuenta y dejar una buena propina. Una vez en el interior del coche, Charles activó de nuevo el intercomunicador.

—¿Dónde vamos Michael?

—Se nos ha hecho muy tarde, llevaremos a la señorita a su casa.

Mónica que estaba recostada contra él, acercó la boca a su oído.

—No —le dijo en voz muy baja—. Llévame a tu hotel.

—¿Estás segura? —le preguntó a su vez él en el mismo tono.

—Jamás he estado tan segura de nada.

—Charles, llévanos al *Four Seasons*.

—Ahora mismo señor.

El tráfico a esa hora de la noche era bastante fluido, por lo que les fue muy cómo atravesar las calles de Manhattan. En un breve lapso de tiempo se encontraron con el coche aparcado en el reservado de la entrada del hotel. Mónica con su cuerpo apretado al de Sergio abandonó el vehículo.

—Nos has proporcionado una noche estupenda Charles —dijo Sergio dirigiéndose al chofer—. Gracias por todo.

—Gracias a ustedes. Son la mejor pareja a la que he llevado en toda mi vida. Pueden contar conmigo cuando quieran.

Con un breve saludo, se despidieron de él y se encaminaron cogidos de la mano y abrazados hacia la entrada del hotel, donde el conserje de les dirigió un cordial saludo, mientras les abría la puerta de acceso.

—¿Necesitan algo señores?

—No gracias.

Se encaminaron hacia los ascensores. Debido a lo tarde que era, no había ningún conserje en ellos. Pulsaron el botón de llamada y en unos segundos una de las puertas se abrió y pasaron al interior.

Nada más ponerse el elevador en movimiento, Mónica se dio la vuelta, poniéndose de puntillas, echó los brazos al cuello de Sergio y puso sus labios sobre los de él, que ya los estaban esperando.

Como todo lo que habían hecho desde que se habían juntado, fue un acto lento, suave, sin prisa. Ambos llevaban demasiado tiempo esperando aquel momento como para convertirlo en un gesto efímero y fugaz. Se saborearon el uno al otro disfrutando, hasta que el ascensor paró en la planta cincuenta. Aún tardaron unos segundos en separarse como si el viaje les hubiese parecido excesivamente corto.

Cogidos de la mano, se dirigieron hacia la suite de Sergio. Este sacó la tarjeta de apertura sin soltar a Mónica. Era un gesto sencillo, que indicaba a las claras que no tenía ninguna intención de separarse de ella. Traspasaron la puerta, encendieron las luces y cerraron la puerta detrás de ellos.

Despacio, mientras volvía a besarla, Sergio desplazó casi sin tocarlo el tirante de ella hasta dejarlo caer a un costado de su finamente torneado brazo. Después repitió la operación con el otro. Con un par de lentos movimientos de cadera, Mónica deslizó el vestido hasta el suelo. A continuación, se soltó el sujetador y lo dejó caer.

Sergio la cogió con dulzura en brazos y sin dejar de besarla, la llevó al interior de la suite donde la depositó delicadamente sobre la amplia cama. Se desnudó y se introdujo a su lado, donde procedió a quitarle la única prenda que le quedaba.

Comenzaron a acariciarse lentamente, recorriendo sus cuerpos, descubriendo y disfrutando de todo aquello que llevaban demasiado tiempo esperando.

13. Estar a tu lado

New York, 15 de septiembre

Contempló una vez más aquel hermoso cuerpo que yacía a su lado y que no se cansaba de observar. Mónica se encontraba dormida boca abajo y la sábana se había deslizado por su espalda desnuda, mostrando sin buscarlo una sensual visión de la muchacha. Desde su precioso pelo rubio hasta donde se empezaba a vislumbrar el comienzo de las nalgas. El lienzo era el de una preciosa mujer en el esplendor de la juventud.

“No me creo que la suerte me sonría de esta manera. Que afortunado he sido de que la vida la haya puesto de una forma tan singular en mi camino” — pensó Sergio.

Como si le hubiese oído, ella giró levemente la cabeza sin separarla del colchón.

—¿Cuánto llevas despierto mirándome?

—No lo sé. Tienes la virtud de que pierda la noción del tiempo — respondió, mientras apartaba un mechón de su mejilla y le daba un beso.

Ella ronroneando, situó su cabeza sobre su hombro, pasando despacio sus dedos sobre su pecho desnudo.

—Esta noche no se me olvidará nunca.

—Ten por seguro que a mí tampoco.

—¿Por el tiempo que tardaste en dormirte? —preguntó ella mientras empezaba a desperezarse.

—No, por lo que disfruté durante ese tiempo.

—¿Estuve bien?

—¿Cooooómo?

—Que si estuve bien. ¿No es la típica frase que decís los hombres después del sexo?

—No es mi caso.

—Solo he tenido un par de novios y eran poco imaginativos a la hora de hacer el amor. Nada que ver con como la demostración que me hiciste hace unas horas. Por lo tanto, al ser la novata, estoy obligada a preguntar. ¿Estuve bien?

—¡Estuviste de cine! —respondió el con una amplia sonrisa en su

rostro, mientras le daba un pellizco en la nalga.

—¡Ay! — exclamó ella devolviéndole el pellizco.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres bajar al comedor o que nos sirvan aquí el desayuno?

—La verdad... —respondió ella, con un brillo especial en sus ojos de azul zafiro —, es que me está entrando otro tipo de apetito.

Y subiéndose sobre su cuerpo mientras lo besaba apasionadamente, comenzó a recorrerlo con sus caricias.



Después de disfrutar el uno del otro, volvieron a dormirse durante un par de horas, al cabo de las cuales Sergio se despertó. Al separarse un poco, para mirar el reloj que había depositado sobre la mesilla, ella notó el hueco que había dejado y con un movimiento rápido, más fruto del reflejo que de la consciencia le agarró del brazo.

—¿Dónde vas? —le preguntó con un tono de angustia en su voz y con los ojos repentinamente muy abiertos.

—A ninguna parte —respondió extrañado al percibir aquella emoción en su voz y sonriendo añadió— Solo intentaba orientarme y saber en qué parte del día estamos.

—¡Ah! ¡Bueno! —exclamó ella, como si se quitase un gran peso de encima.

—¿Qué te pasa?

—Disculpa —repuso ella, mientras comenzaba a salir de la somnolencia—. Se me ha pasado por la cabeza que te ibas a alguna parte, y en tu caso eso significa que no te vuelvo a ver en semanas.

—Mónica —le dijo, adquiriendo un tono de voz suave y pronunciando despacio las palabras—. Te prometí al menos cinco días completos a tu lado. Esta es la mayor distancia a la que pienso estar de ti durante ese tiempo. Tú tienes mi móvil y no tengo intención de comunicarme con nadie. CON NADIE.

—Perdona —susurró ella, bajando la cabeza, como una niña que está arrepentida de cómo se acaba de portar—. Pero las últimas horas, han sido las más felices que recuerdo. Y no quiero que se acaben.

—A mí me pasa lo mismo —dijo Sergio depositando un suave beso en sus labios.

—¿Desayunamos? —preguntó ella, elevando la voz con un tono alegre,

deseando cambiar el rumbo de la conversación.

—¡Por supuesto! ¡Tendré que retomar energías teniendo en cuenta el desgaste al que me estás sometiendo!

—¡Quejica!

—¿Dónde quieres desayunar? ¿Aquí? ¿En el comedor? ¿Fuera?

—¡Uhm! —repuso ella como quien está pensando algo en profundidad y necesita tomarse su tiempo—. Como tengo que aprovechar estos días de amor y lujo, creo que bajaremos a ver el comedor de este hotel. Este cuarto ya lo he visto. Además..., es probable que sintamos la urgente la necesidad de volver de nuevo a él —añadió pasándose lentamente la lengua por los labios sensualmente.

Saliendo de la cama, Mónica se dirigió despacio, elevándose sobre la punta de los pies, y contoneando su cadera hacia el baño.

—¿Te gusta el espectáculo?

—Tanto que estoy pensando en abandonar la idea de bajar al comedor.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó ella mientras cerraba la puerta tras de sí—. Tanto ejercicio me ha dado hambre.

Se oyó como ponía la ducha en marcha e imaginando como el agua corría por su piel, Sergio se puso a pensar en cómo la suerte le sonreía. Después de que él sin buscarlo, tuviese parte de la culpa del secuestro de Mónica, durante semanas pensó que aquella increíble muchacha nunca le iba a dirigir de nuevo la palabra. Sin embargo, allí estaban los dos, disfrutando el uno del otro como si no existiese nadie más en el mundo.

Solo llevaban unas horas juntos y durante aquel escaso tiempo estaba siendo tremendamente feliz. ¿Por qué tenían que ser solo cinco días? ¿Por qué no seguir junto a ella? ¿Qué se lo impedía? ¿Qué había mejor que eso?

Llevaba un rato dándole vueltas a las mismas preguntas, cuando la muchacha salió ataviada con una de las blancas batas que el hotel ponía a disposición de sus clientes.

—¿Qué te pasa? —le preguntó viendo un leve gesto de disgusto en su rostro.

—Nada, nada. Que me ha gustado bastante más la entrada al baño que la salida —le respondió mientras echaba una carcajada.

Ella riéndose, cogió una de las almohadas que adornaban los alrededores de la cama y la emprendió con él.

—¿Con que te ha gustado la entrada? ¿Eh? Pues no habrá repetición como no te duches ahora mismo y bajemos a desayunar.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —dijo abandonando la cama.

Al cabo de unos minutos, Sergio salió del baño vistiendo una bata similar a la de ella.

—¿Qué sorpresa me has preparado para hoy? —preguntó ella en un tono anhelante.

—No se pueden desvelar. Por eso se llaman sorpresas.

—¡Venga! ¡Solo lo de hoy!

—Ya veremos... —respondió él en un tono de voz enigmático—. De momento vamos a desayunar.

—Tengo un problema.

—Solo tengo aquí el vestido de ayer. Y bajar de gala a estas horas, será llamar la atención excesivamente.

—Tú llamas la atención, te pongas lo que te pongas.

—¿Incluso así? —preguntó girando sobre si misma levantando con el movimiento la parte inferior de la bata por encima de las rodilla, dejando ver sus firmes muslos.

—¡Vamos a comprobarlo!

Y cogiéndola suavemente de la mano se encaminó hacia la salida.

—¡No! ¡No! —exclamó ella tirando en sentido contrario—. Si salgo así vestida de esta habitación, me muero de vergüenza.

—¡Venga! ¡No seas tímida! Tú has sido la que ha empezado.

—¡Sí! ¡Pero en broma!

—Vale. Te propongo una cosa. Bajamos los dos de esta guisa a la *boutique* del hotel y allí te compras algo. Después te pones la ropa que hayamos comprado y nos bajamos a desayunar.

—¡Uhhmmm!

—¡Venga! Nos reiremos un rato. Además, seguro que los empleados de este lugar están acostumbrados a ver cualquier tipo de excentricidad.

—Vale, ¡pero tú vas delante! —exclamó ella mientras se colocaba a su espalda, escondiéndose tras su musculoso cuerpo.

—¡Tramposa!

Riéndose como chiquillos, bajaron en el ascensor y entraron de aquella guisa en la tienda. Los empleados aparentaron indiferencia hacia su vestimenta. Compraron un vaquero ajustado y un par de suéteres para Mónica. Subieron a la habitación en donde ella se cambió y él se puso una ropa deportiva similar.

Tras desayunar copiosamente en uno de los restaurantes, Sergio la guio

cogidos de los dedos de la mano hacia la salida del hotel. El conserje de la entrada les preguntó si necesitaban algún medio de transporte, a lo que él le respondió que no.

—¿Me vas a decir ahora a donde vamos?

—No. En unos minutos lo verás.

Anduvieron despacio por la *E 57, 58 y 59 Street* hasta alcanzar *Central Park*. Mientras cruzaban el parque, vieron gente paseando a sus mascotas, corriendo o simplemente atravesándolo para alcanzar el otro extremo. Ellos caminaron hasta llegar al *The Loeb Boathouse*, donde Sergio se dirigió a uno de los empleados para alquilar uno de los botes que habían hecho tan famoso aquel lugar.

—¿Has hecho alguna vez esto? —le preguntó comenzando a remar hacia el centro del lago.

—No. Nunca a nadie se le ha ocurrido antes llevarme de paseo en bote —le respondió ella—. Y ¿tú?, sueles venir mucho por aquí.

—Nunca, pero una de mis ilusiones, tras haberlo visto en innumerables ocasiones en las películas románticas, era venir aquí, con una muchacha a la que quisiese y dar un paseo en barca.

—¿Mientras le declarabas tu amor? —susurró ella lentamente bajando el rostro.

Se notaba que le había costado mucho hacer aquella pregunta, como si temiese la respuesta. Sergio le levantó suavemente la barbilla hasta que sus ojos se encontraron a la misma altura.

—Sí. Y hoy por fin voy a poder hacerlo. Te quiero Mónica. Te quiero mucho. Estando contigo soy tremendamente feliz.

Ella sin pensarlo, y en un acto reflejo, se levantó y se lanzó a sus brazos.

—¡Que volcamos!

—¡Me da igual! —repuso ella, mientras le daba un prolongado beso.

Después de un par minutos y viendo las oscilaciones que estaban produciendo en la barca y los gritos y silbidos de los ocupantes de otros botes, volvieron a sus asientos.

—Esta mañana, cuando te contemplaba desnuda a mi lado en la cama del hotel, no paraba de hacerme las siguientes preguntas: ¿por qué solo cinco días? ¿Por qué le estoy poniendo límites a esta felicidad?

—Te quiero —fueron las palabras que Mónica pronunció mientras lagrimas de alegría surcaban sus preciosas mejillas.

—No quiero que esto termine a los cinco días.

—Yo tampoco —y después de unos segundos de silencio añadió— ¿Qué hacemos con nuestros trabajos?

—Como sabes, yo soy autónomo —respondió riéndose Sergio—. En tu caso hablaremos con Carl y seguro que no tiene problemas en concederte otros cinco días más. Después nos lo volvemos a plantear. ¿Qué te parece?

—¡Genial!

14. Aprovechando el tiempo

New York, 15 de septiembre

Habían pasado siete días desde que se habían encontrado, durante los cuales, habían disfrutado de la variada oferta de restaurantes y lugares de espectáculos que aquella cosmopolita ciudad ofrecía. Pero, principalmente habían gozado ambos de la compañía del otro. Sergio se había trasladado del *Four Seasons* al apartamento de Mónica.

Ella estaba revisando el interior del armario de su dormitorio, eligiendo el bolso que iba a utilizar durante aquel día, cuando vio el que había llevado durante el primero. El teléfono móvil de Sergio seguía en su interior. Lo extrajo y se dirigió al salón, donde se encontraba esperándola para salir.

—Puede que hayas recibido llamadas relacionadas con tu trabajo durante estos días —le dijo enseñándole el aparato.

—Sí, puede que sí —respondió él.

—¿No tienes curiosidad?

—Ninguna.

—Pero podrían ser importantes.

—Lo importante para mí eres tú —le dijo mirando aquellos inmensos ojos azules y dándole un suave beso en aquellos labios que eran pura tentación.

—Ya, pero si no lo enciendes y miras los mensajes o llamadas que tengas, la que voy a tener remordimientos voy a ser yo.

—¿Estás segura? —repuso Sergio con renuencia. Estaba claro que no le apetecía en absoluto encender aquel dispositivo—. No creo que haya nada, salvo trabajo. Y la verdad es que no tengo muchas ganas de ponerme a ello. Tengo cosas bastante más importantes que hacer —dijo mientras la agarraba por la cintura, la atraía hacia sí, le daba un beso y le acariciaba la espalda.

—No me intentes distraer —manifestó ella, después de saborear el dulce momento y tras apartarlo con suavidad de su lado—. Has despertado mi curiosidad. No hace falta que me enseñes tus secretos, pero quiero que le eches un ojo al contenido. Si no hay nada importante, seguiremos con lo que estábamos haciendo —añadió pasándose sensualmente un dedo por sus carnosos labios.

Viendo que era una batalla perdida, Sergio cogió el móvil con una mano y a ella con la otra y se dirigió a la amplia mesa de una esquina del salón. El apartamento estaba decorado de forma elegante, pero de manera funcional. Con muebles de madera de colores claros, apariencia sobria y materiales duraderos. Se sentó en una de aquellas cómodas sillas situando a Mónica encima suya. Pasando los brazos a la altura de sus caderas, colocó el móvil sobre la mesa, en vertical enfrente de ellos, apoyado sobre uno de los lados más largos y lo encendió.

A los pocos segundos, el aparato cobró vida y en la pantalla, apareció un mensaje pidiéndole que apoyase su pulgar sobre la misma. Una vez hecho y validado que tenía privilegios para entrar, le solicitó que introdujese una clave. Al hacerlo aparecieron los típicos iconos que daban acceso a diferentes aplicaciones. Pulsó un par de opciones más y delante del teléfono, sobre la mesa, apareció un teclado holográfico de tamaño estándar. En el mismo momento, en la blanca pared de enfrente se proyectó lo que se veía en la pantalla del móvil a un tamaño de unas cuarenta pulgadas.

—¡Qué móvil es este! —exclamó Mónica, mientras su rostro expresaba el estupor que aquel despliegue le estaba causando.

—Como muy bien sabes —dijo, mientras se giraba y le miraba a la cara—. Trabajo como Directora de Marketing de una empresa de alta tecnología. Mejor dicho, en la empresa de alta tecnología de la cual TU ERES ACCIONISTA. El puesto implica visitar las más modernas ferias mundiales del sector de la electrónica, informática y otras áreas de conocimiento que sean afines. No he visto ni de lejos en ninguna de ellas un móvil como ese —añadió señalándolo con el dedo.

—Bueno —dijo el, quitándole importancia, guiñándole un ojo y sonriendo enigmático—. Quizás sea un prototipo que todavía no ha salido al mercado.

—Ya. ¿Y donde puedo conseguir uno? —preguntó ella con sorna.

—No es fácil. Ya sabes, secretos industriales, patentes, certificaciones. Pero bueno..., por ser tú, haré lo posible para que me den un segundo prototipo. ¿Y tu que me vas a dar a cambio?

Casi antes de que terminase la frase, Mónica depositó un beso en sus labios, mientras con una de sus uñas le acariciaba la nuca. Cuando estaba a punto de desplazar sus finos dedos a lo largo de su pecho, se detuvo.

—No sabes que hacer con tal de distraerme —y dándole la espalda y girándose en dirección a la imagen mostrada en la pared añadió—. Te he

dicho que primero mires el contenido del móvil. Después ya veremos...

—Vale. Cuanto antes acabemos, antes nos podremos dedicar al “ya veremos”.

Pulsando con velocidad el teclado virtual, entró en una de las aplicaciones que, a su vez le volvió a pedir usuario y contraseña. Nada más hacerlo, un conjunto de líneas similares a las del correo electrónico aparecieron en la pantalla. Fue posicionándose secuencialmente sobre cada una y leyendo con agilidad su contenido. Algunas eran noticias sobre empresas y sus cotizaciones en bolsa. Otras, propuestas de trabajo.

—¡Tienes por lo menos cinco ofertas de trabajo entre ocho y doce millones de dólares! —exclamó ella sin poder contener su asombro.

—Es mi tarifa habitual.

—Pero, ... pero, ... —continuó ella bajando la voz e imprimiéndole cierto tono de culpa—. El estar conmigo te está costando una autentica millonada.

Esta vez fue Sergio, el que, cogiéndola suavemente por su esbelta cadera, la giró hasta tenerla enfrente de sí. Mirando directamente a aquellos profundos ojos azules le dijo:

—Siempre he hecho caso de los consejos que mi padre me ha inculcado desde que era muy pequeño. Tanto él como mi madre, sin ser ricos, me han criado en un auténtico hogar, dándome de todo y cubriendo todas mis expectativas. A pesar de ello, lo que más valoro, han sido la educación, los valores que me han transmitido y los consejos que me han dado. Te voy a enseñar uno que mi padre, me repetía cuando mi miedo a no ganar lo suficiente me producía preocupación. Entender lo que me quería decir e interiorizarlo ha sido uno de los pilares de mi forma de actuar.

Mónica, fijó su mirada en la de él, mantuvo su rostro expectante y le dio a entender con sus gestos que le prestaba toda su atención.

—¿Qué te enseñó?

—¿Sabes lo bueno del dinero?

Ella no le respondió, si no que en completo silencio dejó pasar unos segundos hasta que el terminase lo que le quería decir.

—QUE SIEMPRE SE PUEDE VOLVER A GANAR.

Durante unos instantes, solo el silencio estuvo entre ambos.

—Con esa filosofía de vida, es difícil tenerle miedo a la vida. Tus padres, deben ser estupendos.

—Son excepcionales. Siempre que puedo me paso a visitarlos. Pero, el

consejo no termina ahí. ¿Sabes lo que pasa con el tiempo que no dedicas a tus seres queridos?

Aún adivinando la respuesta, ella prefirió que fuese él, el que terminase la frase.

—Justo lo contrario: esos momentos son imposibles de recuperar. Estoy disfrutando de un sueño. De los mejores días que recuerdo. Me dan absolutamente igual esas propuestas de trabajo.

—Gracias —susurró ella echándole los brazos al cuello y volviendo a besarlo.

Después de unos segundos, volvió de nuevo a su posición visualizando la imagen, esperando que Sergio, terminase de leer los mensajes. Al desplazarse hacia abajo, nuevas líneas aparecieron en la pared.

—¡Mierda! —exclamó Sergio al leer una de ellas, mientras un gesto de preocupación aparecía en su rostro.

Cogió a Mónica de la cadera y la depositó suavemente en la silla de lado, colocándose a su vez en una postura más funcional sobre su asiento. Abrió el mensaje y solo encontró una línea que reflejaba un angustioso mensaje.

“Te necesito urgentemente”.

Cerró la aplicación que estaba usando y pulsó otro de los iconos de la pantalla. Tras teclear el usuario y contraseña, una pantalla orientada al envío de mensajes apareció en la pared.

—Hola. Estoy aquí. Dime que necesitas —escribió rápidamente.

—Por fin —surgieron unas palabras de inmediato, debajo de lo que él había tecleado. Estaba claro que el receptor no se había separado de su dispositivo y que llevaba tiempo esperando que se pusieran en contacto con él — ¿Dónde has estado?

—Descansando.

—Te necesito.

La persona al otro lado de la línea de comunicación, se hacía llamar *Opengate*. Sergio no lo había visto nunca en persona, ya que el otro escondía su identidad. Era el mejor *hacker* que había conocido. Le extrañó tanto la necesidad, como la angustia que reflejaban aquellas palabras. Entre ellos había una relación comercial, pero *Opengate* jamás había dejado que llegase a ser una amistad y nunca hasta ese momento le había pedido nada. Algo raro pasaba.

—Te presto toda mi atención. ¿Qué necesitas?

—Mi hermana ha desaparecido. Creo que la han secuestrado.

Mónica al lado de Sergio, vio como se operaba un cambio en la personalidad de Sergio, de dulce y cariñoso enamorado, al pragmático y eficiente profesional. Lo percibía en sus gestos, en la forma de hacer las preguntas a *Opengate*, pero principalmente en sus ojos. Habían pasado de tiernos y sensibles a fríos y acerados. Estaba totalmente concentrado.

—¿Qué ha ocurrido?

A través de la especial relación laboral que mantenía con *Opengate*, sabía que la persona al otro lado de línea de forma similar a él, era un frío analista y si pensaba que habían secuestrado a su hermana, no tenía ninguna duda de que poseía datos que lo corroborasen.

—Mi hermana es la persona de este mundo con la que estoy más unido. Hablamos a través del teléfono prácticamente a diario, ... Lleva tres días sin responder a mis llamadas.

Probablemente otra persona, le habría intentado tranquilizar con que era poco tiempo, con que se habría marchado unos días de vacaciones a un lugar sin cobertura telefónica o cualquier otra frase similar. Sergio no perdió tiempo en hacerlo. Todas aquellas posibilidades, ya habrían sido contempladas por *Opengate*, meticulosamente analizadas y rechazadas.

—Mi hermana sabe que me pongo muy nervioso si no me llama en un par de días. Voluntariamente no me haría esto. He empleado todos los recursos tecnológicos a mi alcance, pero no he conseguido nada.

Lo que acababa de mencionar *Opengate*, no era una frase baladí. Los recursos electrónicos de los que disponía eran capaces de buscar prácticamente cualquier cosa. A Sergio se lo había demostrado en infinidad de ocasiones.

—Necesito que vayas a buscarla. No soy un agente de campo. Fuera del entorno digital no sé moverme y no conozco a nadie mejor que tú. Por favor.

Sergio dirigió su mirada a Mónica. El rostro de ella lo expresaba todo. Unas lagrimas silenciosas habían comenzado a deslizarse por su bella faz. A pesar de sus sentimientos, la muchacha entendía la angustia de aquellas palabras y a pesar del dolor que sintió al pronunciar aquella frase, se vio obligada a ello.

—Hazlo —le dijo en un leve susurro.

—Cuenta conmigo —respondió. Nunca teclear un par de palabras le había sido tan doloroso.

—Gracias.

—Sabes lo que ello significa. Me tendrás que dar su nombre, y por tanto también conoceré el tuyo.

—Mi hermana es lo más importante para mi en este mundo. No se que haría si la perdiese. Y..., tu eres la segunda persona de la que más me fio. Se llama Amanda Wright y vive en Boston, Massachusetts.

—¿Qué crees que ha ocurrido?

—No sé que ha pasado, pero Amanda lleva tres días sin contestar a mis llamadas. Trabaja en el M.I.T. Me he infiltrado en sus cámaras y no hay ningún registro. Lleva sin aparecer por allí en estos tres días. Llamé por teléfono para que me pasasen con ella, y me han dicho que se ha cogido un mes de vacaciones. Ni es propio de ella, ni lo habría hecho sin contármelo. Las cámaras de su edificio tampoco tienen ninguna grabación sobre ella. Te aseguro, que no se marcharía sin avisarme. Tienes que creerme.

Sergio estaba convencido de que *Opengate* había removido cielo y tierra a nivel digital para encontrar a su hermana. Sin ningún género de duda se había introducido en más cámaras de videovigilancia de las que le había mencionado.

—¿Tiene enemigos?

—Amanda es una científica del M.I.T. que trabaja en varios proyectos relacionados con la energía subvencionados por diferentes empresas y organismos públicos. Me resulta muy difícil creer que a través de ese camino se haya metido en problemas.

—¿Pueden ser enemigos tuyos?

Durante unos segundos, ninguna palabra apareció en la pantalla como si la persona en la otra línea o no supiese o no estuviese seguro de responder.

—Me he devanado la cabeza, pensando sobre ese tema. A lo largo de los últimos meses y principalmente ayudándote nos hemos enfrentado a poderosas organizaciones. Pero han acabado desmanteladas. Además, el que ha dado la cara has sido tú. Yo siempre he estado escondido tras un conjunto impenetrable de barreras tecnológicas. Ni tú sabes cómo me llamo, ni cómo localizarme. Me resulta muy difícil que lo que le haya pasado a Amanda tenga que ver conmigo.

—¿Entonces?

—No lo sé. Y eso es lo que está acabando con mis nervios. Estoy bloqueado. Necesito que una persona con tus habilidades vaya a buscarla. Trabajando en equipo llegaremos más lejos.

—De acuerdo. Estoy en New York y cogeré un vuelo para Boston esta

misma tarde. Mándame toda la información de que dispongas sobre ella. Algunas fotografías recientes, la dirección de su apartamento y su puesto en el M.I.T.

—Lo tendrás en unos minutos. ¿Qué importe me vas a cobrar?

—¿Queeeeé?

—Sé mejor que nadie lo que cobras y solo tienes que decirme lo que me va a suponer. Te lo ingresaré en unos minutos. Siempre me has pagado bien y tengo dinero de sobra.

—*OPENGATE*. QUIERO QUE ME ESCUCHES CON TODA TU ATENCIÓN. Siempre que te he necesitado me has ayudado, independientemente del momento en que te lo pidiese, lo complicado y lo peligroso que fuese. Si esto fuese un asunto de índole comercial, hablaríamos de dinero, pero es un tema personal. Encontraré a tu hermana cueste lo que cueste.

—Gracias.

15. En su apartamento

New York, 15 de septiembre

Sergio nada más terminar la comunicación con *Opengate*, había reservado vía Internet un billete en el primer vuelo a Boston. Después, él y Mónica habían empleado un par de horas en disfrutar y acariciarse el uno al otro. No sabían cuando volverían a verse y la experiencia les había demostrado que se les haría tremendamente largo.

Antes de abandonar el apartamento, Sergio había preparado una pequeña maleta y una mochila con las cosas que necesitaba. Cambió su apariencia facial con un par de prótesis, se puso unas gafas de concha y se transformó en un profesor de Universidad veinte años mayor. Mónica se maravilló del cambio que se había producido. Su forma de moverse, sus gestos habían adquirido plenamente los de su nuevo papel.

Lo llevó en su coche al aeropuerto. Durante el trayecto prácticamente no hablaron. Dejó el vehículo en el aparcamiento de corta estancia y lo acompañó caminando hasta la terminal de embarque. Allí transcurrieron los minutos mirándose a los ojos, cogidos de la mano y besándose. Cuando se les acabó el tiempo, Sergio se giró y comenzó a dirigirse hacia su puerta, pero Mónica no le soltó.

—Prométeme que volverás pronto —le instó mirándole intensamente a los ojos—. Dime que volverás.

—Volveré.

Y soltándose muy a su pesar, suavemente de aquellas delicadas manos, se encaminó a su avión.

El vuelo transcurrió sin incidentes y en menos de una hora aterrizaba en el aeropuerto internacional *Logan*. Cogió un taxi y se desplazó a la dirección del apartamento de Amanda que le había suministrado *Opengate*. Había estudiado la ubicación durante el transcurso del viaje y siguiendo su costumbre le dijo al taxista que le dejase un par de manzanas más allá.

Regresó andando hacia el portal, analizando los coches, las personas y todo lo que lo rodeaba. No quería saltarse ningún detalle, y no tenía claro si había alguien observando. El bloque de apartamentos era el típico de clase media en una zona tranquila de aquella ciudad.

La gente con la que se cruzó en su camino eran personas normales y llegó a la conclusión de que aquel barrio no presentaba problemas de seguridad. Tuvo suerte. Al acercarse al portal una pareja salía del hablando animadamente. Como no se fijaban en él, aceleró el paso, ocultando su rostro mirando en dirección contraria y llegó antes de que se cerrase la puerta.

Cogió el ascensor y seleccionó un piso superior al de Amanda. *Opengate* le había asegurado con pesar que no había cámaras de videovigilancia. Era bueno para lo que Sergio pensaba hacer y malo para disponer de información. Si hubiese existido el sistema, *Opengate* habría accedido al mismo y conocido el día y la hora exacta en que su hermana había abandonado el edificio por última vez.

Tenía gracia, después de meses queriendo conocer la verdadera identidad de *Opengate*, ahora que solo tenía que coger su móvil y realizar una búsqueda en Internet, no tenía ningún interés en hacerlo. *Opengate* se lo había puesto en bandeja y ya conocía su apellido, pero salvo que lo necesitase para su búsqueda, no iba a poner ningún empeño en averiguar su nombre.

Bajó con discreción las escaleras que separaban ambos pisos y se acercó al apartamento de Amanda, vigilando que nadie hiciese su aparición en esos momentos. Todavía no era de noche y cualquier vecino podía volver a casa o salir a pasear al perro antes de cenar. Observando la cerradura, sacó las ganzúas apropiadas y en unos segundos estuvo en el interior de la vivienda.

Se desplazó por el apartamento mirando en detalle cada uno de los objetos que hallaba a su paso. En un par de minutos lo recorrió entero para hacerse una primera idea. Era un apartamento un poco más grande de lo que había pensado inicialmente. Disponía de dos habitaciones en vez de una. Por lo visto le gustaba tener invitados. Probablemente su propio hermano. Un salón, una cocina y un baño todos ellos amplios, componían el resto de la vivienda. Estaba decorada con muebles funcionales y cómodos, pero no caros. Probablemente procedentes de un IKEA que había visto viniendo del aeropuerto o algún establecimiento similar.

Solo había dado una vuelta rápida, antes de analizar la vivienda en más detalle, pero algo estaba fuera de lugar. Un instante más tarde cayó en cuenta. El hecho de que fuese aún de día le había despistado. Ninguno de los aparatos que había visto, tenían la luz encendida. Ni los LED del frigorífico, ni la televisión, ni ningún otro. No había electricidad.

Se dirigió a la entrada y quitó un marco con un paisaje anodino que ubicado detrás de la puerta principal escondía el cuadro de conmutadores que

alimentaba la electricidad del apartamento. Estaban todos bajados. Aquello no era casual. Si se hubiera producido un cortocircuito, solo uno de ellos se habría disparado. Aquello había sido intencionado.

Se desplazó hasta la cocina y abrió el frigorífico. Había varias bandejas de comida que habían empezado a deteriorarse y desprendían olor a podrido. Aquello indicaba a las claras un par de cosas. Que Amanda no tenía intención de irse. Y que ella no era la que había bajado los interruptores. Los indicios comenzaban a mostrar que *Opengate* podía tener razón. Volvió a dar una vuelta buscando alguna otra cosa fuera de lugar.

No había ningún ordenador. Si ya era bastante extraño que una joven no dispusiera de uno, todavía era más inverosímil, si aquella joven era una investigadora. Una tableta digital, un portátil, algo.

Sacó su móvil y conectándose a la aplicación que utilizaba para ponerse en contacto con *Opengate* tecleó:

—Estoy en el apartamento de Amanda. Todo muestra que algo raro ha pasado. Hay comida en la nevera, pero no hay electricidad. La han apagado

—Por eso no podía entrar en su ordenador, ni en ninguno de los dispositivos de la casa: su tableta o su móvil.

—No veo nada de eso por ningún lado.

—¿Has encendido la luz?

—No. Todavía no. He preferido ponerme en contacto contigo primero.

—Bien hecho.

—¿Puedes ver si todavía sigue en su sitio el *router* o *cablemodem* de la compañía de telecomunicaciones?

—Espera un segundo.

Se puso de pie y volviendo a la puerta principal, comenzó a buscar un cable de fibra que accediese a la vivienda. De la entrada pasó al salón. Tras revisar concienzudamente las paredes, empezó a abrir las puertas de los muebles. Al fin, en un pequeño aparador, halló el pequeño dispositivo. Era la típica conexión residencial suministrada por un operador de telecomunicaciones. Sin tocar nada volvió a ponerse al teclado.

—El *router* esta conectado a fibra y parece que continúa operativo. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que lo desmontes de donde esté y que lo conectes a tu móvil. A través de él, podré acceder a sus datos y ver las últimas conexiones que estableció Amanda. Puede que nos den alguna pista.

Era una posibilidad bastante remota de obtener algo de información,

pero si alguien era capaz de hacerlo, era Opengate. Sergio siguiendo sus instrucciones conectó su móvil al *router*.

—Mientras analizas el dispositivo, voy a continuar indagando en el apartamento.

Ambos se pusieron a trabajar en su especialidad. En lo que eran expertos. Sergio recorrió palmo a palmo todas las habitaciones de aquella vivienda. Mirando detrás de los cuadros, moviendo sin hacer ruido los muebles, abriendo cada uno de los cajones, levantando los colchones y observando cada una de las rendijas. Cuando terminó, se dirigió a su móvil.

—Esta vivienda la han limpiado profesionales. No sé si después de que tu hermana se marchase, o si ellos son los que se la han llevado.

—Entonces...

—A tu hermana la han secuestrado y los que lo han hecho están muy interesados en no dejar rastro. ¿Has conseguido averiguar algo?

—Es posible. Hemos tenido suerte en que no se llevasen el *router*. Las direcciones IP que aún siguen en la memoria del aparato me indican que las últimas comunicaciones de Amanda fueron con una empresa portuguesa. He entrado en su servidor de correo y afortunadamente todavía no han borrado los últimos mensajes.

—¿Qué dicen?

—Le ofrecen una beca muy bien pagada de seis meses para trabajar con ellos en Lisboa, en un tema de su área de conocimiento. Algo relacionado con la utilización de nuevos materiales en temas de energía.

—¿Qué más?

—Le enviaron un billete de ida y la dirección donde está situada la compañía.

—¿A que se dedica? ¿Qué has averiguado sobre sus negocios? — conociendo a *Opengate*, estaba seguro de que era en lo que seguía indagando.

—Personalmente me parece producto de algún tipo de estafa. El dominio de internet que utilizan, lo registraron hace un par de meses y el servidor de correo lleva funcionando aproximadamente ese tiempo. No existen registros contables, ni fiscales. Es una tapadera.

—¿Qué más has visto en el resto de los mensajes?

—Son conexiones similares de lo que parecen ser otras científicas dedicadas a las mismas áreas de conocimiento que Amanda, pero no contienen información interesante. Solo billetes de avión e información sobre la ubicación de su empresa. He analizado el lugar, y está situada en un polígono

industrial a las afueras de Lisboa. El edificio fue alquilado hace un mes. ¿Por qué Amanda no me habló de todo esto?

—Porque te conoce. Seguramente generaron en ella la ilusión de trabajar en un gran proyecto y no quería que se lo quitases de la cabeza. A veces metemos la pata con nuestros seres queridos. Con la gente que más queremos.

—¡Mierda! Si hubiese confiado en mí, ¡hubiese descubierto esta trama en media hora!

—Lo sé. Ahora nos costará bastante más.

—¡Necesito que vayas a Lisboa! —casi imploró a través de la línea de comunicaciones— El siguiente vuelo sale en cinco horas.

—Resérvame un asiento a nombre de Joseph Stone. Voy a aprovechar el tiempo acercándome a su trabajo, a ver si consigo averiguar algo más. ¿Conoces el nombre de su mejor amiga en el M.I.T.?

—Sí. Se llama Joana Carter.

16. En su trabajo

Boston, 15 de septiembre

Sergio abandonó el apartamento y bajó a la calle, donde después de andar durante un par de manzanas, cogió un taxi, pidiéndole al conductor que le llevase al M.I.T. Tuvieron suerte y no encontraron mucho tráfico, por lo que llegaron en apenas veinte minutos. Sergio se bajó y se dirigió a un puesto de información que había nada más atravesar la puerta principal.

—Buenos días —le dijo al conserje luciendo una de sus mejores sonrisas—. Me llamo Joseph Stone y quisiera hablar con Joana Carter. Por favor, ¿podría llamarla? Dígale que soy amigo de Amanda Wright.

—Ahora mismo señor —respondió mientras la buscaba diligentemente en una agenda.

Al cabo de unos segundos, y de fondo, se oyó una voz femenina que respondía a su requerimiento de que le estaban esperando en la recepción.

—Enseguida viene señor Stone. Su edificio se encuentra relativamente cerca, por lo que no le llevará más que unos pocos minutos.

—Muchas gracias —respondió con amabilidad, mientras se alejaba unos metros y esperaba en actitud paciente.

Tal y como había predicho el conserje, no llegó a los cinco minutos el tiempo que estuvo esperando hasta que por la puerta principal apareció una vivaracha muchacha que debía ser Joana. La edad y las apariencias eran parecidas a las de la hermana de *Opengate*. Una joven morena, delgada y de cuidado aspecto a la que Sergio mediante un gesto de la mano, llamó su atención y se dirigió hacia ella.

—Buenos días. ¿Es usted Joana?

—Sí, soy yo —respondió la joven simpáticamente.

—Mi nombre es Joseph y soy amigo de Amanda. Llegué ayer por la tarde a Boston —le dijo mientras le enseñaba su equipaje— y antes de marcharme me gustaría poder tomar un café con ella. A pesar de que le he llamado en reiteradas ocasiones a su móvil, no ha habido manera de contactar. Al final he decidido venir aquí y como ella me había hablado de su amistad con usted, me he tomado la libertad de pedirle al conserje que le llamase. Disculpe que le haya interrumpido en su trabajo.

—No tiene importancia. Siempre tengo tiempo para un amigo de Amanda. Y por favor, trátame de tú. Me siento mayor si no lo haces.

El hecho de que Sergio se hubiese dirigido a ella con tanta amabilidad, mencionando su amistad con Amanda, había hecho que se ganase rápidamente la simpatía de aquella joven.

—Pues Amanda no se encuentra aquí. Si dispones de cinco minutos, tomamos un café y te cuento.

—Por supuesto. Siempre tengo tiempo para una guapa científica —le dijo mientras con una sonrisa, le guiñaba un ojo en un gesto de complicidad.

Se acercaron caminando a una cafetería cercana y tomaron asiento. Pidieron un par de cafés.

—Lamento que hayas venido aquí inútilmente. Amanda se fue hace unos días a Portugal. Le han pagado una estupenda beca para seguir trabajando allí en lo que está investigando últimamente. ¡Se fue encantada! —le explicó ella —. Eso de que te paguen bien por lo que te gusta hacer no suele ser habitual.

—¡Qué curioso! Hace una semana que hablé con ella y no me comentó nada. Sería por la emoción de la situación.

—¡Qué va! Hace una semana ella no sabía nada. Ha sido un tema que ha tenido que decidir con celeridad. Hace solo tres días que se pusieron en contacto con ella desde *EPS Energia*, con una oferta irresistible. Eso sí, le pidieron disculpas por la prisa, pero tenía que decidirse en unas horas. En el equipo de investigación que estaban montando para hacer una investigación submarina, había habido una baja y tenían que cubrirla de inmediato. El barco no podía esperar. O se decidía en unas horas o llamaban a otra persona.

—¡Qué prisas! —exclamó exagerando el gesto.

—La verdad es que sí. Pero ante semejante oferta, tanto por el tema de investigación como por el salario, no pudo rechazarla. Es más, salió tan deprisa que no tuvo tiempo ni de avisar a su hermano. No sé si lo conoces, pero se preocupa mucho de ella y me dijo que en cuanto llegase a Lisboa, le llamaría.

—¿Ha hablado contigo? ¿El viaje fue bien?

—Pues todavía no. Pero teniendo en cuenta cómo ha sido todo de acelerado, me imagino que en cuanto se acomode, lo hará.

—Si no es indiscreción, ¿para qué la han contratado?

—Como sabes, su especialidad era la producción y almacenamiento de energía en nuevos materiales. Sus últimos estudios iban enfocados a los materiales utilizados en la generación de nuevas baterías que sustituyan a las

actuales de Ion-Litio.

—Y, ¿para qué una expedición submarina?

—Por lo visto, con ella también iban geólogos marinos y otros especialistas con el fin de comprobar si a unos kilómetros de la costa de Lisboa había un yacimiento marino rico en metales compatibles con el Litio.

—Claro —exclamó Sergio como si aquello lo explicase todo aunque no se creyó ninguna de sus palabras—. En un barco las comunicaciones siempre son más difíciles de establecer. Seguro que en unos días se pone en contacto con nosotros.

—Seguro.

—Bueno, ha sido un placer conocerte y hablar unos minutos contigo, pero no quiero quitarte más de tu valioso tiempo.

—También ha sido un placer para mí —y tímidamente añadió—. Espero que te pases otro día por aquí, aunque no este Amanda.

—¡Cuenta con ello! —le dijo mientras le daba un par de besos en las mejillas aumentando su rubor.

Se despidió de Joana y se encaminó a la parada de taxis que había visto cerca del edificio principal. Le dijo al taxista que se diese prisa en llegar al aeropuerto. Había empleado más tiempo del necesario en la visita al M.I.T. aunque había valido la pena.

En su móvil, se encontró el billete electrónico tramitado por *Opengate*, pero no disponía de tiempo suficiente para comentarle la información conseguida. Solo le ratificó el nombre de la empresa portuguesa. Habían tenido una suerte enorme de que esa tarde hubiese un vuelo a Lisboa. De no ser así Sergio hubiese tenido que alquilar un avión. En un caso de secuestro el tiempo es crítico.

La aerolínea era la *TAP Air Portugal*, la más importante compañía del país. Pasó los trámites de embarque a toda velocidad y cogió el vuelo por los pelos. Una vez en el avión decidió dormir. En medio de la ejecución de un contrato siempre aprovechaba el más mínimo tiempo disponible para descansar. Nunca sabía uno cuando iba a poder hacerlo.



Después de seis horas y media de vuelo, el avión de Sergio aterrizó en Lisboa. En el país más occidental de Europa eran las diez y media de la noche. Según los cánones de los dos países que formaban la península Ibérica: España y Portugal, y al contrario del resto de naciones de aquel continente, aún

era la hora de cenar.

Pasó la aduana sin problemas y se sentó en uno de los bancos del aeropuerto para comunicarse con *Opengate*.

—Ya estoy en Lisboa. ¿qué has averiguado de la empresa que supuestamente ha contratado a Amanda?

—Como ya habíamos deducido, se trata de una tapadera con un montón de empresas superpuestas cuya última referencia disponible, indica que la sede principal está en Macao. Tardaré unas tres horas más en entrar en los servidores del Banco, pero averiguaré quien está detrás. Te lo aseguro.

Sergio no sabía que método ni técnicas emplearía, pero estaba convencido de que lo conseguiría. Su hermana estaba en juego. Resultaba curioso que cuando se hablaba de seguir el rastro financiero de una empresa, al llegar a las Islas Caiman, Barbados o Macao, los investigadores se detenían como si estuvieran ante una barrera infranqueable. Salvo en el caso de que, en aquel banco de Macao, llevaran los registros con bolígrafo y papel, sin conexión con el resto del mundo, aspecto sumamente improbable, *Opengate* entraría en las tripas de sus ordenadores. Ningún banco de esos países, con la cantidad de dinero que movían podía estar incomunicado.

—Dame la dirección exacta del edificio y la información de que dispongas. Voy a hacerles una visita ahora mismo.

—Te envío además los planos interiores. Ten cuidado, seguramente habrá algún tipo de vigilancia o alarma.

—Eso espero.

Sergio se dirigió a una oficina de alquiler de coches dentro del aeropuerto y reservó un utilitario sencillo y poco llamativo. Introdujo en el GPS de su móvil la dirección que le había dado *Opengate* y puso rumbo *EPS Energia*. El edificio de la compañía estaba situado en un polígono industrial a las afueras de la ciudad y cercano a la desembocadura del río Tajo.

A aquellas horas de la noche no se apreciaba ningún tipo de actividad industrial, por lo que Sergio dedujo que las naves del polígono debían estar dedicadas principalmente a servir de almacenes y negocios de compraventa. La que daba cobijo a *EPS Energia*, se encontraba cerca del río, ligeramente apartada de las demás, y ocupando un solar de manera individual. El edificio era más nuevo que el resto y visto desde fuera, sus ventanas y estructura hacían que pareciese un edificio moderno y funcional.

Sergio aparcó el coche en un extremo de la calle, junto a un par de furgonetas, de tal forma que pareciese un vehículo más perteneciente a aquella

empresa. Desde aquella ubicación tenía una vista perfecta del acceso principal al edificio de *EPS Energia*.

Se dirigió caminando despacio hacia la puerta de la entrada, sin dejar de vigilar el entorno. Se fijó especialmente en las conexiones de los cables de electricidad y de comunicaciones. Al llegar a la puerta, extrajo de su bolsillo las ganzúas adecuadas y en unos segundos se colaba sin más trabas en el interior. Pudo ver que detrás de la puerta estaba situada la alarma del local. En su pantalla se iba produciendo una cuenta atrás. Le quedaban quince segundos.

*"Buscando lo que no se encuentra,
se encuentra lo que no se busca".*

Proverbio brasileño

17. Visitando la empresa

Lisboa, 15 de septiembre

Aunque su primera intención al ver la alarma fue el desactivarla, después de pensarlo mejor, decidió que el dispositivo sonase. Quería ver quién acudía a su reclamo. Si era la compañía de seguridad, volvería a entrar, si eran personal de la empresa, operaría de otra forma.

Aprovecho los segundos de que disponía para echar un vistazo al local. Solo vio unas oficinas ocupadas por muebles de color blanco. Sencillos, de aspecto funcional y sin ninguna pinta de que nadie los ocupase trabajando.

En un lugar en la que pasaría inadvertida si no se realizaba una búsqueda profesional, ubicó una diminuta cámara. De esa forma vigilaría a las personas que acudiesen y además obtendría el código de desactivación de la alarma.

Pocos segundos antes de que empezase a sonar, abandonó el edificio y se dirigió hacia su automóvil. Antes de que llegase oyó el estridente ruido de la sirena al activarse.

Dejó pasar los minutos encogido detrás del volante y al cabo de unos veinte, dos hombres aparecieron en escena. Se bajaron de un coche viejo de un gris anodino. Eran altos y musculosos. Ninguno de ellos llevaba uniforme de seguridad, solo ropa corriente. Desde su ubicación, se asemejaban más a porteros de discoteca ubicados en algún barrio de mala fama.

Entraron en el edificio y a través de la lente de la cámara que había colocado en el interior, pudo ver como, primero desactivaban la alarma y acto seguido se ponían a registrar el local. Al cabo de unos diez minutos. Con rostros enfadados y cabeceando salieron por la puerta. No se explicaban por qué se había disparado de aquella manera la alarma.

Se montaron de nuevo en el coche en el que habían llegado y se alejaron del lugar. Sergio, sin encender las luces hasta no llegar a una vía principal, les siguió el rastro. A los pocos minutos se internaron en un barrio de la periferia de Lisboa, ocupado por chalets individuales con aspecto de pertenecer a familias de clase media. Las aceras estaban limpias y amplios setos y árboles cubrían la zona. Por el resquicio abierto de la ventanilla, le llegaba el olor a fresco y natural que generaban todas aquellas plantas.

Al igual que en el caso de la empresa, estaba claro que, a aquellas personas, en la medida de lo posible, no les gustaba mezclarse con otras y no eran partidarias de tener vecinos cerca.

Sin llamar la atención, Sergio aparcó su coche unos trescientos metros más adelante que la casa en donde se había detenido el automóvil gris, esta vez fuera del alcance de la vista de alguien que pudiese estar vigilando desde aquella vivienda.

Estaba pensando cómo entrar en la casa, cuando cerca de donde se encontraba, vio varios contenedores de basura. En el suelo habían depositado un par de cajas de cartón de las que se utilizan para transportar pizzas. Los que lo habían hecho las habían arrojado sin molestarse en introducirlas en el recipiente correspondiente. Estaban limpias y mostraban señales de llevar poco tiempo allí.

Se bajó del coche, se puso una gorra, bajando la visera para ocultar el rostro, recogió las cajas vacías de pizza del suelo y se encaminó a paso vivo hacia la vivienda que ocupaban los empleados de *EPS Energia*. Sin detenerse en ningún momento y moviéndose por si lo estaban observando desde alguna cámara, como lo haría un repartidor que tuviese prisa en entregar el pedido, llamó a la puerta.

Tardó un par de minutos en escuchar movimiento al otro lado. Estaba claro que no esperaban a nadie. Sergio levantó las cajas de cartón, de tal manera que fuesen lo primero que él que pusiera el ojo en la mirilla viese.

Notó el cambio de luz, signo evidente de que alguien había le estaba observando y se preparó.

—Chaval, te has equivocado... —se escuchó mientras se abría la hoja de madera.

Antes de que terminase la frase y con la puerta suficientemente abierta, Sergio le lanzó un golpe con el canto de la mano a la garganta. Fuerte, pero no lo suficiente como para matarlo. Necesitaba respuestas. Mientras intentaba coger aire para no ahogarse, agarrándole la muñeca derecha se la retorció con una técnica de Aikido que hizo que en un par de segundos lo tuviese a sus pies inmovilizado. Sacó de su bolsillo unas resistentes bridas de plástico que tenía preparadas y lo amordazó y ató de pies y manos.

No le dedicó más que un rápido vistazo y viendo que estaba totalmente indefenso se dispuso a hacer lo mismo con su compañero. No sabía si había más de dos personas en el edificio, si habían oído el escaso ruido de la pelea o si tenían monitorizada la entrada con una cámara. En su cabeza, sin dejar de

moverse, manejaba todas estas posibilidades.

Se desplazó deprisa, pero sin producir nada de ruido, atento a los sonidos de la vivienda. Atravesó un amplio salón y un par de habitaciones. Los muebles del interior eran los típicos de una casa de alquiler. Sin personalidad. El olor a ambiente cerrado se extendía por todo el inmueble. Cuando se dirigía hacia el piso superior, vislumbró una luz que provenía de un cuarto de aquella misma planta. Se oía una televisión a bajo volumen, aunque debía haber sido suficiente para no escuchar el enfrentamiento.

Avanzó con precaución y por la rendija que dejaba libre la puerta, vio a un individuo con la misma catadura que el que había neutralizado. Alto, fuerte, con varias cicatrices en el cuerpo, con un par de tatuajes en el brazo y uno más pequeño en el cuello. Como su compañero, no tenían aspecto de mercenarios o sicarios, si no más bien de matones de poca monta. Probablemente provenían de alguno de los barrios más pobres de aquella ciudad.

“¿Qué narices está pasando aquí? ¿Qué tiene que ver este tipo de gentuza con Amanda?” —reflexionó extrañado.

Abrió la puerta de golpe y se dispuso a abalanzarse sobre aquel forzado, cuando tropezó con algo y se fue directo al suelo. Viendo la cara de sorpresa de aquel individuo, dedujo que la trampa no era para él. Era una especie de broma que le quería hacer a su compañero. Había tendido sobre las baldosas una fina cuerda, probablemente una lid, entre la puerta y una mesa, de tal manera que al abrirla se tensaba y se tropezase con ella.

Mientras se giraba para enfrentarse al hombre que se le venía encima, Sergio maldijo para si mismo. Había caído en una trampa de niños, que encima no estaba preparada para él.

Su contrincante, viéndolo de espaldas en el suelo pensó que era un simple ladrón indefenso a sus pies.

—Has entrado en la casa equivocada a robar. Te voy a romper todos tus huesos —le amenazó en un portugués con el mismo extraño acento que su compañero.

Uno de los problemas que tienen los gorilas no profesionales, es no saber calibrar lo peligroso que es la persona a la que te enfrentas y solo medir a sus contrincantes por el tamaño de los músculos. Sergio era experto en varias artes marciales, una de ellas transmitida directamente de su padre.

El karate, el taekwondo o el kung-fu, se basan principalmente en golpear al contrario, el Aikido y otras más recientes en los agarres y las proyecciones. Pero solo una de ellas estudia en profundidad la defensa y el ataque en el

suelo: el Judo. Además, está ampliamente reconocido por educadores infantiles que el enseñarlo a los niños, les ayuda en su desarrollo mental provocando que sepan sincronizar a la vez los movimientos de sus piernas y brazos.

Así que, a pesar de lo que aquel matón pensase, no se encontraba frente a alguien indefenso. Sergio boca arriba, esperó a que su antagonista se acercase con el típico movimiento de intentar pisarle el estómago. En un par de segundos, estuvo donde él quería. Con una variación de Tomoe-nage prohibida en competición, pasó su empeine derecho por detrás del talón de su contrario, inmovilizando su movimiento hacia atrás. En el mismo instante con la planta del pie izquierdo lanzó una brutal patada a la rodilla expuesta de la pierna inmovilizada. El crujido fue como el de un árbol al romperse por la mitad y venirse abajo.

—¡Ahhhh! ¡Ahhhh! —gritaba roto de dolor desde el suelo, mientras se agarraba la articulación con ambas manos— ¡Me has roto la pierna! ¡Me has roto la pierna!

Una vez más, la experiencia le demostraba a Sergio, que aquel tipo de gentuza estaba más preparada para infringir daño, que para soportarlo.

Moviéndose como un rayo, y sin ningún tipo de contemplaciones, igual que a su compañero, lo ató de manos y piernas. Después, sentado a horcajadas sobre él, de un tortazo en la cara, reclamó su atención.

—¿Hay alguien más aquí? —le preguntó con una voz fría y acerada.

—¡Llévame a un hospital! ¡Necesito que me arreglen la pierna!

—¿Hay alguien más aquí? —repitió sin inmutarse ante los lamentos de aquel miserable.

—¡No! ¡No hay nadie más con nosotros! ¡Llévame a un hospital!

—¿Esperáis a alguien en las próximas horas?

—¡No! ¡No esperamos a nadie!

—¿Esperáis a alguien en las próximas horas? —preguntó de nuevo mientras agarraba su codo y comenzaba a doblarlo con intención de rompérselo.

—¡No! ¡No esperamos a nadie! ¡Te lo juro! —gritó lleno de pavor.

Y sin hablarle más, lo amordazó con otra brida. Acto seguido agarrándolo de la brida que rodeaba sus tobillos, lo arrastró al salón, mientras se retorció de dolor. Fue a por el matón de la entrada y lo llevó como un fardo hasta situar a los dos juntos. Cogió una silla y se sentó detrás de ellos, con sus cabezas a sus pies. Desde su posición tumbados boca arriba, lo veían al revés,

como si estuvieran colgados del techo por las piernas.

—No tengo ni mucha paciencia, ni mucho tiempo —les dijo despacio en portugués para que entendiesen bien sus palabras. Si la muerte hablase, su tono de voz debía ser muy parecido. —Las personas que me han contratado, no me han ordenado que os mate. Pero tampoco me han dicho que os perdone la vida, o sea que dependerá de cómo os portéis y de lo útil que sea la información que me suministréis.

Y dejándolos solos reflexionando sobre las palabras que les había dicho, se fue a la cocina. Volvió al cabo de unos minutos con dos enormes cuchillos de cortar carne en las manos. Estabanafiladísimos, como muy bien debían saber aquellos individuos. Les cortó con ellos las bridas que los amordazaban y sacando el móvil, les enseñó una foto de Amanda.

—¿Qué habéis hecho con esta chica?

—No sabemos a que te refieres. No hemos visto a esa chica en toda nuestra vida —repuso el que había tumbado en la puerta, que tenía una cicatriz en la sien derecha.

Sergio le acercó un cuchillo a la otra sien y le produjo un corte.

—¡*Putanheiro!* ¿Qué coño haces? —chilló alarmado.

—Por cada mentira que me cuentes, te voy a hacer una herida similar a la que tengas. A tus amigos les parecerá una obra de arte el que tengas las mismas cicatrices a la izquierda de tu cuerpo que a la derecha. Lástima que algunas de las que veo son bastante profundas. Puede que tuvieses suerte al sobrevivir la primera vez. Dudo que esta vez, se repita con la segunda.

—¡Estás loco! ¡Nuestros colegas te matarán!

—Puede que sí, pero eso no te servirá de mucho en el otro barrio.

Y mirando hacia el otro individuo que estaba totalmente callado como queriendo pasar desapercibido, le dijo:

—No creas que me he olvidado de ti. En unos minutos acabo con este y sigo contigo. ¿Qué habéis hecho con esta chica? —volvió a preguntar despacio al de la cicatriz, mientras acercaba el cuchillo a su estómago.

—¡Vale! ¡Vale! ¿Qué quieres saber? —exclamó al notar como el acero empezaba a atravesar su piel.

—Que habéis hecho con esta chica. Todo. Desde el principio. Si me dais la suficiente información, saldréis vivos por esta vez.

18. Bienvenido a Europa

Lisboa, 15 de septiembre

Los dos hombres atados en el suelo se miraron entre sí, esperando que fuese el otro el que tomase la palabra. Al ver que Sergio empezaba a impacientarse y acercaba el cuchillo a su cuerpo, el de la cicatriz fue el que comenzó a hablar.

—Hace un mes, se pusieron en contacto con nosotros, en *Manaos* y nos pidieron que nos trasladásemos aquí, para realizar un trabajo.

Manaos es la capital de la enorme región del Mato Grosso, en la zona más occidental del Brasil, que linda con el sur de Bolivia.

“Qué demonios están haciendo aquí estos dos brasileños, tan lejos de su ciudad” —pensó Sergio.

Aunque por momentos, aquella trama internacional, cada vez se estaba volviendo más complicada, aquello explicaba el acento portugués que tanto había extrañado a Sergio. Pero, había muchas cosas que no cuadraban. Desde el principio, le habían parecido simples matones, no mercenarios o asesinos que operasen en diferentes países.

—¿Soléis realizar encargos internacionales? —les preguntó para salir de dudas.

—No. Es la primera vez que trabajamos fuera de nuestra región, pero el encargo que nos propusieron nos pareció fácil y muy bien pagado. Además, nos hacía ilusión venir al país de nuestros antepasados.

—¿Quién os contrató?

Ante esta pregunta, ambos hombres enmudecieron y miraron para otro lado.

—¿Quién os contrató? —preguntó de nuevo, realizando un rápido corte en uno de los brazos del matón de la cicatriz.

—¡Para! ¡Para! —chilló—. ¡No lo sabemos!

—Pero...

—Pero creemos que fue un general del ejército brasileño cuyo centro de mando está en nuestra región.

—Explicadme mejor eso.

—Para ganarnos la vida, trabajamos como sicarios y eliminamos gente en *Manaos*. Hace aproximadamente un mes, un capitán del ejército con varios de

sus hombres, nos arrestó y nos dijo que si no acatábamos sus ordenes, alguien muy arriba en la cadena de mando se iba a enfurecer con nosotros y nos iba a meter en una cárcel militar hasta el fin de nuestros días. Por el contrario, si cooperábamos íbamos a ganar mucho dinero. No tuvimos elección. Esos hombres son capaces de aniquilar sin remordimientos a nuestras familias y enterrarnos a todos donde nunca nos puedan encontrar.

—¿Cómo se llama el general y por qué creéis que está implicado?

—Se llama Raimundo Oliveira y nada ocurre en la región de manera ilegal, en la que no esté implicado el ejercito, y él no participe. Además, para una operación como esta hace falta contactos y mucho dinero. No puede ser otro.

—¿Qué operación están montando?

—No lo sabemos. Está todo muy compartimentando y nosotros solo conocemos nuestro eslabón de la cadena. Incluso lo del general no es más que una mera suposición.

—Vale. ¿Cuál era vuestra parte?

—Alguien se encargó de alquilar un edificio a nombre de *EPS Energia*. Nuestra misión era vigilar a las personas que llegaban a la empresa. Drogarlas y retenerlas en el almacén preparado al efecto durante unos días, para después embarcarlas en un avión.

—¿Con destino a...? —preguntó Sergio cada vez más enfadado con lo que estaba oyendo.

—No lo sabemos. Solo nos encargamos de meterlas en el avión atadas y amordazadas y de pagar al piloto.

—¿Cuántas personas habéis secuestrado?

De nuevo los dos hombres como pensando que ya habían hablado demasiado encerraron en un silencioso mutismo. Esta vez Sergio se levantó de la silla y con la punta del cuchillo hizo presión sobre la rota rodilla.

—¡Cuarenta! ¡Han sido cuarenta! —gritó temiendo que le cortasen los tendones de la ya maltratada articulación.

—¡La madre que os parió! —exclamó sin dejar de apretar— ¿Qué tipo de personas eran? ¿Profesiones? ¿Edades? ¿Razas?

—Nuestra misión no era interrogarlas. Es más, nos recomendaron que no lo hiciéramos. Debíamos drogarlas para que estuvieran desorientadas, pero en ningún caso provocarles ningún tipo de maltrato. Nos amenazaron con eliminarnos a nosotros y a nuestras familias si alguna de ellas sufría algún tipo de lesión. Todas ellas eran científicas atraídas por el reclamo de un puesto de investigación muy bien pagado en *EPS Energia*. Eran especialistas en

diferentes tecnologías, pero ese tipo de cosas escapa de nuestros conocimientos. La mayoría eran jóvenes de diferentes razas, con edades alrededor de los treinta y cinco años y parecían llegados de centros de investigación de diversos países. Por lo que hemos visto hasta ahora, solo eligen mujeres.

—¿Por qué solo mujeres?

—Ni idea. Somos el último eslabón de la cadena y nadie nos da explicaciones.

—¿Para qué las han secuestrado?

—¡No lo sabemos! ¡No lo sabemos! —chilló el de la cicatriz temiendo que la respuesta no iba a ser la que deseaba.

—Y, ¿qué creéis que tienen en común?

Se hizo de nuevo un denso silencio, mientras los dos cautivos se miraban entre ellos. Al cabo de unos segundos respondió el de la rodilla rota.

—Que eran jóvenes, especialistas en temas de energía, y que probablemente nadie las iba a echar de menos si estaban fuera de sus centros de investigación durante varios meses.

—¿Quién ha podido realizar semejante selección? —preguntó con escasa confianza en que supieran responderle.

—Ni idea. Eso escapa a nuestra posición en la cadena.

—¿Cuántas entregas habéis realizado? y ¿de cuántas personas?

—En las dos últimas semanas prácticamente una entrega diaria con las científicas que fuésemos retenidos. Entre una y cinco personas. Ayer fue la última hasta el momento.

—¿Tenéis a alguien más retenido?

Por el silencio que acompañó a su última pregunta, Sergio dedujo que la respuesta era afirmativa.

—¿Tenéis a alguien más retenido? —repitió mirándolos fijamente.

—Sí, tenemos a una chica secuestrada en el almacén de la empresa. Hoy debíamos trasladarla al avión.

—¿A qué hora tenéis que realizar la entrega?

—En un par de horas.

—¿Cómo funciona?

—Nos ponemos en contacto con el piloto mediante un programa de mensajería. Nos espera listo en un hangar del aeropuerto y mediante la furgoneta que hay afuera a nombre de la empresa, trasladamos a las cautivas hasta el avión, donde las embarcamos. Le pagamos y se larga.

Sergio, se trasladó a una mesa cercana y encendió el portátil que reposaba sobre ella. Al cabo de unos segundos una pantalla le solicitó que se identificase.

—¿Usuario y contraseña?

Después de suministrárselos, Sergio estuvo navegando por el programa de mensajería, memorizando toda la información que le fuese a resultar útil.

—Según los últimos mensajes, tenéis que llevar a vuestros prisioneros al hangar A-15 dentro de unas tres horas. ¿Es correcto?

—Sí —asintió el sujeto de la cicatriz.

—¿Dónde están los cincuenta mil euros del pago?

—En el segundo cajón de ese armario. Sergio, se levantó para comprobar la información y estimó que en aquel sencillo mueble había cerca de un millón de euros.

—¿Esperáis a más científicas?

—Ni idea. No disponemos de ninguna información por adelantado. Nos enteramos en el momento que llaman a la puerta del edificio. Por la cantidad que ves en ese cajón, la que nos dieron para realizar los pagos al piloto, creemos que sí, pero no lo sabemos a ciencia cierta.

—¿Alguna información adicional que me estéis ocultando?

—No. Como te hemos dicho, solo somos un simple eslabón de la cadena.

—¿Dónde está la furgoneta que utilizáis?

—En el garaje de esta vivienda.

—¿Estas son las llaves? —inquirió mostrando unas que había cogido del cajón del dinero.

—Sí.

—¿El equipaje? ¿El dinero? y ¿la documentación que les quitasteis?

—Nos ordenaron quemar todo.

Algo en el tono empleado y en la forma de mover la cabeza, no acabó de convencer a Sergio que acercando de nuevo el cuchillo a la rodilla rota, comenzó a ejercer presión.

—¿Dónde está? —preguntó mirando gélidamente al hombre a sus pies.

—¡La ropa quemada y el dinero y la documentación enterrados en un gran macetero rojo en el jardín de la parte posterior! —exclamó gritando al sentir la presión sobre la articulación—. Lo guardamos como una especie de seguro de vida.

—¿El piloto es brasileño?

—Sí. Es un hombre duro y curtido. Nos pareció un expiloto de las

fuerzas aéreas retirado o al que han echado del servicio, y que se ha buscado un oficio más lucrativo.

—Alguna vez, ¿le habéis entregado a alguien o algo que no fuesen científicas secuestrados?

—Sí. En su primer viaje adicionalmente a los prisioneros, llevó a la persona que se encargó de los contratos del edificio de la empresa, de esta vivienda y de entregarnos el dinero en metálico para efectuar los pagos.

Mientras un plan se iba forjando en la mente de Sergio, metió el portátil de aquellos hombres en su mochila y decidió darse una vuelta para ver si había algo más que le pudiera resultar útil.

—No hagáis ninguna tontería. Ahora mismo vuelvo —les dijo con tono amenazador.

Recorrió el resto de la vivienda, analizando en detalle cada uno de los armarios, cajones y demás posibles lugares en donde esconder dispositivos electrónicos o documentación. Al cabo de unos minutos volvió donde sus prisioneros, sin más objetos que sus móviles.

—Una última cosa antes de largarme. —y mostrándoles la foto de Amanda les interrogó una vez más—. ¿Esta chica es una de las que llevasteis al avión?

—Sí —respondió en un tono prácticamente inaudible el matón de las cicatrices.

19. Escala en Cabo Verde

Cabo Verde, 16 de septiembre

Sergio moviéndose rápidamente, inmovilizó mediante bridas a uno de los matones a las patas de un enorme armario de madera de aquel salón y al otro al radiador. Si alguien no pasaba a visitar la vivienda, tenían ante sí un mal futuro.

Después, cogió un par de bolsas grandes de basura de la cocina e introdujo en ella el dinero que pagaba el transporte de los secuestros. Salió al jardín, recogió la documentación y el dinero enterrado, poniéndolo en otra de las bolsas.

Se trasladó al garaje y a los mandos de la furgoneta, se dirigió a toda velocidad al edificio de *EPS Energia*. Les había sustraído a aquellos delincuentes todas las llaves del local, por lo que no tuvo problemas en abrir la puerta de acceso al almacén y desactivar las alarmas.

Recorriendo el blanco pasillo de entrada que llevaba a las celdas que habían habilitado, se preguntaba quién demonios tenía los recursos necesarios para montar aquel tipo de operación. Cuando le quedaban un par de celdas por abrir, oyó ruidos al otro lado de la puerta. Despacio y sin querer intimidar a su ocupante, la abrió. Una joven de facciones asiáticas, le miraba aterrada desde un camastro.

—*Konnichiwa* —saludó en japonés en un tono suave y tranquilizador tendiéndole despacio la mano—. No tienes nada que temer de mí. Vengo a liberarte.

La emoción de oír unas palabras amables en su idioma nativo hizo que la joven se pusiera a llorar. Sujetó aquella mano como si fuese la tabla de salvamento de un naufragio y acompañó a Sergio hacia la salida.

—Ven, tenemos que movernos deprisa.

Aunque no esperaba encontrar nada que le suministrase más información en aquel edificio, dio una vuelta rápida por el mismo, confirmando sus sospechas de que allí solo estaban las celdas y comida para los secuestrados. Por lo demás estaba completamente limpio.

Abandonaron el local y conduciendo la furgoneta hacia el aeropuerto,

Sergio le explicó a aquella muchacha toda la trama en la que se había visto envuelta.

—Busca por favor en esa bolsa tu pasaporte y cualquier otra cosa que te pertenezca —le exhortó pasándole la bolsa de basura.

Al cabo de un par de minutos de bucear en el interior de aquel plástico y con gesto triunfal, la japonesa le enseñó un pasaporte, una cartera y un teléfono.

—Pon el móvil en posición de vuelo. No quiero que te conectes a Internet, ni que realices ninguna llamada. Es peligroso ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—¿De dónde provienes?

—De una ciudad cercana a *Osaka*.

—Estupendo. Te llevo directamente al aeropuerto. No me fío de dejarte en otro sitio. Quiero que en cuanto llegues compres un billete de vuelta a tu país. *Osaka* tiene aeropuerto internacional, si no recuerdo mal se llama *Kensai*, por lo que puede que tengas algún vuelo directo. Si no, coge el primero que salga vía París o Frankfurt. Lo importante es que abandones esta ciudad cuanto antes. No hables con nadie, y en los aeropuertos espera a embarcarte, cerca de algún puesto de la policía. No confíes en nadie que se te acerque. EN NADIE.

—Así lo haré. Te lo prometo —asintió en un tono de ciega obediencia.

—Cuando llegues a Japón, denuncias todo lo que te he comentado a la policía. Quiero que ahora vayas extrayendo todos pasaportes de esa bolsa y saques fotos de cada uno de ellos —le indicó mientras le pasaba su móvil—. También con el tuyo. Le entregas todas las fotos a la policía de Osaka y les pides que se pongan en contacto con las fuerzas de seguridad de los países de los secuestrados. Quiero que monten una operación de rescate a nivel mundial. ¿Entendido?

—Entendido.

Y la muchacha haciendo gala de la fama de eficiencia que se habían ganado los habitantes de su país, empezó a obtener fotos metódicamente. En unos minutos había terminado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó tímidamente.

—Por tu seguridad y la mía, es mejor que no lo sepas. A la policía diles que un desconocido te rescató y cuando te pregunten por mis facciones, les das unas inventadas. Tienes tiempo para ir imaginándotelas durante el viaje.

—Pero me gustaría honrar el nombre de la persona que me ha salvado

de la muerte, ... o de algo peor.

—Solo para ti, mi nombre es Joseph.

—Gracias Joseph. ¿Cómo es que hablas tan bien japonés?

—Viví allí durante bastante tiempo, y mi mejor amiga era japonesa — respondió mecánicamente, mientras su tono de voz se iba apagando.

—¿Era? —le preguntó adoptando un tono triste— ¿Ya no vive?

—No. Unas personas igual de malvadas que las que te han hecho esto a ti, la asesinaron.

—Lo lamento.

—Y te prometo, que de igual manera que lo pagaron, el destino de los que te han hecho esto, antes o después será el mismo.

A pesar de las circunstancias desfavorables en las que se encontraban, a pesar de haber sufrido en sus carnes el poder de que disponía aquella organización, a pesar de su miedo, y a pesar de ver a un solo hombre frente a sí, y no tener ninguna base racional, aquella indefensa muchacha, creyó sus palabras.

—¿Eres policía?

—No exactamente. Pero me dedico a perseguir a los malos —le respondió con una sonrisa orientada a tranquilizarla.

La muchacha, después de ver que aquel joven a su lado era amigo del anonimato y no queriendo continuar haciendo preguntas indiscretas, optó por permanecer callada, dando vueltas en su cabeza a todo lo que le acababan de contar.

Tras conducir sin apenas tráfico, debido a lo entrada la noche, a lo largo de la autovía E-1, llegaron al *Humberto Delgado*, el aeropuerto más importante de Portugal.

—Abre esa bolsa —le indicó Sergio señalando la del dinero—, y coge unos cinco mil euros. Más, llamaría la atención en los controles. Después de comprar el billete, cómprate ropa, un sombrero y unas gafas de sol, y trata de pasar inadvertida. Acuérdate de situarte siempre cerca de la policía.

Después de seguir obedientemente las indicaciones, la joven japonesa, a pesar de su cultura, no pudo evitar acercarse a Sergio y darle un beso en la mejilla.

—*Arigatou gozaimasu.*

En aquel momento, llegaban a la terminal de salidas del aeropuerto. Sergio detuvo la furgoneta lo más cercana que pudo a la entrada del edificio.

—Buen viaje y recuerda todo lo que te he dicho. NO TE FIES DE

NADIE.

—¿Nunca volveré a verte?

—Nunca es una palabra demasiado grande. Aunque mi *ha-tao* siempre residirá en Japón, los tristes recuerdos que me producen tu país me impiden trasladarme todavía allí.

—*Arigatou gozaimasu* —pronunció juntando las manos a la manera tradicional e inclinando la cabeza en señal de agradecimiento.



Arrancó la furgoneta y se dirigió rápidamente al *TRYP Lisboa Aeroporto*, el hotel que recordaba más cercano al LUGAR donde se encontraba. Consultando su reloj, aunque justo, todavía le quedaba tiempo. Reservó una habitación para diez días y pagó con dinero en efectivo.

Subió a la habitación y para su sorpresa, la caja fuerte era lo suficientemente amplia como para guardar los pasaportes y el dinero que llevaba en las bolsas. Se desnudó, se dio una ducha rápida y se tumbó en la cómoda cama mientras repasaba su arriesgado plan.

Cuando calculó que ya era la hora de ponerse en movimiento, se vistió, cogió dinero en metálico, el móvil, el portátil de los matones y algunas cosas que consideró que le resultarían imprescindibles. En aquel viaje no podía permitirse llevar mucho equipaje. Despertaría curiosidad y sorpresa.

Decidió dejar la maleta en la habitación, cogió unas chokolatinas y un par de botellas de agua del minibar para poder comer algo posteriormente y cogiendo la mochila se dirigió a la furgoneta. La abandonó en el enorme aparcamiento de largas estancias, de tal manera que nadie se fijase en ella durante semanas. Había estado dudando entre dejar las cosas en la furgoneta o en el hotel, pero la furgoneta estaba más expuesta a ser robada y en el hotel si en diez días no daba señales de vida, se pondría en marcha una investigación por parte de la policía.

Quince minutos antes de la hora prevista, se encaminó al hangar A-15. Al llegar, se encontró con la amplia puerta de salida abierta, por lo que caminando a paso vivo se dirigió hacia el avión. El aparato era un modelo de tipo turbohélice, marca *Antonov AN-12*. Uno de los antiguos éxitos de la aeronáutica de la extinta URSS.

Diseñado inicialmente para el ejercito, cubría las funciones de ser capaz de transportar de manera mixta personas o carga. Debido a su robustez, enseguida se amplió su uso a funciones comerciales. Disponía de una

velocidad de crucero de seiscientos kilómetros por hora y una autonomía de cinco mil setecientos kilómetros. Este último dato indicó a Sergio que si era el avión que definitivamente iban a utilizar, sería necesario aterrizar y repostar en algún lugar antes de llegar a su destino final.

Un vuelo demasiado largo para ir en la cabina de aquel aparato atado y amordazado. Generalmente aquel tipo de cosas dejaba a los secuestrados marcados de por vida.

“¡Malnacidos! ¿Cómo habrán hecho para evitar los controles de los diferentes aeropuertos? —se preguntó.

Cuando estaba a unos metros del avión, una sombra que apareció detrás del fuselaje, se adelantó dando paso a un fornido negro de un metro ochenta de altura que de manera amenazadora se plantó delante suya. Su duro rostro con una pequeña cicatriz en la mejilla imponía respeto. Su forma de moverse y la manera en que su mirada le recorría, indicaban al contrario de los matones con los que se había enfrentado hacía unas horas, que aquel individuo sí era un autentico profesional.

—¿Quién eres? —preguntó desabrido en portugués, aunque el acento brasileño era inconfundible.

Hasta el momento, lo único que parecía estar claro de aquella trama, era que el origen era brasileño y que los hombres que estaban implicados procedían de aquel país.

—El viajero que estás esperando —respondió en el mismo tono e idioma Sergio.

—¿Cómo puedo estar seguro de eso?

—Porque estoy en el lugar adecuado, a la hora adecuada y tengo el dinero adecuado —respondió mientras le enseñaba un fajo de billetes—. No tienes porque saber nada más. Si no me llevas contigo, otro lo hará.

El hombre se acercó y de un tirón se hizo con el dinero.

—Sube al avión —le ordenó en tono amargo, señalándole la escalerilla trasera.

Así lo hizo, memorizando el nombre del avión y su matrícula. Mientras el piloto retiraba un par de máquinas que impedían la salida del avión, se aseguraba de que todos los accesos al mismo estuviesen cerrados y se ponía a los mandos del avión, Sergio envió un mensaje a *Opengate*, pidiéndole que averiguase el manifiesto de aquel vuelo y a quien pertenecía el aparato.

Estaba claro que el aviador se había conformado, al menos de momento, con llevar a aquel pasajero al mismo lugar donde había trasladado a los

secuestrados, dado que no le había preguntado en ningún momento por su destino.

Además, no estaba interesado en obtener más información de su pasajero, ya que desde que se había sentado a pilotar, no le había dirigido la palabra. Ni para decirle que se pusiera el cinturón para despegar, ni para darle ningún tipo de instrucción. Sergio estaba situado en la zona reservada a los pasajeros, y el otro en la cabina con la puerta cerrada, separados por apenas unos diez metros de distancia.

Teniendo en cuenta la gente con la que se relacionaba, la actitud de aquel hombre parecía coherente. No tenía ninguna necesidad de conocer nada sobre sus clientes. Lo único que le interesaba era su dinero.

Previendo que separado por escasas horas, iba a realizar su segundo vuelo intercontinental en el mismo día, Sergio se comió las dos chocolatinas, se bebió una botella de agua y se dispuso a descansar, acomodándose lo mejor posible en aquellos espartanos asientos. La comodidad no era uno de los puntos fuertes del *Antonov*.

Antes de echarse a dormir, recorrió con la mirada la cabina en la que se encontraba, buscando una cámara de videovigilancia. Al no encontrarla, encendió en su móvil una aplicación de rastreo que mediante conexión *GPS* iba a grabar la ruta que iba a realizar aquel avión en su viaje.

Al cabo de unas horas, el golpeteo del tren de aterrizaje sobre la pista le despertó. Rápidamente consultó la pantalla de su móvil. Estaba en *Praia*, la capital de la República de Cabo Verde, estado soberano situado en una isla, ubicada en el océano Atlántico, cercana a Senegal. El país seguía siendo miembro de la *Comunidad de Países de Lengua Portuguesa*.

Lo único que había averiguado hasta aquel momento, era la confirmación de que los países involucrado en aquella trama estaban unidos por la lengua portuguesa. De momento Cabo Verde, Brasil y Portugal. Aunque aquello no le reportaba ninguna información que le sirviese para algo.

Sin dirigirse a él en ningún momento, vio bajarse del avión al piloto y entablar conversación con lo que parecían dos personas de mantenimiento de aquel aeropuerto. Al cabo de unos minutos un camión cisterna se acercó al avión y comenzó su repostaje. El fuerte olor a combustible y aceite llegaba al interior de la cabina.

“La autonomía de un *Antonov*, no da para realizar un vuelo trasatlántico sin hacer escalas. Sin embargo, desde Cabo Verde, ya es posible alcanzar alguno de los aeropuertos de Brasil” —reflexionó Sergio.

Estaba claro que el comandante de aquel avión tenía ganas de acabar con aquel transporte. Nada más terminar de rellenar los depósitos de keroseno, volvió a enfilarse la pista de despegue. A ello ayudaba el poco movimiento aéreo del aeropuerto a aquella temprana hora. El sol estaba empezando a aparecer por el horizonte y en unos minutos abandonaron aquel país rumbo al continente americano.

20. Llegando a Manaos

Manaos, 16 de septiembre

Calculando que tenía varias horas por delante antes de llegar a su siguiente destino, y viendo que el piloto seguía manteniendo el silencio, Sergio después de recorrer el pasillo de la cabina durante quince minutos para activar la circulación de sus piernas, volvió a buscar postura para dormir.

De nuevo, le despertó el golpe del tren de aterrizaje contra la pista. Rápidamente se asomó a la ventanilla, para ver cómo el avión repitiendo la maniobra de Cabo Verde se acercaba a un hangar para repostar. Siguiendo la misma mecánica al cabo de unos minutos con los depósitos llenos, el avión se encontraba en el aire.

Sergio echó discretamente una mirada a su teléfono móvil, que le indicó que se encontraban en el aeropuerto de *Belem*. Como había apostado consigo mismo, en Brasil. Desde aquel aeropuerto, ya podían alcanzar cualquiera de los aeropuertos de Brasil.

El trayecto esta vez fue más corto y cuando aterrizaron, Sergio decidió hacerse el dormido. Como había supuesto, el piloto al cabo de unos minutos entró en la cabina.

—¡Vamos! ¡Despierta! ¡Te están esperando! —exclamó zarandeándolo sin miramientos.

Sergio, haciéndose el ofendido lo apartó de sí y se levantó de su asiento aparentando más anquilosamiento del que en realidad tenía.

—Tranquilo tío. No creo que se vaya sin mí —respondió Sergio con chulería.

—Baja de una vez —le indicó desabrido aquel hombre, abriéndole la puerta y estirando la escalerilla de bajada.

Quedaba patente que estaba deseando deshacerse de aquella carga e irse a descansar después de casi doce horas de vuelo. Independientemente de la posible utilización del piloto automático, eran demasiadas horas de tensión. Aquel no era un piloto cualquiera.

En pista, a unos pocos metros de la escalerilla, se encontraba un todo terreno esperando. Esta vez, Sergio no tenía ni idea de cual era el procedimiento a seguir en el siguiente eslabón de la cadena. Tendría que

improvisar.

Al contrario que el piloto, un hombre delgado y de movimientos nerviosos conducía el vehículo. Al ver descender a Sergio, se acercó a él y le tendió la mano afablemente.

—Hola. Bienvenido a Manaos. Yo soy el responsable de llevarte al siguiente punto de encuentro.

—¡Estupendo! —le respondió Sergio exhibiendo una amplia sonrisa—. Después de tantas horas de viaje, necesito una buena ducha, una abundante comida y una cama como Dios manda en la que descansar unas horas.

—¡Eso está hecho! ¡Sube al vehículo! —y dando ejemplo se subió al asiento del conductor y puso el vehículo en marcha.

Sergio vio como el piloto del avión, desaparecía por una puerta del hangar sin dedicarle ni una frase, ni una mirada. Por el contrario, se apreciaba que estaba familiarizado con las instalaciones de aquel aeropuerto. Debía ser su centro de operaciones.

El conductor del todo terreno, se puso a circular a elevada velocidad por la carretera que llevaba a la ciudad, pero en vez de introducirse en su interior, se desplazó por la periferia. Al cabo de un rato llegó a un hotel de mala muerte, en cuyo aparcamiento dejó el coche.

—¡Vamos! ¡Aquí podrás darte esa ducha! —y encaminándose al interior, no miró hacia atrás seguro de que Sergio lo seguía.

“¡Menuda mierda de hotel! No tratan de igual manera a sus hombres en Portugal que aquí. Seguro que el agua de la ducha sale llena de porquería” —pensó con resignación.

Sin detenerse en la recepción del hotel, que olía a moho, podredumbre y abandono, el delgado hombre que lo precedía comenzó a subir las escaleras, hasta llegar a la tercera planta. O bien el ascensor no funcionaba, o bien aquel individuo tenía claustrofobia. Se paró delante de una de las puertas del pasillo y le arrojó una llave a Sergio, señalándole la siguiente.

—Te doy media hora para poder ducharte y descansar un rato. Después llamaré a tu puerta con un par de bocadillos para que comas algo y te explicaré el siguiente tramo del viaje.

—De acuerdo.

Como un reloj, a la media hora, oyó alguien que golpeaba la puerta con los nudillos. Se levantó a abrir. Como le había prometido, aquel individuo llevaba un par de bocadillos y unas botellas de agua que le entregó nada más traspasar la puerta.

—Lo siento, es lo único que quedaba. —comentó al ver la cara de Sergio contemplando el contenido de uno de ellos.

—No importa. Gracias por haber pensado en ello. La verdad es que tengo un hambre de mil demonios —dijo a la vez que daba el primer mordisco a aquel pan duro como la piedra, relleno de un embutido irreconocible.

—¿Cómo te llamas?

Sergio le miró con una sonrisa burlona, sin responder a su pregunta.

—Bueno... —repuso resignado cabeceando—. Tenía que intentarlo. Como no vienes atado y amordazado, debo suponer que eres un supervisor.

—Supones bien —asintió Sergio sin tener ni idea de lo que aquel puesto conllevaba—. Estoy deseando llegar a mi destino y tú eres el encargado de trasladarme.

—Así es. Te explicaré como funciona esto a partir de aquí, pero antes bebe y come algo.

Sergio no acababa de creérselo. Antes de lo que él pensaba, por fin iba a obtener algún tipo de información relevante. Lo curioso era que parecía que se la iba a suministrar el individuo con pintas de ser el menos importante de los que hasta ese momento se había cruzado en su camino. Ironías del destino.

Tal y como le había indicado aquel sujeto, le dio unos mordiscos al probablemente más asqueroso bocadillo que había comido en su vida y se bebió una botella de agua. El agua de aquel lugar también sabía rara.

El hombre enfrente de Sergio, contrariamente a lo que había dicho antes, se había sentado enfrente suya sin decir palabra, dejando que el tiempo transcurriese.

—Cuando quieras, puedes empezar con lo que me ibas a contar. Es necesario que sepa que tengo que hacer o qué se espera de mí, a partir de este momento.

—No te preocupes. Tenemos tiempo. Estaba dejándote comer tranquilo.

Algo raro estaba pasando. El hombre dicharachero y simpático de un rato antes, se había vuelto más serio y le estaba escudriñando como si esperase que ocurriese algo.

—Ya he terminado —dijo Sergio, tras haber terminado con el bocadillo y echar un buen trago de agua de la segunda botella. Por lo visto necesitaba descansar más de lo que pensaba. Noto la cabeza pesada.

Una siniestra sonrisa apareció en el rostro de aquel hombre.

—Entonces, ya es el momento adecuado para que comencemos a hablar. Pero serás tú el que lo haga. ¿Cómo te llamas?

—Sergio.

A pesar de la niebla que empezaba a cubrir su cerebro, se dio cuenta de que algo iba terriblemente mal. Le acababa de decir su verdadero nombre a un desconocido.

Mirando el bocadillo y las botellas de agua, con un gesto estúpido en su rostro, los retazos conscientes de su mente se dieron cuenta de que lo habían drogado. Seguramente con burundanga o como se le llamaba en aquella zona del mundo “*el aliento del diablo*” porque uno de los métodos que se utilizaba para suministrarla a sus víctimas, era soplándosela a la cara. En su caso, se la habían introducido a través del bocadillo o de las botellas de agua.

Su nombre técnico es *escopolamina* y puede causar delirio, sicosis, parálisis, estupor y hasta la muerte en función de la dosis. Es una sustancia que anula la voluntad, produce desinhibición y crea amnesia. Ninguna de aquellas sensaciones, eran las más adecuadas para un hombre que intentaba infiltrarse en una organización de asesinos.

Una vez más las apariencias habían sido traicioneras. El que a simple vista trasladaba la imagen de ser el menos peligroso de los hombres a los que se había acercado en las últimas horas, había resultado ser el que lo intentaba neutralizar y probablemente entregar a otros que lo eliminarían. De momento lo estaba interrogando.

Tenía que hacer algo mientras todavía tuviese algo de control de su mente. En unos minutos estaría totalmente a su merced.

—¿De donde vienes? —oyó intentando concentrarse.

Afortunadamente su cuerpo entrenado todavía funcionaba mejor que su mente. Con un rápido movimiento agarró una de las botellas por su cuello de cristal y la estampó en la frente de su interrogador. El brutal impacto hizo que cayese inconsciente a sus pies. Se levantó y volcó una de las butacas sobre aquel hombre en un intento de inmovilizarlo cuando despertase.

Se dirigió caminando a trompicones hacia una de las estanterías de la habitación. En un esfuerzo de voluntad que le pareció inmenso cogió un salero, le quitó la tapa y se tragó todo su contenido. En unos segundos le sobrevinieron unas fuertes arcadas. Con pasos torpes y vacilantes se dirigió hacia el baño donde vomitó en repetidas ocasiones.

Para combatir de alguna manera los efectos de la *escopolamina* necesitaba hidratarse, pero nada de lo que veía a su alrededor le servía. Beber el agua infecta de aquel lugar, le produciría alguna intoxicación tropical y no se podía fiar del resto de botellas que le había traído aquel delincuente.

Cada vez la cabeza le dolía más. Entre la droga, las horas de viaje, la falta de descanso, de comida y bebida adecuada, notaba como iba perdiendo las fuerzas. Con sus últimas energías y pensamiento lúcido, volvió a la habitación y se derrumbó encima del sofá que atrapaba a su enemigo. Aunque el hueco impedía que aquel malhechor se asfixiase, no era lo suficientemente amplio para que se pudiese escapar.

21. Drogado

Manaos, 17 de septiembre

Unas lejanas voces intentaban penetrar la inconsciencia en la que se encontraba y lo único que conseguían era aumentar el terrible dolor de cabeza que aún seguía ahí. El haber expulsado de su cuerpo lo que había ingerido y el paso de las horas habían ayudado a minimizar el efecto de la droga. Recordaba vagamente que había leído en algún sitio que los efectos de la *escopolamina* empezaban a desaparecer lentamente a partir de las cinco horas de su ingesta. Su cuerpo joven y en forma, había empezado el proceso, pero necesitaba con urgencia el hidratarse.

Meneó la cabeza bruscamente de un lado a otro para intentar espabilarse y lo único que consiguió fue que aumentase el dolor y oír las voces con mayor claridad. Torpemente se puso de pie y comprendió lo que pasaba. Entre los efectos de la burundanga estaba el tener lagunas de las horas anteriores. Prueba de ello era que no entendía porque el sofá estaba volcado.

Al cabo de un minuto comprendió que las voces que oía, no eran imaginaciones suyas, si no que estaban producidas por el hombre atrapado debajo del mueble. Su consciencia llegaba a que era el culpable de que se hallase en ese estado y eso le enfadaba enormemente.

—Si quieres salir de ahí, extiende las manos donde pueda verlas —le ordenó dejando caer todo su peso sobre el mueble para reforzar sus palabras.

—*Putanheiro!* ¡Sácame de aquí! ¡Me asfixio!

—¡Extiende las manos! —repitió, dejando caer de nuevo su cuerpo sobre el sofá.

En unos segundos sus manos aparecieron por un estrecho hueco entre el mueble y el suelo. Soltando la funda de una de las almohadas y haciendo tiras con su tela, se las ató fuertemente. Levantó el sofá con una sola mano. A pesar del intenso dolor de cabeza y el atontamiento que aún presidía su cabeza, estaba recuperando la fuerza y el control de sus extremidades.

—¿Qué me has dado?

En un acto de rebeldía, aquel miserable le escupió a la cara y cerró los labios mostrando sus intenciones. No fue una buena idea. El dolor, no hacía que tuviese la mente fría y pensando que aquel sicario, lo mismo que le había

hecho a él se lo habría hecho a multitud de personas, entre ellas jóvenes que después violó, el canto de la mano de Sergio golpeó brutalmente su clavícula. Se rompió con un siniestro chasquido.

Lo dejó caer a sus pies, mientras aullaba de dolor y cogió un trapo de los que adornaban uno de los muebles. Se limpió la cara y abriéndole las mandíbulas más de lo necesario, lo amordazó fuertemente hasta casi asfixiarlo.

—Te voy a hacer una serie de preguntas, y me vas a responder de inmediato —le dijo tirando de hacía sí del hueso roto hasta colocar sus rostros a escasos centímetros.

Su cara, amoratándose por momentos, era un reflejo del intenso dolor que estaba pasando. Por una parte, el tirón del hueso al que estaba sometido y por la otra, la dificultad para respirar.

—Cuando te entren las ganas de hablar cierra los ojos un par de veces —le ordenó, tirando de nuevo del hueso roto hasta casi romper el tendón que lo unía al húmero.

Sin pensárselo más, aquel miserable parpadeo de inmediato dos veces. Sergio, lo registró y encontró escondido en su tobillo un afilado cuchillo. Le quitó la mordaza y le introdujo el arma en la boca presionando ligeramente sobre la comisura del labio derecho.

—Si haces cualquier estupidez, tu boca se hará más grande. Si tengo la más ligera sospecha de que me mientes, tu boca se hará más grande. Solo diciendo la verdad, puede que sigas manteniendo su tamaño —y presionó más hasta tensar los labios. Un poco más y empezaría a cortar—. Cierra de nuevo los ojos un par de veces, si me has entendido.

De nuevo con el pánico presente en su rostro, cerró y abrió los ojos como le indicaban. En ese momento, Sergio aflojó la presión, lo justo para que pudiese hablar.

—¿Qué me has dado?

—“*Aliento del diablo*”

Justo lo que Sergio había imaginado. Por aquellas latitudes era fácil y barata de conseguir. En toda Sudamérica, era la droga que se empleaba en la mayoría de los delitos que se cometían, desde secuestros exprés a violaciones. O bien se echaba en la bebida de las víctimas, o bien se les soplaba a la cara.

—¿Por qué?

—Mi obligación era comprobar si eras verdaderamente uno de los nuestros.

—¿Y? —le animó a continuar tensando el cuchillo durante unos

segundos.

—Si eras uno de los nuestros, al pasarse el efecto de la droga, seguirías hacia delante en la cadena. Si no, desaparecerías arrastrado por la corriente del río y nunca más volvería a saberse de ti. Unos kilómetros más adelante los animales reducen en horas un cuerpo a unos pocos huesos que se hunden en el lecho del río.

—¿Lo sabes por experiencia?

La pregunta era innecesaria y los ojos de aquel hombre, respondieron mejor que con palabras.

—¿Por qué crees que no soy de los vuestros?

—Dese tu forma de moverte, hasta tu forma de hablar. Tu portugués es demasiado correcto y educado. Nosotros, en esta zona y en nuestro mundillo no hablamos así. Además, cuando estabas drogado, hablaste en español.

—¿Cuál es el siguiente destino?

—*São Paulo de Olivença*

—¿En el interior del Amazonas? ¿Qué hay allí?

—No lo sé.

Sergio volvió a tensar el cuchillo y esta vez produjo un ligero corte, por el que comenzó a gotear sangre.

—¡No lo sé! ¡Te juro que no lo sé! No creo que sea el destino final, pero no sé más.

—¿Cómo trasladan a las científicas hasta allí? —inquirió Sergio, bajando la presión.

—Solo hay una vía rápida y segura: navegando por el río Amazonas hacia su nacimiento.

—¿Para qué quieren a las científicas?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —respondió rápidamente, intentando evitar un nuevo corte.

—¿Quién más va en el barco?

—Militares custodiando a los prisioneros.

Aquello corroboraba lo que en Lisboa le habían comentado.

—¿Hombres del general Raimundo Oliveira?

La sorpresa se instaló en sus ojos, abriéndolos como platos y un rictus de miedo se apropió de su rostro.

—¿Hombres del general Raimundo Oliveira? —preguntó de nuevo presionando con el cuchillo.

—¡Me matará! ¡Me matará! ¡Si pronuncio su nombre me matará! —

exclamó sollozando.

—Su mano no es la que sujeta este cuchillo. ¿Qué crees que está tramando y quién más está involucrado?

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—¿Cuántas personas van en el barco?

—Unas treinta.

—¡Tantas! ¿Cuántas científicas? y ¿cuántos soldados?

—De dos a cinco científicas atadas y escondidas en un camarote. Unos quince soldados fuertemente armados y...

—¿Quién más va en el barco?

—Según el viaje de quince a veinte *peões de trecho*.

Sergio intentaba recordar a pesar de lo embotado que tenía el cerebro a quién se le daba ese apelativo. En unos segundos, se iluminó su cabeza. Eran esclavos. A pesar de que tanto los que los empleaban, como la prensa pagada, como los miembros del gobierno sobornados en regiones del país como aquella, el significado era “peones sin techo”. Mano de obra que se encargaba de las peores labores en lugares del interior de la selva, en donde la justicia no existía y el cacique de turno imponía sus leyes.

Redactaban unos documentos que aquellos infelices que no sabían leer, firmaban untando con tinta su pulgar y dejando así su huella, se ataban con aquellos miserables papeles de por vida a sus nuevos amos. Humildes trabajadores de la ganadería, de la madera, del cobre, del café, del caucho, de la caña o cualquier otro tipo de negocio basado en la mano de obra barata con los que sus dueños se enriquecían.

En aquellos contratos se les pagaba una ínfima cantidad de reales y se les cobraba por un miserable alojamiento, comida y otros productos o servicios de primera necesidad una cantidad muy superior. Conforme pasaban los meses se incrementaba la cantidad que debían a sus amos y seguían trabajando para ellos para siempre. La nueva esclavitud del siglo XXI con papeles legales.

—¿Cómo se recluta a los *peões de trecho*?

—En una calle cercana al muelle en donde está el barco, hay una mesa en donde a esos infelices se les miente con promesas que no se reflejan en los papeles que firman, y una vez que han estampado su pulgar, se les entrega a ellos una copia y los introducen en el barco. A partir de ese momento su vida ya no es suya. Le pertenece al general Oliveira.

—¿Cuántas científicas y *peões de trecho* han trasladado río arriba?

—No llevo la cuenta.

—¿Cuántas? —preguntó en tono glacial, presionando levemente el cuchillo.

—De cuarenta a cuarenta y cinco científicas y unos trescientos *peões*.

—¿Para qué crees que los necesitan? —le preguntó en un tono frío, mirándolo fijamente.

Aquellos ojos querían una respuesta y el rostro del forajido se cubrió de un perlado sudor porque la que tenía, estaba seguro de que no le iba a satisfacer. Se devanaba la cabeza, intentando decir algo que por lo menos no lo enfureciese más.

—Estoy en el nivel más bajo del escalafón y ni me dan ninguna explicación, ni me atrevo a preguntarlas. Lo poco que he averiguado de las científicas que han pasado por mis manos me lleva a pensar que son especialistas en temas alrededor de la energía y los nuevos materiales. Que las han raptado para que trabajen en algún proyecto ambicioso... y peligroso. Los *peões de trecho* como siempre en este país son simple mano de obra barata. Se encargarán de las tareas que nadie quiera hacer.

—¿Para qué tantos?

—No lo sé —pronunció en un tono derrotado aquel miserable—. De verdad que no lo sé.

—¿A qué hora parte el barco?

—Sobre las doce del mediodía. Después de abastecerse de comida y agua. Esperan a que los pescadores vuelvan de faenar y se quedan con las mejores piezas.

—¿Pagando? —preguntó Sergio solo para cerciorarse de lo contrario.

—¡Que estupidez! ¡Es el ejercito y estamos en Manaos!

—Vamos a ver que más tienes en tu habitación —dijo empujándolo en aquella dirección.

Debido al estado de Sergio, avanzaron a trompicones hasta llegar a la siguiente puerta. Afortunadamente, en aquel hotel de mala muerte no era frecuente encontrarse con más huéspedes por los pasillos. Abrió y se introdujeron en aquel aposento.

La disposición era similar al suyo, aunque había bastantes más cosas y más desordenadas. Cajas de comida y bebida esparcidas por varias esquinas, así como varias maletas de las que no se veía el contenido. Encima de una mesa se podía ver un portátil. Sergio, apoyándose en un hombro de su acompañante, lo sentó en un sofá similar al que le había servido de prisión en

el cuarto de al lado.

22. La esclavitud existe

Manaos, 17 de septiembre

Entre las cajas que había desparramadas, había visto una del tamaño de un pequeño maletín. Era roja, con una cruz blanca inconfundible en la tapa: un botiquín. Se dirigió hacia él apresuradamente. Demasiado deprisa. Afortunadamente su ángel de la guarda no se había cogido fiesta aquel día. A pesar de su torpeza mental, en el último momento escuchó movimiento a su espalda.

El delincuente se había levantado del sofá y con las manos atadas había cogido el cuchillo que Sergio había depositado en una mesa cercana. En esos momentos se abalanzaba contra él.

El instinto de supervivencia y los reflejos bien entrenados durante años de continuado ejercicio, como suele suceder en situaciones extremas, obraron independientemente de su cerebro.

Esquivando el desesperado ataque y dejando que el cuerpo del malhechor se deslizase por su costado derecho, levantó el codo a la altura de su cuello. La inercia lo hizo todo. Se oyó el inconfundible crujido de la nuez al desplazarse de su lugar. El cuchillo cayó al suelo y el miserable energúmeno se llevó las manos a la garganta en un fútil intento de colocar los huesos y cartílagos en su sitio. En unos segundos se derrumbó entre estertores.

Aunque no había sido su intención eliminarlo, no perdió tiempo en compadecerse del miserable a sus pies. Abrió la ventana, y viendo como el río pasaba tres pisos por debajo, recordó las palabras de cómo se libraban aquellos asesinos de sus enemigos. Quizás habían sido premonitorias. Agarró el delgado cuerpo y lo lanzó al agua sin remordimientos. Esperaba que el destino lo depositase al lado de alguna de sus víctimas y los huesos de esta se riesen el resto de la eternidad.

Abrió el botiquín y buscó en su interior algún medicamento que le sirviese. Los encontró rápido: *carbón activado* y *fisostigmina*. Calculó rápidamente las dosis que necesitaba y se desplazó hasta una esquina de la habitación en donde había un conjunto de botellas de agua precintadas mediante un plástico protector. Lo cortó con el cuchillo e inspeccionó varias de las botellas. También estaban precintadas.

A pesar de los diferentes precintos, podían ser botellas preparadas por aquellos delincuentes, pero lo dudaba. Algo tenía que beber aquel miserable y no merecía la pena el realizar tanto trabajo. Solo era necesario echar una pequeña dosis de burundanga en cualquier botella que tuviesen a mano y suministrasen a sus víctimas.

Ingirió los medicamentos acompañados de una de las botellas de agua. Esperaba no haberse confundido con las medidas. El carbono activado no era peligroso, pero el caso de la *fisostigmina*, es el mejor ejemplo de que “puede ser peor el remedio que la enfermedad”. Si el paciente no la tolera o se le suministra una dosis equivocada puede producirle convulsiones, depresión respiratoria y asistolia con elevadas posibilidades de generarle la muerte.

Se sentó en el sofá que pocos minutos antes había ocupado el cadáver a sus pies y se puso a pensar en sus siguientes pasos. No podía seguir el camino que había comenzado hacía unas horas. El eslabón actual de la cadena se había roto. Mejor dicho, lo había roto él.

Tenía que seguir a aquel barco como fuese. Y solo se le ocurrían dos maneras: ir detrás de él... o ir dentro. Para la primera no disponía de medios adecuados. Si dispusiera de tiempo podía buscar una lancha para seguirlos, pero iba a ser complicado hacerse invisible para un barco de guerra como aquel. En USA podía alquilar una con la tecnología necesaria, pero no en aquella ciudad y menos en un tiempo breve.

Si el viaje fuese a resultar inferior a un día quizá fuese factible, pero el recorrido era de varios días y era imposible navegar con un barco o lancha por un río tan lleno de meandros como el Amazonas sin dormir durante varias jornadas. El cansancio haría mella en él, embarrancaría y probablemente se hundiese.

Tampoco era factible el contratar una tripulación. Nadie iba a perseguir a un barco de guerra. Había comprobado el terror que el nombre del general Oliveira provocaba. Las posibilidades de que cuando se durmiese, se despertase atado y amordazado en el barco que perseguía, entregado a los militares por los mismos tripulantes que había contratado a cambio de una recompensa, superaban los valores aceptables.

La única solución que veía con respecto al problema al que se enfrentaba era ir dentro del barco, y debido a la imposibilidad de ir como científica, solo le quedaba la de ir como uno más de los *peões de trecho*. Convertirse en un esclavo era peligroso, pero no necesariamente mortal y la única manera de acercarse a las científicas. Quizás demasiado.

Si la información que le había suministrado era correcta, disponía de varias horas antes de que el barco partiese. Abrió los armarios roperos y encontró ropa vieja de diversas tallas. Se imaginó que la utilizaban para sustituir la original de alguna de las investigadoras. Encontró una vieja y deteriorada que le iba a servir para sus planes.

Aunque aquel delincuente no lo había mencionado, era otra de las cosas que le habían delatado. A pesar de ser unos vaqueros y una camisa, ambos eran de marca. Ninguno de los miembros de aquella banda vestiría de aquella manera. Con su moderno corte de pelo, pasaba lo mismo.

“Que estúpido he sido, Debería haberme cambiado antes de montarme en el avión” —pensó con amargura.

Aquel tipo de detalles hacían que uno fracasara y acabase muerto. Normalmente no se le escapaban.

“Las prisas siempre son malas consejeras”.

Cogió el botiquín, la ropa, algo de comida, varias botellas de agua y el portátil. Lo puso todo en un hatillo que hizo con una de las mantas y volvió a su habitación. Después de comer y beber en abundancia, encendió su móvil y se puso en contacto con *Opengate*. Estaba ansioso por escuchar sus noticias.

Sergio le puso al corriente de todo lo que había averiguado hasta el momento, de lo que sospechaba y de lo que pensaba hacer. *Opengate* coincidió que era un plan descabellado y si no estuviese en juego la vida de su hermana probablemente hubiese intentado quitárselo de la cabeza.

Le dijo que tenía que conseguir que su nueva identidad fuese perfecta, por lo que iba a dejar el móvil escondido en aquel hotel y no se pondría en contacto de nuevo con él hasta pasados varios días. Si le pillaban aquel dispositivo encima, sabrían que era un infiltrado y lo torturarían para después matarlo. A pesar de cortar su medio de comunicación con sus posibles canales de ayuda, el riesgo de mantenerlo consigo era demasiado elevado.

Notaba que los medicamentos empezaban a hacer efecto, el dolor de cabeza menguaba y comenzaba a pensar con mayor fluidez. Volvió a tomar otra dosis de carbono activado y una botella de agua. No se atrevió con la *fisostigmina*. A continuación, hizo lo que no había podido llevar a cabo durante las últimas treinta y seis horas. Se tumbó en aquella mugrienta cama y se durmió.

23. Pasar desapercibido

Manaos, 17 de septiembre

Se despertó con un leve dolor de cabeza, similar al producido por una ligera resaca y contento de que su cerebro comenzase a funcionar de manera habitual. Apartó la cama, la alfombra sobre la que reposaba y levantó un par de tablas del suelo, dejando el suficiente agujero como para meter sus bienes más preciados: su mochila con el pasaporte y el móvil. Todo ello dentro de una bolsa de plástico negro.

Volvió a poner todo en su sitio, pensando que era el mejor lugar que con el poco tiempo de que disponía, esconder sus pertenencias. Lo único que iba a llevar consigo, era su cuchillo militar *Ka-bar*, de los que usaban los marines americanos.

Se desvistió en el baño y se cortó de manera desigual el pelo arrojando los mechones por el asqueroso inodoro. Se ensució la cara y el cuerpo y se vistió con las desastradas ropas que había sustraído del armario del cuarto de al lado. También se puso una vieja gorra para tapar en parte su rostro. Cuando acabó de disfrazarse, ató un trapo sucio alrededor del mango del cuchillo para disimular algo su aspecto y se lo anudó por debajo del pantalón al tobillo izquierdo. Se miró por última vez al espejo y bajó a la calle.

Tras andar un par de manzanas y tal y como le había dicho la noche anterior su delgada víctima, se encontró con que en una de las paredes de una de las casas cercanas al muelle donde estaba atracado el barco, habían colocado una mesa en torno a la cual se movían tres militares.

El que estaba sentado, por sus galones que lucían sus mangas, era un sargento. Los otros que hacían de escolta eran simples soldados rasos. Hacia aquella mesa se encaminó haciendo gala de un paso torpe, sabiendo que probablemente se estaba metiendo en el agujero más profundo de su complicada vida. Esperaba tener la suficiente suerte como para salir de el con vida llevando consigo a Amanda.

—*Bom..., bom..., bom Dia senhor* —saludó torpemente al sargento, tartamudeando con una amplia sonrisa en su boca.

Hacia tiempo que había aprendido que la mejor manera de pasar desapercibido era parecer tonto. Además, la mejor forma de disimular la

pronunciación de un idioma era aumentar tus fallos tartamudeando. La gente tendía a no hacer caso del acento y evitaba comunicarse con el que consideraban un torpe.

—*Bom Dia* —repitió con una traidora sonrisa en su rostro el militar—. ¿Vienes a conseguir un buen contrato de trabajo?

—Si..., si..., señor. Intenté alistarme en el ejercito, pe..., pero no me admitieron.

—Y piensas, ¿que esta es otra manera de servir a tu patria?

—Si..., si..., señor.

—Me parece estupendo. Te voy a leer el contrato y si estás de acuerdo, lo firmas y empiezas a trabajar desde ya mismo. ¿Te parece bien?

—Si..., si..., señor.

Y aquel sinvergüenza le puso un documento en la mano, en la confianza de que aquel joven, no entendía lo que tenía en la mano y comenzó a leer una supuesta copia.

Sergio con rostro bobalicón, a duras penas podía contener la rabia que le carcomía por dentro. En el documento que le habían entregado, no estaban escritas las frases que aquel hombre le estaba dictando. Así como las clausulas que le leían eran las de las de un acuerdo normal, lo que tenía delante de la vista, era una estafa absoluta.

En menos de un mes, el uso de los servicios que le iban a prestar de limpieza, alojamiento y comida, superaban en un cinco por ciento lo que le pagaban. Con el paso del tiempo la deuda se iba incrementando y jamás podría pagarla. Eso sin saber siquiera cuales eran las condiciones de trabajo a la que se iban a ver sometidos. Mucho se temía que las ocho horas diarias, se iban a ir incrementando con la presión de intentar pagar la deuda.

“Asquerosos miserables. Este es el famoso contrato que esclavizada a esta gente de por vida” —pensó mientras seguía manteniendo para ellos aquella estúpida afabilidad en su rostro.

Cuando el sargento terminó de leer, le tendió el documento con una sonrisa y empleando un tono amable que posiblemente solo duraría hasta estampar la firma en aquellos papeles.

—Como has podido escuchar, la empresa te propone un contrato de trabajo de los que no se pueden rechazar. Firma en esa esquina y ya podrás empezar a ganar dinero con nosotros.

La tentación que sentía en esos momentos de decirle a aquel sinvergüenza de que iba a llevar a su abogado a aquel documento para

repararlo conjuntamente era enorme. Valdría la pena ver la cara que ponía. Claro, que a partir de ese momento las cosas se complicarían bastante. Primero no había adoptado aquel disfraz para hacerse el listillo, y segundo, aquellos hombres no iban a permitir que se llevase los papeles.

—Se..., señor. No se escribir. Po..., podría usted poner mi nombre.

El sargento, luciendo una sonrisa de autosuficiencia giró el documento hacía si y cogió el bolígrafo de encima de la mesa.

—¿Como te llamas muchacho?

—João

—¿Y de apellido?

—No ..., no tengo apellido, señor.

Aquella frase amplió a un más la sonrisa del sargento al recordar una frase de aquella región: “a los pobres no les llega ni para tener apellido”

En unos segundos escribió el nombre, se inventó una rubrica y colocó ambas en el original y la copia. Ésta última se la entregó dentro de un sencillo plástico protector a modo de portafolios.

“Ya soy su esclavo” —reflexionó Sergio, devolviendo la sonrisa a aquel hombre.

Era curioso cómo podían cambiar las cosas en unos segundos, dependiendo del lugar en donde te encontrases. En un país civilizado, aquel simple papel contenía un documento ilegal y abusivo con una firma tan falsa como las palabras que tenía impresas. La pena de cárcel por ese delito podía ir de cinco a diez años. En aquella región, con la policía y los jueces probablemente comprados, el inocente se convertía en culpable y el culpable en inocente.

—Mario, acompaña a este muchacho al barco e instálalo como se merece.

Sergio apreció como el tono de voz del sargento había cambiado, así como su sonrisa. La ironía teñía sus últimas palabras.

Uno de los escoltas, se apartó de detrás del sargento y en una primera instancia, pareció que iba a agarrarle el brazo para guiarlo al barco. Un segundo después con un rictus que denotaba el asco que le producía lo que había estado a punto de hacer, retiró su extremidad como si aquel simple contacto fuese a transmitirle algún tipo de enfermedad contagiosa.

—Sígueme —le ladró en voz alta.

En actitud sumisa se colocó detrás de él y siguió sus pasos hasta su nueva morada. A pesar de su actitud, notaba que algo había cambiado en él. Se

estaba adaptando a su nueva situación, pero no en el aspecto que había mostrado a aquellos militares.

Hace años, tuvo que recurrir a todos sus instintos primarios para sobrevivir a su estancia en el “*Dojo Negro*”, un lugar especial en donde se entrenaba en ancestrales artes marciales a unos pocos elegidos. En aquel lugar, como al que se dirigía en aquellos momentos, no existía la clemencia, solo la supervivencia.

La dura realidad de su situación, hacía unos minutos que le había golpeado como un mazo su cerebro. El documento que habían falsificado, las vivencias de las últimas horas, lo salvaje del lugar, e incluso la química de la burundanga, estaban haciendo renacer lo más salvaje de su ser. Y lo peor era..., que no le importaba.

Iba a necesitar de todas sus habilidades tanto físicas como mentales para salir vivo del lugar a donde se dirigía. Solo, quizás no le hubiese resultado difícil, lo verdaderamente complicado iba a ser volver con Amanda. Los viejos recuerdos, las crueles enseñanzas que le habían inculcado, el como aniquilar a sus contrincantes, iban volviendo de sus recuerdos como si estuviese de nuevo en Japón.

En unos minutos y siguiendo el paso vivo del soldado llegaron donde estaba amarrado el barco. Era de la clase *Parnaíba*. Nombre técnico *U-17*. Lo que en aquella región denominaban monitor fluvial de la Marina de Brasil.

Si su memoria no le fallaba, había sido construido antes de la Segunda Guerra Mundial, en la que había participado. Se le consideraba el buque de guerra en servicio activo más viejo del mundo y seguía patrullando asignado a la Flotilla del Mato Grosso. Por lo visto el calibre de la operación que estaba montando, había hecho que el general ordenase trasladarlo de aquella región a Manaos.

Al verlo, recordó que en alguna revista había leído, que a finales del siglo XX lo habían modernizado, sustituyendo sus viejas máquinas de vapor con motores Diésel aumentando de esta manera su autonomía y navegabilidad. Adicionalmente se le instaló una plataforma para helicópteros sobre la popa, permitiéndole operar un *Bell 206B-3 Jet Ranger III*. Era una aeronave construida en USA, de cinco plazas, con un rotor de dos palas, diseñado para misiones cortas de avistamiento LOH (Helicóptero de Observación Ligero).

El armamento pesado de la nave estaba compuesto por un cañón de 76 mm, dos automáticos *Bofors 40/70* y otros seis *Oerlikon 20 mm*.

“Que narices estará protegiendo el general. Demasiada potencia de

fuego”.

Desde que empezaron a subir por la pasarela, notó las miradas de la tripulación sobre él. La mayoría mostraban el desprecio que sentían. No supo si fue un error o en uno de los rostros además notó cierta pena.

En su camino hacia el lugar que le tenían destinado, los marineros con los que se cruzaron se apartaron de su camino como si fuese un leproso. No es que ellos fuesen vestidos como para participar en un desfile, pero sus desgastados uniformes en comparación con los harapos que él portaba, parecían recién salidos de los almacenes del ejercito. Al menos estaban limpios. Eso daba una idea de que aquellos hombres se dedicaban a tareas de supervisión y defensa. Los trabajos que requerían ensuciarse estaban relegados a los *peões de trecho*.

En cierto modo, tampoco podía culparlos. En su afán por pasar desapercibido y apartado de ellos, lo que llevaba en vez de ropa eran despojos. Un pantalón ancho cuyo color original era difícil de averiguar que le llegaba hasta los tobillos y una mezcla entre camisa y poncho con múltiples remiendos. Ambos estaban cubiertos de viejas manchas imposibles de quitar y aquella vestimenta emitía un fuerte olor a podrido. Como si nunca la hubiesen lavado.

Hubiese sido sencillo que le ofreciesen algo para sustituir lo que llevaba puesto, pero en aquellas tierras, nadie daba nada por nada. Todo había que pagarlo.

La ropa que había seleccionado estaba cumpliendo satisfactoriamente su función: esconder su musculatura de la vista de aquellos hombres. Su cuerpo atlético y bien cuidado, hubiera despertado alguna alarma. Los *peões de trecho* no tenían dinero para recibir atención médica adecuada, ni comida decente. Salvo algunas excepciones eran más parecidos a desechos humanos. Para dar más consistencia a su identidad y evitar miradas, andaba encorvado, renqueante y con la mirada perdida. Nadie solía querer tratos con un tartamudo, imbecil y cojo.

En su andadura por la cubierta vio a varios peones encargados de la limpieza. Con escobas, cubos, trapos y fregonas, se afanaban en limpiar todas las esquinas de aquella vieja nave.

Colgados mediante cuerdas por la parte exterior, otra media docena se encargaba de darle nuevas capas de pintura para evitar que se oxidase. El color elegido era un gris oscuro, que se mimetizaba con el color del río y de la selva de aquella parte del mundo.

Trabajaban en silencio, sin dirigirse la palabra, enfrascados cada uno de ellos en la labor que tenía que realizar y sin cruzar ninguna mirada. Para los tripulantes que en su caminar, pasaban entre ellos, era como si no existiesen. El único motivo por el que los miraban era para evitar roces fortuitos. Con disimulo, Sergio los observaba hasta el más último detalle. Si se tenía que convertir en uno de ellos, no solo debía ir sucio, tenía que adquirir en el menor tiempo posible, el resto de sus hábitos.

24. El discurso del militar

Selva amazónica, 16 de septiembre

Por alguna extraña razón que escapaba a lo que Amanda podía imaginar, las habían reunido a todas en la sala más grande del edificio. Otra dependencia sin ventanas, iluminada por una triste luz artificial. La americana contó cuarenta y seis investigadoras y unos diez guardias.

“¿Dónde narices estaremos? —se preguntaba una vez más Amanda.

Veía en los rostros del resto de las mujeres que ocupaban el lugar el mismo desconcierto y sin duda las mismas preguntas que ella se hacía.

En las tres puertas de entrada, se hallaban situados un par de guardias. Uno a cada lado del dintel.

—Me parece que esperamos a alguien importante —le dijo a su compañera de cuarto.

—¿Por qué crees eso?

—Fíjate en los guardias.

—¿Qué les pasa?

—¿Alguna vez los has visto tan firmes?

Acostumbrada a verlos en actitud relajada e indolente, le parecía extraño la pose marcial que habían adquirido.

—Pues ahora que lo mencionas, no. La mayoría de las veces, están apoyados en sus rifles, e incluso dejan sus armas a un lado. Están tremendamente confiados en que nadie va a intentar nada contra ellos.

—Además, no están tranquilos. Creo que la persona a la que estamos aguardando, les inspira miedo.

—Pues eso, no es ninguna buena señal para nosotras.

En esos momentos se oyeron los fuertes pasos de un conjunto de botas militares caminando al mismo ritmo. Por la puerta principal de la habitación un militar escoltado por cuatro soldados se subió a una especie de cajón colocado enfrente de las científicas.

Aunque físicamente no era gran cosa, de cuerpo bajito y regordete, irradiaba un aura de maldad y mando que solo lo da el poder. Sus ojos irradiaban una tremenda frialdad y a Amanda le produjeron escalofríos. Aquella persona presentaba toda la apariencia de ser un mal enemigo.

Paseó aquellos fríos ojos por el conjunto de mujeres reunidas a sus pies, desafiándolas a que le mantuvieran la mirada. Todas ellas agacharon la cabeza cuando les llegó el turno. Las observaba como si le pertenecieran. Como si fuesen objetos de una privada colección. Tras recorrer la sala un par de veces, deteniéndose un par de segundos en cada una de las investigadoras, tomó la palabra.

—Buenos días —les dijo en portugués.

Un silencio sepulcral se cernió sobre la habitación. No se oían salvo la exigua estática que producían las bombillas.

—Algunas de vosotras, principalmente las que habéis llegado hace poco tiempo, os preguntareis que hacéis aquí. La respuesta es sencilla. Me pertenecéis.

Tras esta frase, hizo un silencio estudiado para que el mensaje que les había transmitido calase hondo en el interior de sus cerebros. Aquel hombre sabía que aquellas mujeres, no eran simples campesinas. Eran algunas de las mejores especialistas en su área de conocimiento a nivel mundial. Por eso precisamente las había elegido.

También sabía que en aquel lugar apartado de la mano de Dios, el que fuesen mujeres del siglo XXI, les iba a servir de bien poco. El ambiente que les había generado estaba diseñado para que se sintiesen solas, abandonadas y sumisas.

—Sois mías y haréis lo que yo os ordene. Sois el fruto de una cuidada selección. El principal motivo es el grado de conocimientos que poseéis sobre ciertas tecnologías, que servirán para desarrollar productos que necesito. Esos productos son armas innovadoras.

Un murmullo de sorpresa se extendió entre las mujeres a sus pies.

—¡Silencio! Sí, he dicho armas. Y las desarrollareis con elevada precisión y en breve plazo de tiempo. Las necesito urgentemente.

—¡No! —gritó una mujer alta, rubia y de color de piel pálido que estaba situada en la primera fila— ¡Me niego rotundamente! ¡No diseñaré armas para un personajillo del tres al cuarto que nos tiene secuestradas!

Después de aquellas palabras, de nuevo un oscuro silencio se apropió del lugar.

Los ojos del militar refulgieron con un brillo generado por la furia y el odio. Aquella mujer, una de sus propiedades, no solo se había alzado en rebeldía. Además, le había insultado, intentando dejarlo en ridículo delante de todas las personas allí reunidas.

Sacó una pistola de la cartuchera que llevaba en uno de los costados de su pantalón y sin mediar palabra, le pegó tres tiros.

—¿Alguna otra quiere negarse a seguir mis ordenes? —les preguntó torciendo los labios en una sonrisa cruel.

Se hizo un amplio círculo cuando el resto de las mujeres se apartaron del cadáver que continuaba desangrándose.

—Probablemente os preguntaréis, ¿por qué solo he elegido mujeres?

Haciendo otra parada efectista, esperó a que aquella pregunta de la que estaba seguro, aquellas científicas, se habían hecho más de una vez, en los últimos días, volviese a sus mentes.

—Esto es una cárcel —les dijo retomando la palabra—. Una cárcel dedicada a la producción de armas. Pero al fin y al cabo una cárcel en cuyo interior hay científicas. En todo el mundo las cárceles, desde tiempo inmemorial, no son mixtas. O guardan hombres, o guardan mujeres. La combinación de personas de ambos sexos solo trae problemas. Así que tenía que tomar una decisión para evitarlos. Y puestos a elegir, prefiero las mujeres.

De nuevo se elevó un ligero murmullo, entre aquellas inocentes víctimas de aquel despiadado individuo.

—Según la selección que hemos realizado, sois inteligentes, eficientes y rápidas en vuestro trabajo. Ahora además seréis sumisas. Aquellas que os neguéis a colaborar o no lo hagáis diligentemente, acabaréis como ella —dijo, señalando a la mujer que acababa de matar—. O..., deseareis hacerlo cuando os entregue a mis hombres para que hagan con vosotras lo que quieran.

A un gesto suyo, dos de sus soldados, retiraron el cadáver, ante las tristes miradas del resto de sus compañeras.

—No os forjéis falsas esperanzas. De esta cárcel, no saldréis jamás. Es imposible huir. No tenéis ni idea de en que lugar del mundo os encontraréis, pero os aseguro que, si por alguna extraña casualidad consiguieseis salir de este edificio, ahí fuera solo encontraréis una angustiosa muerte.

25. Travesía en barco

Rio Amazonas, 17 de septiembre

Cruzaron prácticamente los cincuenta metros del barco hasta llegar donde un hombre con galones de cabo se encontraba apoyado sobre los cables que a modo de pasarela recorrían la periferia.

—¿*Senhor?* —preguntó con deferencia el soldado que le acompañaba, cuadrándose para llamar la atención de su superior

—Dime Mario —respondió con un tono neutro. Todo en aquel hombre indicaba que era un individuo peligroso. Su forma de moverse, sus atentos ojos que no se perdían nada de lo que pasaba a su alrededor y sus frías palabras.

—Le traigo a un nuevo trabajador —expuso con cierta ironía en su voz.

—De acuerdo. Yo me encargo. —y dirigiendo sus ojos hacia Sergio que tenía la suya perdida en el horizonte le inquirió—. ¿Cómo te llamas?

—*Jo... João, senhor*

—Disculpe mi interrupción, *senhor*. Es tartaja, y no parece muy avisado.

—Mejor. Este tipo de gente con escaso cerebro, suelen ser mejores trabajadores. No necesitamos que piensen, solo que obedezcan.

Oyendo sus palabras, Sergio tenía que contenerse para no romperle el cuello y tirarlo por la borda. A pesar de su bobalicona sonrisa exterior, en su interior se iba acumulando la ira y la rabia. En algún momento aflorarían a la superficie.

—Ven conmigo —y sin esperar que le respondiese, se puso en movimiento hasta llegar donde estaban los peones pintando el barco —. Coge una de esas cuerdas, una brocha y un bote de pintura y ayuda a tus compañeros. Ah... y procura no caerte mientras lo hagas. Aquí solo tragarías porquería, pero conforme nos vayamos adentrando en la selva, a escasos metros de tu culo, tendrás varios caimanes vigilando que te descuelgues un poco más —y una carcajada final y un brillo en sus ojos acompañó sus últimas palabras.

Haciendo lo que le pedían, mostrando interés, aunque con movimientos torpes y descoordinados, Sergio comprobó con un par de tirones que las cuerdas que le había señalado estaban en buen estado. A una ató el cubo de

pintura y lo descolgó despacio para no volcarlo. Con la otra, después de comprobar que aguantaría su peso, se descolgó por el lateral del barco. Se situó un par de metros separado del último de los peones e imitando sus movimientos comenzó a pintar. Lo rodeaba una mezcla de olores asquerosos, desde el de trementina de la pintura al de las inmundicias que rodeaban el barco.

A pesar de las palabras del cabo, no creía que pintasen el barco en zona de caimanes. La distancia de la placa de metal sobre la que se encontraba, entre el agua y su parte superior, era inferior a la altura de una persona. Su cabeza veía lo que ocurría en cubierta y sus pies estaban prácticamente rozando el agua. En esa posición eran presa fácil para cualquiera de los carnívoros del río. Incluso una bandada de pirañas se atrevería a saltar fuera del agua, intentando devorar sus pies.

Comenzó a dar brochazos por la zona en la que estaba situado, sin dejar de observar todo lo que pasaba a su alrededor sin llamar la atención. El lugar donde se encontraba, a pesar de la incomodidad, era inmejorable. Tenía al alcance de su vista la practica totalidad del barco y a las personas que por él se movían.

Al cabo de un rato, contempló cómo cinco furgonetas llegaban veloces al muelle y se detenían al llegar a la altura del barco. Rápidamente se bajaron sus conductores y se dirigieron a la parte trasera para abrir las puertas de carga. El de la primera se dirigió a paso vivo hacia el barco, deteniéndose junto al cabo. Tras unas breves palabras, éste se acercó a los peones entre los que se encontraba Sergio.

—¡Dejad de pintar y descargad esas furgonetas! ¡Venga! ¡Moveos! —les gritó en un tono seco.

Sin necesidad de que se lo ordenasen dos veces y como autómatas, los seis peones subieron por la borda, depositaron los cubos y las brochas en donde los habían cogido y se encaminaron a los vehículos.

Sergio, situado en el centro, observó en mayor detalle a aquellos cuerpos que lo rodeaban. Algunas de las perdidas miradas, le indicaron que, para soportar su triste vida, varios de ellos tomaban algún tipo de droga barata que aislaba su mente de la existencia que llevaban.

Vestían y olían de manera similar a Sergio, aunque las camisas y pantalones que llevaban encima eran más cortos y dejaban a la vista su triste anatomía. Salvo uno de ellos que era alto y musculoso, los demás presentaban cuerpos nervudos y rostros enjutos y demacrados, que mostraban en diferentes

facetas, las penurias y desesperación que les había conducido hasta allí. Probablemente la última parada del autobús de su vida.

Aunque Sergio les echaba entre cuarenta y cincuenta años de vida, era complicado acertar su edad. Quizás fuesen más jóvenes y lo que de verdad estaba viendo eran los cascarones vacíos de alegría de personas desgastadas antes de tiempo.

El conductor de la primera furgoneta que debía ser el responsable del convoy los separó en parejas y les asignó la furgoneta que quería que descargasen. En aquel reparto al azar, le tocó el individuo musculoso.

Los vehículos estaban repletos de cajas precintadas que Sergio supuso que eran los víveres y otros productos que iban a consumir durante el trayecto río arriba. Las cajas, de unos ochenta centímetros de largo por cuarenta de ancho y veinte de alto, pesaban bastante. Eran necesarias dos personas para transportarlas por los extremos.

Nada más echar mano a la primera, ambos se dieron cuenta de que habían tenido suerte en la asignación de compañero. Mientras a las otras parejas les costaba desplazar aquel peso, ellos lo movían con facilidad. Dándose cuenta de que iban a llamar la atención de los conductores que no dejaban de vigilarlos, su adlátere en un gesto sorprendente le guiñó rápidamente y con disimulo un ojo y comenzó a fingir que le pesaba lo mismo que a los otros. Sergio manteniendo su rostro de estúpido le siguió el juego.

Descargaron las cajas en diferentes zonas del barco, principalmente en una gran despensa cercana a la cocina y en la parte inferior cerca de la quilla. Había algunas que estaba claro que llevaban en su interior comida para la travesía, pero otras Sergio no supo identificar su contenido. Le hubiese gustado estar a solas cinco minutos para averiguarlo.

Tras depositar la carga y sin darles descanso, el cabo Barbosa (había oído su apellido a los conductores mientras pasaba junto a ellos), por lo visto el responsable de los peones y por tanto de la mayor parte de la actividad del barco, les ordenó soltar amarras y ayudar en el abandono del malecón.

A los pocos minutos, Sergio se percató de que les gustaba dejar claro quién era el rey de aquella parte del Amazonas. El navío de guerra se situó en el centro del cauce del río y empezó a moverse con rapidez. Aquel no era un transporte de mercancías o de pasajeros como los que se apartaban rápidamente de su camino a pesar de ser más grandes.

Tenía un origen y un destino y no iba a hacer escalas en los diferentes pueblos por los que iban a pasar. Su objetivo era llegar cuanto antes, como así

lo demostró la alta velocidad de crucero que mantenía.

En cuanto estuvieron en marcha, el cabo volvió a asignarles tareas. A unos ayudar en la cocina, a otros barrer, o fregar suelos y a los menos afortunados limpiar las letrinas.

Sergio ese día le tocó ayudar en la cocina. La mayoría de los condimentos eran los típicos del Amazonas. El pescado que extrajeron de las cajas eran enormes siluros, cachama, piracucú e incluso pirañas. De carne: cerdo, gallina y cecina. Todo ello acompañado de frijoles, arroz, feijão y maíz. Fruta en abundancia: arazá, copoazú, acaí, aguaje, bananas rojas, caramuri, umarí y uva camairona,

A lo largo del viaje con todo ello prepararían los platos típicos de aquella zona: *purtumute*, *crema de copoazú*, *azabe*, *arroz chaufa*, *tacaco*, *feijoada* y *sancocho*. Pero..., solo para la tripulación. El barco disponía de dos excelentes cocineros, dedicados a satisfacer el apetito de los militares.

Como descubrió cuando le tocó cenar, mientras que los soldados comían hasta atiborrarse, para los *peões de trecho* solo había un caldo asqueroso hecho con las sobras y unos cuencos de arroz. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para meterse aquello en las tripas. Solo rezó para que al menos el agua no fuese del propio río.

“Que traidora es la vida. Hace unos días con Mónica disfrutando de la comida de los mejores restaurantes de New York y ahora me conformo con no coger ninguna enfermedad con lo que estoy ingiriendo” —pensó mientras se llevaba la primera cuchara a la boca.

Cada hora que pasaba en aquel barco, se juraba así mismo que descubriría lo que estaba pasando y que los culpables lo pagarían muy caro. Y en esos momentos no contemplaba la cárcel como uno de los castigos a aplicar.

Después de limpiar todos los platos, cubiertos y utensilios utilizados durante la preparación y la ingesta de la cena, acompañados de un par de soldados, se encaminaron hacia su zona de descanso.

Ellos eran veinte peones y los soldados quince. Como muestra de la desigualdad existente, entretanto los peones dormían en hamacas hacinados, prácticamente echándose a la cara el aliento unos a otros, los soldados ocupaban seis veces su espacio.

“Quizás influya el que ellos tengan petates y pertenencias y nosotros solo la ropa que llevamos puesta y el miserable contrato que nos han hecho firmar” —masculló Sergio para sus adentros.

Casi sin proponérselo, el musculoso mulato y él acabaron durmiendo en hamacas contiguas. Algún nexo de unión se había formado entre ellos. Cansados como estaban, a pesar de la incomodidad que les rodeaba, sabiendo que cada minuto de descanso valía su precio en oro, se durmieron rápidamente.

A las cinco de la mañana los despertaron y acompañaron a donde el cabo, que rápidamente les asignó nuevas tareas que realizar. Aquella mañana no tuvo tanta suerte y le tocó limpiar las letrinas.

Durante los días que tardaron en llegar a su destino, le tocó realizar todo tipo de tareas de limpieza en aquel maldito barco. No los olvidaría en toda su vida. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad y de pensar en Amanda, para no lanzarse por la borda y huir.

Que ironía, al recordar cuando hacía un par de años en un bar tomando unas cervezas, una pareja le contó que el atravesar aquella selva, le hacía sentir a uno parte de uno de los lugares más atrapantes y misteriosos del mundo. Cómo contemplar la selva amazónica en diferentes momentos del día, con diferentes cielos, luces, fauna y flora le hacían sentir a uno más libre. Palpar sus momentos de calma y paz, como las primeras horas del amanecer, o sentir el agua diluviando en sus tormentas tropicales. Cómo le narraron en un tono idílico, lo increíble que era navegar por sus espesas aguas, espiar a través de la densidad de su flora y disfrutar del aire de los pueblos que atravesaban. Estaba claro que no habían realizado el viaje en las mismas condiciones.

Una de las cosas que más le dolía en el alma era contemplar los rostros de resignación del resto de los peones que trabajaban a su lado. Solo los ojos del mulato tenían brillo en su mirada. Aunque siempre que podía se mantenía a su lado como si fuese un aliado, algo extraño ocurría con la presencia en ese lugar de aquel hombre. De igual manera que en su caso, aunque no lo ocultase como Sergio, su musculatura, salud y manera de mirar no eran como las del resto.

Por fin, la mañana del tercer día, dos menos que en un barco de transporte como los que habían adelantado, llegaron a *São Paulo de Olivença*. No amarraron el barco en el puerto de aquella ciudad de treinta y seis mil habitantes, si no que avanzaron un par de kilómetros más hasta donde se encontraban unos barracones de madera. Parecían que habían sido levantados hacía poco tiempo y viendo cómo a su alrededor se afanaban en diferentes tareas diversos peones, no dudo el barato coste de la mano de obra que los

había construido.

Nada más asegurar las cuerdas del barco, aparecieron cuatro furgonetas. El cabo Barbosa les ordenó cargar en ellas las cajas que habían depositado días antes en la bodega del barco y que ellos mismo se subiesen a las mismas junto a varios soldados que salieron de aquellas viviendas. Por lo visto, era urgente llevar aquellos bultos y la nueva mano de obra a su destino.

Mucho se temía Sergio que el barco, no había sido más que una leve muestra de lo que les esperaba. Habían llegado a puerto, pero no al final de su viaje.

*"La tierra no tiene sed
por la sangre de los guerreros,
sino por el sudor
del trabajo del hombre".*

Proverbio brasileño

26. Campo de concentración

São Paulo de Olivença, 17 de septiembre

Como iba siendo la tónica general, mientras que los soldados iban cómodamente instalados en dos de las furgonetas, los peones del barco, mas otras diez personas más fueron hacinadas en las otras dos.

Estuvo tentado de preguntar cuál era el destino, pero en el mejor de los casos solo hubiese recibido una mala respuesta de los soldados y ninguna del resto de peones. Él, acostumbrado a disponer de lo último en tecnología, no tenía ni una mala brújula para intentar averiguar el rumbo de su marcha. En un país civilizado, cualquiera por cien euros, se podía comprar un teléfono móvil con GPS. Triste, muy triste.

Para aumentar su desorientación, la furgoneta no disponía de ventanas, por lo que tampoco podía hacer ninguna estimación relacionada con la posición del sol. Solo podía esperar. Una vez más, el misterioso mulato se había colocado a su lado. A pesar de que en más de una ocasión le había sido de útil ayuda, Sergio no tenía muy claro que, jugada del destino, le habría llevado hasta allí.

Durante toda la mañana fueron dando botes, sentados sobre el duro suelo de aquellos vehículos. A la hora de comer, hicieron una breve parada. De nuevo pudieron ver la patente desigualdad existente con los soldados. Mientras los militares disfrutaban de *arroz chaufa, tacaco, feijoada y sancocho*, bien envasadas en unos recipientes que mantenían la temperatura, a ellos les dieron unos cuencos de arroz del interior de un maltrecho recipiente metálico.

“A este paso antes de llegar a nuestro destino, nos moriremos de botulismo o salmonelosis. Teniendo en cuenta lo que les costamos, no creo que les importe” —rezongó Sergio.

Intentaba aplicar todas las técnicas de control que le habían enseñado en el “*Dojo Negro*” para contenerse. Una de sus mayores virtudes y las que tanto éxito le habían dado en sus contratos, era su capacidad para mantener la sangre fría en situaciones complicadas.

Pero el trato que estaban recibiendo le estaba poniendo al límite. Tenía que ocultar la furia del brillo de su mirada y contenerse para echar mano del

cuchillo atado a su tobillo. Sus *senseis* japoneses le habrían escupido por no luchar con honor y eliminar a los que lo esclavizaban.

“Amanda me necesita, Amanda me necesita” —se repetía para poder aguantar.

Siguieron en aquel medio de transporte gran parte de la tarde hasta que en un momento dado, se apartaron de la carretera principal y continuaron avanzado por un camino de tierra que había sido abierto recientemente.

Aunque Sergio no lo podía ver y solo había notado el brusco viraje del vehículo, su instinto le dijo que no iban a ninguna ciudad o pueblo conocidos del camino. Aumentaron los baches y botes sobre el suelo de las furgonetas durante las dos horas que tardaron en detenerse. Cuando pensaron que iban a abandonar aquella jaula de metal, los vehículos se pusieron de nuevo en marcha. Tras recorrer unos metros se volvieron a parar. Sergio dedujo que habían traspasado algún tipo de barrera.

Esta vez, los soldados abrieron rápidamente las puertas y otro cabo cuyas funciones debían ser similares a las de Barbosa, les ordenó coger las cajas y trasladarlas a unos almacenes cercanos. Después, con cuatro soldados a modo de escolta, los condujeron a su alojamiento. El lugar en donde iban a malvivir durante mucho tiempo. Quizás para el resto de sus miserables vidas.

Igual que durante el resto del viaje que les había llevado hasta allí, los peones acompañaban a los militares con la mirada gacha, con aquella del que no espera encontrar a su alrededor nada que le interese. Solo el mulato con disimulo y Sergio gracias a la fama de imbécil de mirada perdida que se había ganado, analizaban en detalle todo lo que encontraban en su camino.

Tal y como había supuesto la breve detención de las furgonetas, esta se había debido a la necesidad de que les abriesen las dos grandes puertas metálicas que daban acceso a aquel curioso recinto. Aunque debido a la oscuridad que empezaba a cernirse sobre la selva y la sombra proyectada por los enormes árboles, era difícil apreciar la extensión de aquel recinto.

Solo las milenarias ceibas, el gigante del Amazonas que llega alcanzar los setenta metros de altura y sus troncos un diámetro de tres que rodeaban el lugar y que le proporcionaba aquel olor tan peculiar hubiesen bastado como muralla de protección. Solo..., ante ciertos animales. Otros hubiesen utilizado sus ramas para penetrar en el recinto. La ceiba es imprescindible en el ecosistema de la selva ya que alberga a un sinfín de insectos, anfibios, aves y mamíferos. Entre ellos, tucanes y monos. Sus flores blancas y rosadas emiten un olor fétido que atrae a los murciélagos.

Habían utilizado a los peones para realizar un enorme trabajo de talado de arboles y así despejar un rectángulo de terreno equivalente a dos campos de fútbol, pero la mitad de estrecho. Después habían levantado una empalizada de gruesos pilares de madera de unos tres metros de altura y para finalizar un metro de alambrada.

Como en medio de la selva no tenía mucho sentido que fuese para evitar miradas indiscretas, debía ser para impedir que los que estaban dentro se escapasen. Cada vez le iba pareciendo más un campo de concentración que un lugar de trabajo.

Aprovechando el resto de la madera procedente de la tala, habían edificado múltiples barracones levantados sobre unos tocones de unos cincuenta centímetros de altura. Debía ser para que la abundante agua procedente de las tormentas tropicales discurriese por debajo. Después de andar unos cinco minutos, se detuvieron delante de uno de ellos.

“¡Dios mío!” —exclamó en silencio al ver el número de barracones—. “¡¿Cuántos esclavos estaremos aquí?!”

—¡Entrad! —les gritó el cabo soltando una cruel carcajada indicándoles la entrada— ¡Habéis llegado a vuestra nueva casa! Elegid aposento y dormid. Mañana conoceréis mejor este lugar.

Y sin añadir nada más, él y sus soldados se dirigieron hacia el fondo del recinto. El mulato fue el primero en avanzar hacia su “*nueva casa*”. Al traspasar el huérfano dintel sin puerta, se encontraron con una reproducción de su “*alojamiento*” en el barco.

Multitud de hamacas colgadas de las vigas superiores de aquellas cabañas con flacos, sucios y raquíticos cuerpos arracimados en ellas. Para su sorpresa, pudo distinguir que, entre aquellos nudosos cuerpos, había hombres y mujeres. Por lo visto el género, no era un factor determinante a la hora de seleccionar esclavos. En ese aspecto aquel lugar apeataba a igualdad.

A Sergio en la oscuridad de la noche se le representó a un conjunto de murciélagos colgando del techo de una oscura y sucia caverna.

El mulato tiró de uno de sus brazos y le señaló un par de hamacas situadas en una zona ligeramente más despejada. En un principio pareció que su musculoso compañero iba a acercarse a interrogar a uno de presentes, pero viendo la futilidad de su idea, cabeceó y se dirigió hacia su “cama”.

Viendo el estado de las personas que los rodeaban, sin otra cosa que hacer y temiéndose que nada bueno les podía esperar de la jornada de trabajo al día siguiente, se acomodaron entre aquellas cuerdas y se dispusieron a

dormir. La necesidad producida por el cansancio que soportaban era capaz de vencer el hedor de aquel lugar, los gemidos que escuchaban y el dolor de su alma.

27. Trabaja o muere

Selva amazónica, 18 de septiembre

Al amanecer interrumpió su sueño el ruido infernal producido por el ruido de una sirena. A Sergio le recordó aquel sonido alguna de las escenas que había visto en películas sobre la Segunda Guerra Mundial.

“La semejanza con un campo de concentración va aumentando por momentos” —pensó, intentando estirar sus músculos y desentumecerse.

Los efectos secundarios de la *burundanga*, habían desaparecido y su cerebro funcionaba perfectamente. Es más, como le solía pasar, cuando estaba enfadado o ante una situación crítica, sus neuronas funcionaban más deprisa.

Los peones que los rodeaban comenzaron a levantarse de sus lechos como si fuesen zombis y caminaron arrastrando los pies con paso lento hacia la salida. Siguiendo el ejemplo del mulato, dejó que pasasen y fueron los últimos en salir. Sergio calculó que aproximadamente eran doscientos. Solo entre aquellas cuatro paredes.

Su sorpresa fue mayor al abandonar el barracón. Como un símil de los afluentes del Amazonas, los peones que salían las cabañas se unían en un enorme río, cuya corriente eran aquellos cuerpos con la cabeza baja y cubiertos de harapos.

Sus miradas eran lo opuesto a las anécdotas que contaban los turistas al regresar a sus lugares de origen. Aquellos esclavos no contemplaban las luces de colores producidos al atravesar los rayos la cortina de maleza que los rodeaba, ni escuchaban los sonidos de los animales de la selva al saludar al sol. Tampoco olían las coloridas flores de las plantas que los acompañaban. En aquel lugar, todo era miseria y podredumbre.

Contó unas veinte cabañas del mismo estilo que la suya y una más grande al final del recinto. Por la cuidada pinta que presentaba y el hecho de que varios hombres y mujeres estuviesen a su alrededor realizando diferentes faenas, debía ser la que alojaba a los soldados.

Caminaron por aquel rectángulo en sentido opuesto al que habían entrado la noche anterior hasta atravesar una puerta metálica similar. En aquel lugar observó que el río humano, se dividía en dos, uno de mujeres y otro de hombres. Por lo visto los trabajos que iban a realizar sí eran diferentes.

Al llegar su turno en la fila y cruzar la valla su estupefacción se hizo más grande. Había más vallados como el que acababa de dejar a su espalda. Por lo menos fue capaz de contar otros tres. Su irregular disposición, no le dejaba vislumbrar si a su vez, detrás de aquellos había más.

Cada cien metros de aquella marea humana, había un soldado armado vigilando. Tal y como se conducían los peones, no parecía necesaria aquella medida, pero por lo visto el que estaba al mando prefería asegurarse.

Después de caminar durante unos minutos, comenzaron a traspasar la puerta de uno de aquellos recintos rodeados de empalizadas. En todo momento eran guiados por los gestos de los soldados. A la entrada de este, en varios montones había unos cestos, unos martillos, cinceles y otros utensilios de hierro.

“¡La madre que los parió! ¡Nos esclavizan para extraer algún tipo de mineral! ¡Estamos en una mina!” —maldijo Sergio en silencio.

Había leído en diferentes artículos periodísticos cómo la Amazonia, se estaba convirtiendo en una víctima de la explotación minera. Aquellos millones de kilómetros cuadrados de selva estaban plagados de innumerables materiales muy apreciados: oro, bauxita, cadmio, cobalto, cobre, estaño, hierro, molibdeno, niobio, tántalo, titanio, tungsteno, uranio y un largo etcétera.

Lo que no se imaginaba era que la explotación se realizase con medios humanos. Lo que estaba viviendo superaba cualquier límite de ilegalidad.

Se jugaba el cuello a que aquella extracción no se realizaba bajo ninguna licencia concedida por el gobierno brasileño. Seguramente el esqueleto de su descubridor inicial, algún *garimpeiro* en busca de la mina que le diese una fortuna, reposaba en el fondo del Amazonas, cubierto de limo, después de haber tenido una charla con alguno de los ayudantes del general.

Sergio caminaba con la cabeza gacha y la cara cubierta por la gorra que a lo largo del viaje se había encargado de ensuciar aún más. Lo holgado de su ropa ocultaba su cuerpo atlético y su manera de moverse que imitaba a la de los pobres hombres que lo rodeaban, hacía que pasase desapercibido como uno más. El mulato no se separaba de él.

El recinto al que habían entrado era pequeño en comparación con los otros y estaba cubierto para que no se viese lo que había en su interior: agujeros en la tierra que eran entradas a cuevas. Los soldados les hicieron introducirse a través de ellas. Con una iluminación a base de bombillas de baja potencia recorrieron los túneles internándose en aquel pasadizo subterráneo. Bajaban y de vez en cuando se encontraban con que los

corredores se dividían a su vez en otros. Siempre descendiendo de altura.

“Está claro que al general no le importa lo que le pase a su mano de obra, teniendo en cuenta lo barata que le sale y lo fácil que le resulta conseguirla” —reflexionó contemplando la precaria sujeción que ofrecían los puntales que sujetaban el techo que encontraban a su paso—. Ni en las minas de la Inglaterra del siglo XVIII se excavaba de esta manera”.

Se temía, que los derrumbamientos fuesen frecuentes. Lo más moderno de las instalaciones, eran las vías de ferrocarril que por medio de los túneles transportaban el material extraído al exterior. Sergio no la había visto, pero se imaginaba que, en alguno de los recintos, habría alguna planta de procesamiento que triturase aquellas piedras extraídas con el sudor, la sangre y el sufrimiento de aquellas personas.

En su mirada no vio ningún tipo de rebeldía. Solo resignación. No tenían ni la fuerza, ni el coraje para salir de su situación. Eran esclavos sin voluntad. Además, para una rebelión, hacían falta líderes que dirigiesen al resto, y tampoco había visto ninguno.

Se habían ido dividiendo en conjuntos de unos cincuenta peones, que se iban quedando a lo largo del camino. Tras un par de túneles más, los soldados indicaron al grupo de Sergio que se detuviese, que su zona asignada para cavar era en la que se encontraban. Sin necesidad de recibir ninguna orden, automáticamente la mayoría se pusieron a cavar en silencio. El mulato y Sergio para no llamar la atención observaron a sus compañeros e hicieron lo mismo.

Con el mismo método manual y las mismas herramientas de hacía más de dos mil años realizaron aquella dura labor. Los soldados hablaban entre sí, bebían y muy de vez en cuando les echaban una amenazadora amenaza moviendo sus fusiles en su dirección.

“¿Para qué? ¿Aquí no hay nadie que represente una amenaza?”.

A pesar de la triste luz que les alumbraba y aprovechando la manifiesta indiferencia de sus vigilantes, se puso a mirar en más detalle el mineral que estaban arrancando de aquellas paredes. Calculaba que estaba aproximadamente a un kilómetro de la entrada principal.

“¡Parece wolframita! ¡Mierda! ¡Lo que nos faltaba!”

El wolframio, o su nombre más comercial el tungsteno, es un material estratégico, estando entre los productos más codiciados desde la Segunda Guerra Mundial. Sirva como ejemplo, que el gobierno de USA atesora permanentemente unas reservas de seis meses junto con otros productos

considerados de primera necesidad para la supervivencia del país.

En el estado en que se encuentra en la naturaleza, es decir, el material que rodeaba a aquellos hombres es un metal gris, frágil y difícil de trabajar, salvo en estado puro. Su punto de fusión 3.410 °C, es el más alto de los metales. Posee la mayor resistencia a tracción y el mayor coeficiente de dilatación. Se consiguen aleaciones a base de cobalto, níquel o hierro de gran fuerza y resistencia calórica y química, no siendo atacable por los ácidos.

Sergio recordaba la historia de las minas de *Castuera*, *Campanario* o el *Valle de la Serena* de la provincia de Badajoz en su España natal y su activa participación en las guerras mundiales del siglo XX. Principalmente en la Segunda, en donde algunas investigaciones apuntaban a que mediante un entramado empresarial llamado *SOFINDUS* implantado en ocho ciudades españolas y creado por el general de las SS, *Johannes Bernhardt*, se transportaba el tungsteno a Alemania, en donde se utilizaba para la fabricación del blindaje de tanques y todo tipo de proyectiles.

También recordaba que tal y como se estaba llevando a cabo a su alrededor era una actividad peligrosa, donde los mineros fallecían por silicosis, enfermedad que afecta a los pulmones y el sistema respiratorio. En los casos más agudos hace su aparición a los seis meses de exposición.

“Otro motivo más para salir de aquí disparados. ¿Para qué tendrán retenida en un sitio como este a Amanda? y ¿en qué recinto?”.

Las características físico-químicas del tungsteno lo hacían un material muy codiciado en la industria ya que está presente en infinidad de maquinas que realizan procesos productivos. A pesar de ello y teniendo en cuenta que todo aquello estaba bajo el yugo del general brasileño, el instinto de Sergio, le gritaba a voces que la extracción en la que estaba participando tenía que ver con sus usos militares.

Estuvieron excavando aquellas paredes durante toda la mañana sin descanso. La única preocupación de sus vigilantes era que ninguno fuese en excesivas ocasiones a beber un cuenco de agua de un par de oxidados barriles o que alguno de ellos se detuviese más de lo debido. No estaban tan preocupados con el ritmo que llevaban. Por lo visto imperaba el que la extracción fuese barata y el que no se parasen.

Al mediodía y mediante las mismas vagonetas que extraían el mineral, les hicieron llegar un par de bidones con la comida. Un brebaje entre sopa y puré con algunos trozos de carne de algo indescifrable. Sergio ni se molestó en intentar averiguar su composición.

“No hace falta que los maltraten físicamente. El agua, la comida o la silicosis, se encargan de acabar con esta pobre gente. Tenemos que salir de aquí de inmediato”.

Continuaron picando el material de aquellas paredes hasta media tarde, en donde de nuevo les dieron de comer algo parecido al plato del mediodía, esta vez acompañado de una especie de tortas de maíz, que untaron en el cuenco. Después se encaminaron a la superficie.

Iba pensando en la molestia que le iba a causar en los ojos el sol después de tantas horas encerrado en aquellas galerías, cuando al aflorar a la superficie se percató de que estaba atardeciendo y que la potencia de los rayos del sol era mínima. Aprovechando que la vigilancia de vuelta era menor debido a la confianza de los soldados en el cansancio acumulado por los peones y al aumento de sombras, Sergio analizó en mayor detalle todo lo que le rodeaba.

Al entrar en su empalizada, la mayoría de los soldados se quedaron en su edificio y solo unos pocos los acompañaron a sus barracones, donde el comportamiento de los peones que les rodeaban fue diferente en función del grupo al que perteneciesen.

Los solitarios se dirigieron directamente a su hamaca a descansar. Los miembros de la misma tribu o de grupos que se habían generado por el simple hecho de trabajar y dormir juntos, se juntaron para charlar entre ellos en pequeños círculos sentado en el suelo. Incluso pudo ver, como alguna pareja se retiraba a zonas más en la sombra para estar aislados y poder intimar. Por lo visto, la dura situación en la que se encontraban podía generar todo tipo de aliados o relaciones.

Viendo como el mulato se dirigía a sentarse cerca de aquellos círculos, sin introducirse en ninguno, decidió acompañarlo. Tampoco entablaron conversación entre ellos. A su manera se dedicaron a entender a las personas y el ambiente que los rodeaba.

Ninguna de las conversaciones que escuchaba trataban de ningún tema que le generase interés, por lo que se centraba más en el tono y en las expresiones, para intentar averiguar si había algún tipo de cadena de mando o respeto especial hacia alguno de los miembros del corro. En los círculos de gente pertenecientes a tribus de aquella zona, el lenguaje y sus gestos eran incomprensibles para él, aunque si le pareció detectar cierto tipo de jerarquía.

De repente, a su espalda oyó gritos y maldiciones. Se giró despacio y pudo contemplar como los círculos se habían roto haciendo uno más amplio.

En medio cuatro hombres les dirigían miradas desafiantes.

Una vez más, la naturaleza humana se empeñaba en demostrar que, aunque pareciese mentira y difícil de conseguir, todavía se podía caer aun más bajo.

El grupo de matones iba avanzando casi en fila, mientras la gente se apartaba a su paso. En primer lugar, un gigante de dos metros de altura que portaba un machete en su mano derecha y un cubo lleno de agua en la izquierda. Detrás, el más bajo de aproximadamente un metro sesenta centímetros, llevaba un par de afilados cuchillos, que movía continuamente en círculos.

El tercero, llevaba un parche en el ojo, producto palpable de alguna reyerta anterior. Entre sus manos hacia oscilar una barra de hierro. El cuarto y aparentemente el líder, con una mirada cruel, hacía oscilar un enorme martillo en su mano derecha.

A pesar del amplio círculo que se había formado a su alrededor, de los lamentos de alguna persona al no apartarse suficientemente rápido y recibir una patada del gigante, ninguno de los soldados, se dejó caer por allí. Por lo visto no era de su incumbencia. No se mezclaban en los asuntos de la chusma mientras no afectase a su seguridad y a la del recinto.

El objetivo hacia el que avanzaba era un pequeño grupo de indígenas que seguía sentado y mirando hacia el interior con las cabezas gachas, con la esperanza de no llamar la atención y de que con suerte pasasen de largo.

Vana esperanza. Al llegar a su lado, el gigante se metió el machete en el cinturón y cogiendo del brazo a uno de los componentes de aquel círculo, lo levantó con facilidad poniéndolo de pie. De un manotazo le quitó el sombrero de paja que le tapaba las facciones y le echó el cubo de agua por encima. Sin detenerse echó mano a un trapo de su bolsillo y frotó la cara de aquella persona.

Murmillos de sorpresa salieron de las gargantas de los que contemplaban la escena. Al quitarle el sombrero, la larga melena quedó libre. Con el agua y el frotar del trapo quitando la porquería que le cubría la cara, el bello rostro de una muchacha quedó al descubierto. De inmediato la lascivia y el deseo aparecieron en los rostros marcados de cicatrices de aquellos malhechores.

—¡Os he dicho mil veces que desde mi altura se ven mejor las cosas! —gritó el más bajo con los ojos brillando de excitación—. Llevaba varios días observando su comportamiento y estaba seguro de que ocultaba algo.

Un anciano del grupo se levantó con la intención de ayudar a la muchacha. El gigante le propino un mazazo con uno de sus puños y del golpe lo dejó inconsciente.

—¿Alguien más?! —chilló enardecido blandiendo el machete—. ¿Quién quiere morir?!

Un segundo miembro del círculo que había hecho ademán de ponerse de pie, al ver tumbado a su compañero y al gigante tan exaltado, volvió a su posición con un gesto de vergüenza y resignación en su rostro. Ninguno de los tres hombres y las dos mujeres que quedaban eran rival para aquel grupo armado.

La suerte de aquella muchacha estaba tristemente echada.

28. Ayuda inesperada

Selva amazónica, 18 de septiembre

Aquellos matones, lanzado miradas arrogantes y despectivas, dejando claro quienes eran los que mandaban allí después de los militares, comenzaron a girarse en la dirección por la que habían llegado. El gigante se había metido de nuevo el enorme machete en el cinturón, sujetado las muñecas de la chica con una cuerda y la arrastraba por el cabo libre como si fuese un perro, sin misericordia.

—*Ajuda! Me ajude!* —gritaba desesperada en un extraño portugués, que no hacía más que incrementar las carcajadas de sus captores.

“No en mi presencia —se dijo Sergio mientras comenzaba a levantarse y el brillo de sus ojos cambiaba.”

El mulato a su lado, le agarró del brazo y le quiso retener con una mirada que indicaba que así eran las cosas y que aquella pelea no era la suya. Con un suave giro de muñeca y una sonrisa, se desprendió de aquella firme tenaza que solo quería ayudarle. El rostro del mulato mostró la sorpresa ante lo sencillo que le había resultado soltarse.

Avanzó despacio hacia el grupo con la cabeza gacha, ocultando la cara y el cuerpo encorvado. El más bajo de los atacantes, que no dejaba de moverse, fue el primero que lo descubrió.

—*O que você quer?* —le preguntó, mientras hacía una seña al gigante.

Este dejando la cuerda en manos de su compañero, extrajo su machete del pantalón y avanzó hacia el entrometido.

—¿Tú que quieres? —le volvió a preguntar moviéndose en su dirección—. ¿Deseas acelerar tu muerte?

Sin responderle, Sergio continuó avanzando. Viendo aquello, el gigante cruzó los escasos metros que lo separaban de aquel estúpido individuo que osaba hacerles frente y levantando el machete, se abalanzó sobre él.

Lento, muy lento. Sergio lo dejó pasar sin que siquiera lo rozase y agachándose a su espalda, le cortó los tendones de las dos piernas de un solo tajo con el cuchillo militar que había escondido hasta ese momento. El gigante se desplomó de frente por la inercia que llevaba. Antes de saber cómo había llegado al suelo, la misma arma le segó la garganta, mientras un chillido

gutural que no llegó a oír sonaba a sus espaldas.

Era un chillido ancestral, de rabia contenida que helaba el cuerpo. Aún no lo sabían, pero era la forma de soltar la amargura contenida en los últimos días. Alguien lo iba a pagar muy caro. En aquel lugar olvidado de la selva, la piedad y la misericordia no hacían acto de presencia.

El resto del grupo al ver a su colega prácticamente decapitado se había detenido con la más grande de las sorpresas reflejada en sus rostros. El bajito nervioso, fue el primero en reaccionar.

—¡Te mataré! ¡Te mataré! —gritó con espumarajos de saliva saliéndose de la boca.

El ver el cuerpo de su compañero desangrándose, tirado a sus pies, le había enajenado. Chillando como un loco y moviendo un cuchillo en cada mano, se lanzó a por su atacante.

Un segundo más tarde se paraba en seco con el machete del gigante atravesándole las tripas. Sergio se lo había lanzado desde una distancia de cuatro metros con una fuerza salvaje. La punta de hierro le había atravesado limpiamente el cuerpo y asomaba goteando a su espalda. Se oyó otro gutural bramido acompañar la caída de la segunda víctima.

Los dos malhechores que quedaban habían soltado la cuerda de la chica y se aprestaban a defenderse.

—¡Te reventaré la cabeza! —chilló el de la barra metálica desplazándose hacia su derecha, mientras que el del martillo se movía hacia su izquierda.

De nuevo, lentos, muy lentos. Debido a actuar en grupo, a llevar armas y estar acostumbrados a enfrentarse a aquellos indefensos peones, hasta ese momento habían sido los que implantaban el temor en el recinto. Pero, no eran enemigos para alguien entrenado en el “Dojo Negro” y con ganas de soltar toda la rabia que llevaba dentro.

Con dos movimientos relámpago, cortó las venas de ambas muñecas del que empuñaba la barra. Comenzó a desangrarse sin saber como detener aquellos chorros de líquido rojo que abandonaba su cuerpo. Uno de aquellos cortes en uno de los brazos, quizás lo hubiese podido sujetar a duras penas con la otra mano, pero con los dos, casi era cómico ver sus fútiles intentos.

Al líder del grupo, el único que quedaba, Sergio le soltó una brutal patada lateral en la rodilla derecha, antes de que siquiera tuviera tiempo de levantar el martillo. El crujido de la articulación acompañó al chillido que dio en su caída. Desde el suelo, intentó mover su arma en molinete, para evitar que Sergio se le acercase. Esté ni lo intentó.

—A esto, ¿es a lo que tenéis miedo? —preguntó con voz despectiva señalando al hombre a sus pies. En ningún momento había dejado que se le viese el rostro— ¿A un trozo de carne con un martillo? ¿Sabéis manejar un martillo durante horas para golpear una pared y no sabéis hacerlo para defender lo que más queréis? Si no tenéis un martillo, ¡utilizad una piedra!

Como si hubiese sido una señal, una piedra alcanzó a aquel miserable en pleno rostro. Sergio que no se perdía un detalle de la gente de su alrededor, vio la sonrisa en el rostro del mulato. Había sido él. Aquello actuó como un disparador en los cerebros de aquellos peones. En unos segundos una docena de manos, se agacharon a por piedras y se abalanzaron sobre aquel individuo que les había sometido durante semanas. Fue la vía de escape de su odio acumulado, pagando por todas las miserias que habían sufrido desde que habían llegado a aquel lugar.

En unos minutos del cuerpo de aquel individuo solo quedó una masa sanguinolenta postrada en el suelo. Cuando gastaron sus energías golpe tras golpe, se levantaron en silencio y se dirigieron a sus hamacas.

Sergio que se había vuelto a entremezclar con el resto de las personas, notó como una delgada y fina mano, agarraba la suya. Unos enormes ojos de color avellana con unas motas de miel enmarcados en un bello rostro, le miraban con admiración.

—*Vem comigo!* —No era una orden. En aquel tono bajo de voz, se asemejaba más a una súplica.

A Sergio la imagen de la muchacha le producía sensaciones contrapuestas. Su altura superior al metro setenta y su constitución atlética, era más propia de una joven bien cuidada de cualquier ciudad americana o europea. Era en parte lo que le había permitido hasta aquel momento pasar en aquellas latitudes por un hombre. En cambio, su forma de vestir y de moverse eran las de los indígenas de aquella zona de la Amazonia. Quedaba patente al hablar que el lenguaje que utilizaba día a día en aquella selva, no era el portugués.

Al intentar expresarse en él, sus escasas palabras salían a trompicones y formaban frases deslavazadas. Además, el rostro de la cara contraía un rictus, parecido al de una persona que sabe que lo puede hacer mejor y se enfada por no conseguir lograrlo. Como si años atrás dominase el lenguaje y se le hubiese olvidado por la falta de práctica.

No teniendo nada mejor que hacer, siguió a la muchacha, no sin antes contemplar una sonrisa reflejada en el rostro del mulato. Estaba claro que

dudaba si seguirlo una vez más o dejarlo con la muchacha. Al final se encaminó despacio hacia el barracón.

La muchacha, con el rostro iluminado de felicidad por conseguir que le acompañase, lo llevó donde se encontraban los miembros de su tribu. Estaban atendiendo al anciano que había recibido el golpe. Una de las mujeres, para sorpresa de Sergio, había hecho una especie de cataplasma con hierbas y hojas y se la había aplicado al rostro.

A pesar de lo hinchado de su cara y con un ojo prácticamente cerrado, las facciones del anciano expresaban agradecimiento. Si no fuese que la dura vida que había llevado aquel maltrecho cuerpo, hacía tiempo que había secado sus lágrimas, con toda seguridad habría derramado algunas.

—*Nu-'tiu* —exclamó señalando con el dedo índice a la muchacha en un idioma ininteligible para Sergio.

Debían pertenecer a alguna de las tribus aborígenes de la Amazonia. La comunidad científica opina que todavía hay varias comunidades indígenas por descubrir en el interior de aquella insondable selva.

—Mi cabeza —dijo la muchacha en aquel extraño portugués tocándose el pecho con el dedo—. El querer decir que yo soy su cabeza. En mi pueblo es una forma de expresar que me quiere profundamente y que siempre me tiene en sus pensamientos. Es mi padre. La lengua que habla es una variante de lo que vosotros llamáis *mehinaku* o *arawak*.

No sabiendo cuál era el tratamiento o la forma de saludar adecuada, optó por hacer una leve inclinación de cabeza. El anciano siguió hablando en aquel extraño idioma, mientras la muchacha iba traduciendo a su peculiar portugués.

—Dice que le estará eternamente agradecido por salvar mi honor de esos delincuentes y que, si en su pobreza puede hacer algo por usted, que se lo pida. Siempre será bien recibido en nuestro círculo.

Durante unos segundos, como si estuviese a punto de tomar una decisión vital, Sergio no dijo nada. Los rostros agradecidos de aquellas personas le transmitieron que cualquier secreto que depositase en ellos, se lo llevarían a la tumba.

—Diles por favor que se levanten y que nos acompañen un momento. Les quiero enseñar algo detrás de la cabaña sin que nadie nos vea. Es muy importante para mí y no deben decírselo a nadie.

La muchacha tradujo sus palabras y en un par de minutos el grupo estaba en la parte trasera de la cabaña, junto a la empalizada. De pie, formaron un

estrecho círculo que impedía ver lo que ocurría en su interior.

De un bolsillo interior de sus pantalones, extrajo un sobre de plástico transparente con la foto de Amanda. Se la enseñó despacio a cada uno de ellos.

—Pregúntales por favor si la conocen. Si la han visto en este campamento.

Al repetir la muchacha sus palabras, una de las mujeres le indicó por gestos que le enseñase la foto de nuevo. La miró con detenimiento y en unos segundos una señal de reconocimiento apareció en su rostro.

—Cree que la ha visto. *É sua esposa?* —le preguntó con un leve tono de tristeza en su voz.

—No. Es una amiga. ¿Dónde la ha visto?

—Dice que se encuentra en el edificio principal, el más vigilado. Es de una construcción diferente. Brilla como la plata y tiene unos agujeros en las paredes. A ella le toca limpiarlo a diario. Comenta que dentro ha visto personas de razas y colores extraños. Pielles amarillas y ojos rasgados. Ella nunca había visto personas así antes.

De aquellas frases, Sergio dedujo que, tras alguna de las empalizadas, había un edificio moderno, probablemente construido a base de bloques prefabricados a base de metal y cemento. Los agujeros que mencionaba la mujer debían ser o conductos de aireación o pequeñas ventanas. Necesitaba conocer más sobre aquel edificio. Por sus alusiones a los rasgos de las personas residentes en su interior, debía ser donde trabajaban y se alojaban las científicas secuestradas.

—Necesito que tu amiga me haga un favor —le pidió mirándole a los ojos y hablando despacio para que sus palabras calasen—. Puede ser peligroso. Tiene que tener mucho cuidado, y entenderé perfectamente que no quiera hacerlo.

—*Ela diz que vai fazer isso* —le dijo la joven tras unas intercambiar unas frases con aquella mujer—. Hoy me has salvado a mí y probablemente a ellos. Te debemos mucho. Pide lo que necesites.

—Mañana cuando entre en el edificio, que procure pasar el mayor tiempo posible limpiando su interior. Que averigüe donde duerme Amanda y que se fije con mucho, mucho detenimiento —recalcó estas últimas palabras—, en todo lo que le voy a explicar a través de tus palabras.

Durante un buen rato, le estuvo detallando la información que necesitaba relativa a conseguir averiguar en qué lugares solía trabajar Amanda y principalmente su alojamiento. Tipo de puertas y medidas de seguridad a

atravesar, número de soldados y otras cuestiones relativas a la logística del edificio. La mujer prestaba profunda atención, memorizando hasta el último detalle de lo que la tradujeron.

Repasaran un par de veces y al final mediante preguntas, Sergio constató que sería indígena, pero de tonta no tenía un pelo. Había captado la importancia de lo que le estaban encargando y no quería defraudar a aquel hombre que hacía escasamente un rato era un perfecto desconocido y que sin ser un asunto de su incumbencia les había defendido de aquellos maltratadores.

Para ella, se había ganado el derecho de pertenecer a su grupo. Y más en aquel lugar de esclavitud donde toda mano amiga era bienvenida.

El resto de los aborígenes, durante aquella charla, habían ampliado el círculo y vigilaban por si alguien se acercaba. A una señal de parte de *Nu-'tiu*, de que habían terminado, se despidieron con diferentes gestos encaminándose hacia su cabaña. La última fue *Nu-'tiu*. Se acercó a él, cogiéndole de la mano y poniéndose de puntillas, le dio un beso en cada mejilla.

—*Muito obrigado* —pronunció con el rostro ruborizado, separándose lentamente de él siguiendo a su familia.

29. ¿Qué hacemos aquí?

Selva amazónica, 19 de septiembre

Tras verlos desaparecer por la puerta de su barracón, y sin quitarse de la cabeza que la presencia de aquella muchacha en aquella tribu era algo incoherente y fuera de lugar, se dispuso a descansar, pensando en lo que le esperaba al día siguiente, pero..., la noche todavía no había terminado.

De detrás de uno de los gruesos puntales de madera del interior de su cabaña, apareció el mulato. Por lo visto, oculto en las sombras llevaba un rato esperándole. Le hizo un gesto de que no entrase y le acompañase de nuevo al exterior. Al pasar a su lado le dijo:

—Tenemos que hablar —había usado un tono imperativo, pero no amenazador.

Sergio que iba primero, se dirigió al mismo lugar donde había estado con los indígenas minutos antes. Era un lugar resguardado de miradas indiscretas. Aunque en la última hora le había quedado claro que, a los soldados, lo que pasase en el recinto, si no tenía nada que ver con ellos, no les importaba en absoluto. Ni siquiera habían ido a interesarse por los cadáveres.

—Desde luego, no eres quien aparentas ser —repuso el musculoso mulato.

—¿Y quien soy?

—Desde luego, ni eres uno más de los *peões de trecho*, ni eres un *garimpeiro* y por supuesto... —añadió con una amplia sonrisa en su boca—, tampoco eres un indígena de los alrededores.

—Entonces, ¿quién crees que soy?

—No tengo ni idea, pero tal y como te has desecho de esos matones hace un rato, posees algún tipo de entrenamiento militar. Y no una formación cualquiera. Probablemente fuerzas especiales. Y no del ejército brasileño.

—Y tus conclusiones te llevan a...

—Si estuviésemos en algún otro lugar, estaría tentado a pensar que o bien eres un desertor, o bien..., estás en algún tipo de misión especial. Si fueses un desertor, con tus habilidades, este es el último lugar que elegirías para ocultarte. Todo ello, me lleva a preguntarte: ¿quién eres?, y aún más importante. ¿qué haces aquí? Si te pregunto tu nombre, seguro que me darás

uno cualquiera. Y te aseguro que es el dato que menos me importa.

—Tu primero —le respondió Sergio con una sonrisa similar a la que tenía enfrente.

—¿Yo primero que? —le preguntó el mulato, como quien no entendía lo que le estaban pidiendo.

—Ya sabes. ¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Como tu eres el que eres presa de la curiosidad, debes ser el primero que hable. Si no, lo dejamos y seguimos como hasta ahora. Por mi parte, no representa ningún inconveniente. Ah..., y sin aportaciones imaginativas, simplemente la verdad. Sabré en menos de un minuto si me estás mintiendo. También tengo formación especial en ese tema.

Durante unos segundos, ambos permanecieron en silencio. Al final el compañero de Sergio comenzó a hablar.

—Supongo que tienes razón. Tú, en ningún momento me has pedido nada. Aunque, desde que vi tus ojos, supe que algún motivo especial estaba guiando tus pasos. Mi nombre es Heitor Almeida. Soy detective de homicidios de Manaos y voy tras los pasos del general Oliveira.

—¿Motivos?

—Como suele ocurrir en algunas ocasiones, se mezcla lo profesional con lo personal. Como es probable que sepas, en esta región de Brasil, casi todas las operaciones delictivas, principalmente aquellas que dan mayores beneficios, están controladas por el general. Con la fuerza que le dan los regimientos a su cargo, hace lo que le da la gana. Hasta hace poco era bastante discreto, pero últimamente se ha vuelto más arrogante. Parte de los jueces y de los altos cargos de la policía están en su nómina. Cada día que pasa, tiene más poder. Los inspectores y policías de a pie que no son corruptos se dividen entre los que miran hacia otro lado y unos pocos que seguimos peleando para que se haga justicia.

—Debe ser complicado y peligroso. Estás totalmente expuesto y todo el día tienes que vigilar tu espalda.

—Exactamente. Yo tenía un compañero que se llamaba Mario. El vigilaba mi espalda y yo la suya, hasta que hace unos meses, le tendieron una emboscada. Le enviaron un mensaje a su teléfono móvil haciéndose pasar por mí y en un oscuro callejón lo apresaron.

La expresión que hasta ese momento siempre había visto en la cara de Heitor había sido de complicidad y normalmente encubierta por una sonrisa. En esos momentos sus ojos enrojecidos eran como rescoldos ardiendo en una

fragua.

—Lo torturaron durante horas. Yo vi como quedó su cadáver y me tocó contárselo a su mujer. Fue el momento más amargo que he vivido. Le juré en su tumba que lo vengaría. No tengo familia y dispongo de pocos amigos. Mi trabajo y mi amistad con Mario eran lo que me mantenían vivo. Ahora soy un cadáver andante con la única misión de matar a Oliveira —y mirándole fijamente añadió—. Me aliaría con el mismo diablo para hacerlo. No sé cuales son tus intenciones, pero dudo que disten mucho de las mías.

—¿Has intentado eliminarlo?

—Durante semanas lo he seguido con ese fin. Pero me ha sido imposible acercarme a él lo suficiente. La mayoría del tiempo está en su cuartel rodeado de enormes medidas de seguridad y de cientos de sus soldados. Una vez conseguí lanzarle una granada desde el tejado a su paso por la ciudad, y me engañaron. No iba en el coche que parecía que estaban cubriendo. Iba en el de cola. Solo maté a dos soldados y a un doble suyo. Casi me pillan. Escapé de milagro jugándome la vida saltando por los tejados.

—Y, ¿con un *Barret 107* o similar?

—Como te acabo de decir, soy un pobre inspector de la policía de Manaos —respondió cabeceando con una triste sonrisa en sus labios—. Necesitaría el sueldo de dos años para poder pagar un rifle de francotirador de ese nivel y los pocos que podrían llegar a vendérmelo, están a las órdenes del general. Además, ni soy muy bueno con ese tipo de armas, ni he recibido la formación adecuada para manejarlas —y mirándolo con certidumbre añadió—. Tú sí, ¿verdad?

—Sí. ¿Qué te ha traído hasta aquí?

—Creo que yo ya he hablado suficiente. Te toca a ti contarme algo. Después sigo. No te preocupes.

—Me llamo Michael Johnson y soy americano. Como has adivinado, tengo formación militar y otra serie de habilidades especiales trabajadas a lo largo de los años. La hermana de un amigo muy apreciado fue secuestrada hace unos días en USA y me ha pedido que la encuentre, la libere y la lleve de vuelta a casa. El rastro dejado por sus secuestradores me ha conducido hasta aquí. Igual que en tu caso, se mezcla lo profesional con lo personal, e igual que te pasa a ti, lo personal se lleva la mayor parte.

—¿No vienes a asesinar a Oliveira?

—No. Aunque después de lo que he visto que le hacen a la gente durante estos últimos días, si se pone a mi alcance no desperdiciaré la oportunidad —

y con un brillo en los ojos similar al del mulato añadió—. No lo dudes ni por un segundo.

—Entonces, ¿cuál es tu plan?

—Enterarme dónde está Amanda, liberarla y largarnos de aquí cuanto antes. Si de paso consigo pruebas incriminatorias contra el general, mejor que mejor.

—Entonces, por el momento, ¿somos aliados y nos cubriremos mutuamente las espaldas? —inquirió extendiendo la palma de la mano abierta.

—Somos aliados y vigilaré tu espalda. Seguiremos como hasta ahora, juntos y yo, en mi papel de imbécil.

—Pues vamos a descansar, que nos va a hacer falta —y dando ejemplo se encaminó hacia su barracón.



La luz del amanecer dio el paso a un nuevo día. Para los esclavos de aquel campamento, igual que el anterior e igual que el anterior del anterior. El mulato preguntó discretamente a varios de los peones cuántos días llevaban allí y ninguno de ellos, se lo supo decir con seguridad. No existían calendarios, ni días de fiesta, ni se iba los domingos a misa. Solo se cavaba y se cavaba para extraer tungsteno.

Los llevaron con el mismo procedimiento que la jornada anterior, al interior de las minas y les asignaron otro túnel diferente. Por lo visto, a pesar de que nadie se rebelaba, preferían variar la rutina de trabajo y cambiar la composición de los grupos de peones. En esta ocasión, separaron a Heitor de Sergio.

Lo que no cambió, fue el número de horas de trabajo y los turnos asignados a la comida y a la cena. Tampoco variaron la asquerosa comida que les dieron.

“¡Mira que debe ser difícil preparar algo tan asqueroso día tras día! Hasta los cocineros deben estar aburridos de este menú” —pensó irónicamente Sergio.

Viendo como los guardias no vigilaban la intensidad del trabajo realizado y solo el que no se parasen, adoptó un ritmo tranquilo con el que aparentaba realizar más esfuerzo del que realmente ejercía.

Pasaron las horas y tras la cena se dirigieron hacia el exterior, donde como tras cada jornada, dejaron en la zona donde las habían recogido por la mañana las herramientas con el que cavaban las paredes. Era otra de las

escasas medidas de seguridad que vigilaban. Y por lo visto, no con mucho acierto dado que el grupo que había intentado llevarse a la muchacha, portaban alguna de ellas.

Al entrar de nuevo en su recinto, siguiendo con su rutina diaria, los soldados que los acompañaban se quedaron en su cabaña, y Sergio se dirigió andando hacia la suya. A pesar de su andar encorvado y mirada perdida, vigilaba todo su entorno con cuidado, por si la banda del día anterior contaba con más miembros que estuviesen deseando vengarse. Nadie le estaba esperando.

A unos metros de la entrada de su barracón, observó una persona que, moviéndose con disimulo entre los peones, se acercaba hacia él. Aunque iba de nuevo disfrazada de hombre, por su constitución y su grácil manera de moverse, se percató que era *Nu-'tiu*. Viendo sus intenciones, ralentizó su paso, permitiendo que en unos segundos la muchacha estuviese andando pareja a él.

—*Ola*.

—*Ola Nu-'tiu* —le respondió él con una sonrisa, viendo como el rostro de la joven se iluminaba.

—¡Te acuerdas de mi nombre!

—Por supuesto, aunque es muy probable que mi pronunciación sea desastrosa.

—No importa. A mi me gusta —repuso, para acto seguido ruborizarse.

A Sergio, por una parte, le encantaba el candor que expresaba el rostro de la indígena a pesar de las penosas circunstancias que la rodeaban, y por otra parte, le enfurecía tremendamente pensar los peligros y la insana vida que rodeaban a aquella preciosa joven. Había llegado allí con otra misión, pero tenía que encontrar la manera de ayudar a Heitor a destapar lo que el general estaba haciendo y conseguir liberar a aquella gente. No podía permitir que aquella preciosa joven pasase el resto de su vida allí.

—Mi tía ha conseguido la información que le pediste —le dijo con un fulgor de satisfacción en sus ojos. Su familia había cumplido la misión que aquel hombre le había encargado—. Te estamos esperando en el mismo lugar que ayer, para dártela.

30. Nos vamos

Selva amazónica, 20 de septiembre

Los miembros de la tribu de *Nu-'tiu* ya se habían situado en un amplio semicírculo junto a la empalizada vigilando el que no apareciesen ni soldados, ni visitas inesperadas. En el centro, estaba situada la tía de la muchacha y en unos segundos los dos jóvenes estuvieron a su lado.

Para enorme sorpresa de Sergio, introdujo la mano derecha entre sus ropajes y extrajo un documento que entregó a Sergio con una sonrisa en su ajado rostro. Era un papel doblado, que al desplegarlo mostró la información que contenía.

—¡Es un plano del edificio! —exclamó sin poder contenerse— ¡Tu tía se ha arriesgado demasiado!

Ni en sus mejores sueños hubiese imaginado que aquella sencilla mujer hubiese podido conseguir lo que le estaba mostrando. Pero sus sorpresas no acabaron ahí. Al extenderlo, la mujer señaló una de las zonas y pronunció unas palabras.

—Mi tía decir que, donde coger este, haber muchos iguales. No creer que ellos darse cuenta de la pérdida. Ella creer que nosotros no correr peligro.

—Estupendo.

—También dice que la mujer que estás buscando, pasar las noches aquí —añadió señalando el mismo lugar del plano que su tía—. En esa zona hay puertas de material muy duro que no se pueden abrir. La mujer trabajar durante el día junto a otras personas aquí. También haber puertas muy duras y hombres armados que dar vueltas alrededor de ella vigilando su trabajo.

De aquellas palabras, se desprendía que Amanda y el resto de las científicas, estaban en todo momento en habitaciones cerradas por gruesas puertas metálicas.

—Dile a tu tía —le dijo Sergio mientras miraba a la mujer y le dedicaba una amplia sonrisa— que la información que me ha conseguido me va a ayudar muchísimo. Dale las gracias de mi parte.

—*O que vai fazer?* —le preguntó entrecortadamente.

—No te preocupes. Vosotros ya habéis hecho suficiente y no quiero exponeros más. Dile a tu gente que se acerque. Me quiero despedir de ellos.

—¿Te vas? —preguntó con una expresión que delataba que no creía que abandonar aquella prisión fuese posible.

—Sí. Pero confía en mí. Haré todo lo posible para que seáis liberados en breve —y con unas palabras que pretendían infundirle esperanza añadió—. Te prometo que no estaréis mucho más tiempo prisioneros.

La muchacha les dijo unas palabras en su lengua y todos ellos se acercaron a Sergio. Este les tendió un apretón de manos y le dijo a *Nu-'tiu* que les diese las gracias por la valiosa información que le habían conseguido. Cuando se dieron la vuelta para dirigirse una noche más a descansar, con suavidad Sergio agarró del brazo a la muchacha y acercando su rostro al de ellas, esta vez fue él, el que le dio un par de besos en las mejillas.

—Confía en mí. Pronto seréis libres.

—Te estaré esperando —repuso la muchacha, girándose en redondo y siguiendo al resto de su grupo.

Sergio juraría que había visto un par de lágrimas correr por sus mejillas.

Después de doblar de nuevo el plano, introducirlo entre sus ropas y darles un par de minutos de ventaja por si alguien que no hubiesen detectado estuviese vigilando a la vuelta de la esquina, se encaminó a su cabaña.

Como se imaginaba, cuando se encontraba a unos metros de la entrada, salió de la cabaña Heitor y se dirigió presto hacia él. Sergio esperó que estuviese a su lado y dándose la vuelta sin pronunciar palabra alguna, siguió los pasos del mulato. Esta vez, se desplazaron a otra esquina de la cabaña que también los ocultaba de miradas indiscretas.

—¿Has averiguado algo? —preguntó el mulato con un deje de ansiedad en su voz.

Sergio, dedicándole una sonrisa, extrajo de sus ropas el plano. Pudo contemplar en el rostro que tenía enfrente el mismo grado de sorpresa que el había mostrado cuando se lo habían enseñado.

—Mucho más de lo que esperaba.

Entre los dos, aprovechando la luz de la última hora de la tarde que se filtraba entre las ceibas, analizaron cada uno de los detalles trazados en aquel valioso documento.

—Es, ¡su centro de mando! Así como en este recinto hay muchas cabañas, en ese solo hay cuatro.

—Si, eso parece. Este edificio está reservado para los oficiales de más alta graduación. Este es donde trabajan las científicas. Este es donde duermen y este otro para los soldados encargados de vigilarlos.

—¿En qué crees que están trabajando en mitad de la selva todos esos investigadores? Según me dijiste no son cuatro pelagatos. Su nivel de conocimiento es muy alto.

—No tengo ni idea de que andan buscando. Sospecho como tú que debe ser algo con fines militares, pero solo sé que se han preocupado en secuestrar a jóvenes que pudiesen desaparecer durante varios meses y sus compañeros lo considerasen normal. Personas de diversas Universidades y Centros de Investigación, con doctorados, altos conocimientos y con grandes inquietudes científicas y elevada entrega al trabajo. Y sobre todo sin familia. O por lo menos, sin familia cercana.

—¿Qué narices querrán?

—No lo sé, pero esta misma noche espero que lo averigüemos.

—¿Queeeeé? ¿Vas a entrar ahí dentro de unas horas? —le preguntó sorprendido, señalando el plano.

—¿Prefieres esperar a mañana? ¿O mejor a pasado mañana? Eso, ¿nos dará algún tipo de ventaja táctica?

Se hizo un profundo silencio, mientras el mulato intentaba pensar una respuesta adecuada.

—Pero, pero..., no tenemos ningún plan.

—Ni helicópteros, ni armas, ni refuerzos. Ni esperando lo vamos a tener. No ganaremos nada aguardando más. Con la mierda de comida y descanso que nos suministran aquí, lo único que conseguiremos con el tiempo es perder las fuerzas de que disponemos en este momento. Yo voy a atacar ahora. No esperaré. ¿Cuento contigo?

—Por supuesto —dijo con los ojos encendidos y bajando la cabeza y el tono de voz añadió—. Lo mío es atacar a base de fuerza bruta. No el pensar. Mario me indicaba lo que tenía que hacer. Ahora acataré tus órdenes.

—¡Coge la barra de acero que tienes escondida, un cuenco de agua y sígueme!

Heitor se internó en el barracón y en menos de un minuto, estaba fuera con lo que Sergio le había pedido. Éste se agachó en donde la tierra era más oscura y con el agua hizo un poco de barro en el cuenco. Después con aquel sustituto de pintura de camuflaje, se lo aplicó en la cara, el cuello y los brazos, oscureciendo las partes blancas de su cuerpo.

—¡A ti no te hace falta! —exclamó giñándole un ojo, poniéndose en movimiento y avanzando el primero.

Eran dos oscuras sombras, rodeados a su vez de más sombras.

Avanzaban pegados a los barracones y a la empalizada. El mulato se maravilló de cómo Sergio elegía el camino con más oscuridad y la facilidad que tenía para mimetizarse con ellas. Heitor, tras recorrer unas decenas de metros detrás de él, intentó avanzar imitándolo. Se detuvieron detrás de la última cabaña que albergaba peones a escasa distancia del barracón de los soldados.

—¿Dónde has aprendido a moverte así? ¡No te hace ninguna falta el barro de camuflaje que te has esparcido por el cuerpo! —le preguntó sin poder contenerse.

—En Japón. Con ninjas —respondió escuetamente.

—¡Me estás tomando el pelo!

—En absoluto. Tu me has preguntado. Yo solo te contesto. Sígueme.

Volvió a desplazarse como una sombra más en las tinieblas hasta llegar a unos metros de la entrada al recinto. Un guardia apoyado sobre la empalizada estaba fumando un cigarrillo.

“¡Estúpido! Esa punta brilla en la noche como si fuese un faro. Si tuviese una pistola con silenciador, ya estarías muerto”

Le hizo una seña a Heitor y cogiendo una piedra del tamaño de un puño la lanzó contra la cara del guardia. Entre el tremendo golpe y el miedo a tragarse y quemarse con el humeante cigarrillo, no tuvo tiempo de prestar atención a lo que se le vino encima. Solo notó un brutal golpe en la sien, antes de que se apagasen sus ojos.

—¡Vamos! —urgió Sergio.

Continuaron moviéndose deprisa por las calles que formaban el exterior de los recintos. La imparable hierba de la selva ya había comenzado a rebrotar, por lo que el escaso sonido producido por sus pasos se amortiguaba. Al cabo de unos minutos llegaron a su destino. Sergio se paró y le volvió a hacer una seña de que se detuviese y se acercase.

—Hay dos guardias en el exterior y probablemente haya otros más en el interior. Se nota que es el cuartel general. A partir de ahora la sincronización es importante. Avanzaremos juntos y deprisa. Voy a eliminar al de la derecha y tu inmovilizas al de la izquierda. No lo mates. Lo necesitamos para que los de dentro nos abran la puerta.

—¿Por qué no al revés? Yo también tengo ganas de cargarme a estos malnacidos.

—Porque eres más lento y metes más ruido. No te preocupes, dentro tendrás soldados de sobra con los que desahogarte.

A una seña, se lanzaron a la carrera para cubrir los escasos metros que

los separaban de los guardias. Sergio, lanzó el *Ka-bar* y uno de ellos se derrumbó en el suelo con el cuello atravesado. Su compañero intentó alzar su fusil de asalto para dispararles, pero la sorpresa le había hecho perder unos segundos preciosos.

El mulato le descargó en el pecho un brutal golpe con la barra de hierro. Se oyó el crujir de los huesos. Le había roto varias costillas. Sin detenerse, Sergio recuperó su cuchillo y se lo puso al cuello, mientras Heitor lo levantaba en vilo.

—Diles que abran la puerta. Hazlo con voz normal. Sin chillar. Si haces que sospechen, en un instante estarás como tu compañero —le ordenó Sergio con una voz glacial, apretando la punta del cuchillo hasta que unas gotas comenzaron a manar.

—*Abra a porta!*

Se oyó cómo descorrían algún tipo de enorme cerrojo y cómo las pesadas hojas empezaban a abrirse. Sergio y Heitor sin soltar a aquel hombre se habían pegado contra las puertas.

—*Que narizes você quer!*

Antes de que terminase la frase, Sergio tras hincar su cuchillo en el que Heitor estaba sujetando, se coló en el interior, donde estaba el compañero del que había abierto. En segundos, ambos se derrumbaron a sus pies, sin saber que era lo que les había segado la vida.

Los sacaron fuera del recinto, les quitaron las armas, y se vistieron con su ropa. Ambos eran de mayor envergadura muscular, principalmente Heitor, al que le venían las prendas más ajustadas, pero agradecieron el quitarse aquellos harapos y sobre todo calzar unas buenas botas. Volvieron al interior y cerraron las puertas.

—¡Vamos Heitor!

Y sin dejar de moverse deprisa, se dirigió al edificio en el que según la tía de *Nu-'tiu* encontrarían a Amanda. Llegaron sin problemas hasta la puerta, donde se detuvieron a escuchar los sonidos del interior. Tras un par de minutos, dedujeron que no había nadie, o por lo menos que no lo había detrás de la puerta.

Sergio introdujo la punta de su cuchillo en el bombín de la cerradura y ejerciendo la suficiente presión, lo reventó con un ruido seco. Empujó despacio la puerta, para que no chirriase. Una vez estuvo dentro el mulato, la empujó de nuevo en sentido contrario hasta cerrarla.

—A partir de ahora, nos vamos a dividir —le susurró Sergio.

—¿Quéé? —preguntó sorprendido, haciendo un gran esfuerzo para no levantar la voz.

—Hemos venido aquí con objetivos diferentes —respondió sacando el plano del interior del bolsillo de su nuevo pantalón—. Tú a por pruebas que incriminen al general y yo a por Amanda. Tú vas a ir a esta parte del edificio —añadió señalando un par de habitaciones—. Y yo a esta otra.

—Entonces, ¿nos separamos?

—Sí. Si todo sale bien, nos encontramos en quince minutos de nuevo aquí. Si no..., que cada uno elija su nuevo camino. Ha sido un placer conocerte —le dijo mirándole a los ojos y extendiendo la mano derecha.

—Lo mismo digo. Que los dos tengamos suerte. Quiero volver a verte en unos minutos—repuso dándole un fuerte apretón.

—¿Heitor?

—¡Caza!

Y sin más palabras, se separaron, moviéndose deprisa por los pasillos de aquel edificio. La iluminación consistía en una triste bombilla en cada uno de los tramos de aquellos corredores, lo que era insuficiente para ver con claridad.

“Si no gastan en luz, tampoco creo que lo hagan en cámaras de videovigilancia. Se sienten demasiado seguros y por lo tanto lo consideran un estúpido gasto innecesario”.

A pesar de ello, extremó sus precauciones y continuó moviéndose rápido, pero en silencio. Vigilaba si los pomos o las manillas de las puertas giraban y cada vez que llegaba a una, se detenía para escuchar los posibles sonidos que hubiese al otro lado. Tras dos minutos de recorrer aquellos pasillos, llegó a su objetivo. Tampoco había guardias en aquella zona, pero la cerradura era diferente, y la puerta metálica, de mayor seguridad.

Desenroscó el tapón del pomo de su cuchillo y extrajo del interior lo único de su equipamiento que había decidido llevarse: unas ganzúas. Con ellas manipuló el bombín y en unos segundos, la cerradura cedió. Abrió unos centímetros la pesada puerta. Al no escuchar ningún ruido, la empujó lo suficiente para colarse en el interior.

Sin duda, era allí, en aquel pasillo. Había numerosas puertas a izquierda y derecha. Debían ser las celdas donde retenían a las investigadoras.

*"Sólo se puede sacar de una bolsa
lo que ya está en ella".*

Proverbio brasileño

31. Libertad

Selva amazónica, 21 de septiembre

Sin el plano, hubiese necesitado abrir todas las puertas e ir una por una averiguando en cuál de aquellas habitaciones se encontraba la muchacha. Afortunadamente, alguno de los oficiales había escrito a mano con un rotulador los nombres de los presos. Una vez más, las medidas de seguridad eran pobres.

Allí pernoctaba mucha gente y a pesar del probable cansancio, alguna de esas personas podía tener problemas para dormir, por lo que sus movimientos se ralentizaron. Al llegar a la puerta donde según el papel que portaba en sus manos estaba Amanda, pegó el oído a la puerta y se concentró en escuchar. Estaba claro que en el interior había alguien. Hubiese apostado a que dos personas.

La cerradura era buena, pero más sencilla que la que cerraba el pasillo principal, por lo que no le costó mucho abrirla. La giró unos centímetros y miró en el interior. Era similar a la celda de una cárcel. En sus dos literas, estaban dormidas un par de mujeres. Sus melenas, las delataban. La de la litera inferior era rubia y por lo tanto, aunque su cara estaba vuelta contra la pared, debía tratarse de Amanda.

Agachado, se deslizó hasta llegar a su lado. Se subió en el catre y se colocó a horcajadas sobre ella, inmovilizándola. La muchacha se despertó bruscamente y una mirada de pánico apareció en sus ojos, al ver aquel hombre con el rostro pintado de negro y cubierto de sangre. Intentó gritar, pero la mano de Sergio se lo impedía.

—Amanda, tranquila. Soy de los buenos —le susurró al oído agachando la cabeza y poniéndola a su altura—. Me envía a buscarte tu hermano. No te asustes por mi aspecto. Era necesario camuflarme.

Los verdes ojos de aquella mujer fueron cambiando, mientras intentaba despejarse y asimilar aquellas palabras. No podía ser. Tenía que ser una pesadilla. A pesar de que alguna vez había soñado que venían a rescatarla, nadie sabía que se encontraba allí y nadie sería capaz de entrar en aquel campamento.

—Soy tu amigo Amanda y te voy a sacar de aquí ahora mismo. Tu

hermano te espera.

Aquellas suaves palabras que tenían el objetivo de intentar tranquilizarla hicieron mella en la muchacha. Unas lagrimas comenzaron a caer por sus mejillas.

—Voy a quitar la mano de tu boca. Si confías en mí, cierra y abre dos veces los ojos.

Tras unos instantes de indecisión, la muchacha lo hizo.

—Muy bien, ponte los zapatos, recoge lo poco que tengas y sígueme. No hagas ruido, y a partir de ahora, vas a hacer todo lo que te diga, sin pensarlo, sin discutir. Cualquier pérdida de tiempo en tu respuesta, no hará más que facilitar que nos maten. ¿Harás todo lo que te diga?

—Si, haré todo lo que me digas —y en ese momento, sus ojos expresaban una fuerte resolución.

—¿Todo?

—Todo. ¿Que pasará con el resto de mis compañeras?

—Un amigo mío esta recogiendo pruebas incriminatorias en este instante en las oficinas de este mismo edificio. Su misión es destruir esta trama y liberar a todos los que se encuentran en este campamento.

—Ya. Pero..., ¿por qué no liberamos a más gente?

—Porque de esa manera, no podremos escapar ninguno de nosotros. Un par de personas, se esconden, se mueven deprisa y llaman menos la atención. En grupo, es imposible hacerlo.

En esos momentos, notaron como la mujer de encima de Amanda, se removía en su catre.

—Por favor, por favor. Solo ella —le suplicó Amanda— es joven. Hace deporte y esta más en forma que yo. No será un lastre. En mis peores momentos durante la estancia en esta miserable prisión, ha sido la que ha salvado mi cordura. Por favor. Prefiero que la salves a ella, que a mí.

Durante unos segundos, Sergio no dijo nada, evaluando las implicaciones que aquello podía tener en su fuga. Al final, cabeceando, asintió.

—De acuerdo, pero te aseguro que no nos llevaremos a nadie más. Despiértala sin ruido y nos vamos. Deprisa, hemos perdido demasiado tiempo. ¿Como se llama?

—Graciela y trabajaba en el Instituto Tecnológico de Monterrey, en mi misma especialidad.

Le puso la mano derecha suavemente en la boca para que no emitiese

ningún sonido al ser despertada a aquellas horas de la noche y con la izquierda la agitó levemente. La mexicana abrió unos ojos como platos al ser zarandeada de aquella manera. Amanda sin soltarle la boca, se llevo el índice a la suya en el signo universal de silencio.

—Graciela. Han venido a por nosotras. A sacarnos de aquí. No hagas ningún ruido. Vístete y cálzate. Te voy a presentar a nuestro salvador. No te asustes, ni hables, viene con ropa de combate y camuflaje.

Sergio mostró su rostro, e intentó con una sonrisa no atemorizar a aquella muchacha, pero ella al verlo, sobre todo la sangre, no pudo evitar que sus ojos casi se saliesen de sus órbitas.

—Hola Graciela —le dijo en español para que ella se sintiese más cómoda—. No tengas miedo por mi aspecto. He venido a sacaros de aquí. Nos vamos ya.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Amanda, mientras le mostraba con un gesto que ya estaba lista.

—Michael. A partir de ahora no habléis. Y haga yo, lo que tenga que hacer, no gritéis. Nuestra vida depende de ello.

Desplazó su mirada de una a otra mujer. Eran como la noche y el día. Amanda, de rostro pálido, rubia y alta. Graciela de facciones morenas, bronceadas por el sol, melena negra y de baja estatura. En lo que se parecían, era en lo delgadas que estaban y aparentemente en forma.

Lo peor que les veía a ambas, era que tanto la camiseta como el pantalón que llevaban puesto, eran de un blanco como la nieve. Parecían dos farolas en la noche. Además, el calzado eran unas sencillas sandalias de cuero. De aquella manera no podrían moverse durante mucho tiempo por la selva.

—Seguid mis pasos en fila, con el menor ruido posible y desplazaos por las sombras. ¿De acuerdo?

Ambas asintieron moviendo la cabeza verticalmente. En la primera posición iba Sergio, en la segunda Amanda y cerrando la pequeña formación Graciela. Comenzaron a desandar el camino que había llevado a Sergio hasta allí. Al no tener que forzar ninguna puerta y conociendo el camino tardaron menos tiempo en llegar.

Se detuvieron en el lugar de encuentro y Sergio observó el reloj que le había sustraído a uno de los soldados que habían abatido. Quedaban dos minutos para la hora convenida. Tras pasar uno escaso, se abrió una puerta distinta a la que habían usado ellos al entrar en aquella habitación. Era Heitor.

Al llegar a su lado, le tendió un par de mochilas similares a las que

llevaba a la espalda, dos machetes, varios cuchillos, un par de pistolas, y varios cargadores. Sergio entregó un cuchillo a cada una de ellas.

—¿No ibais a ser solo dos? —le preguntó al ver a las dos chicas.

—Sí, pero se negaba a venir si no iba acompañada de su compañera de cuarto —le respondió con un gesto de resignación—. No he querido perder tiempo discutiendo. ¿Qué tal te ha ido?

—Mejor de lo esperado. Se creen que en este campamento están totalmente protegidos y las medidas de seguridad son escasas. Con el paso de los días y viendo que nadie se rebela, se han ido relajando aún más. He encontrado documentos que incriminan al general, incluso alguno de ellos con su propia firma. En mi mochila llevo un portátil. Ni he tenido tiempo para analizarlo, ni tengo conocimientos suficientes para destriparlo a conciencia. Cuando llegue a Manaus encontraré a un especialista.

—No es buena idea.

—¿Lo que no es buena idea?

—El ir a Manaus. Como tú mejor que nadie sabes, la ciudad está en manos de Oliveira. Deberías ir a la capital, Brasilia o a Río de Janeiro, donde haya gente que pueda hacer frente al general.

—Tienes razón, pero para llegar a esas ciudades, el método más rápido es que cojamos un avión desde Manaus.

—Nosotros, no vamos a ir a Manaus.

—¿Queeeeé? ¿A donde piensas ir?

—A Tabatinga.

—¿A Colombia? ¿Estás loco? ¿A través de la selva?

Sergio mirando los ojos del mulato, pudo ver las múltiples dudas que se agolpaban en su cabeza. A pesar de vivir en Manaus la capital de una de las regiones del Amazonas, el era de ciudad y probablemente no había salido nunca de allí y mucho menos de Brasil. No era un indígena y cruzar la selva, le daba terror. Los rostros de las dos muchachas también reflejaban que, a pesar de su silencio, pensaban lo mismo que Heitor.

—Ellos pensarán como tú y tampoco creerán que nos hemos adentrado en la jungla. Ganaremos un tiempo precioso, mientras nos buscan en otra dirección. Solo nos separan unos sesenta kilómetros de la frontera. En dos o tres días la alcanzaremos. ¿Sigues con la intención de volver a Manaus?

—Sí. ¡Yo no me meto en la selva ni loco! —y su rostro atemorizado, refrendaba lo que decían sus palabras—. Prefiero enfrentarme a una persecución de estos soldados que a los peligros que en ella nos acechan. ¡Soy

de ciudad y no sé como desenvolverme ahí fuera!

—Pues te tenemos que dar las gracias —añadió mientras una sonrisa irónica aparecía en su rostro—. Nuestras posibilidades de éxito se duplican si nos dividimos. Uno de los dos, debe llegar a la civilización y destapar lo que está ocurriendo aquí.

—Yo, llegaré antes.

—Eso espero. Como ves, a ti te ha tocado la parte más difícil —añadió guiñándole un ojo malévolamente—. La de hacer de cebo.

—Cabronazo. De todas formas, parece que te había adivinado el pensamiento —y sacó un objeto metálico de su bolsillo—. Con este GPS, te será más sencillo.

—¡Gracias Heitor! ¡Movámonos!

Y dando ejemplo, se puso en movimiento. Esta vez, cerrando el grupo iba el brasileño. En unos minutos llegaron a la puerta exterior del recinto. Al atravesarlo y ver los cadáveres, las dos mujeres se llevaron las manos a la boca para reprimir los gritos.

—Era necesario —les dijo en voz neutra Sergio—. Y probablemente habrá más muertes antes de que lleguemos a un lugar seguro. Tenéis que ser fuertes para poder sobrevivir a lo que nos espera. Como os he dicho ahí dentro, debéis de hacerme caso sin objeciones, si queréis sobrevivir. Siento tener que empezar a demostrároslo tan pronto. Con la ropa que lleváis puesta, sois un par de dianas andantes y con ese calzado, no aguantareis ni media hora en la jungla.

Las dos mujeres, miraron los muertos, no queriendo asimilar lo que Sergio les estaba contando.

—Vais a ponerlos encima de vuestra ropa, la de esos muertos —les ordenó, mientras él y el mulato comenzaban a desvestirlos.

Con gestos de asco, pero comprendiendo que era necesario, se empezaron a vestir con los uniformes y las botas de los muertos. Acto seguido Heitor y Sergio arrastraron los cuerpos hasta la maleza donde los escondieron. Cuando volvieron donde las mujeres, éstas ya estaban preparadas para continuar con las siguientes instrucciones.

—Bueno muchacho. Nuestros caminos se separan aquí y ahora —le dijo el brasileño dándole un abrazo—. Espero que tengáis mucha suerte y lo logréis. Por mi parte, si consigo mi propósito, os enterareis por la prensa.

—Seguro que sí. Además, en un par de meses volveré y nos cogeremos una buena borrachera a base de *caipirinha*. Tú pagas.

—Eso está hecho. Por cierto, —le preguntó volviéndose hacia él con una amplia sonrisa en la boca cuando ya se había alejado varios pasos— ¿En el entrenamiento de ninja, iba incluido el de moverse por la selva?

—Por supuesto Heitor —le respondió con una sonrisa similar—. Aunque más pequeñas y menos que en Brasil, en Japón también hay junglas.

32. Tenemos compañía

Selva amazónica, 21 de septiembre

Habían traspasado el perímetro exterior del campamento cuando Sergio les pidió a las muchachas que se detuviesen y llevándose el dedo índice a la boca, les indicó que no hiciesen ningún ruido. Su nuca llevaba unos minutos erizada con la sensación de que alguien les seguía. Apoyaron su espalda en una enorme ceiba y esperaron. Unos segundos más tarde aparecieron dos personas. En el momento en que Sergio levantaba su cuchillo para dar un golpe mortal, la más alta se dio la vuelta. Era *Nu-'tiu*.

Se llevó un susto de muerte al ver el arma deteniéndose a escasos centímetros de su cuerpo. No pudo evitar lanzar un pequeño chillido. La otra persona también se dio la vuelta. Era su padre.

—¿Qué hacéis aquí?

—Mi padre me ha pedido que os sigamos. Lo hemos hecho desde que tu musculoso compañero y tú salisteis de vuestra cabaña.

Aquello le dejó claro que aquellos indígenas, sí sabían moverse por aquella selva en silencio. Llevaban toda la noche detrás de él y no había notado su presencia hasta que todos sus sentidos, se adaptaron a los ruidos de la selva y se concentró en escuchar si alguien los seguía. De todas maneras, más que su oído, habían sido su instinto primario el que los había detectado.

—Lo que estáis haciendo es peligroso. Volved a la cabaña, antes de que los soldados noten vuestra ausencia.

—Mi padre necesita decirte algo —insistieron sus ojos tanto como sus palabras.

—Dime rápido lo que sea e iros —repuso con gestos de impaciencia no queriendo entrar en discusiones.

Los dos aborígenes que estaban delante suya tenían la expresión del que no piensa moverse hasta terminar lo que se había encomendado. La chica le dijo a su padre que podía comenzar. Nada más mencionar las primeras palabras, el rostro de la muchacha se congestionó y todo su cuerpo se paralizó.

—¿Que te ha dicho? Le preguntó Sergio, mientras le zarandeaba suavemente para sacarla de aquel estado.

—Que no es mi auténtico padre —respondió sin poder contener las

gruesas lágrimas que discurrían por sus suaves mejillas—. Que solo es mi “*padre de la selva*”. Que mis auténticos padres, los que de verdad me dieron la vida, los enterraron en medio de la selva, cerca de nuestro poblado. Que murieron al caer del cielo en un aparato de esos que llaman avión, pero más pequeño.

—Una avioneta.

—Que me ha criado y me quiere como si fuese su hija, pero que ha llegado el momento de que vuelva a mi verdadera casa. El ataque que sufrí el otro día no es más que el primero de los que vendrán si me quedo en el recinto. Que soy demasiado guapa y antes o después alguien querrá conseguir lo que tu impediste. Si no es un grupo de peones, lo será de soldados. No voy a poder esconderme durante mucho más tiempo. Dice, que es más seguro que me vaya contigo.

Cuando terminó de hablar, sin dejar en ningún momento de llorar, le entregó una pequeña bolsa hecha con la piel de un caimán. Había visto que algunos de los indígenas, llevaban amuletos y objetos similares en su interior. La abrió y le mostró su contenido.

—Es para ti.

Dentro había varios diamantes de un tamaño considerable, que hizo que las científicas abrieran los ojos como platos, pero lo que llamó la atención de Sergio, fue una cadena de oro. Su bella factura, no podía ser obra de los miembros de aquella tribu. Ni tenían las herramientas, ni los conocimientos necesarios.

La sacó despacio de la bolsita para no derramar sin querer, alguno de los diamantes. Medía unos cuarenta centímetros de longitud y sus eslabones eran gruesos. En uno de sus extremos, lucía una esmeralda de tamaño considerable.

—Dice que era de mi madre y que durante todos estos años la ha guardado para mí. Me la iba a dar el día de mi boda.

—No quiero que me deis nada —le dijo en voz firme pero suave, devolviéndoles el paquete—. Esto es vuestro y continuará siendo vuestro.

—Pero..., ¿me llevarás contigo?

—El camino que vamos a recorrer es peligroso. Puede incluso que alguno de nosotros no llegue a su destino. No quiero tener que cargar con esa responsabilidad sobre mis espaldas. Tu perteneces a este lugar y puede que consigas escapar y sobrevivir. Si te unes a nosotros, los soldados te perseguirán.

La muchacha, visiblemente afectada por el giro que había dado su vida en escasos minutos, tradujo sus palabras al anciano.

—Dice que, por favor, me llesves contigo. Que mi belleza será mi maldición. Que tengo más posibilidades si me voy contigo. Que ya has demostrado lo valiente que eres y de lo que eres capaz. Y que... —añadió bajando el rostro y el tono de voz—, si esas mujeres van contigo, yo también puedo. Sé moverme mejor que ellas por la selva y te serviré de ayuda.

Sergio no le podía rebatir aquellos argumentos. Era la mujer más joven del grupo, pero la más preparada para sobrevivir en la selva. Desde su infancia, había sido su hábitat natural. En muchos de los aspectos, Sergio era consciente de que no estaba a su altura.

—De acuerdo *Nu-'tiu* —y queriendo que se recobrase de aquel estado anímico a la mayor brevedad posible le dijo con una sonrisa—. Serás nuestra guía. Despídete de tu padre y vámonos. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Aquel anciano, no habría participado en la concepción de la muchacha, pero la había salvado de morir indefensa y abandonada en la selva y desde que la encontró, había dedicado todos sus esfuerzos a cuidarla, quererla y enseñarle todo lo que él sabía. Tras confirmarle a su padre adoptivo que Sergio le había admitido en el grupo, el anciano le hizo con la cabeza un gesto de agradecimiento.

—*Muito obrigado* —consiguió articular en una lengua que no era la suya.

—*Nu-'tiu*, pregúntale a que edad te encontraron.

Al transmitirle la pregunta, el indígena puso la palma de su mano en sentido horizontal y la colocó, mostrando la altura de la niña cuando la hallaron perdida en el bosque.

—Nosotros medimos el tiempo en lunas, en primaveras y en medidas relacionadas con los cambios en la naturaleza que nos rodea —indicó la joven—. No lo sabe exactamente, pero calcula que unas cuatro primaveras. Andaba y hablaba fluidamente una lengua que ellos no entendían.

Aquello explicaba que fuese capaz de comunicarse en portugués. Era su lengua materna, y la falta de práctica había hecho que le costase pronunciar ciertas frases, pero no que la olvidase. La inteligencia que denotaban sus ojos, le hacía apostar que con los profesores adecuados, en unos pocos meses volvería a recuperar lo que había perdido.

Para la muchacha, e independientemente de las palabras que había

escuchado, siempre sería su padre. La despedida fue muy emotiva. Fue el anciano el que con suavidad se desprendió de su abrazo y girándose se encaminó despacio hacia el recinto que era su encierro.

—Estas mujeres que estaban como tú prisioneras, se llaman Amanda y Graciela —añadió señalando a cada una de ellas con la mano mientras las nombraba—. Son amigas mías y nos acompañarán en nuestro viaje.

—Hola *Nu-'tiu* —dijeron ambas, tendiéndole la mano para estrecharla.

La indígena no entendió el significado de aquello, por lo que tras esperar unos segundos las retiraron. Tenían prisa. Ya habría tiempo de explicárselo.

Sergio encendió el GPS, configuró el modo en “andando” e introdujo el nombre de Tabatinga. En la pequeña pantalla apareció una ruta posicionada sobre los mapas militares. Era una línea recta que solo marcaba la dirección adecuada. Allí, ni había carreteras, ni sendas que durasen el suficiente tiempo como para reflejarlas. La selva se lo tragaba todo. Cabeceó. La funcionalidad aportada por el GPS era equivalente a la de una brújula. Con suerte indicaría la ruta correcta, y con mayor precisión cuando consiguiese conectarse a los suficientes satélites.

—Estad muy atentas a cualquier tipo de sonido cerca de vosotras. Hasta que os habituéis a la selva, cualquier cosa que oigáis os parecerá extraña. Hay animales peligrosos por todas partes: el suelo, las ramas, el aire. Evitad cualquier tipo de contacto.

Por acto reflejo, ambas mujeres echaron un rápido vistazo a su alrededor, intentando vislumbrar si alguna de aquellas amenazas que Sergio mencionaba estaba a punto de abalanzarse sobre ellas.

—Fijaos en cómo nos movemos *Nu-'tiu* y yo, e intentad pisar en los mismos lugares. Os iremos mostrando que es lo que tenéis que evitar.

Indicó en silencio con un gesto de la mano a aquellas mujeres la ruta a seguir. En cuatro o cinco horas, sus captores descubrirían que ya no estaban en su celda, darían la alarma y se pondrían a buscarlos. Esperaba que les persiguiesen por la ruta más lógica, la de Manaos. Ese tiempo debiera proporcionarles suficiente ventaja para llegar a Colombia.

Afortunadamente para ellos, en aquella zona de la selva, la maleza no era lo suficientemente densa para impedirles el paso entre las enormes ceibas que la poblaban y solo en contadas ocasiones Sergio necesitó emplear el machete. A su lado y ayudándole en abrir la marcha, *Nu-'tiu* se afanaba en intentar ser ella la primera en cortar las lianas y las plantas que se interponían

en su camino.

Había una marcada diferencia entre ella y las otras dos mujeres. Independientemente de que estuviesen en buena forma, el correr en una cinta de gimnasio o por las calles de una ciudad, no era suficiente para moverse con agilidad por aquella selva olvidada de la mano de Dios.

Los movimientos de *Nu-'tiu* eran fluidos y sin generar ningún tipo de sonido. Desde su más tierna infancia, aquel había sido su hábitat natural. Donde jugaba, donde acompañaba a la gente de su tribu a cazar, donde se bañaba o recogía bayas silvestres para comer. Ella era parte de la Amazonia.

Las otras mujeres provenían de la civilización, medían cada paso que daban, con el temor en el rostro de engancharse en una de las lianas que las rodeaban o de encontrarse con uno de los peligrosos animales que vivían por allí. Que no eran pocos.

Desde la venenosa araña bananera grande como la palma de una mano, a los escorpiones *Tityus* (principalmente el negro), pasando por los caimanes, anguilas eléctricas, las víboras barba amarilla, los jaguares o las pirañas. Todas estas especies se cobran un importante número de vidas humanas anualmente.

Colgando de la mochila que llevaba a la espalda, se encontraban un par de cantimploras. Sergio le tendió a la indígena una de ellas y un par de bolsas de tela. Eran ligeras, de las que se suele ver colgando mediante unas sencillas cuerdas a innumerables bañistas en las playas. La diferencia estribaba, en que siendo para uso militar, la tela era impermeable y mucho más resistente.

—Necesitamos ser autosuficientes y que la selva nos abastezca de comida. Dentro de esta mochila, tengo varias raciones de comida energética, pero debíamos reservarlas para las ocasiones. Tú, mejor que cualquiera de nosotros, sabes qué plantas son comestibles o cuáles venenosas. Nuestra subsistencia va a depender de ti.

Aquellas palabras hicieron aflorar una muestra de orgullo en el rostro de la muchacha.

—Yo conocer selva. Tú, no preocupar. *Nu-'tiu* recogerá alimentos de la madre naturaleza.

A partir de aquel momento, la joven sin detenerse, ni demorar su caminar por la selva, de vez en cuando, haciendo uso del machete, cortaba algún tipo de fruta que limpiaba e introducía en la bolsa.

Sergio disfrutaba viendo sus fluidos movimientos. Su atlético y bien formado cuerpo, realizaba aquellas tareas sin esfuerzo. El hecho de que se

hubiese unido al grupo iba a resultar una importante ventaja.

Si la marcha hubiese dependido solo de *Nu-'tiu* y Sergio la velocidad de avance hubiese sido el doble. A pesar de ello, no era el aspecto que más preocupaba al que encabezaba la comitiva. El principal problema estaba en que su falta de hábito aumentaba el volumen de pistas que un explorador avezado podría seguir. Sergio por su formación y *Nu-'tiu* porque pertenecía a aquel mundo, eran sombras moviéndose en la oscuridad. Pisaban sobre hojas y anchas ramas sin dejar huella.

No quería decirles nada que les pusiera más nerviosas y aumentase la lentitud de su avance. En aquellos momentos lo mejor que podían dar de sí, era el desplazarse lo más rápido posible en aquel mundo inhóspito.

La oscuridad comenzaba a hacer su aparición y la dificultad en cruzar aquella jungla aumentaba. Sergio decidió que era necesario buscar un sitio seguro donde pernoctar. Si contando con el equipamiento adecuado, era arduo y peligroso, sin disponer de una triste hamaca, el asunto iba a resultar tremendamente complicado.

Aquel elemento tan simple en el que habían pernoctado las noches pasadas, les permitía colocar un lecho en el que dormir a una distancia de un metro del suelo, evitando con aquella medida el que múltiples animales nocturnos que se arrastraban por tierra, les eligiesen sus presas.

Sergio escrutaba lo que le rodeaba, intentando encontrar un lugar seguro donde pasar la noche. El que durmiesen era vital. La diferencia entre conseguir alcanzar Tabatinga o no, residía en estar los suficientemente descansados para avanzar a buen ritmo.

—¿Qué buscas? —le preguntó *Nu-'tiu* viéndole mover la cabeza en todas direcciones.

—Un lugar para dormir.

La muchacha, de manera análoga a Sergio, miró a su alrededor, intentando encontrar una respuesta. Veía en el rostro de él, la necesidad de solventar aquella situación y su rostro reflejó la concentración. Se esforzaba en ayudar a su salvador

—A los árboles. Subámonos a las ceibas.

—¿Queé? —preguntó Amanda que estaba atenta a la conversación,

—A los árboles —repitió con un leve gesto de contradicción al ser interrumpida.

Su rostro expresaba que aquellas mujeres de ciudad no tenían ni los conocimientos suficientes, ni la experiencia para cuestionar sus palabras.

—¿Qué es lo que quieres que hagamos *Nu-'tiu?*

—Necesito subir a aquella ceiba —respondió señalando la que había elegido.

33. Abrazados a un árbol

Selva amazónica, 21 de septiembre

Entrecruzando los dedos de sus manos, Sergio indicó a la muchacha que pusiera uno de sus pies en el apoyo que le acababa de preparar. La impulsó hasta una gruesa rama a la que la joven se subió ágilmente. Ella eligió una de las lianas más gruesas, de un tirón comprobó que era resistente y se la tendió.

—Ayúdales a subir por esta cuerda —le encomendó mientras seguía ascendiendo ágilmente por el tronco.

—Graciela, Amanda —les dijo a las muchachas que les habían seguido y entendiendo lo que la indígena había comenzado le explicó lo que iban a hacer—. Vamos a seguir los pasos de *Nu-'tiu*. Por nuestra seguridad, es imperativo no dormir en el suelo. Ella nos enseñará lo que debemos hacer para pasar la noche en la ceiba, a buen recaudo. Seguidla con cuidado. Trepad siempre sujetas a una liana que hayáis comprobado previamente. Yo estaré siempre debajo para ayudaros. Es importante que no tengáis miedo.

Siguiendo sus instrucciones, agarradas firmemente a las cuerdas y con el apoyo de Sergio cuando encontraban dificultades, ascendieron varios metros hasta llegar donde se encontraba *Nu-'tiu* mirándolas con cara de impaciencia.

Les señaló las cuatro ramas que había elegido. Estaban divididas en parejas que se encontraban a la misma altura. Eran lo suficientemente gruesas como para aguantar su peso sin problemas y las había limpiado de inquilinos. La indígena se había preocupado de que no hubiese ningún tipo de insectos que hubiesen colocado su guarida en ellas. Utilizando un palo que había arrancado del árbol del tamaño de un bastón, lo arrastró por ellas para limpiarlas y les sacudió varios golpes para desprender los residuos depositados.

—Antes de disponernos a dormir, vamos a cenar algo para reponer energías —les dijo mirando a *Nu-'tiu*.

Esta se quitó la bolsa a su espalda y extrajo parte de la fruta que había ido recolectando. Las piezas más sabrosas, se las tendió a Sergio, que a su vez intentando no ofenderla, se las devolvía a ella y a las científicas, simulando que prefería otras.

—Gracias, pero te la cambio por esa. De este tipo ya me has dado antes

y me gusta probar diferentes sabores. Me tengo que acostumbrar a diversas frutas. —le explicaba, luciendo una cálida sonrisa.

Aunque el rostro de la joven mostraba cierto desagrado que no se molestaba en disimular, se plegaba a la petición y sobre todo a la seductora sonrisa de Sergio. Al cabo de un rato, estuvieron saciados.

—Te estamos muy agradecidos *Nu-'tiu* —le dijo la mexicana—. Todos estos alimentos que nos has ofrecido están buenísimos. Sin ti en este grupo, no sabríamos como alimentarnos y nuestras posibilidades de llegar a Tabatinga se verían terriblemente reducidas. Amanda y yo, lamentamos profundamente no poder servir de ayuda, pero esperamos que cuando llegemos a la ciudad, podamos devolverte con creces lo que estás haciendo por nosotras.

—Gracias. Pero es lo menos que puedo hacer. Desde pequeños, en nuestra tribu nos enseñan que no podemos ser un lastre para el resto. Poco o mucho, en la medida de nuestras posibilidades, tenemos que echar una mano.

—Bueno. Vamos a dormir. Mañana será una jornada crucial para llegar a nuestro destino. Ven Amanda —le ordenó la indígena, mientras cortaba con el cuchillo que Sergio le había entregado un par de largas lianas que colgaban hasta el suelo—. Siéntate mirando el tronco del árbol.

Con habilidad entrelazó las improvisadas cuerdas a la rama y al tronco. En unos minutos la norteamericana estaba prácticamente inmovilizada y era imposible el que se precipitase contra el suelo.

—Ahora tú —y señaló esta vez a la mexicana.

Con la misma eficiencia que había utilizado con Amanda, amarró al árbol a Graciela. Sin estorbarse, estaba tan cerca de Amanda, que en caso de necesidad podía agarrarla. La idea de aquel tipo de colocación era que si una de los dos notaba algo extraño en la posición de la otra, por algún fallo en la sujeción de las lianas, su compañera tuviera la posibilidad de ayudarle.

Al terminar, señaló a Sergio la rama en la que debía colocarse. Le sujetó el cuerpo firmemente, pero le dejó los brazos más sueltos que a las científicas. A continuación, se sentó a su lado y ella misma se ató las piernas a la rama.

—Tú debes ayudarme ahora —le pidió tendiéndole un par de lianas.

Siguiendo sus indicaciones, Sergio cruzó los cordajes sujetando su espalda al tronco. Se aseguró de que fuese imposible el que se desplazase lateralmente. Ambos estaban firmemente amarrados a la ceiba, pero tenían las manos libres para poder soltarse al día siguiente.

—Graciela, Amanda, intentemos dormir —les dijo con voz suave—. La posición que tenéis no es la más cómoda y cada ruido que escucháis en estos

momentos os parece una amenaza, pero es muy importante el que estemos descansados si queremos mantener un ritmo de avance constante y llegar en un par de días a Colombia. Cada minuto de ventaja cuenta y solo lo conseguiremos si no estamos agotados.

Miró la postura que había elegido su pareja para dormir e imitó la forma en que puso los brazos y cómo se recostó sobre ellos. La bella amazona en unos segundos cayó en un profundo sueño. Su mirada se dirigió hacia sus vecinas de las ramas inferiores y como se temía, a ellas les costaba más conciliar el sueño.

Sospechaba que la selección de parejas que había realizado *Nu-'tiu* no era casual y le preocupaba cual habría sido el motivo. Era importante. Si a la indígena no le caían bien las científicas, debía conocer la causa cuanto antes. Si las consideraba débiles y según su percepción, estaba colocando a los más preparados juntos y por lo tanto haciendo una selección.

No era el momento adecuado para soltar las lianas y perder tiempo deshaciendo el trabajo realizado, pero al día siguiente las parejas serían otras.



Los tenues rayos del amanecer se filtraron entre las hojas de las ceibas, despertando a la joven indígena. Su plácido rostro mostraba que había aprovechado a conciencia las horas de sueño. Se acercó a Sergio y le dio un prolongado beso en la mejilla. Éste al notar el contacto se despertó.

En otras circunstancias, aquella situación podría parecer un fragmento de un cuento de hadas extraído de la factoría *Disney*. Una pareja joven, con sus cuerpos entrelazados por lianas, pernoctando en unos árboles gigantes en medio de la jungla, con las luces del sol abriéndose paso despacio entre sus ramas y con una bella indígena besándole en la cara. El despertar idílico que más de un hombre alguna vez había soñado.

La dura realidad era que la selva no iba a mostrar ni piedad, ni misericordia con ellos en una contrarreloj, cuyo premio era seguir viviendo.

—Tenemos que movernos —le dijo *Nu-'tiu* con una amplia sonrisa en sus hermosas facciones.

—Sí. Gracias por despertarme. ¿Qué tal has dormido?

—Muy bien. Pero tenemos que seguir avanzando. Tú quieres moverte rápido y seguir andando. Ellas —añadió señalándolas con la mano—, ser lentas.

—Sí. Esta es tu casa —repuso extendiendo los brazos y haciendo un

círculo como queriendo abarcar el entorno—, pero para ellas, este es un mundo extraño, en el que todo lo que se mueve puede constituir una amenaza.

Se ayudaron mutuamente a soltarse del entrelazado cordaje que habían tejido la noche anterior y bajaron a la rama inferior en donde se encontraban las dos científicas. Saltaba a los ojos que noche no había sido apacible. Probablemente los múltiples sonidos de la jungla que atemorizan a las personas no habituadas habían impedido que concillasen el sueño. Sergio conocía muchos casos en los que adicionalmente, el poco tiempo empleado en dormir, estaba cuajado de pesadillas.

Sus rostros mostraban que al final habían caído dormidas por puro cansancio. Sergio vio que el rostro de la indígena no podía evitar mostrar su desagrado. La única forma de sobrevivir en aquellos parajes era teniendo todos los sonidos activos y alerta. Su estado les iba a obligar a que *Nu-'tiu* y él tuviesen que estar vigilantes por ellas.

—Amanda, Graciela, despertad —les dijo en voz baja, mientras les cogía suavemente del brazo.

Ambas abrieron lentamente los ojos, revelando el esfuerzo que realizar aquel sencillo hecho les costaba. Las emociones vividas y la tensión de desplazarse por aquel mundo inhóspito comenzaban a pasarles factura.

—¿Que hora es? —pregunto la mexicana, frotándose los ojos.

—Está amaneciendo. Tenemos que ponernos en marcha cuanto antes para aprovechar al máximo la luz del día —le dijo mientras les extendía a ambas unas bayas y la cantimplora de agua—. Desayunamos aquí. No quiero ningún tipo de distracción mientras nos desplazamos por la selva.

Mientras *Nu-'tiu* y Sergio les soltaban sus ataduras, aprovecharon para comer las frutas silvestres y beber el agua que la indígena a lo largo del camino recogía de los árboles sin esfuerzo. Cuando hubieron terminado, Sergio se colocó en primera posición, seguida por las científicas y cerrando el descenso *Nu-'tiu*, que no paraba de lanzar miradas a su alrededor.

A cualquier altura de la selva, te podías encontrar con enemigos mortales, que considerasen, o que habías invadido sus dominios, o que podías servirles de alimento. Un simple picotazo de un vistoso tucán o un empujón de un mono, a aquella altura podría precipitarles contra el suelo en una caída mortal.

—*Nu-'tiu*, por favor, ábrenos la marcha. Tenemos que desplazarnos en aquella dirección —le pidió Sergio una vez en el suelo, señalando la ruta con el brazo—. Necesito hablar con Amanda. Hay información importante relativa

al motivo por el cual han implantado los militares en mitad de la selva, el campamento del que hemos escapado, que es probable que ella conozca.

La mujer asintió con la cabeza, pero su rostro expresaba el desagrado que sentía en que la extranjera, acaparase la atención de Sergio. Ella era la que conseguía la comida y el agua que les alimentaba y era la que debía permanecer acompañada por el único hombre del grupo. Con resignación se puso en cabeza y fue abriendo camino.

Viendo aquello, Sergio empezó a vislumbrar la causa de porque a la indígena no le caían bien las científicas y su rechazo hacia ellas. En un mundo tribal, está firmemente implantada en su cultura, el símbolo del jefe del poblado que desde tiempos ancestrales se equipara al macho fuerte de la manada. Probablemente el hecho de que hubiese salvado a la joven del grupo de malhechores fortalecía sus creencias.

Incluso, podía darse el caso de que sintiese algún tipo de atracción física inducida por lo que estaba viviendo. El beso que le había dado para despertarlo, podía ser una señal. En general y aunque no lo sabía con certeza, los habitantes de aquellas latitudes no solían ser muy propensos a dispensar señales de afecto en público.

Eran tres hembras y ella estaba compitiendo por ser la primera. Según los patrones por los que había vivido, la elegida. Su conocimiento de la selva, el ser más rápida moviéndose por aquella jungla y el resto de sus habilidades para sobrevivir, eran suficientes en su cabeza para situarla en primera posición. Necesitaba poseer el reconocimiento del macho alfa.

“Lo que nos faltaba —pensó Sergio—. Tendré que buscar un momento en que pueda comentarles a Amanda y Graciela lo que ocurre en su joven cabecita. A partir de este momento si queremos que no nos genere problemas, tengo que tratarla como si fuese la pareja del jefe del grupo. En nuestras condiciones actuales, cualquier descuido o estupidez puede resultarnos mortal”.

—No hemos tenido tiempo para hablar de lo que está ocurriendo en el campamento del que hemos escapado, pero necesito que me deis, toda la información que tengáis. Quiero conocer las causas de que nos veamos metidos en esta situación. En unos días, moveremos tierra y cielo, para liberar al resto de los presos. Es vergonzoso que en pleno siglo XXI, se estén dando estas condiciones de esclavitud. Os prometo que los culpables lo pagarán— y el brillo de sus ojos expresaba más que sus palabras.

—Espero que tengas razón y que no sea demasiado tarde para algunos.

Los que han tramado esto, son demasiado poderosos y esas instalaciones, están en un lugar ignoto, en el medio de la nada, en una región que controlan por completo y en donde ellos son la única ley que existe.

—Te prometo que no se quedarán sin castigo —le repitió con voz fría y acerada—. Se aplicará justicia de una forma u otra. Con tribunales de un tipo o de otro.

—Te contaré mi historia, que por lo que he podido averiguar, es similar a la del resto de científicas que permanecen apresadas en el interior de ese infame campamento.

—¿Cuántas científicas quedan en esas instalaciones?

—Algo menos de cincuenta.

—¿Con que objeto?

—Con el mismo que todo ese maldito lugar. La muerte.

34. La muerte como negocio

Selva amazónica, 22 de septiembre

Al pararse a pensar en lo que había sufrido y la suerte que seguían corriendo decenas de personas, la emoción, transfiguró el rostro de aquella joven. Era como si, estando en libertad, todo lo que había contenido su pensamiento hasta ese momento, se hubiese derramado en su interior.

—Nos apresaron por el motivo que siempre ha movido a los poderosos: la posibilidad de que consiguiesen más poder y dinero.

—Cuéntame —le animó Sergio con voz suave—. La información que me suministres será importante para acabar con ellos.

—Hace una semana estaba trabajando en el M.I.T, cuando me llegó un correo electrónico invitándome a participar en un ambicioso proyecto. Como suele ocurrir en estas ocasiones, alababan mi trabajo, del que tenían mucha información y me animaban a colaborar en el desarrollo de un importante proyecto que aumentaría considerablemente a nivel internacional mi prestigio profesional. Me ayudaría a publicar un novedoso trabajo y acercarme más a la posibilidad de conseguir más reconocimiento en el área de tecnología en la que trabajo. Incluso adelantar unos años y tener más cerca el acceso a una cátedra. Estaba todo lo que me transmitían perfectamente edulcorado. ¡Estúpida de mi! Sabían como jugar con nuestras ilusiones.

—Para secuestrar a tantas personas, es necesario una planificación, coordinación y recursos importante. Así como una total falta de escrúpulos.

—Me animaron a solicitar una baja temporal de seis meses en mi trabajo. Según ellos, antes de que me diese cuenta ya estaría de vuelta. Tal y como nos lo planteaban se parecía al típico y frecuente desplazamiento de personal entre centros tecnológico, en el que pasas un semestre intercambiando información con otros colegas. Ya lo había hecho anteriormente, y suele ser divertido y enriquecedor. Además, en este momento estaba estancada en lo que estaba investigando y me pareció una buena forma de salir de mi rutina. Volvería con energías renovadas.

—Te pusieron delante de tus narices un estupendo cebo.

—Sí. Y piqué como un inocente pececillo. Para acabar de convencerme,

el sueldo era prácticamente el doble de lo que gano en la actualidad y me adelantaban el salario de los tres primeros meses. Lo que en aquellos momentos me pareció un dineral, al cabo de unos días se convertiría en el pago de toda una vida de esclavitud. ¡Vaya negocio que había hecho!

—Peor fue el que me ofrecieron a mí —repuso cabeceando recordando el contrato que había firmado y que aún conservaba entre su ropa—. En otro momento te lo cuento.

—Además del adelanto, me enviaron un billete de avión para Lisboa y la dirección del supuesto centro tecnológico al que debía presentarme. Nada más llegar dos hombres me apresaron, y desde entonces hasta ahora... —no pudo contener el llanto—, no había salido a ver la luz del sol. Fuimos tratadas como animales, enviadas en cajones de carga de un lugar a otro del mundo. Sospechaba dónde estábamos por el idioma de nuestros captores, pero hasta que no nos has liberado, no hemos sabido en que lugar geográfico nos encontrábamos. Todavía me cuesta hacerme a la idea. ¿Quién nos ha hecho esto?

—No se quienes componen la cabeza de la trama, pero el que da la cara es un general brasileño llamado Raimundo Oliveira. A través de los soldados que manda controla esta región. Mi instinto me dice que hay más gente poderosa detrás de él. Los descubriremos a todos.

—¡Nosotros cuatro! —exclamó con un rictus de desolación en su rostro—. Lo más probable es que no salgamos vivos de esta maldita selva.

—Tienes que tener más confianza —le dijo con palabras esperanzadoras. No podían permitir que sucumbiesen al desanimo—. Ayer estabas prisionera. Hoy eres libre. En unos días llegaremos a la civilización. Después pondremos en conocimiento de las autoridades de sus países la terrible situación en que se encuentran y los liberarán.

—Ojalá el tiempo te dé la razón —repuso cabeceando sin ninguna convicción.

—¿Por qué motivo os eligieron?

—A nivel personal, porque éramos jóvenes, sin pareja o hijos y muy entregadas a nuestro trabajo. Podíamos permitirnos el cambio de trabajo temporal, no nos importaba desplazarnos a otro país y ..., debido a nuestras ganas de investigar, fácilmente manipulables.

—No te culpes tanto. Las personas que os han raptado son muy buenas en su trabajo. Como por desgracia has podido contemplar a tu alrededor, habéis sido muchas las que habéis caído en sus redes.

—A nivel técnico querían personas formadas en diferentes áreas de conocimiento en el que fuese aplicable el tungsteno. Todas ellas con un punto de unión. Desarrollar nuevos componentes militares y vendérselos a cualquiera que estuviese mentalizado para pagar lo suficiente.

—¿Qué tipos de componentes?

—A nivel técnico querían personas especializadas en aeronáutica, energía y nuevos materiales. Como sabrás el tungsteno se aplica en blindaje de carros de combate y balística, entre otros usos militares. Nos habían encargado bajo amenazas varios proyectos, aunque su objetivo principal era desarrollar lo que ellos llamaban *Dark Arrow*. En lo del nombre no fueron muy imaginativos. Quizás por motivos comerciales. ¿Conoces el *Sharp Sword*?

—Me suena haber oído algo. ¿Es una especie de dron militar?

—Sí. Desarrollado por los chinos, es una copia del UAV X-47B americano. Es una aeronave no tripulada de unos catorce metros de envergadura cuyo objetivo principal es realizar misiones de reconocimiento a largas distancias. Con el equipamiento adecuado, se puede utilizar como arma de combate. ¿A que no adivinas cual es el metal que se utiliza en su fabricación?

—¿El tungsteno?

—Exacto. También quieren construir una nueva generación de drones. Piensan sacar una auténtica fortuna con lo que están desarrollando. Perdón, con lo que les estamos desarrollando. Además, como muy bien has visto, la mano de obra no puede resultar más barata.

—¡Maldito y miserable negocio! Haremos que los que nos han hecho esto lo paguen.

—Primero tenemos que salir de esta cochina selva con vida.

—Lo lograremos.

—Lo intentaremos —repuso cabeceando, mostrando de nuevo la poca convicción que tenía en su éxito.

—A pesar del poder que pueda tener el general Oliveira en esta región —repuso cambiando de tema de conversación viendo su estado de ánimo— hacen falta muchos recursos fuera del país para poner en marcha esta operación. ¿Sabes algo de sus cómplices?

—El general, una vez a la semana, suele visitar el campamento. Nos reúne a las científicas y nos da un discurso asqueroso en el que la mitad del tiempo nos arenga a seguir consiguiendo progresos y en la otra mitad, nos

amenaza de muerte si no lo conseguimos rápido.

—¡Maldito asesino!

—Tal es su despotismo y confianza en que nadie escapará de aquellas empalizadas que una vez en un exceso de ego, mencionó su alianza con su amigo el coronel cubano Cristóbal Enríquez. Añadió que en breve recibiríamos una visita suya y lo conoceríamos en persona. Aún no he quitado de mis oídos la horrenda risa con que nos regaló cuando nos lo dijo. Se creen por encima del bien y de mal

—Más dura será la caída.

—No trates de animarme —dijo señalando con los brazos abiertos la inmensa jungla que los rodeaba—. Nunca conseguiremos salir de aquí.

—Amanda —le agarró suavemente la barbilla y le miró fijamente a los ojos—. Le prometí a tu hermano que te llevaría junto a él y siempre cumplo mis promesas. Siempre.

—Pero..., ¿¡Si no tenemos ni puñetera idea de donde nos encontramos!?

—A veinte kilómetros de la libertad —le respondió él, enseñándole el GPS y animándola a seguir caminando—. Todo recto en aquella dirección. No hay atajos, pero si no dejamos de caminar a buen ritmo, en dos o tres días, conseguiremos estar a salvo. Tenemos que ser fuertes.

—No hay atajos. No hay atajos —repetía la norteamericana, dando por terminada la conversación y esforzándose en continuar paso a paso.

35. Caza con arco

Selva amazónica, 22 de septiembre

La joven indígena continuaba incansable abriendo el camino a través de la jungla. Hasta el momento a pesar de lo fatigoso que era el avanzar por aquella espesa selva, solo en algunos tramos había sido necesario el utilizar los machetes para abrirse paso a través de la maleza.

Amanda y Graciela se encontraban en tal mal estado que no eran capaces de participar en los relevos que se habían impuesto *Nu-'tiu* y Sergio para atravesar esas zonas.

En esos momentos Sergio iba en cabeza, mientras la joven brasileña aprovechaba para ir recolectando fruta y agua, llenando las mochilas. Sin aminorar el paso, con el pomo del cuchillo o el machete golpeaba troncos de bambú y aquellos que no sonaban a hueco los cortaba. Utilizaba su agua para rellenar las cantimploras. La falta de comida o bebida no iba a ser uno de sus problemas. La madre naturaleza era generosa en aquellas latitudes.

La fruta que estaban encontrado en ese tramo del camino era la *bacaba* o *туру*. De color rojo oscuro o púrpura crecía en abundancia en los árboles de más de veinte metros de altura que los rodeaban. La joven amazónica le había indicado que en su tribu se utilizaba para tratar la diarrea, las náuseas y para curar la malaria. Nada más oír esto, Sergio les obligó a las dos científicas a comerla en abundancia.

A pesar de su situación, no dejaba de disfrutar, viendo a la indígena moverse por la jungla. Se notaba claramente que, durante toda su vida, ese había sido su hábitat natural. El que los acompañase, había sido una gran suerte.

De repente, se paró y salió disparada en dirección perpendicular a la que estaban llevando.

—¡Quietas! ¡No os mováis! —les ordenó a las dos científicas, mientras perseguía a la muchacha.

Su carrera, no duró mucho. La joven se encontraba en medio de unos arbustos, mirando unas ramas como si estuviese eligiendo algo. Al cabo de un rato, de un machetazo cortó un par de ellas.

—¿Para que es? —le pregunto Sergio

—Yo *fazer* arco.

Se agachó y pasó la mano por las maderas que había cortado, después cogiéndolas con ambas manos flexionó cada una de las varas.

“Pueden valer” —pensó mientras ponía a prueba su consistencia y elasticidad.

—Yo también quiero uno —le dijo Sergio con una sonrisa.

—Tú, ¿saber *manusear*? —le preguntó la amazona con la sonrisa pintada en el rostro.

—Un poco —respondió él humildemente—. Elígeme uno para mí.

Con el escepticismo pintado en su rostro, procedió a buscar entre aquellas ramas, la que ella consideraba que se ajustase más a su complexión. Al cabo de un par de minutos le señaló uno.

—Este. ¡Córtalo!

Sergio con su machete, segó la rama y después de mirarla, la cortó por los dos extremos, hasta la distancia que le pareció adecuada.

—Demasiado corto —repuso ella con cierto gesto de disgusto—. Mira éste —añadió señalando el que se estaba preparando para ella.

Una sonrisa afloró al rostro del joven. En esos momentos recordó que en Sudamérica los cuerpos de los arcos eran largos, porque en general las maderas que utilizaban en su confección eran poco rígidas y muy flexibles, por lo que necesitaban doblarse más para lanzar la flecha tan lejos como en otros países.

Hizo un par de muescas en las puntas para atar en ellas la lid que llevaba en el pomo del cuchillo. La sujetó en la esquina que apoyó contra el tronco de una ceiba y ejerciendo tal tensión que las venas de sus bíceps resaltaron sobre los músculos, plegó varios centímetros la rama y colocó la lid que quedaba suelta en el otro extremo.

Le pasó el arco a la joven amazona y le instó a que la tensase. A pesar del esfuerzo que hizo la joven solo pudo separar la cuerda unos pocos centímetros. No era de la potencia adecuada a su fuerza.

—No servir. Con esto yo no poder cazar.

Con un guiño, Sergio cogió el arco y sujetando el cuerpo con la mano izquierda, desplazo la lid hasta su boca. La distancia a la que se debía encontrar la punta de la flecha antes del disparo. A *Nu-'tiu* se les escapó una mueca de asombro.

—¡Tú muy fuerte!

—No. Solo miles de flechas disparadas. Mi padre me ha llevado a

disparar desde que era así de alto —le dijo poniendo su mano a la altura de un niño de seis años.

—¡Tú muy fuerte! —repitió sin conformarse con lo que estaba oyendo.

La mujer, se puso a buscar en los árboles cercanos hasta que, entre las lianas seleccionó un par de ellas. Utilizando una atadura diferente a la de Sergio, amarró una de ellas a la madera que ella había cortado anteriormente.

Se llevó el cuerpo a la cara y tensó la cuerda hasta llevarla a su rostro. Una sonrisa de satisfacción se reflejó en el mismo. Según las costumbres de su pueblo, esa era la distancia adecuada.

—Falta elegir flechas.

—Yo no conozco las maderas que se pueden extraer de estos arboles o de estos arbustos. Confió en ti para seleccionar las más apropiadas. Tú eres la que mandas. Yo hare lo que tú me digas que haga.

Una sonrisa afloró de nuevo en el bello rostro de la muchacha.

—Seguiremos caminando y cuando recorriendo nuestro camino, nos encontremos con las plantas que mi padre me enseñó, haremos las flechas.

—De acuerdo. Volvamos donde se hallan Amanda y Graciela. Se estarán poniendo nerviosas.

Con la satisfacción reflejada en su rostro, se echó el arco a la espalda y mirando a su alrededor para orientarse, la muchacha se dirigió al lugar donde habían dejado a las científicas. Sergio haciendo lo mismo con su arco la siguió.

En unos minutos, a paso rápido llegaron al lugar donde se encontraban. Cuando los vieron, las muchachas lanzaron un suspiro. Se estaban poniendo nerviosas al sentirse abandonadas.

—Pongámonos en marcha —les dijo señalando sus espaldas—. Hemos estado consiguiendo nuevas armas.

—Pues según mi punto de vista hemos retrocedido varios siglos. No veo la mejora —exclamó la mexicana.

—No os equivoquéis. Ambos a nuestra manera, somos expertos en esta arma. Es silenciosa, barata y no debéis menospreciarla. Durante los pasados cinco mil años, los seres humanos nos hemos estado matando a distancia con ellas.

—Prefiero poner mi confianza en la pistola que llevas al cinto.

—Bueno. Ya veremos si os hacemos cambiar de opinión cuando cacemos algo y por fin comamos caliente.

La brasileña se volvió a colocar en cabeza y continuaron avanzando. Iba

vigilando las plantas a su lado con mayor atención intentando localizar las adecuadas para completar sus arcos.

En un momento dado su constancia se vio al fin recompensada. A la derecha del camino que llevaban una gran cantidad de finas cañas llamó su atención. Se desplazó hasta ellas e hizo una seña a Sergio.

—¡Aquí! —le gritó comenzando a cortarlas con su machete.

Cuando Sergio llegó a su lado comenzó a separar las más rectas y con su cuchillo empezó a sacarles punta. Su madera era lo suficientemente dura como para suplir el que no tuviesen punta de acero.

“Es curioso como la madre naturaleza es capaz de cubrir nuestras necesidades de diferentes maneras”.

Hizo dos montones en función de las longitudes de los dos arcos. Se dio cuenta de que la breve parada que habían realizado había servido para que las científicas recobrasen algo de fuerzas. Estaban tremendamente fatigadas.

—¡Muy buena elección! —le dijo a la muchacha.

Este simple gesto sirvió para que una amplia sonrisa abarcase su bello rostro. Sergio se estaba dando cuenta, de que la joven necesitaba que le dijese frecuentemente lo bien que hacia las cosas. Para ella era como un premio.

Se pusieron de nuevo en movimiento y al cabo de dos horas llegaron a un remanso de agua, Debía ser un pequeño afluente del Amazonas. Medía unos cinco metros de ancho y el agua circulaba despacio en aquella zona.

Sus límpidas aguas y tentadoras aguas incitaban a bañarse en ellas. Sin embargo, las dos científicas miraban asustadas a su alrededor. La indígena se acercó mirando con cuidado sus orillas y se metió un metro en él.

—Hay una especie de cisterna de piedra en esta orilla y el agua esta fría. No es un lugar peligroso. A las anguilas eléctricas y pirañas, les gusta el agua más caliente. Además, a los caimanes les va más, bañarse a otras horas del día. Podéis lavaros y disfrutar un rato. Está buenísima —les chilló saltando y chapoteando como la niña que al fin y al cabo era.

Viendo aquello, a las científicas les dio un subidón de adrenalina y se lanzaron a la carrera hacia el agua. Llevaban semanas sin gozar de un baño como aquel. Durante aquellos instantes la alegría volvió a sus rostros y se olvidaron de la situación en que se encontraban.

Sergio cogió las mochilas y las depositó colgando de las ramas de un árbol para evitar que mientras durase su euforia, y estuviesen fuera de su vista, insectos y arañas peligrosos, se introdujesen en ellas.

—Haremos una parada para que os bañéis y descanséis un rato. Voy a

ver si cazo algo.

—Te acompaño —repuso la joven amazona, saliendo rápidamente del agua—. Esta es mi tierra y soy mejor cazadora que tú.

—No dejéis de vigilar a vuestro alrededor. Si oís o veis algo raro, subios al árbol de las mochilas. ¡No os descuidéis en ningún momento!

Comenzaron a internarse en la jungla de nuevo, en busca de algún animal que pudiera ser asado. Sergio quería aumentar el ánimo de las científicas y una comida caliente podía ser un buen remedio. Dejó que los instintos primarios de la indígena guiasen los pasos de ambos.

Nu-'tiu respiraba, miraba y olía a su alrededor de la misma manera que un depredador. Sergio la sentía viva, allí en medio de aquella jungla que a ellos les parecía un lugar mortal y peligroso.

Se quedó inmobilizada durante unos instantes y tras realizar una profunda inspiración, señaló sin dudarle una dirección a Sergio.

Avanzaron durante un par minutos por el lugar indicado, hasta que la muchacha se paró y agarrándole del brazo lo detuvo. Se llevó el dedo índice a la boca mostrándole que no hiciese ruidos. Después le señaló un pequeño claro.

Delante suyo, a unos pocos metros, bebiendo agua en un remanso similar al que habían dejado a las científicas y del mismo río, se encontraba una pequeña manada de siete *sajinos o pecari tajacu*.

Este animal, es parecido al jabalí europeo, con una altura de medio metro en la cruz, un largo de setenta a ciento diez centímetros y una pequeña cola de unos cuatro.

Posee un pelaje de cerdas de un color entre castaño y negruzco y una blanca mancha en la base del cuello que recuerda a un collar. En el lomo tiene una cavidad glandular de unos pocos centímetros de la que expulsa cuando se siente amenazado un aceite de olor almizclado. Cuentan como el jabalí, con unos temibles colmillos que se afilan por el mero hecho de abrir y cerrar la boca.

No soplaba ningún tipo de brisa, motivo principal por el que todavía no se habían percatado de la presencia de los humanos. La joven indígena, le señaló uno de los dos especímenes más pequeños del grupo.

Estaba claro que no quería matar por matar, ni cargar con un exceso de carne, difícil de transportar y que si todo salía como esperaban, y llegaban en un par de días a la civilización, no les iba a dar tiempo a comer. Con lo desgastados que estaban las científicas no tenía ningún sentido llevar peso de

más. Además, eligiendo un espécimen pequeño, su carne sería la más tierna de la manada.

Tensaron sus arcos. Sergio le concedió el privilegio de ser la que primero disparase. Recordando su necesidad de verse valorada, y teniendo en cuenta que ella era la que los había localizado, quería que el trofeo fuera suyo.

36. Socios de sangre

Manaos, 21 de septiembre

Hacia años que se habían conocido en una cumbre hispanoamericana celebrada en Bolivia, de esas que los líderes de los países del centro y del sur de América, tan aficionados eran a celebrar. El motivo económico, militar, social o de cualquier otra índole era lo de menos. Lo importante era pavonearse delante de sus colegas y escapar por unos días de sus autoimpuestas obligaciones.

Unas veces se juntaban los presidentes, otras los vicepresidentes y otras los diferentes ministros. Todos ellos acompañados de variopintos séquitos.

Oliveira era parte de una comisión militar de Brasil y Enríquez de otra. Todavía no ocupaban los cargos que ostentaban en la actualidad, pero ya entonces su carrera parecía prometedora.

A pesar de pertenecer a culturas y regímenes diferentes, y estar rodeados de multitud de militares de diferentes países y distinta graduación, dos lobos desalmados como ellos, pronto se percataron de la presencia en la sala de un alma gemela.

Al acabar las negociaciones del día y mientras el resto se iba a disfrutar de los placeres de la noche que los anfitriones pusieron a su disposición, ellos aprovecharon para de común acuerdo separarse del resto, deshacerse de sus llamativos uniformes e irse vestidos de incognito a un humilde y apartado bar de la ciudad que no cerraba por la noche.

Cerca ya del amanecer y tras un montón de copas y habanos, se forjó una amistad basada en el beneficio mutuo que perduraría a través del tiempo y de los diferentes mandos que tuvieron ambos. Se contaron secretos e intimidades que no habían revelado ni a sus mujeres, ni amantes.

A lo largo de la última década, habían compartido negocios e información que había servido para que ambos se lucrasen. Para ellos que sus gobiernos fuesen de izquierdas o de derechas, les era absolutamente indiferente. Lo único que necesitaban era aprovecharse de los contactos y poder que les conferían los cargos que ocupaban.

Lo que uno no podía conseguir, lo conseguía el otro. Si se necesitaba

algo proveniente de Rusia, China o Corea del norte se encargaba el cubano. Si el producto o servicio tenía como origen USA, Francia o UK, lo gestionaba el brasileño.

Sus negocios, sus conexiones y el entramado para aumentar su poder, habían ido acrecentándose, hasta culminar en la confección del negocio que estaban fraguando en la actualidad. El que les subiría al siguiente nivel.

La idea había partido de Enríquez en uno de sus viajes a China, viendo las necesidades de aquel país y como se estaban centrando en el desarrollo de drones y armas de guerra. China sólo podría vender aquellos productos a países comunistas. La idea de Oliveira, era suministrar ellos al resto de países desde Brasil.

—Hola Raimundo.

Hacía años que ambos socios habían establecido un sistema de comunicaciones seguro. Aprovechando la tecnología que sus ejércitos ponían a su disposición, establecían videoconferencias, como si se tratasen de ejecutivos de dos grandes multinacionales.

—Hola Cristóbal. ¿Qué tal te trata la vida? A pesar de lo malo que es el tabaco para la salud, veo que no has perdido la afición de fumarte un buen *Montecristo del 4*.

—Para un cubano, lo malo es no fumar. Y no he oído nunca que a nadie le haga daño un *Montecristo del 4*.

Aquel puro que tenía en su mano estaba considerado desde hacía años por los *sommeliers* cubanos, como el mejor habano del mundo. Enríquez, todos los días se fumaba un par de ellos.

—¿Qué me cuentas hoy? ¿Qué tal va nuestro último negocio?

—¡Estupendamente! Con la presión y el miedo que les he metido en el cuerpo, las investigadoras se están centrando en su trabajo y empezando a olvidar de la situación en que se encuentran. Aunque aún existe alguna sin domar, la mayoría ya se han resignado. En un par de meses espero tener avances considerables.

—¿Y la mina?

—Continúa con una producción abundante y estable, aunque a pesar de los beneficios que nos reporta, yo dejaría de vender tungsteno y lo almacenaría para la futura fabricación de nuestras armas. No arriesgamos nada. Su precio solo sube, por lo que cuando tengamos la producción estable podemos decidir qué cantidad nos quedamos y qué cantidad vendemos.

—Aunque me parece una buena idea, déjame pensarlo un par de días.

—Sin problemas.

—¿Has empezado la construcción de la fábrica?

—Sí. Quiero tenerla lista para cuando las investigadoras comiencen a diseñar los primeros prototipos. Además, el traer maquinaria pesada al interior de la jungla, nos va a resultar costoso.

—¡No será en mano de obra! —exclamó Cristóbal estallando en una carcajada.

—No. Tampoco los terrenos que vamos a utilizar nos van a salir muy caros —añadió Oliveira con una cínica sonrisa.

—Bueno, te dejo que tengo que pasarme un rato por el cuartel.

—¿Así llamas a la última culona que te has echado al cuerpo?

—En algo hay que pasar la dura jornada laboral en el ejercito —y dio por terminada la videoconferencia.

A pesar del trato cercano que se profesaban, Oliveira no había querido comentar con su socio la fuga que se había dado en el campamento. Había mandado ahorcar para desahogarse a los responsables de la seguridad en el turno en que se había producido.

Había ordenado instalar de inmediato un sistema de videovigilancia que grabase todos los movimientos que se diesen en el edificio donde trabajaban y se alojaban las investigadoras.

Era improbable que aquellas estúpidas científicas supieran sobrevivir en el interior de la jungla, pero no paraba de darle vueltas a quién habrían sido los que las habían liberado.

Odiaba los cabos sueltos, y no dejaría de enviar patrullas tras sus huellas. Haría que sus mejores zapadores recorriesen la selva hasta encontrarlos, vivos o muertos.

*"Un oportuno NO
es mejor que un apresurado SÍ".*

Proverbio brasileño

37. A ti me entrego

Selva amazónica, 22 de septiembre

Soltó la cuerda y la flecha de la muchacha voló hacia su objetivo, penetró en el animal cerca del corazón, pero no lo suficiente. La piel del animal era más dura de lo que parecía a simple vista. El resto de la manada salió huyendo y el *sajino* herido intentó seguir sus pasos.

La muchacha en segundos puso otra flecha en el arco y la lanzó, pero los nervios hicieron que solo le alcanzase en la pierna trasera, en donde se hincó superficialmente.

“Lo siento. No puedo dejar que escape” —pensó Sergio mientras lanzaba su flecha.

Esta vez, el dardo fue mortal. Se clavó a la misma altura que la primera de la brasileña, pero volando con más potencia le atravesó el corazón. El animal respiró agitadamente durante unos segundos y murió.

Sin perder ni un momento, la indígena se abalanzó sobre él y rechazando la ayuda de Sergio, lo arrastró hasta la orilla del riachuelo. Con hábiles movimientos del *ka-bar*, lo despellejó, le extrajo las entrañas y troceó la jugosa carne en pedazos de aproximadamente un par de kilos. Al terminar, se puso de pie. Erguida en toda su estatura, con los brazos en alto, sujetando el cuchillo en una mano y parte de la pierna del animal en otra, lanzó un chillido estridente de los que hielan las venas.

Sergio la contemplada extasiado. Heródoto, cuando escribió sobre ellas, en su Grecia natal hacía más de 2400 años, no se imaginó a las amazonas ni con aquella indumentaria, ni con aquella fisonomía, ni con aquellas armas, pero de igual manera habría quedado embelesado por la belleza salvaje de aquella preciosa joven. Sus ojos irradiaban energía y felicidad.

Aunque Sergio, le dijo en un par de ocasiones si quería que le echase una mano en algo, lo rechazó.

—Yo he empezado esto, y yo lo terminaré. Tú no saber como preparar la carne —dijo con altanería.

Aunque ninguno de los dos, había mencionado el tema, quedaba claro que no estaba contenta con que hubiese sido la flecha del hombre la que acabase con el *pecari*.

Cogiendo unas enormes hojas de unos arbustos cercanos, envolvió cuidadosamente en paquetes, cada uno de los trozos que había cortado. Después, limpió en el agua la piel del animal de sangre y vísceras, y apiló con esmero todos los paquetes en su interior. Con unas finas cuerdas, hábilmente montó una mochila con todo ello. Habría unos doce kilogramos de jugosa carne. Más que suficiente para la distancia que en teoría les quedaba por cubrir andando.

Se disponía a volver donde estaban las otras dos mujeres, cuando la joven mirándole con aquel brillo intenso en sus ojos, comenzó a desnudarse totalmente. Intentó sin conseguirlo, el evitar caer en la tentación de contemplar lo que los trozos de sucia ropa de soldado que llevaba habían ocultado hasta ese momento. Era el máximo exponente de una exuberante belleza salvaje.

Su bien formada silueta en la que resbalan los rayos de sol que penetraban por los huecos de los árboles, hacían juegos de colores entre su bronceado cuerpo y el color purpura de la sangre del *pecarí* que se deslizaba por él. Sus torneados brazos le llamaban a unirse con ella en el río. Solo había dos zonas de su cuerpo que habían estado tapadas hasta ese momento, su firmes y voluptuosos pechos y el pequeño triangulo de suave bello púbico.

Con una última seña hacia Sergio, se dio la vuelta y anduvo los pasos que la separaban del agua. Su sensual espalda, terminaba en una estrecha cadera, que daba paso a unas firmes nalgas que a su vez eran el origen de unas larguísimas piernas, que fueron desapareciendo en el interior del riachuelo hasta la altura del muslo.

Hipnotizado con aquella visión, no se pudo resistir ni a ella, ni a la imperiosa necesidad de sumergirse en aquellas aguas cristalinas. Se desnudó y en unos segundos estaba sumergiéndose a su lado.

—Frótame la espalda —le susurró la indígena con un tono ronco de excitación, mientras se aproximaba a él lo suficiente para rozarle con su trasero. En segundos, notó como el miembro masculino, incapaz de resistirse, entraba en erección.

Al notarlo, la joven con una sonrisa de complicidad en la boca y unos ojos refulgentes, se dio la vuelta y puso su mano derecha sobre su pene, mientras acercaba sus labios a los de él.

“¡Mierda! ¡No puedo hacerle esto!” —pensó Sergio, apartándose muy despacio.

La decepción apareció en las enormes pupilas de la muchacha. Para no aumentar su frustración. Sergio la abrazó y besó sus mejillas lentamente, con

ternura, con delicado cariño.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con voz entrecortada.

—No podemos hacer esto ahora.

—¿¡Por qué!? —preguntó sorprendida.

Se tomó unos segundos para responder. Lo que dijese a continuación podía tener terribles consecuencias. En aquel instante de máxima tensión en la que estaban jugándose la vida huyendo de sus captores, unas palabras equivocadas no se borrarían nunca de la cabeza de la hermosa joven.

—¿Eres virgen?

—¡Por supuesto! —respondió ella ofendida—. ¡No entrego mi *corpo* al primero que conozco!

Tal y como creía recordar, en algunas tribus del Amazonas, el concepto de pareja era indivisible hasta la muerte.

Sin dejar de besarla y abrazarla, acercó sus labios despacio a su oído.

—Eres la mujer más bonita de todo el Amazonas —le dijo en un susurro—. Has visto como mi cuerpo te desea.

—Pero ... ¡no me quieres! —y unas lagrimas acudieron a su angelical rostro.

—Te quiero. Te quiero mucho y por eso a pesar de que todo en mí me está pidiendo a gritos que una nuestros cuerpos, tengo que hacer un gran esfuerzo para resistirme y no hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque te quiero.

Y tratando de evitar que las dudas se agolpasen en el cerebro de la joven, acercó su boca a la de ella y le dio un largo y apasionado beso.

—No entiendo —repuso ella cuando se separaron con un gran interrogante en sus llorosos ojos.

—Eres una joven maravillosa. En toda mi vida no he visto otra como tú —y esperó a que sus palabras le calasen hondo para poder continuar—. Y me encantaría coger este maravilloso regalo que me estás ofreciendo. Pero..., no debo.

—¿Por qué? —repitió ella.

—Hace uno días te salvé de la agresión de aquellos matones, evitándote un terrible destino. Prometí a tu anciano padre que cuidaría de ti y acepté llevarte conmigo. Estamos huyendo de unos militares que quieren acabar con nuestras vidas. Para cualquier persona son demasiadas emociones juntas, vividas en muy pocos días. Mira el lamentable estado en que se encuentran

nuestras compañeras. Están totalmente trastornadas. Toda esta situación te ha podido llevar a forjarte una imagen ideal de mi persona.

—¡Yo te quiero! —exclamó con obstinación.

—¿Por qué? ¿Por qué igual que tú disparo muy bien el arco? *Nu-'tiu* —y pronunció su nombre con un tono de extremado cariño—. No es lo mismo el amor, que el deseo producido por la tensión acumulada por una serie de tensas circunstancias. El deseo puede aparecer en una hora. El amor necesita más tiempo.

La joven cabeceaba intentando ordenar en su cabeza toda aquella serie de ideas. En su vida en la tribu, las palabras eran escasas y Sergio le estaba intentando inculcar demasiados conceptos en un breve espacio de tiempo.

—Si al final, lo que sientes hacia mí, no es amor, recordarás toda tu vida con asco que me entregaste tu mejor regalo en un olvidado río en medio de la selva. No quiero que tengas ese recuerdo de mi. Porque..., yo te quiero.

Las palabras, poco a poco estaban haciendo mella en la indígena, que separó su cuerpo de él y lo miró fijamente a los ojos.

—Y, ¿si es amor?

—Entonces ...Tendremos todo el tiempo del mundo.

Con aquellas palabras resonando en su cabeza, la joven se separó unos centímetros y comenzó a frotarlo de nuevo. Sergio hizo lo mismo. Al terminar, aprovecharon para lavar sus ropas y tras ponérselas volvieron con la mochila de comida por donde habían venido.

38. Nos dimos un festín

Selva amazónica, 22 de septiembre

A veces las cosas que nos parecen más simples en un determinado momento se convierten en algo de lo máspreciado en otro. Aquellas científicas, provenientes del mundo civilizado, probablemente hubiesen puesto hacía escasas semanas una gran cara de asco al ver el contenido sangriento del contenido de las hojas que estaba desarrollando la aborígen de aquella selva delante de ellas.

Recordando las asquerosas sobras de comidas que les suministraban en el campamento, aquella carne fresca, recién cazada, les brindaba la posibilidad de disfrutar de un buen asado. La primera comida caliente que iban a comer desde que abandonaron sus ciudades. La emoción acudió a sus ojos y en el caso de Amanda unas silenciosas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¿Con qué te echamos una mano? —se ofrecieron ambas, a pesar de su nulo conocimiento en aquel campo.

—Gracias, yo me encargo. Vosotras aprovechad el tiempo para seguir descansando. Sergio coge unas ramas secas para hacer fuego.

El hombre asintió. El tener algo que hacer era tremendamente beneficioso para continuar centrados en su huida y dejar para más adelante el complicado momento que habían vivido en el riachuelo.

Con el *ka-bar* que tanto apreciaba, *Nu-'tiu* cortó en rodajas de unos dos centímetros de ancho, un par de los trozos de carne y los ensartó en una fina rama. Acto seguido cogió de un arbusto cercano un par de ramas y las cercenó hasta formar una “*y griega*” que clavó en el suelo. Encima de ellas, colocó la que contenía la carne.

Puso un puñado de fina hierba seca debajo del conjunto y con dos piedras llenas de aristas, las golpeó como si fuesen de pedernal, hasta que prendió una chispa. Sopló extendiendo la llama y poniendo más hierba y pequeñas ramitas, hizo que el fuego comenzase a crecer. De las ramas que había traído Sergio fue eligiendo las que más fácil ardían y al cabo de unos minutos, había conseguido una gran fogata, cuyas llamas ascendían hasta la carne.

—¡Eres estupenda! —exclamó Sergio—. Sin tu ayuda, no conseguiríamos atravesar esta selva.

Apoyando sus palabras, Graciela y Amanda se acercaron a ella y le abrazaron. Las facciones de la indígena se llenaron de emoción. Aquello confirmaba las sospechas de Sergio de que aquella joven estaba necesitada de gestos de afecto. El perder a sus padres de manera trágica de niña, había dejado un hueco que sus padres adoptivos, se habían encargado de llenar solo en parte.

De nuevo, al encontrarse sola, ese vacío había vuelto. Lo había intentado llenar con Sergio y al principio había visto en las dos jóvenes científicas, pertenecientes a la misma cultura que su salvador, dos potenciales rivales.

“De ahí, su desprecio mal disimulado y su rechazo ante ellas. Tendré que vigilar y cuidar ese apartado”.

Cuando la carne estuvo hecha, *Nu-'tiu* retiró el palo y puso otro que había preparado.

—¡Tiene una pinta estupenda! ¡Eres una cocinera magnífica! —exclamó Graciela.

—Comed con cuidado —le respondió tendiéndole uno de los trozos—. Esta carne conserva el calor.

—Muchas gracias.

A pesar de la necesidad de continuar sin tardanza su viaje, Sergio dejó que se atiborrasen de carne. Aquel hecho tan simple, devolvió durante un rato la felicidad a sus rostros. Con el estomago llenó, sintieron la necesidad de echarse una pequeña siesta, a lo que de nuevo accedió, mientras el estaba de guardia. El olor de aquel festín podía atraer a alguno de los peligrosos depredadores que habitaban la jungla. Hasta a la indígena, principal artífice de aquella pequeña fiesta, se le cerraron los ojos y se permitió echar una cabezada.

Pasada una hora consideró que se debían poner en marcha para aprovechar las pocas horas de luz que les quedaban. Con parte de las fuerzas repuestas, pero con las barrigas pesadas, se pusieron de nuevo en movimiento.

“El paso al que avanzamos es demasiado lento” —se lamentaba Sergio.

Miró el GPS para confirmar que se movían en la dirección adecuada y le enseñó la pantalla a la brasileña que, a base de verla, ya entendía lo que mostraba. Graciela se puso en segundo lugar, Amanda en tercero y Sergio cerrando la comitiva.

Como si la selva se hubiese puesto en contra de ellos, la maleza se fue cerrando y de nuevo, los machetes tuvieron que hacer su trabajo.

“Lentos, muy lentos” —pensaba mientras descargaba furioso la metálica hoja contra las ramas que se interponían en su camino.

Como si el destino quisiera que volviesen a la dura realidad y pagasen por el agradable rato que habían pasado en dos ocasiones sufrieron el ataque de dos nubes de mosquitos, de las que salieron con una serie considerable de picotazos. Al lavarse se habían desprendido de la capa de suciedad y barro que les protegía y su piel expuesta era un blanco claro para aquellos pequeños diablos negros.

Tras cuatro horas de dura pelea con la jungla, solo habían conseguido recorrer un kilómetro y estaban terriblemente exhaustos, principalmente *Nu'tiu* y Sergio que eran quienes se habían relevado con el machete a la cabeza de la marcha.

La luz desaparecía de aquel tupido bosque y la imposibilidad de continuar se iba haciendo más acuciante.

—Debemos buscar dónde dormir —le indicó a la brasileña.

Asintiendo con un crispado rostro, recorrió con su mirada los árboles que les circundaban.

—Allí.

Señaló con la mano unas enormes ceibas situadas a unos cuarenta metros en la misma dirección que llevaban, y que presentaban una disposición de ramaje similar a las que les habían servido de cama la noche anterior.

Avanzaron a machetazos la distancia que los separaba de sus troncos y utilizando la misma técnica ascendieron a unas altas ramas, en donde se encordaron por parejas. Amanda con Graciela y algo más altos *Nu'tiu* y Sergio. Esta vez, hasta las científicas tardaron escasos minutos en caer dormidas.

39. Nos han encontrado

Selva amazónica, 22 de septiembre

Cuando los rayos del sol volvieron a ejercer su misión de despertador natural y el olor del amanecer penetró profundamente en su pituitaria, Sergio notó como la indígena, le volvía a abrir los ojos con un suave beso. Le pareció cruel no devolvérselo y le devolvió uno en cada mejilla.

—Hoy te sigo queriendo —le dijo con una amplia sonrisa en aquel rostro de belleza singular.

—Yo también.

Bajaron a las ramas inferiores y cortaron las lianas que sujetaban al tronco a las dos científicas. Les ayudaron a descender hasta el suelo. Sergio encendió el GPS y tras contemplarlo decidida, *Nu-'tiu* comenzó a andar. Las científicas con la mirada perdida mirando al infinito, siguieron mecánicamente sus pasos. Amanda susurraba, lo que para ellas se había convertido en una especie de credo al que aferrarse.

—No hay atajos. No hay atajos.

“Tenemos que salir cuanto antes de esta selva. A pesar de que no se quejan, no aguantarán este ritmo muchos días más” —pensó Sergio viendo el tormento al que estaban siendo sometidos aquellos cuerpos de ciudad.

Para compensar el día anterior, tras cortar unos doscientos metros de espesa maleza, la selva comenzó a clarear, permitiéndoles caminar a paso más rápido. Guardaron los machetes a la espalda junto con los arcos y avivaron el paso.

Al cabo de otro kilómetro, se detuvieron a beber agua de las cantimploras y a lavarse la cara de sudor. De repente, un gesto de alarma apareció en el rostro de la indígena.

—¡Silencio! —indicó llevándose el dedo índice a los labios.

—¿Qué pasa? —susurró Sergio acercándose.

—Creo que nos siguen.

—¡Venid! ¡Rápido!

Se acercaron al árbol que les había señalado y con su ayuda comenzaron a trepar. Después les pasó las mochilas.

—¡Subid más alto! ¡Tú también *Nu-'tiu*!

—¡No! ¡Yo saber manejar arco!

—¿Has matado alguna vez a alguna persona?

—No —respondió frenando el ímpetu que había mostrado hasta ese momento—. Pero..., pero..., yo no tengo *medo*. Yo no *fugir*. Yo defender a *meus* amigos.

La determinación que vio en el rostro de la muchacha le hizo desistir de perder el tiempo intentando convencerla. Les puso en la mano una pistola a cada una de las científicas.

—Si no somos nosotros. No penséis. Disparad. Os digan lo que os digan.

—De acuerdo —respondieron.

Pero cogían el arma con mucho miedo, como algo totalmente ajeno a ellas. Sergio no tenía claro que pasaría si llegaba el momento de la verdad.

Le hizo una seña a *Nu-'tiu* de que debían separarse. El inspeccionaría el lado izquierdo y ella el derecho.

—Si descubres donde están, no les dispaes. Búscame y yo acabaré con ellos. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió con reluctancia.

Aquella muchacha que apenas había dejado de ser una niña en los últimos días, tanto su mente como su cuerpo habían padecido un exceso de emociones. Lo último que quería Sergio para ella, era que cargase con algún muerto antes de acabar la jornada.

En unos instantes la joven desapareció entre la maleza, haciéndose invisible. Sergio cortó un bambú y con su agua y un poco de tierra, hizo barro con el que se untó el rostro y el cuerpo. Después, también se mimetizó con la selva.

Avanzaba despacio moviéndose entre las sombras de los árboles con todos los sentidos alerta. Tras recorrer cien metros en la dirección que le había indicado la indígena, se detuvo. Un ruido fuera de lugar le alertó. Era la estática producida por una radio móvil de comunicaciones militares.

Extremó las precauciones y se movió más lentamente. A unos pasos suya escondido detrás de una ceiba, se encontraba un soldado con el oído pegado a la radio portátil. Iba armado con un MP5.

—¿Ves algo *Puma4*? —le preguntó alguien al otro extremo de la comunicación.

—Acabo de ver unas ramas rotas y por su aspecto parecen recientes. Nos estamos acercando. Como mucho nos llevan una hora de ventaja.

Tres, dos, uno y el soldado, confiado pasó junto al árbol en donde estaba una de sus presuntas presas. Murió sin saber, quién le había segado el cuello.

Arrastró el cadáver hasta cubrirlo con unos matojos, y cogió la radio del difunto. Puso el volumen al mínimo, se pegó el auricular al oído y siguió avanzando. Aquellos hombres eran profesionales. Algún tipo de exploradores o zapadores del ejército. Si no llega a ser por el ruido de la radio, no lo habría localizado.

Se detuvo, y se tumbó en el suelo boca arriba, esperando que no hubiese ninguna serpiente peligrosa por la zona. Hacía años que no utilizaba las técnicas de meditación que le habían enseñado en el “*Dojo Negro*” para cazar a nadie.

Se aisló de lo que le rodeaba y se concentró en su respiración. En unos segundos su pulso bajó a cuarenta pulsaciones. Con los ojos cerrados, se olvidó de la jungla que lo rodeaba y comenzó a separar los sonidos que su mente había escuchado durante los últimos días, de los nuevos.

“Pensaba que se me había olvidado” —y esbozó una sonrisa de triunfo—. Un enemigo unos metros a la izquierda acaba de pisar una ramita. Dos avanzan juntos a mi derecha”

Abandonó su posición y se desplazó al amparo de los árboles hacia la izquierda. Intuyendo el camino que seguía su perseguidor, sin producir ningún tipo de ruido, se subió a una ceiba a esperarlo mientras manipulaba una diana. Sin percatarse de lo que pasaba un par de metros por encima suya, el soldado se detuvo.

Movió la cabeza hacia los lados, olfateando como un sabueso. Había olido un aroma diferente. Era bueno..., pero no lo suficiente. Antes de que diese la alarma, un nudo corredizo se aferró a su garganta. Soltó el arma y quiso desenfundar el cuchillo que llevaba al cinto. Si Sergio hubiese querido asfixiarle lentamente quizás se hubiese salvado. Pero desde tres metros por encima del militar, tras haber tensado la cuerda, lanzó su todo su peso por el otro lado de la rama. El cuello de su víctima se partió como una delgada rama seca. Al llegar al suelo, soltó el cuerpo que le hacía de contrapeso.

—*Puma5*, ¿alguna novedad?

—No. *Não* —respondió en voz baja, simulando acento brasileño—. Esperaba que aquello le diese algunos minutos de ventaja. Con eso sería suficiente.

Continuó caminando tras la pista de los dos que había escuchado que se movían juntos. La subida de adrenalina, le había devuelto en minutos los

meses de formación recibidos en Japón. Había entrado en el trance del guerrero propio de un *samurai* y la piedad y la misericordia no estaban entre sus preceptos. Sus fluidos movimientos, no emitían ruido. Aceleró su avance extremando las precauciones y en un minuto los alcanzó.

No tenían la pinta de los que acababa de eliminar. Eran más jóvenes y su tensa postura al agarrar los MP5 y mirar continuamente a su alrededor le indicaba claramente que no eran cazadores profesionales. Aquel no era su hábitat natural y estaban atemorizados. Eran simples soldados que habían tenido la mala suerte de tocarles aquella misión.

Sacó un segundo *ka-bar* de su pantalón y se desplazó sin ruido hasta situarse a su espalda. Se fueron al otro mundo como corderos en el matadero. Con un doble golpe certero, clavó ambos cuchillos en sus nuca. Mientras se convulsionaban cayendo al suelo, los remató cercenándoles el cuello.

“Faltan al menos dos” —se dijo mientras exprimía sus sentidos buscando a sus enemigos—. Si ha dicho *Puma5*, al menos, tienen que ser seis”.

De repente, el agudo grito de una mujer rompió el silencio que le rodeaba.

“¡Ha sido Graciela! ¡Mierda las han encontrado!” —y se movió corriendo en aquella dirección.

Sin descubrir su presencia, se desplazó como una sombra hacia la ceiba en donde las había dejado.

—¡Sal maldito gringo o las mato!

Había llegado a veinte metros del lugar, cuando resguardado contra un árbol, contemplo la escena. Un soldado agarraba contra su cuerpo a la mexicana mientras le apuntaba a la cabeza con su pistola. De vez en cuando desviaba su arma, para apuntar durante unos segundos a la norteamericana.

—¡Muéstrate gringo o te juro que las mato! —chilló apretando el cañón de su pistola contra el frágil cráneo de Graciela—. Te demostraré que no es un farol. En cinco segundos mataré a esta y a continuación haré lo mismo con la morena. Cinco, cuatro, ...

Apuntándole al soldado con su pistola a la cara, Sergio abandonó su escondite y avanzó en línea recta hacia él, buscando la mejor posición de disparo. A su derecha, equidistante del soldado y de la posición en la que se encontraba, otro soldado hizo su aparición confiado en que no le disparase por el rehén que tenía su compañero.

—¡BANG!

Un agujero en el centro de su frente, le mostró su equivocación.

—¡Las voy a matar! ¡Las voy a matar! —chilló el que quedaba viendo como se derrumbaba el cuerpo a escasos metros de él.

—¡Amanda! —le chilló Sergio —¡Escóndete detrás del árbol!

El disparo, había descolocado totalmente al militar, dando tiempo a la norteamericana de ponerse a resguardo fuera de su línea de tiro. Al tener tan cerca al rehén, pensaba que no se iba a atrever a disparar a su compañero. Sergio, en segundos había eliminado gran parte de la ventaja táctica de que disponían. Un soldado, solo podía prestar atención real a un blanco. Amanda estaba momentáneamente a salvo. Lo último que quería era que estuviese en la misma situación que Graciela en manos del otro militar caído a sus pies.

—¡Solo quedas tú! —le dijo con una voz que cortaba como un cuchillo—. El resto de los *Pumas*, están junto a ese en el otro barrio. ¡Suelta a la muchacha o muere!

El cañón inamovible de aquella pistola le apuntaba a la frente, pero temía más a aquellos ominosos ojos que no se apartaban de él. El barro le daba un aspecto salvaje y había matado a su colega sin pestañear. Su vida dependía del rehén que tenía fuertemente sujeto contra su cuerpo. Al apuntar a la cabeza, su propio brazo le impedía ver bien a su enemigo por lo que decidió bajar el arma y apuntar al pecho de la muchacha.

—¡La mataré! ¡La mataré! —chillaba desesperado sabiéndose solo.

Sergio vio que aquel hombre había comenzado un camino de no retorno. La histeria estaba haciendo presa de él.

—¡Espera! ¡Espera! —gritó levantando su arma—. Si dejas libre a la muchacha, te dejaremos marchar. Te lo prometo.

—¡Suelta el arma!

—Tú primero.

—¡Suelta el arma o la mato!

—¡No lo hagas o te matará a ti primero y después a todas nosotras! —chilló la mexicana.

“Mierda” —pensó Sergio.

Estaba comenzando a ganar la batalla de voluntades a aquel soldado, cuando en el peor momento Graciela había hablado, dándole tiempo a pensar y de cambiar en un instante sus intenciones. Hace un segundo, solo pensaba en huir. Ahora pensaba en ganar.

—¡Suelta el arma o la mato!

Aquella sádica sonrisa, indicaba claramente que estaba dispuesto a

jugarse la vida. La frase de Graciela y el subidón de adrenalina, le inducían a pensar a que él tenía todos los triunfos en la mano. Si aquel forastero no le hacía caso y bajaba el arma, primero mataría a la muchacha y después a aquel imbécil que se interponía en su camino. El que tenía años de experiencia militar era él.

—¡Ya dejó el arma! —chilló Sergio, leyendo la muerte de la joven en sus ojos y depositando su pistola en el suelo.

—¡Nooooo!

Nadie se esperaba lo que pasó a continuación. La menuda mexicana, agarró el arma que la apuntaba y forcejeó contra su captor. Sergio saltando hacia delante, sacó su cuchillo de su funda y se dirigió a ayudarla. Casi la había alcanzado, cuando...

—¡BANG!

Se oyó un potente disparó y el cuerpo de la muchacha, se empezó a teñir de sangre. El soldado quiso apartarla para apuntar a Sergio, pero ella en su caída seguía con sus últimas fuerzas, tercamente aferrada a la pistola. Antes de que el militar, pudiese hacer ningún movimiento una flecha y un cuchillo se le clavaron simultáneamente en el cuerpo. Sergio llegó a su altura y de un golpe brutal en la muñeca, hizo que soltase el arma. No hacía falta, ya estaba muerto.

Amanda que había abandonado su refugio detrás del tronco del árbol y *Nu-'tiu* que había soltado su arco, en rápidas zancadas llegaron a su lado. Sergio estaba levantando del suelo a Graciela sujetando con suavidad su cuerpo entre sus brazos.

—No tenías que haberlo hecho.

—No quería que nos matase a todos por mi culpa —dijo con un hilillo de sangre brotando de su boca.

—¡Haced algo! ¡Haced algo! —gritaba Amanda desesperada viendo como la vida se escapaba a borbotones del cuerpo de su amiga.

Miraba a Sergio, esperando que éste salvase de alguna forma a su amiga. Pero el leve gesto negativo que le hizo, le sumió en un mar de lagrimas. Sentándose junto a la mexicana, y sujetando con ternura su cabeza, lloró a su lado.

—Prometedme que no se saldrán con la suya...

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar, exhalando con ellas su último aliento.

—¡Nooooo! ¡Nooooo! —gritó desconsolada Amanda apretando su cuerpo contra el de ella.

—Te lo prometo —dijo Sergio con voz ronca.

Se puso de pie y decidió dejar que la americana se desahogase sobre el cadáver de su amiga y compañera. Desvió su mirada hacia la indígena, que tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo y la mirada perdida.

En esos momentos necesitaba más de su atención. Estaba conmocionada por haber matado a un ser humano, aunque la intención del abatido a sus pies hubiese sido a su vez la de acabar con ellos. Aunque fuese una burda maniobra, Sergio anteponiéndose entre ella y el cadáver, y ocultando lo que estaba haciendo de la vista de ella, extrajo la flecha, la limpió rápidamente con las ropas del soldado y se la enseñó.

—Tu flecha no lo ha matado. Ha sido mi cuchillo.

La joven se quedó de pie sujetando la flecha, sin entender muy bien lo que había pasado.

La americana seguía aferrada fuertemente al cuerpo de Graciela. Sergio con suavidad, pero con firmeza las separó.

—Amanda, tenemos que marcharnos. No podemos dejar que su sacrificio sea en vano. Tenemos que cumplir su última voluntad y acabar con ese maldito general.

Enterraron a Graciela debajo de un árbol y le colocaron una cruz encima, señalando la tumba. Del resto se encargarían los jaguares y los pumas.

40. Mala suerte

Selva amazónica, 22 de septiembre

La tristeza embargaba sus rostros mientras seguían avanzando por aquella selva interminable. Paso a paso, golpe de machete a golpe de machete, iban caminando en la dirección que les marcaba el GPS.

Solo paraban de vez en cuando para beber agua y reponer algo de fuerzas. Sergio era el único que mantenía el espíritu intacto. Amanda había entrado en una especie de trance tras perder a su amiga.

—No hay atajos. No hay atajos —era la letanía que repetía susurrando una y otra vez, con su cerebro desconectado de este mundo.

La indígena, se iba recuperando lentamente de la visión de aquel hombre con su flecha clavada en el pecho y a pesar de que la versión que le había dado Sergio, no la acababa de convencer, la escena que había vivido parecía que no le iba a dejar ningún tipo de trauma.

Otro tipo de obstáculo se había cruzado en su camino. En la zona que estaban recorriendo la densidad de la maleza había disminuido, pero eran más frecuentes los ríos que tenían que cruzar y junto a ellos, las nubes de insectos que les atacaban también. Además, la naturaleza como queriendo también llorar por la muerte de Graciela, derramó una lluvia torrencial, que hizo que su movimiento a través del barro fuese aún más lento.

Hasta el momento la anchura y profundidad de los afluentes del Amazonas, no les había supuesto un problema para vadearlos. Antes de cruzarlos, la indígena y él, miraban a todos lados intentando no encontrar, ni caimanes, ni anguilas eléctricas, ni pirañas. Para verificar la existencia de estas últimas, la joven brasileña, lanzaba un trozo de *pecari* por el tramo que iban a cruzar. Si nada se movía, lo atravesaban.

En uno de los primeros ríos que encontraron después de que cesase la tormenta, con el fin de intentar levantar el ánimo de las jóvenes, Sergio se detuvo a la orilla y mirándolas con un gesto de miedo, señaló sus genitales.

—¿Corro peligro? ¿Me atacará el *candirú*?

La americana, que continuaba en su mundo interior, puso cara de no entender a que se estaba refiriendo. Pero una carcajada estalló en el rostro de *Nu-'tiu*.

El *candirú*, *canero* o *pez vampiro* es uno de los animales que habita en los ríos de la Amazonia y que más terror inspira en las personas. Es un pequeño pez invertebrado que se queda en las zonas oscuras del fondo y espera pacientemente a atacar.

No necesita ver, sigue la corriente urea y amoníaco que otros peces expulsan a través de sus branquias para seguir el camino inverso e introducirse en su interior, donde despliega una especie de paraguas de espinas con el que se ancla a su víctima. Firmemente sujeto busca una arteria en donde hincar sus dientes de aguja y acabar desangrando a su presa en una muerte dolorosa.

Hay muchas más leyendas que historias reales sobre víctimas humanas, principalmente hombres, que acabaron muertos entre dolores agónicos de la misma manera.

—Si tú no *mijar* en el agua, *candirú* no localizar y tu estar a salvo —le aconsejó, sin parar de reírse.

—Pues a lo mejor, tenían que echar unos bichos de estos en más de una piscina. No haría falta usar tanto cloro para que permaneciesen limpias e impolutas.

Siguieron avanzando paso a paso, hasta encontrarse con un obstáculo que no se esperaban. Esta vez el afluente, no era un pequeño riachuelo. Entre dos paredes de más de treinta metros de altura y quince de separación, unidas por un puente de maderas y lianas, discurría un torrente. El gran volumen de agua desplazándose a gran velocidad hacía que el olor a fresco y limpio se antepusiera al resto. Por un segundo la inmensa jungla quedaba en un segundo plano y solo aquella tromba acaparaba su atención.

Mirando a ambos lados las paredes de piedra se perdían en ambas direcciones. Si no cruzaban por ahí, el rodeo que tendrían que dar acabaría con sus exiguas fuerzas. La americana se había quedado traspuesta al contemplar el vacío existente a sus pies.

—¡Esta selva nos matará! —chillo desconsolada.

—Amanda —le dijo en un tono suave y tranquilizador acercándose a ella y abrazándola—. Si queremos llegar a nuestro destino, tenemos que cruzar ese puente. No parece que esté en mal estado.

—No hay atajos. No hay atajos.

—Esta vez creo que te equivocas. Este puente es un gran atajo. Nos evitará tener que dar un enorme rodeo. No tengas miedo. Te ayudaremos a cruzar.

La indígena le hizo un gesto de asentimiento, quitándole a la americana la mochila que portaba y cargando con ella se dispuso a cruzar. Las maderas crujían a su paso, pero consiguió cruzar los quince metros que separaban las dos orillas sin problemas.

—Ahora tú Amanda. Has visto que ha sido fácil. No mires abajo, solo céntrate en *Nu-'tiu* que te está esperando. No mires hacia abajo.

La brasileña con los brazos extendidos hacia ella, le animaba a avanzar. Con el terror reflejado en su rostro, se aferró a las lianas que había a la altura de las manos y pisó el primero de los tablones.

—¡No mires abajo! ¡Da otro paso!

—¡Cruzar! ¡Cruzar!

Paso a paso, deteniéndose con un gesto de pánico en cada tablón que crujía, fue cruzando el puente. Pero con esa extraña atracción que nos produce lo que nos aterra, cuando se encontraba en el medio del almacén de madera, miró hacia abajo. Instantáneamente se quedó bloqueada. Sus ojos como platos estaban fijos en la corriente torrencial que pasaba por debajo.

—¡Mierda! —exclamó Sergio.

Lo que le estaba ocurriendo a Amanda, le sucedía a mucha gente que padecía de vértigo. El fenómeno es similar al que sufre una persona que va en el asiento de un coche a alta velocidad y mira lateralmente al cruzar un bosque lleno de árboles. La visión se hace borrosa, te mareas y te atrapa.

Rápidamente, se deshizo de las mochilas y de todo lo que pesaba y comenzó a recorrer el puente con precaución. Aquel entramado de cuerdas y madera había aguantado a las muchachas sin problemas, pero su peso era bastante superior y ahora iban a sumar dos personas.

—¡Corta una liana! ¡Átala fuertemente a un árbol y lánzanosla!

La indígena, en un minuto, siguiendo sus instrucciones, lanzó un extremo de una cuerda dentro del puente a los pies de la americana. Esta no se movió. No hizo ningún ademán de agacharse a cogerla.

El hecho de que las dos jóvenes hubiesen ido por delante le había servido a Sergio para localizar cuáles eran las partes más firmes y cuáles las que estaban más sueltas. En unos segundos, estuvo a su altura, aunque las maderas habían crujido y descendido más el nivel del puente.

—Amanda —le dijo acercándose a su oído usando un tono alentador—. Lo has hecho muy bien. Solo faltan unos pocos metros. Quiero que dejes de mirar hacia abajo y mires a *Nu-'tiu*. Nos está esperando.

Y levantándole con un par de dedos suavemente la barbilla, pero con

firmeza, le obligó a mirar en aquella dirección. Hubo un ligero cambio en sus ojos. Se agachó y recogió la liana.

—Te voy a atar esta cuerda a la cintura como medida adicional de seguridad y vamos a terminar de cruzar este puente. No dejes en ningún momento de mirar a *Nu-'tiu*.

Le empujó la cadera hacia adelante y lentamente, paso a paso, llegaron a la otra orilla. Sin que hiciese falta que se lo dijese, la indígena agarró la cuerda y volvió a por las cosas que habían dejado en el otro lado. Cuando regresó, Sergio le dedicó una mirada de agradecimiento.

—Eres fantástica. Una vez más, sin ti no lo hubiésemos logrado.

Continuaron avanzando durante unas horas, hasta que se detuvieron fatigados en un claro. La indígena hizo fuego y asó un par de paquetes de *pecarí*. En otro tipo de escenario, a Sergio le hubiese preocupado el humo de las brasas, pero rodeados de inmensos árboles, se desvanecía mientras iba ascendiendo. Además, si alguien los estaba siguiendo esos mismos arboles les impedirían ver desde muy lejos.

—Tengo más hambre —expresó la americana.

Cuando las personas estamos angustiadas, intentamos sosegarnos de diferentes maneras. En el caso de Amanda, le entraba más hambre y sed. Se levantó, sacó un par de paquetes más de la piel que hacía de mochila y le pidió a la indígena que los preparase. Ésta miró a Sergio, que le hizo una señal de asentimiento. Les iba a robar más tiempo, pero el estado mental de Amanda, lo requería.

Una hora más tarde, se levantaban para continuar andando. Amanda en el ánimo de ayudar fue a coger la mochila de la carne para echársela a la espalda.

—¡Nooooo! —gritó Sergio.

Moviéndose como un rayo recogió el machete que estaba a sus pies y dando un salto, se lanzó en plancha hacia la mochila. La cabeza de la serpiente cayó cercenada a su lado. En uno segundos habría atacado a la americana.

—¡AYYYY! —chilló, mientras con ojos como platos miraba al escorpión que le había picado en el brazo izquierdo.

De otro machetazo, lo cortó por la mitad, pero el veneno ya discurría por su corriente sanguíneo. El enrojecimiento, hinchazón y el dolor estaban haciendo acto de presencia. La indígena apartó de un empujón a la americana.

—¡Estúpida!

Tanto Sergio como *Nu-'tiu*, cada vez que se detenían o hacían fuego,

dejaban todas sus pertenencias en el centro del círculo que montaban, bien a la vista, vigiladas en todo momento para que ningún animal se introdujese entre sus pertenencias. Amanda, al coger la mochila que contenía la carne, la había depositado junto a unos arbustos que habían ocultado a dos peligrosos animales atraídos por el olor del *pecarí*.

—¡Bebe y mantén los picotazos hacia arriba! —le ordenó mientras ponía en sus labios la cantimplora.

Utilizó parte del agua para lavarle la herida y echó un vistazo a los dos animales que yacían a su lado. En su muerte, parecía que se reían de ellos queriendo arrastrar al hombre con ellos al infierno.

La serpiente era una *víbora barba amarilla*, una de las especies más mortíferas del Amazonas. Si en vez del escorpión, hubiese sido ella la que le hincase sus colmillos, ya estaría muerto a sus pies.

El arácnido cercenado en dos, era un *escorpión negro*, una de las más de cien especies del género *Titius*, que habitan en Sudamérica. Aunque alguna de ellas eran letales, tenía más posibilidades de sobrevivir que con la serpiente.

La fiebre avanzaba haciendo presa del joven. Comenzaba a delirar. Demasiado deprisa, no iba a tener tiempo sin ayuda especializada, de poner en practica las recomendaciones que había para estos casos: lavar la picadura, beber continuamente agua, mantener la zona herida hacia arriba, y a pesar de lo que las películas de cine durante años nos han mostrado, no cortar, perforar o apretar la zona infectada.

—¡Sujétale la picadura hacia arriba y no dejes de darle de beber! —le ordenó *Nu-'tiu*, a Amanda con ojos encendidos como brasas.

Estaba claro que la consideraba culpable de lo sucedido y hubiese preferido que los papeles estuviesen cambiados. Su enamorado había arriesgado su vida por la de aquella torpe extranjera.

En medio del claro, limpió una zona circular de unos seis metros, con la hoguera donde habían asado la carne en el centro y la rodeó de maderas. Entre ambas, a duras penas consiguieron arrastrar el cuerpo de Sergio cerca la hoguera. Prendió fuego a las maderas de protección, salvo por un hueco que había dejado para utilizar como salida. Cuando la barrera de fuego se alzó, se internó en la selva.

—¡Sujétale la picadura hacia arriba y no dejes de darle de beber! —le gritó enfadada mientras se alejaba.

Amanda permaneció asustada y sola haciendo lo que le había ordenado

la indígena. Los minutos pasaron como si fueran horas, contemplando el rostro lívido de Sergio. Sus ojos iban del frío sudor que inundaba el rostro del joven a las sombras que su cerebro convertía en innumerables peligros que los amenazaban más allá del círculo de llamas.

Transcurrido un tiempo que le pareció eterno, una alta sombra apareció más allá de su barrera de protección y sin detenerse la atravesó provocando que un chillido se escapase de su garganta.

Afortunadamente era *Nu-'tiu*, que al ver el pánico reflejado en su cara, la miró con desprecio. Sin dirigirle una sola palabra cogió y puso una de las cantimploras metálicas llena de agua sobre las brasas. Sobre un trozo de corteza de árbol con forma de amplio plato hondo, comenzó a machacar un conjunto de hierbas. Por lo visto era lo que había ido a buscar.

Cuando el agua comenzó a hervir, arrojó el agua sobre la mezcla y removió con fuerza. Cuando consideró que la tisana que había preparado estaba a su gusto, cogió un trozo de bambú de unos veinte centímetros de largo, perforado por unos de sus lados y vertió el líquido en su interior. Con la improvisada botella, apartando bruscamente a Amanda, se sentó al lado de Sergio y cogiéndole suavemente la cabeza, le obligó a beber.

—Bebe amor mío. Esto te salvará.

La joven, se pasó toda la noche al lado de su enamorado, acunando su cabeza y dándole de beber aquella extraña poción que le había preparado. Solo se separaba de él, para recoger más madera e impedir que las llamas del círculo que los protegía disminuyesen. De vez en cuando, lanzaba miradas de odio a Amanda, que hacía horas que se había dormido.

41. Venganza

Selva amazónica, 24 de septiembre

Una enorme debilidad recorría su cuerpo y temblores producidos por la fiebre le seguían sacudiendo. La cabeza le dolía tremendamente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó haciendo un esfuerzo terrible para abrir los ojos.

—Llevas dos días inconsciente. Desde que te picó el escorpión. En más de un momento hemos temido que no te despertases nunca más —le respondió Amanda a su lado mientras acercando a sus labios un tubo de bambú— Por favor bebe.

—¿Qué es este líquido? —preguntó mientras hacía lo que la rubia americana le había ordenado.

—Probablemente lo que te ha salvado la vida. Una medicina a base de hierbas conocida por la tribu de Nu-'tiu, como remedio ante picaduras de animales venenosos.

Haciendo un terrible esfuerzo, incorporó el torso sentándose intentando salir del letargo que le atenazaba. A su lado vio a la indígena inconsciente.

—¿Qué le ocurre? —inquirió preocupado

—Lleva más de cuarenta horas sin dormir cuidando de los dos. Internándose en la selva para ir a buscar más hierbas con las que prepararte su medicina y recogiendo maderas para alimentar el círculo de fuego y evitar que ningún depredador lo atravesase. Hace unas tres horas que ha caído agotada —al terminar de decir estas palabras la joven se puso a llorar desconsoladamente.

—¿Qué te pasa Amanda? —le preguntó con voz suave viendo su lamentable estado.

—Por mi torpeza, has estado a punto de morir de una manera horrible y no he podido hacer nada para ayudar. En mi vida me he sentido tan inútil —le respondió con un llanto entrecortado—. No soy más que un lastre. Vosotros dos solos, hace días que habrías llegado a Colombia. Por lo que te ha sucedido, ella me odia—añadió entre hipidos.

—Tú no tienes ninguna culpa —le dijo intentando calmarla y sujetando sus manos con cariño—. Esta selva es mortal y traicionera. Estás siendo muy

fuerte. Muchos hombres en tu lugar, hace días que se habrían rendido.

Intentando superar el horrible dolor de cabeza que sentía, se arrastró hasta donde estaba tendida *Nu-'tiu*. Acercando su rostro al de ella, le dio un prolongado beso en la mejilla. Al notar la suave caricia, los ojos de la bella amazona se abrieron despacio.

—¡Continúas vivo! ¡Continúas vivo! —exclamó con alegría, echando sus brazos alrededor de su cuello y atrayéndolo hacia sí— ¡Vivirás!

—Gracias a ti. Te debo la vida —le dijo poniendo su boca junto a su oído.

Ella continuó abrazada a él durante un buen rato, agarrándolo como si no se fiase de que fuese a perderlo.

—Tenemos que seguir avanzado y salir de esta selva antes de que nos vuelva a encontrar —le dio un fuerte beso y con mucha delicadeza, procedió a separarse de ella despacio.

Aunque el cansancio se reflejaba en el rostro de Amanda y su paso no era ni de lejos equiparable a la de la indígena, era Sergio el que, caminando en segundo lugar, apoyado en una especie de cayado que la brasileña había fabricado para él, marcaba el lento paso del grupo. En más de una ocasión les había pedido que no le esperasen, que él ya les alcanzaría más tarde, en cuanto se le pasase la fiebre que continuaba aferrada a su maltrecho cuerpo.

La americana ni le respondía, guardando todas sus fuerzas para seguir paso tras paso, metro a metro, tras la senda de la indígena. Ésta en cambio cuando le oía pronunciar esas palabras, se acercaba a él, le daba de beber la infusión que le había preparado y apoyando su peso sobre uno de sus hombros, le ayudaba a continuar caminando, hasta que recobraba las suficientes fuerzas como para desasirse e indicarle que volviera a la cabeza del grupo. Que era más importante que buscarse la senda más sencilla y les evitase los peligros que seguían acechándoles en aquella inacabable jungla.

Llevaban varias horas moviéndose a ritmo lento, y solo se habían desplazado unos tres kilómetros, cuando oyeron un ruido totalmente fuera de lugar en aquellos parajes.

—¡Agacharos! ¡Agacharos! —les gritó Sergio—. ¡Es un helicóptero!

En unos segundos se ocultaron debajo de un enorme tronco caído, comprobando antes que no hubiese inquilinos indeseados. La mala experiencia que habían corrido, les hacía recelar de cualquier lugar donde uno de los peligrosos animales de aquella selva pudiera habitar. A pesar de la frondosidad de la jungla, Sergio prefería no correr ningún riesgo y esperar al

abrigo de aquella ceiba, a que se alejase el aparato. Pero para su desgracia el ruido se escuchaba cerca, como si se hubiese detenido.

—¡Va a aterrizar!

—¿Que hacemos? —preguntó Amanda con el miedo pintado en su rostro.

En otra ocasión, estando sano, Sergio se habría planteado atacar a los soldados y hacerse con el aparato para salir de una maldita vez de allí, pero en sus condiciones actuales podía ser un suicidio. Varias preguntas se agolpaban en su cerebro.

“¿Vienen a por nosotros? ¿Cuántos serán? ¿Cómo nos han descubierto?”

Podían intentar salir huyendo en dirección contraria al sonido, pero en su estado no llegarían muy lejos. Malgastar sus últimas fuerzas en una carrera no le parecía la mejor opción.

—Vamos a ver quiénes y cuántos son.

—¡Estás loco! —exclamó Amanda— ¡¿Deseas que nos maten?!

—Míranos —le respondió, abriendo los brazos en un semicírculo, señalándose a los tres—Suenan muy cerca. Si han averiguado con tanta precisión dónde estamos, a ti y a mi nos cazarán en minutos. Solo *Nu-'tiu* tiene posibilidades de escapar.

—Yo, no abandonarte —respondió esta.

—Prefiero conocer a que nos enfrentamos, que huir sin saber de qué —continuó Sergio.

—*Nu-'tiu*, llévanos hasta el origen del sonido. Con mucho cuidado.

Antes de que Amanda pudiese llevarles la contraria, se pusieron en marcha. Avanzaban lentamente, extremando las medidas para no producir ningún ruido. Habían recorrido unos cien metros, cuando el sonido de las aspas desapareció.

—Han aterrizado.

Le indicó a la indígena con un gesto que siguieran moviéndose. A los cinco minutos, oyeron como el aparato se ponía de nuevo en marcha. El sonido les llegaba ya desde muy cerca.

—Está despegando.

Aquellas maniobras le resultaban muy extrañas. Si hubiesen venido a por ellos, el aparato estaría detenido hasta que los atrapasen. Con la frondosidad de aquella parte de la jungla y con decenas de metros de maleza sobre su cabeza, el sobrevolar por encima de las copas de los árboles, no tenía ningún sentido. Era imposible localizarlos utilizando aquel método.

“Aquí esta pasando algo muy raro”.

Apremió a la brasileña a seguir avanzando y unas docenas de metros más adelante, lo que contemplaron les llenó de sorpresa. Habían llegado a un claro de unos treinta metros de diámetro. Lo justo para que un piloto experimentado fuese capaz de aterrizar y despegar un helicóptero. Era como un agujero en un campo de golf. Sin la banderita que lo señalizaba, nadie lograría encontrarlo.

Habían elegido un claro natural de la selva y lo habían ampliado talando los árboles y limpiándolo de maleza hasta conseguir un círculo casi perfecto de terreno allanado y con las medidas adecuadas. Lo habían cercado con una malla metálica de dos metros de altura, a la que habían añadido alambre de espino recubriéndola. Tenía el objetivo de impedir que los animales entrasen en aquel lugar reservado para el hombre.

Los tres fugados, llegaron hasta la valla y se apoyaron a descansar sobre ella.

—¿Qué contendrán aquellos bultos? —preguntó Amanda señalando varios fardos recubiertos de plástico negro que habían depositado junto a la valla, en el otro extremo al que se encontraban ellos.

—En este lugar alejado de la mano de Dios, solo puede tratarse de una cosa —respondió Sergio mientras su rostro expresaba que conocía la respuesta—. Entremos en el interior.

Con el lateral aserrado de sus *ka-bar*, entre los tres, comenzaron a cortar la malla, evitando engancharse al alambre de espino. Tras lo que les supuso un gran esfuerzo consiguieron abrir una brecha de medio metro de altura. Cogiendo ambos lados de la malla con sus manos protegidas por la tela de sus camisas, abrieron el espacio suficiente para que pasase *Nu-'tiu*, después Amanda y el último Sergio pasasen al otro lado.

Se desplazaron despacio mirando al suelo, como si pudiese haber minas enterradas. Al llegar a los fardos, Sergio hizo un leve corte en la cinta aislante que protegía uno de los fardos y les enseñó su contenido. Eran bolsas de plástico, del tamaño aproximado de un kilogramo. Una sustancia blanca parecida al azúcar se almacenaba en su interior. Con cuidado hizo un leve corte en uno de los paquetes y se llevó una minúscula porción a la boca.

—¡Lo que me temía! ¡Es heroína! ¡Hemos encontrado un lugar de intercambio de narcotraficantes! ¡Salgamos de aquí de inmediato! —les exhortó cerrando de nuevo el paquete y el fardo para evitar que se notase los cortes que había realizado.

—¿Por qué? —gritó conmovida por lo que acababa de oír Amanda.

—Porque, ¡nadie deja solo tantos millones de dólares abandonados durante mucho tiempo! ¡Alguien vendrá a recogerlo enseguida y no debe pillarnos aquí!

Se movieron a la máxima velocidad que les permitía su deteriorado estado y al abandonar el claro, dejaron la malla como la habían encontrado. Apoyaron sobre ella, algo de maleza y algunas hojas, para disimular los cortes.

—¡Ocultémonos! ¡A ver quien viene a recogerlo!

Buscaron alrededor de la valla, el lugar más limpio de posibles insectos y Amanda y él se tumbaron mientras la indígena les camuflaba con hojas y arbustos. Después se colocó a su lado y se cubrió con la ayuda de los otros dos.

Nada más terminar, oyeron las aspas de un helicóptero acercarse. El piloto, con una pericia envidiable aterrizó en el centro del claro. Cuatro hombres con ropas militares abandonaron el aparato.

—¡Malnacido! —exclamó Sergio en voz baja sin poder contenerse.

—¿Quién es? —le preguntó Amanda.

—El mismísimo general Oliveira. Ahora sabemos de dónde provienen los fondos para mantener el campamento. Esta es una de las rutas de abastecimiento de heroína de Colombia a Brasil. Los que debieran ser los responsables de evitarlo, son los que hacen negocio con ello.

Un hombre de unos sesenta años, bajito, regordete, con un corto bigote y con una cara cruel, estaba echando un cigarrillo apoyado en el exterior, mientras el resto se dedicaba a subir la carga al helicóptero.

La rabia se forjó en el rostro de Sergio. Tenía a escasos metros al principal culpable de sus desdichas y las de los cientos de personas de aquel maldito campamento. Una idea suicida se formó en su cerebro.

—¿Queréis intentar acabar aquí y ahora con esto?

—¿Queeeé? —le respondió Amanda mirándolo como si se hubiese vuelto totalmente loco—. Son soldados fuertemente armados. ¿Con qué les vamos a atacar?

—Con la selva.

—¿Con queeeé? —la americana no daba crédito a lo que estaba escuchando.

—Acercaros. Creo que tenemos una posibilidad, pero debemos movernos rápido y sin miedo. *Nu-'tiu*, sobre ti caerá la mayor

responsabilidad. Primero necesito que nos suministres el excitante que me has estado dando para que nos suba la adrenalina. Lo vamos a necesitar.

—¡Tú no poder tomar más! —exclamó con los ojos como platos haciendo un esfuerzo para no chillar —Para poder seguir andando, por las mañanas te doy la dosis diaria. Si hoy dar más, tu morir.

—Dame solo un poco más —le dijo en tono de súplica mirándole fijamente—. Para poder eliminar a estos miserables de una vez, necesito recuperar algo más de fuerzas.

Cabeceando negativamente, pero haciéndole caso, les dio una dosis a ambos. Esperaron un minuto a que les hiciese efecto, durante el cual Sergio aprovechó para contarles cual era su plan.

—Estamos tan desesperadas, que una vez más, te haremos caso —repuso Amanda—, pero no creo que funcione.

—Merece la pena intentarlo.

Los tres se pusieron a escalar las ceibas que rodeaban la pista de aterrizaje, procurando que no les vieses los militares que se encontraban en su interior. Aunque, estaban tan absortos en introducir la droga en el helicóptero y tan confiados de que estaban solos, que no vigilaban lo que pasaba a su alrededor.

Si en algo habían cogido experiencia durante los últimos días, había sido en subir por las ramas de esos árboles para pasar la noche, encaramados a ellas. A pesar de estar derrengados, subieron a unos veinte metros de altura, en apenas unos minutos.

Justo a tiempo. Los soldados habían terminado de cargar el aparato y se acomodaron en su interior. El piloto encendió el rotor y cuando las aspas cogieron velocidad comenzó a despegar.

Los tres fugados, estaban en posición. Siguiendo las extrañas instrucciones de Sergio, se habían situado en los vértices de un imaginario triángulo equilátero contenido en el círculo de árboles que rodeaba el lugar. A una señal de Sergio, él y Amanda lanzaron las lianas que colgaban de las copas, contra la cola del aparato., intentando construir una especie de red que lo retuviera.

Se vieron recompensados con los gritos de alarma del interior del helicóptero, donde los soldados no sabían lo que les estaba sucediendo.

—¿Qué pasa? ¿Quién nos ataca? —se oyó chillar en el interior del aparato.

Antes de que consiguieran reaccionar, Amanda y Sergio comenzaron a

lanzarles las piedras que habían subido en las mochilas cargadas a su espalda. En un par de ocasiones intentaron alcanzar el rotor de cola, pero tras fallar, volvieron a arremeter de nuevo contra la superficie más grande de la cabina.

Las piedras al alcanzar los cristales y las paredes metálicas producían un ruido infernal que aumentaba la confusión de los militares. Pero ..., aquello no duró mucho.

—¡Nos están lanzando puñeteras piedras! ¡Acribillarlos a balazos! — gritó el general histérico— ¡Ponte a su altura!

Siguiendo las tajantes órdenes de su superior, el piloto haciendo caso omiso de las lianas y de las piedras siguió ascendiendo. Uno de los soldados, se colocó detrás de la metralleta M134, denominada coloquialmente en el mundillo militar como “Minigun”.

Es una ametralladora de varios cañones rotativos que giran movidos por una batería eléctrica. Posee una elevada cadencia de fuego, que le permite ser colocada en helicópteros de pequeño tamaño, al contrario que las de calibre 50, cuyo retroceso dificulta la estabilidad del aparato.

Una cruel sonrisa apareció en el soldado que la manipulaba cuando Amanda y Sergio estuvieron a su altura. Un infierno de fuego se desató a su alrededor. Se ocultaron como pudieron detrás de los amplios troncos, pero cientos de balas silbaban a su alrededor cortando ramas y eliminando grandes trozos de la corteza del árbol.

A ese salvaje ritmo, en un par de minutos, no tendrían donde esconderse. Mientras el que manejaba la *Minigun* acosaba a uno, el resto de los soldados disparaban con sus MP5 a la otra. Tras disparar varias ráfagas, cambiaban los objetivos, de tal forma que les resultase imposible seguir lanzando más piedras.

“¡Ahora *Nu-'tiu!* —dijo para sus adentros Sergio escondido tras el tronco—¡Ahora!

Como si hubiera sido una señal, dos terribles explosiones se sucedieron.

—¡Bien! —chilló, saliendo de detrás del árbol, viendo como una enorme bola de fuego de hierros retorcidos se precipitaba contra el suelo.

Amanda y él, habían hecho de cebo, llamando la atención de los ocupantes del helicóptero, ocultando la presencia de la brasileña. Las lianas habían sido una idea desesperada de formar una red y las piedras las que habían cumplido con el verdadero objetivo de engañar a los ocupantes del aparato.

La indígena colocada en el otro lado del aparato e invisible para los

soldados que tenían centrada su atención en los que les arrojaban piedras, siguiendo las instrucciones de Sergio, había esperado a que los soldados se acostumbrasen al sonido de los impactos contra los cristales y las paredes metálicas. Aquello hizo que no se fijasen en el ruido producido por las dos granadas que los perfectos lanzamientos de *Nu-tiu* introdujeron en la cabina. Murieron sin saber que es lo que les había atacado.

Los tres amigos descendieron de los arboles y contemplaron desde el exterior de la valla como terminaban de arder. Todo había quedado calcinado. No había nada que pudieran a provechar.

—¡Esto ha sido por Graciela! ¡Espero que os pudráis en el infierno! — gritó Amanda, escupiendo en su dirección.

Para evitar el olor de la carne carbonizada y que las dos muchachas reflexionasen en exceso sobre el acto que habían cometido, Sergio se puso en movimiento.

—¡Vámonos! ¡Aprovechemos los efectos de las plantas que nos has dado, para recorrer la mayor distancia posible antes de que anochezca! —les gritó Sergio.

*"Un hombre es juzgado
por la compañía que lo rodea".*

Proverbio brasileño

42. Abandonamos la selva

Leticia, 24 de septiembre

En unos minutos se encontraban de nuevo formando una fila y avanzando en la misma dirección. Tras una hora de dura marcha, llegaron a una de las orillas de un ancho río. En el otro lado, la orilla opuesta se encontraba a unos cien metros de distancia. Desde donde estaban se podían dar perfecta cuenta de que aquel, no era un poblado cualquiera. Múltiples casas se amontonaban hasta donde podía alcanzar su vista.

—Debemos haber llegado a Tabatinga —chillo eufórico Sergio—. ¡Lo hemos conseguido!

—No hay atajos. No hay atajos —le oyó murmurar a su lado a Amanda como en una triste letanía—. Lo hemos conseguido Graciela. No hay atajos.

Aquellas palabras se le habían grabado en su cerebro durante aquel fatídico viaje.

Recorrieron su lado del río, buscando algún método para cruzar, cuando vieron un par de viejas canoas que alguien debía haber abandonado. Empujaron una de ellas hasta el agua y para su fortuna, comprobaron que no se hundía. Se lavaron el rostro y las partes del cuerpo que resultaban visibles para llamar menos la atención y se subieron a ella. Cogieron los remos que encontraron en el fondo y con torpes paladas, empezaron a desplazarse. Su objetivo, no era llegar al otro lado, iban a intentar navegar en aquella miserable canoa, durante unos seis kilómetros, hasta llegar a Leticia en Colombia, y salir de una vez por todas de Brasil.

Llevaban un buen rato con los brazos agarrotados por los calambres producidos por el esfuerzo que estaban realizando, cuando vieron un par de chozas junto a la orilla. Leticia era una de las más grandes ciudades de aquella región, por lo que aquello no podía ser más que una zona pobre a las afueras de la ciudad. Con un último esfuerzo llegaron a la playa cercana a aquellas cabañas. Abandonaron la canoa detrás de unos arbustos y se encaminaron hacia la que parecía habitada.

Estando a unos metros de la entrada, oyeron varios tonos de voces. Sonaba a los diferentes sonidos que produce una familia reunida a la hora de cenar.

—¡Buenas noches! —chilló Sergio a un par de metros de la abierta puerta de la vivienda sin querer introducirse en el interior y alarmar a sus habitantes.

Al cabo de un par de minutos, apareció en el dintel de madera un hombre enjuto de unos cuarenta años. Debía ser el cabeza de familia.

—¿Qué quieren? —les dijo desconfiado.

La noche se estaba cerniendo sobre aquel lugar y no eran ni horas, ni la forma adecuada para presentarse en aquella casa.

—Le pido disculpas por presentarnos así en su casa, pero hace dos días nos introducimos imprudentemente en la selva y nos perdimos. Lo hemos pasado muy mal. Solo queremos un lugar para pasar la noche. Y que nos indique si hay algún banco cerca de este lugar. Si nos acompaña, le pagaremos por las molestias.

—Pueden alojarse en esa cabaña. Encontrarán la puerta abierta. La tenemos para alquilarla a turistas y en estos momentos esta desocupada. Después de que mi familia cene, les llevaré algo de comer. En una de las habitaciones tienen un humilde baño.

—Muchas gracias. Que Dios se lo pague.

Se encaminaron agotados a la vivienda de madera que el hombre les había señalado. Curiosamente, como la utilizaban para alquilar, aunque de confección modesta, y muebles de madera local sencillos estaba limpia y pulcra. Al ver la ducha del cuarto de baño, Amanda no pudo aguantar las lágrimas.

—¿Puedo? —preguntó dirigiéndose a sus compañeros como quien pide una gracia especial.

—Por supuesto Amanda. Después tu turno *Nu-’tíu*.

En el momento en que se estaba aseando la brasileña, se oyeron unos pasos.

—¡Buenas noches! —oyeron decir en tono alto al dueño de la casa—
¿Puedo pasar?

—¡Por supuesto! —exclamó Sergio—. Saliendo a la puerta.

El hombre acarreaba una olla humeante y un par de cestos con panes y frutas.

—Disculpen que no tengamos otra cosa preparada. Si les hubiésemos estado esperando mi mujer habría tenido tiempo de prepararles algo más — se disculpó aquel buen hombre.

—Después del tiempo que llevamos en la jungla y lo que nos hemos

visto forzados a comer, si la comida del interior de esa olla está la mitad de lo bien que huele —comentó inhalando profusamente por la nariz—, no vamos a olvidar esta cena en toda nuestra vida.

—Es usted muy amable —repuso con sencillez el aldeano. Es solo un poco de *sancocho*. Un cocido típico de esta zona a base de pollo, zanahoria, choclos, cebolla, mandioca, papas y maíz. Es un plato sencillo, pero calentará y llenará sus estómagos.

—Seguro que está estupendo.

—En este cesto hay un plato con tortitas de maíz, algo de pan y *plátano calado*. Mi linda mujer le tiene pillado el truco a este postre. Dora la fruta con mantequilla y le añade panela, y canela. Les encantará.

—Estoy seguro de que los turistas que ocupan esta cabaña siempre salen contentos y con ganas de volver. Le aseguro que le pagaré las molestias que se está tomando con nosotros.

—No hace falta. Ayudar a gente que lo necesita, no se hace por dinero. Bueno, les dejo que descansen y mañana les acompaño al banco. ¿Quieren ir a alguno en concreto?

—Al más internacional que conozcas.

—Hay un BBVA. ¿Le va bien?

—¿Queeé?

No se lo podía creer. Por lo visto, la suerte les estaba empezando a sonreír. Le parecía increíble que en aquel pueblo del Amazonas, hubiese un banco español, del calibre del BBVA.

—El BBVA nos va estupendamente. ¿Por cierto cómo se llama?

—Francisco. Francisco Hidalgo para servirle a usted.

—Usted si que es un buen hombre. Muchas gracias por todo.

—Los bancos en nuestra ciudad abren sobre las nueve de la mañana. ¿Quiere que mi mujer les traiga el desayuno a esa hora? Yo estaré trabajando, pero ella les puede acompañar.

—Por nuestra parte, perfecto. Muchas gracias por todo Francisco



Tal y como les había comentado la noche anterior, pasadas las nueve una mujer de unos treinta y pico años, pelo negro y rostro aún atractivo, les llamó desde el exterior de la cabaña.

—¡Buenos días! ¿Están despiertos?

Ninguno de los tres, se acordaban de cuando había sido la última vez

que habían descansado tan a gusto. Al principio de la noche Amanda se había despertado con pesadillas, pero al ver donde se encontraba, se había vuelto a dormir.

—Adelante. Puede usted pasar —le dijo Sergio desde el dintel.

Venía con una humeante cafetera y un cesto de confección similar al de la noche anterior.

—Les traigo café y unos bollos. Ambos están recién hechos —comentó mientras depositaba todo encima de una mesa de madera—. Tienen tazas en aquel armario

—Son ustedes muy amables. ¿Cómo se llama?

—Magdalena. No es ninguna molestia. Cuando estén listos se acercan a nuestra cabaña y les acompañaré al banco.

—Enseguida estaremos listos. No queremos robarle mucho tiempo.

—No se preocupe. Está cerca de una tienda en la que tengo que hacer un recado —añadió alejándose hacia su vivienda.

—¡Chicas! —gritó Sergio yendo hacia el interior. ¡Hay café recién hecho!

—Los rostros sonrientes de amabas muchachas aparecieron en el comedor de la casa.

—¿Michael? —le llamó Amanda.

—Dime.

—¿Por favor me puedo duchar antes de desayunar?

En cierto modo a Sergio aquella petición le resultaba dolorosa. La joven se lo pedía como si temiese que iban a volver a la selva.

—Por supuesto, pero date prisa. Quiero ir al banco enseguida.

—Te prometo que no tardaré.

A la vez que Amanda se dirigía al baño, *Nu-’tiu* se acercó al cesto y cogiendo uno de los bollos comenzó a comérselo. Con el en la mano, echó los brazos al cuello de Sergio y le dio un suave beso en la boca. Sergio conociendo lo que iba a ocurrir en unas horas, no le puso trabas.

—¿Qué tal te encuentras?

—Débil, pero recuperándome.

—Mi amor te ha salvado la vida.

—Te lo agradeceré siempre.

—Es lo menos que puedo hacer por el hombre que al que adoro. Tal y como te dije, te demostraré que ahora que estamos fuera de la selva, mi amor y deseo no desaparecen —su cuerpo rozándole y el sonido de su voz junto a su oído, reflejaban los deseos que afloraban en la hermosa muchacha.

En el momento en que se proponía darle otro profundo beso, Amanda hizo su aparición.

—Perdón —exclamó contemplando la escena—. No quería molestar.

Lanzándole una mirada de odio, a duras penas la brasileña separó su cuerpo del de Sergio. No queriendo prolongar la tensión del momento se encaminó cogiendo la mochila que había preparado se encaminó hacia la salida.

—Vámonos. Tenemos que sacar dinero. ¡Quién me iba a decir que me alegraría de visitar un banco!

La mujer de Francisco les estaba esperando a la puerta de su cabaña y se puso al frente del grupo. Tras caminar durante cuarenta minutos llegaron a la Avenida Vásquez Cobo, la calle donde se encontraba la sucursal bancaria.

—Les dejo que se encarguen de sus asuntos. La tienda que tengo que visitar esta a un par de bloques de aquí. En unos quince minutos estaré de vuelta.

—Estupendo, le estaremos esperando, aquí en la puerta.

Sergio se encaminó con paso decidido hacia el interior del banco. Las ropas rotas llenas de manchas que los tres llevaban, sus melenas desastradas y los múltiples arañazos que cubrían sus extremidades contrastaban con la belleza de los rostros de las mujeres. Lo extraño de la escena, hacía que fuesen el blanco de todas las miradas.

Uno de los puestos de atención del mostrador, estaba libre y se acercaron al él. Lo atendía una mujer que les recibió con desconfianza.

—¿Qué desean?

—Estar con el director de la oficina —respondió con tono neutro Sergio.

—¿No les puedo atender yo?

—Me temo que no. No creo que usted tenga autorización para acceder a mi cuenta.

Sin mediar más palabra y con un gesto de indiferencia, la menuda mujer se dirigió a un despacho del interior del local. A los pocos minutos, salió acompañada de un hombre de edad madura, ambos acompañados por un guardia de seguridad.

—¿Qué desean? —les preguntó en el mismo tono distante que había empleado su empleada minutos antes.

—Sacar dinero de una de mis cuentas. Le puedo dar los códigos de acceso que usted necesita. Solo a usted. Le ruego nos disculpe como vamos vestidos. Hace unos días nos perdimos en la selva y para poder salvarnos tuvimos que abandonar todas nuestras pertenencias. De ahí nuestra apariencia. En cuanto

saque dinero de mi cuenta iremos a comprarnos ropa adecuada y esta irá a la basura.

—¿Su documentación?

—En la selva, junto con el resto de nuestras cosas. Tendrá que conformarse con mi palabra y con mis códigos —añadió mirándole directamente a los ojos.

—Vamos a mi despacho —algo en aquella mirada le indicaba que no era conveniente hacerse enemigo de aquel joven.

—Aguardad aquí. Tardaré solo un momento.

Las mujeres, sumamente incomodas sabiéndose observadas por el resto de la clientela, se quedaron quietas al lado del guarda de seguridad.

Una vez dentro de su despacho, el director de la sucursal tomó asiento y se dispuso a teclear en su terminal.

—¿Cuenta?

—3456 2343 02 34568432

—¿Código de control?

—675586635561

Al teclear la clave que le había suministrado, la pantalla mostró las características que poseía la cuenta, entre ellas, la cantidad de dinero depositada. Una expresión de tremendo asombro apareció en la faz de aquel ejecutivo.

—¿Qué operación quiere realizar?

—Sacar efectivo.

—¿Cuanto? —preguntó con cierto temor.

—¿Cuánto tiene en la caja? —preguntó con una sonrisa de satisfacción reflejada en su rostro.

Aquel individuo que medía a la gente por su apariencia se merecía que le hiciese pasar un mal rato.

—¿No pensará sacar todo?

—¿Cuánto tiene en la caja? —preguntó de nuevo con voz fría sin apartar sus ojos de él.

—Treinta mil euros —respondió temblando.

—Lo quiero todo.

—No puedo dárselo todo. Me quedaré sin liquidez. Tendré que cerrar durante una semana hasta que me traigan dinero desde la central de la región. ¡Este mes no cumpliré con mis objetivos! —exclamó angustiado.

—Sí..., será una autentica pena —repuso con ironía Sergio.

—Por favor. No saque todo el dinero. Por favor.

—Por esta vez, te librarás. Dame quince mil y me largo. Una cosa más como pago a mi generosidad. ¿Cuál es el mejor hotel de esta ciudad?

—El *Waira Suites*.

—Llámales y que nos reserven la mejor suite. Prepárame el dinero en una bolsa discreta. Que alguien entre tus empleados, esté esperándonos con un coche en la calle para llevarnos hasta allí. Esperaremos en la puerta.

Estaban los tres apoyados en las paredes de la entrada del banco, cuando llegó Magdalena.

—¿Ya habéis terminado? —les preguntó.

—Sí. Ha sido rápido.

—¿Volvéis conmigo a nuestras cabañas? —preguntó la buena mujer, notando que algo había cambiado.

—No. No os molestaremos más. Vamos a irnos a un hotel.

—El teneros junto a nosotros no ha sido ningún tipo de molestia. Ha sido un placer conoceros.

—El placer ha sido nuestro —le dijo depositando un sobre en su mano—. Gracias por habernos echado una mano cuando lo necesitábamos. Ahí dentro no se han portado tan bien con nosotros. Tú y tu marido nos juzgasteis bien, ellos no.

Magdalena, picada por la curiosidad, echó una ojeada al interior del sobre, viendo que contenía varios billetes de cien euros.

—No puedo aceptar semejante cantidad —dijo con humildad devolviéndole el sobre—. Lo que hemos hecho no vale tanto.

—Para mí sí. Mi dinero es para ayudar a mis amigos. Y vosotros os habéis comportado como verdaderos amigos. No nos habéis dado la espalda. Te aseguro que os recordaremos Magdalena. Despídenos por favor de Francisco.

43. Necesitamos ayuda

Leticia, 25 de septiembre

A pesar de que los síntomas indicaban que en un breve plazo de tiempo su cuerpo volvería a la normalidad, había perdido demasiadas fuerzas. Él solo no sería capaz de poner a las muchachas a salvo.

“Necesito ayuda. Si no, todo por lo que hemos pasado no servirá para nada. Graciela se revolverá en su tumba en la selva si no la vengamos” —se repitió por tercera vez.

Había abandonado el hotel y caminado por las calles, hasta encontrar un locutorio, con la típica pinta que caracterizaban a los que se podían encontrar en aquellas ciudades del Sudamérica.

Locales sucios, con poca iluminación y de ambiente cargado, que se asemejaban más a antros de bebida y prostitución que a simples sitios en donde establecer llamadas internacionales con otros países. Lugares donde la gente pobre que no podía pagar llamadas caras al otro lado del mundo hacía cola, para poder hablar unos minutos con sus seres queridos.

Sergio, se echó la gorra sobre el rostro para dificultar que le viesan con nitidez y pidió a la tatuada señora del mostrador que le asignara un puesto. Unas tablas mal colocadas en forma de cabinas, daban algo de intimidad a los clientes de aquel triste lugar.

La encargada del lugar tenía encima del mostrador unos relojes que ejercían la función de cronómetros. En un sucio papel en el que la tinta se iba diluyendo, estaban las tarifas pertenecientes a cada país. Se aplicaban por minuto consumido.

En cada una de las cabinas, había un reloj gemelo al ubicado en el mostrador que indicaba a su ocupante cómo iban transcurriendo los segundos. Servía para evitar problemas. Los pobres clientes que necesitaban telefonar, antes de entrar en el local, ya habían calculado el número de segundos que podían pagar.

Nada más situarse en su posición y descolgar el viejo teléfono, el contador empezó a avanzar. En la línea se oyó el sonido de estar intentando establecer la llamada.

“Por favor que descuelgue”

Al cabo de unos interminables segundos la comunicación se estableció,

—¿Sí? ¿Dígame?

—Dave, menos mal que todavía no has cambiado de número —repuso lanzando un suspiro—. Soy Michael.

—¿Que alegría oírte?

—¿Como te trata la vida?

—En los últimos días mal. Necesito tu ayuda. Lo que hubiera dado por tenerte a ti y a tus hombres conmigo.

—¿Qué necesitas? —preguntó cambiando el alegre tono de voz a otro más profesional.

Había trabajado con Sergio, y lo que es más importante, había compartido noches bebiendo con él. A pesar de la tensión o lo peligroso de los momentos que habían vivido, nada había conseguido hacer mella en el buen humor del joven. Algo grave pasaba.

—Estoy en el Amazonas. Hace unos días me picó un escorpión negro y he sobrevivido de milagro, gracias a los conocimientos de una indígena. Nunca he estado tan cerca de morir. Y menos de una forma tan angustiosa. Todavía estoy muy débil y necesito que me ayudes. Es muy importante.

—¿Que necesitas? —repitió el hombre al otro lado de la línea.

—Que me mandes dos equipos de tus hombres en dos aviones diferentes. Equipos de cuatro hombres y perfectamente armados.

—¿En que lío te has metido esta vez?

—Es muy complicado, te lo contaré en cuanto nos veamos. Uno de los equipos regresará a USA con otra persona y conmigo de inmediato. El otro, más ejecutivo, viajará a Rio de Janeiro, como guardaespaldas de una joven. A ellos, cuando estén aquí les daré más detalles.

—¿Qué tipo de equipos necesitas?

—El que vuelve conmigo a USA, solo estará en esta ciudad lo necesario para recogerlos, por lo que cualquiera me sirve. No creo que sea necesario entrar en acción.

—¿El otro?

—En el otro quiero a los mejores hombres que tengas disponibles. No quiero que a la chica le pase nada. Tienen que estar dispuestos a protegerla en cualquier situación. A cualquier precio. Es la que me salvó la vida. Le debo demasiado. Ella no me falló y yo le tengo que pagar con la misma moneda. No importa lo que cueste. ¿De acuerdo?

—Me lo has dejado MUY CLARO. Te enviaré a McCloud. ¿Te parece

suficiente?

—¡Me parece perfecto! ¡Gracias! —sabía que le estaba ofreciendo su mejor equipo— ¡Será un placer ver de nuevo a ese sinvergüenza!

—Él también te aprecia un montón. El otro día sin ir más lejos, me preguntaba por ti. Irá encantado. ¿Qué necesitas que hagan? Es para preparar el equipamiento necesario.

—El trabajo es complicado. La chica de la que te hablo, hace aproximadamente catorce años, iba en una avioneta con sus padres sobrevolando la selva del Amazonas en la zona situada entre *São Paulo de Olivença* y *Jutai*. Los adultos murieron, pero la chica de puro milagro se salvó. Un hombre de una tribu indígena la adoptó como su hija y la acogieron entre ellos, donde ha estado viviendo hasta hace unos días.

—¡Vaya historia! ¡Pobre muchacha!

—Si, no sé por qué razón, el asunto no me huele bien. Mi instinto me dice que hay algo sucio detrás. Quiero que el equipo de McCloud la proteja mientras averiguan su verdadero origen. Si iban en avioneta particular, en esta zona del planeta significa que no eran pobres. Quiero que la chica recupere lo que es suyo —el silencio se apropió de la línea durante varios segundos—. Si, no estuviese en este calamitoso estado, me encargaría yo mismo, pero..., tardaré unas semanas en estar en plena forma. ELLA NECESITA PROTECCIÓN DESDE YA.

—No te preocupes. Investigando, es probable que no seamos tan buenos como tú. Pero en cuanto a protección..., no hay quien nos gane.

—Lo sé. Por ese motivo os la confío a vosotros. No quiero que nada malo le ocurra. CUESTE LO QUE CUESTE.

—Nadie se acercará a ella. Por lo menos vivo. Tenlo por seguro.

—Además de la protección, quiero que emplees todos los recursos de tu corporación para restituirle lo que le corresponda. Emplea los mejores abogados, economistas, o lo que haga falta. No importa el precio. Pásame el importe de las facturas conforme vayas incurriendo en gastos. No tengo intención de negociar nada.

De nuevo un profundo silencio se apoderó de la línea.

—¿Dave? ¿Dave? —llamó Sergio preocupado— ¿Estás ahí?

—¿Michael?

—¿Sí? ¿Dime?

—¿Somos amigos? —el tono de voz había cambiado a enfadado.

—Por supuesto.

—Pues no me insultes. A principios de este año, salvaste el honor de mi empresa, destapando el complot que habían tramado contra nosotros de manera cobarde y ruin nuestra competencia. De paso, ayudaste a salir vivos de la trampa que les habían tendido a varios de mis hombres. Entre ellos al propio McCloud. ¿Cómo crees que me mirarían y me seguirían teniendo respeto si les digo que voy a hacer negocio con tus problemas?

—Disculpa Dave. Es probable que durante las próximas semanas incurráis en importantes gastos. Bastante haces con poner tu mejor equipo a mi disposición.

—Para que te quede claro. Si le digo a McCloud y a sus hombres que te voy a cobrar, son capaces de cogerse los días de vacaciones que les debo y plantarse donde quiera que estés a ayudarte. Y jamás me volverían a mirar de igual manera a la cara. Yo tampoco sería capaz de mirarme en el espejo.

—Gracias Dave. Te propongo un trato justo que solucione esto para ambas partes. El primer mes me lo regalas. A partir de ahí si el asunto se alarga más, me cobras.

—Ya veremos —repuso en un tono que no convenció a Sergio. —. ¿A dónde los mando?

—A *Leticia*, Colombia. Os estaremos esperando en el hotel *Waira Suites*. Que pregunten por Rodolfo García.

—De acuerdo. Prepararemos los aviones de inmediato e intentaré que lleguen en menos de ocho horas.

—Gracias Dave.



Sergio les había dicho que debían descansar. Que unos amigos vendrían a ayudarles en unas horas y que debían emplear el tiempo en intentar recuperarse. Encargaron abundante comida para recuperar fuerzas y pidieron que se la llevaran al bungalow. En su mayoría estaba compuesta de platos calientes. *Arroz atollado* con pollo, cerdo y ternera, condimentado con cebolla, patatas y pimientos. *Sobrebarriga santandereana*, carne de ternera de la zona del estómago horneada con tomate, ajo y especias, acompañada de patatas y yuca. Para terminar, natillas y *mazamorra*. Maíz cocinado durante horas hasta que se ablanda y consigue un sabor dulce. Se sirve acompañado con leche, panela y canela en polvo,

Después de atiborrarse de aquellos platos y de bebidas de frutas, se echaron a descansar los tres juntos en la enorme cama del dormitorio. No

sabían si continuaba acechándoles algún tipo de peligro y no se querían separar. Después de las noches en la selva, aquel colchón les parecía una maravilla.

Dormían, se despertaban y se volvían a dormir, haciendo tiempo. En una de aquellas pausas los ojos de *Nu-'tiu* y los de Sergio se encontraron.

—Llegué a esta selva no se por qué motivo hace catorce años en avión, y voy a salir de ella de igual modo. Espero que esta vez nada trunque mi viaje.

—Eso no pasará. Te lo aseguro —le dijo con voz suave Sergio para tranquilizarla.

—Cuando lleguen esos hombres, ¿me vas a abandonar igual que hicieron mis padres? —le preguntó con un claro acento de angustia en su voz.

—Por tu seguridad es necesario. En el estado en que me encuentro no te puedo proteger. Y aunque estuviese en plena forma, una sola persona es insuficiente para establecer las medidas de seguridad necesarias.

—Y, ¿por qué no te quedas conmigo y esos hombres nos protegen a todos? —le rogó mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Porque tengo que asegurarme de que Amanda llegue sana y salva donde su hermano la está esperando. Él es mi amigo y se lo prometí. Estará terriblemente preocupado al no tener noticias de ninguno de los dos.

—Y a mí, ¿me prometes que cuando la dejes fuera de peligro, volverás?

—Te lo prometo. Me has salvado la vida y esa es una deuda muy grande que nunca terminaré de pagar. Siempre que me necesites, podrás llamarme y acudiré a tu lado.

—Pero..., no te quedarás para siempre conmigo —afirmó con ojos tristes.

—No. No me quedaré a vivir contigo. Como los grandes amigos, vendré a visitarte de vez en cuando.

—¿Tienes una mujer que te está esperando y a la que quieres? ¿Es muy hermosa?

—No es tan hermosa como tú vas a llegar a ser —le dijo para no herir más sus sentimientos—. Y sí, esta triste esperándome. Además, eres demasiado joven para estar con un viejo como yo —le dijo guiñándole el ojo—. En las próximas semanas vas a tener que pelear por lo que es tuyo y tendrás poco tiempo para los chicos. En un futuro no muy lejano, aparecerá el joven que llenará tu vida.

—Tú eres el hombre de mi vida —y se giró hacia el otro lado de la cama y siguió sollozando mientras a Sergio se le rompía el alma al verla así.

Un ruido le sobresaltó al cabo de un rato. Estaban tocando con los nudillos

a la puerta. Despertó a ambas mujeres y cogiendo la pistola se dirigieron hacia la puerta principal, donde miraron con cautela a través de la mirilla.

—¡McCloud! ¡Viejo sinvergüenza! —exclamó abriendo la puerta y recibiendo a cambio un abrazo de oso.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó su amigo al separarse de él y ver su macilento rostro—. ¿Estás enfermo?

—Hace unos días en medio de la selva, me picó un maldito escorpión negro. Hubiera muerto si no llega a ser por los cuidados que me prodigó ella —repuso señalando a la brasileña—. Estoy mejor, pero todavía tardaré unos días en volver a estar en forma.

—Señorita —repuso el gigantón dedicándole una imitación de reverencia—. Desde ahora cuenta usted con todo mi agradecimiento. Aprecio mucho a este joven. Cualquier amiga suya, lo es mía.

—Gracias —dijo *Nu-'tiu* ruborizándose.

—John, Steve, Kate, Andrew, Grace. Hola a todos. ¡No tenéis ni idea de lo que me alegro de veros! —les saludó con un gesto de la mano. Esta es Amanda y esta es *Nu-'tiu*.

—¡Hola Michael! ¡Hola Amanda! ¡Hola *Nu-'tiu*! —les respondieron.

—¡Siempre has tenido una habilidad especial para rodearte de mujeres hermosas! —añadió McCloud sonriendo.

Seis hombres y dos mujeres entraron en la habitación con sus petates al hombro. Sus cuerpos eran atléticos y sus movimientos fluidos. Todo en ellos indicaba que eran peligrosos. Muy peligrosos.

—Dave nos ha explicado durante el vuelo algo sobre proteger a una dama. Entiendo que a ella —dijo McCloud señalando a la joven morena—. Nos ha encargado que nos pongamos a tus órdenes y que el resto de las instrucciones nos las darás tú.

—Lo primero es largarse de aquí. ¿Están los aviones listos para despegar?

—Los hemos dejado repostando. Ya debieran estar preparados.

—Pues vámonos. ¡No tienes ni idea de las ganas que tengo de volver a la civilización!

—Tyron y Samuel nos están esperando en la puerta del hotel con los motores de las furgonetas encendidos. Coged lo que os haga falta y nos vamos.

En unos minutos dejaron la habitación y se subieron a los vehículos que les estaban esperando. Amanda, *Nu-'tiu*, Sergio, Kate, Andrew, Grace y McCloud, se subieron a uno. El resto al otro. Nada más cerrarse las puertas, partieron a toda velocidad.

El corpachón y la apariencia de McCloud, podían generar la errónea impresión de que era un bruto sin cerebro, lo que había sido la perdición de más de uno de sus enemigos. Desde el momento en que había visto a las dos muchachas, les había pedido a Grace y a Kate que fuesen en su grupo. La visión de más mujeres sería más tranquilizadora para ellas.

Sergio le fue explicando a McCloud, lo que esperaba de él y su misión de descubrir quién era la muchacha, si le quedaba aún familia y que recuperasen lo que por derecho le pertenecía.

—McCloud. ¡Le debo la vida!

—Y yo a ti —repuso en tono serio el hombretón.

—Quiero que la protejáis como si fuese yo.

—Así lo haremos. Nadie vivo se acercará a ella. Pierde cuidado.

—Deseo que se le devuelva al lugar al que pertenece. No importa lo que cueste, ni por encima de quien haya que pasar.

—Pobre del que se interponga en nuestro camino. Dave me ha dicho que no repare en gastos. Que utilice los recursos técnicos y humanos que haga falta. Lo que sea, de la manera que sea —y sus ojos lanzaron un peligroso brillo al mencionar estas palabras—. A partir de ahora —añadió señalando a sus compañeras que asintieron—, todos nosotros la consideraremos nuestra hija o nuestra hermana.

—Siempre he confiado en vosotros —añadió emocionado, dándole un fuerte abrazo.

Extrajo de entre sus ropas la bolsita de piel que el padre adoptivo de *Nu-'tiu* le había entregado. Sin hacer caso de los diamantes sacó el collar con la esmeralda.

—Esto es de la muchacha. Puede que este collar os sirva de pista para seguir el rastro de la madre. Debe valer una auténtica fortuna y muchos joyeros deben haber estado preguntándose durante años qué ha sido de ella —volvió a introducirla junto con el resto de las piedras preciosas y la puso en las manos del hombretón—. Esta parte de su legado os guiará hasta el resto.

Llegaron sin incidentes al hangar donde les aguardaban dos *Gulfstream G280*. Igual que habían hecho en la habitación del hotel al bajarse de las furgonetas, los mercenarios formaron un círculo en torno a ellos y vigilaron todo lo que les rodeaba.

Kate, Andrew, Grace y McCloud, se juntaron en torno a *Nu-'tiu*. Era el grupo que la iba a acompañar. Sergio se acercó a la joven que estaba con la cabeza gacha y el rostro triste.

—*Nu-'tiu*. Vas a ir en ese avión con estos amigos míos. Ellos te ayudarán a encontrar tus orígenes y durante ese tiempo serán tu familia. Deposito tu seguridad en sus manos. Son los mejores. Confía en ellos como lo has hecho en mí y pídeles todo lo que necesites.

—¿Me abandonas? —dijo con un tono de resentimiento en su voz.

—Prometí al hermano de Amanda que se la devolvería sana y salva y tengo que cumplirlo. Es mi deber. Si le hicieras una promesa a un miembro de tu tribu, ¿la incumplirías?, ¿te olvidarías de ella?

—No —respondió resignada.

—Vamos a restituirte lo que te pertenece —y levantando con suavidad su rostro lo acercó al de ella—. Te debo mi vida, y siempre estarás junto a mí. Tras acompañar a Amanda, me encargaré de liberar a tu pueblo de los soldados del campamento. Después vendré a visitarte.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La muchacha en un acto impulsivo rodeó su cuello con sus brazos y lo besó en la boca. Sergio no se apartó y le correspondió de igual manera. Aunque desde el principio no había querido generar falsas esperanzas en la muchacha, en ese momento de ruptura, no podía apartarla de su lado.

Teniendo en cuenta todo lo que le esperaba, no quería que el último recuerdo que tuviese de él fuese el de despreciarla. Ella tardó un buen rato en separar sus labios, y cuando lo hizo, el motivo fue principalmente la falta de intimidad al sentirse rodeada de tanta gente.

—Te estaré esperando. No me falles —fueron sus últimas palabras entre amargas lágrimas, mientras se encaminaba hacia uno de los aviones siguiendo a McCloud.



Nada más subirse al avión y acomodarse en las lujosas butacas de cuero, tanto Amanda como Sergio se quedaron dormidos. La tensión acumulada durante tantos días empezaba a desaparecer y el cansancio hacía acto de presencia, sacudiéndoles con la fuerza de un gran mazo. Steve era el paramédico del grupo y revisó el estado de Sergio, le cambió los vendajes y le suministró antisépticos y antibióticos.

Al cabo de cuatro horas de vuelo, Amanda salió de su letargo, viendo como Sergio estaba leyendo los documentos que Heitor le había dado en el campamento. Hasta ese momento no había dispuesto de tiempo para echarles

una ojeada. Tenían información muy comprometedor y desvelaba el complot que el general Oliveira y el coronel Enríquez habían urdido.

Sergio solicitó a Steve que les diera algo de comer. Los platos que les sirvió, les supieron a gloria. Hacía mucho tiempo que no comían algo tan sabroso. También bebieron agua en abundancia.

—Gracias Michael —repuso mientras unas lágrimas de emoción recorrían sus mejillas—. Nunca pensé que saldría viva de esa maldita selva. Le prometiste a mi hermano que me devolverías a casa sana y salva y en unas horas cumplirás tu promesa.

—Ha sido un trabajo en equipo. La ayuda de *Nu-'tiu*, fue decisiva, y tu no te derrumbaste en los graves momentos de tensión y peligro que has vivido. Eres la científica más valiente que conozco —le dijo con una amplia sonrisa en su rostro.

—Solo tú has sido capaz de seguirme por medio mundo, buscando y encontrando las pistas necesarias para buscar ese perdido campamento dejado de la mano de Dios. Hubiesen pasado meses, antes de que nadie se preocupase por nosotros y no tengo claro que ningún gobierno del mundo hubiese dedicado los recursos necesarios a buscarnos.

—Ahora si lo harán, tenemos pruebas suficientes para destapar todo el complot. Es muy probable que los cómplices de Oliveira se reúnan con él pronto en el infierno. En estos documentos —dijo enseñándole las hojas que había estado leyendo mientras ella dormía, hay pruebas suficientes para condenar a sus cómplices. Tenías razón, el principal es el coronel cubano Cristóbal Enríquez. Aparecen además parte de los cabecillas de la red de distribución mundial que habían montado, así como los futuros compradores de vuestros desarrollos.

—Como prometiste, ya has vengado a Graciela.

—Solo en parte. Me queda otra parte importante que cumplir de esa promesa.

—¡No pensarás entrar en Cuba!

—Siempre cumplo mis promesas.

—¡Estás loco! Disculpa, pero me están haciendo efecto las pastillas que nos ha dado Steve. Voy a seguir durmiendo un rato más y después intentaré quitarte de la cabeza esa estúpida idea. Deja esto en manos de la policía o de los militares —repuso mientras lanzaba un profundo bostezo.

—Antes de reunirme contigo en brazos de Morfeo, voy a comunicarle a tu hermano que en breve llegaremos. ¡Tyron! ¿Me puedes dejar un portátil?

—Por supuesto. Aquí tienes —le respondió al cabo de unos segundos depositando un ordenador de última generación en la mesita de su butaca.

—¿Tiene conexión a Internet?

—Por supuesto, mediante comunicaciones cifradas y seguras. Si necesitas algo más Michael, solo tienes que pedírmelo —añadió dándole un leve pellizco amistoso en el brazo.

—Gracias. ¿Cuánto nos queda para aterrizar?

—Entre Leticia y Boston hay cinco mil ciento ochenta y cinco kilómetros de distancia. Nuestra velocidad de crucero es de ochocientos cincuenta. Llegaremos en un par de horas.

Al comenzar a teclear, notó en aquel sencillo gesto que necesitaba algo más de tiempo para recuperarse. Sintió los dedos torpes y raros. Tardó más de lo habitual en ejecutar las aplicaciones necesarias para comunicarse con Opengate.

—Ya estamos sanos y salvos camino a casa. Llegaremos al aeropuerto de Boston en un par de horas —tecleó al cabo de unos segundos.

—Solo tú hubieses recorrido medio mundo para conseguir devolverme a mi hermana —respondió de inmediato la otra persona al otro lado de la línea—. He contraído una deuda contigo para toda la vida. Siempre estaré ahí para lo que necesites.

—Siempre lo has estado. Somos un equipo.

—Esto excede la amistad o los negocios.

—No le des más vueltas. ¿Quieres qué para evitar que esté sola le asigne protección durante unos días?

—No. Gracias. No hace falta. Estaré esperándoos en la cafetería del aeropuerto.

—¡Opengate! No he buscado quién eres y no lo haré. No voy a acompañar a tu hermana a la cafetería. Cuando decidas que estas dispuesto a que nos veamos, me lo dices. No me voy a aprovechar de esta situación.

—Te lo agradezco enormemente. Preferiría que nuestro primer encuentro se diese bajo otras circunstancias.

—Sin problemas. Tú mandas. Cuando quieras y estés preparado —y dejando unas líneas en blanco en el terminal cambió de tema—. Me hace falta que localices una información vital para acabar con los cómplices que hicieron esto a tu hermana.

—Será un autentico placer. ¿Que necesitas?

—Toda la información que me puedas suministrar del coronel Cristóbal

Enríquez. Pertenece a la cúpula de poder de Cuba. Documentación sobre su carrera, amigos, enemigos, posesiones que tiene, planos de la vivienda donde habita y todo lo que me puedas conseguir.

—Lo tendrás antes de que aterrices.

—También, el modo más rápido de entrar en Cuba y el de acceder a su vivienda.

—Hecho. Te costará poco imaginarte las ganas y recursos que le voy a dedicar al tema.

—No. No tengo ninguna duda. Seguro que encontrarás hasta fotos de su primera comunión. Te dejo. Necesito descansar.

Tal y como habían previsto aterrizaron en el *Aeropuerto Internacional Logan* en el tiempo previsto. Descendieron del avión y se subieron a un monovolumen que les estaba esperando a pie de pista. Al llegar a la terminal, Tyron y Samuel se dispusieron a acompañar a Amanda a la cafetería principal.

—Gracias Michael —le dijo emocionada la muchacha mientras le daba un fuerte abrazo y varios besos en las mejillas—. Gracias por sacarme viva de aquel infierno.

—De nada. Ha sido un placer conocerte Amanda. A pesar de las circunstancias.

—Igual que hiciste con *Nu-'tiu*, prométeme que volverás a verme. Podrías invitarme a cenar.

—Te lo prometo. ¡Si seré afortunado! ¡Se me va a llenar la agenda de citas con chicas guapas! —y una amplia sonrisa apareció en su rostro.

—¿Y la auténtica?

—¿¡Queeé!? —preguntó sorprendido

—La que nos ha ganado a todas y de verdad está en tu corazón.

—Para ser científica, eres demasiado lista en temas de relaciones humanas. No voy a ir a verla en este lamentable estado. Emplearé unos días en recuperarme del todo. Vengaré a Graciela y después iré a buscarla.

—¡Es una chica tremendamente afortunada! —exclamó no pudiendo evitar exhalar un suspiro y encaminándose hacia la salida del hangar.

—Yo soy el auténtico afortunado.

44. En la isla

La Habana, 9 de octubre

A sus cincuenta y cuatro años, todavía mantenía su cuerpo en forma. Estaba haciendo su entrenamiento habitual de nadar los sesenta largos de su piscina cubierta, alojada en su casa de campo. Recorrer aquellos treinta metros una y otra vez, era parte de su rutina diaria. Cada mañana, nada más levantarse de la cama.

Estaba llegando a uno de los extremos y a punto de girar para comenzar otro largo, cuando un desconocido apareció delante de él.

—Hola Coronel Cristóbal Enríquez.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —gritó con voz airada mientras se agarraba a la pared y sacaba la cabeza a flote.

Hizo ademán de salir de la piscina, pero el recién llegado con una mano de hierro le agarró el pelo y lo volvió a lanzar hacia el interior.

—¿Quién te has creído que eres?

—Un extranjero que va a hablar contigo.

El coronel cogió impulso de nuevo para tratar de salir de la piscina. De nuevo el individuo le agarró del pelo sin ningún miramiento y lo devolvió al agua.

—¡Como me vuelvas a tocar te mato! —chilló fuera de sí, intentando no hundirse.

Nadie le había tratado así desde hacía muchos años. Él era el que se encargaba de torturar a la gente. Le encargaba hacer el trabajo sucio del régimen.

—Te he dicho que voy a hablar contigo. Por las buenas o por las malas. Si me das a elegir, prefiero por las malas —le dijo con una voz fría y carente de emoción.

Hablaba un español perfecto. Su falta de acento hacía que el coronel intuyese que era oriundo de Europa. Aquella forma de hablar era natural, no aprendida.

“¿Qué hace en mi casa un español? —se preguntó intentando dar sentido a lo que le estaba pasando.

Aunque no quisiera reconocerlo, la calma con que se movía aquel individuo y su falta de miedo hacía que empezase a preocuparse. Su chulería hablando era una manera de imbuirse coraje.

—En unos minutos vendrán mis sirvientes a pedirme que quiero desayunar y te harán prisionero. Después tú y yo tendremos unas palabritas.

—No lo creo. Me he encargado de darle el día de fiesta a tu personal. Estamos solos en esta enorme villa. Y como tú mismo te has encargado de conseguir, nadie en muchos kilómetros nos molestará. Ninguno de tus empleados o soldados va a venir a esta casa hasta mañana.

—¿Cóooooo?!

—Ha sido muy fácil. Llevo una semana observándote y aprendiendo tu rutina, analizando tus costumbres, oyendo tus conversaciones y grabándote, tanto en video como en sonido.

—¡Eso es imposible!

—¡Qué va! Ha sido tremendamente sencillo. Crees que esta casa es tu refugio inexpugnable y que aquí te encuentras a salvo. Jamás se te hubiese pasado por la cabeza que, en tu amada Cuba, en tu propia casa, alguien iba a tener el coraje de atreverse a espiarte. Idiota. Como te digo, no ha tenido ninguna dificultad.

Sacando un teléfono móvil del bolsillo de su pantalón, pulsó el botón de reproducción.

—Hoy os doy el día libre. Estoy esperando una visita importante y quiero estar solo.

El rostro del hombre de la piscina expresó su total desconcierto. La voz que había oído era la suya. Su tono, su despectivo acento, y su manera de dirigirse a su personal. A los que consideraba simples siervos encargados de cumplir todas sus ordenes sin rechistar.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo lo has hecho?

—Te acabo decir que llevo una semana analizando tus costumbres y grabándote. Una vez almacenadas las frases suficientes, me ha sido muy fácil con un software de última generación, combinar cualquiera de esas palabras y generar las combinaciones que necesitaba. Ha sido muy divertido llamar por teléfono al encargado de tus sirvientes y decirles que se marchasen.

—¡Déjame salir de aquí! —chilló con un cierto temblor en su voz.

A pesar de que había querido que su petición sonase como una orden, no había podido imprimirle la suficiente fuerza. Su cerebro empezaba a procesar que podía encontrarse indefenso en manos de aquel desconocido que le miraba

con una sonrisa cruel en su rostro.

—¿Qué quieres de mí?

—Aunque te suene extraño, realmente ya tengo de ti, todo lo que necesito. Amablemente me lo has proporcionado en los últimos días.

Y acercándose al borde de la piscina, pero fuera del alcance del coronel, pulsó de nuevo el botón de reproducción en su móvil.

—¿Qué? ¡Imbéciles! ¿Habéis cazado ya a los que se fugaron de nuestras instalaciones? En unos meses empezaremos a producir los drones en serie. Este negocio me proporcionará tanto dinero, que podré dar un golpe de estado y desbancar a la familia Castro del poder. ¡SERÉ EL NUEVO AMO DE CUBA! No quiero que un par de muertos de hambre huidos me den problemas.

Aquella grabación no se había realizado a través de un software de manipulación de voz. Era una grabación real de hacía tres semanas. Conforme iba escuchándola, la morena tez del coronel se volvió blanca. Y no se debía al exceso de tiempo pasado en la piscina.

—Soy uno de los muertos de hambre que escaparon de Brasil hace unos días. Las otras dos, eran amigas mías a las que tu gente ha hecho sufrir. Y por ello te voy a pagar con la misma moneda —sacó de un bolsillo de su pantalón una fotografía de Graciela—. Esta mujer, era amiga mía. Mírala.

Y agarrándole sin piedad del pelo, le obligó a mirar el retrato en donde la mexicana lucía una alegre sonrisa en su rostro. El coronel intentó mirar a otro lado, pero le retorció la cabeza hasta colocar sus ojos junto a aquel trozo de papel fotográfico.

—No sé quién es —repuso despectivamente.

—Una alegre muchacha y una prometedor científica a la que tus cómplices segaron la vida. Ellos ya están pagando. Los estamos cazando como a cerdos. Ahora te toca a ti.

—¡Seguro que era una zorra!

Antes de que pudiese reaccionar, Sergio dio un tirón de pelo a su cabeza, estampándola contra el cemento del borde de la piscina. Se oyó el crujido de la nariz al romperse y aquella agua cristalina comenzó a teñirse de sangre.

—¡Maldito cabrón! ¡Me has roto la nariz!

—¡Mírala! —le ordenó mientras sacaba una pistola y se la ponía en la frente.

El coronel viendo la expresión de aquel rostro, se inmovilizó de inmediato.

—Quiero que grabes su rostro en tu cerebro. Por ella, yo estoy aquí. Por ella, tu vida se ha acabado. Igual que ella sufrió en sus últimos días de vida, tu también sufrirás. Se llamaba Graciela. ¡Di su nombre! —y apretó el cañón aún más contra su cabeza.

—¡Graciela! —dijo en voz baja.

—¡Repítelo!

—¡Graciela! —chilló— ¿Me vas a matar por ella?

Había una diferencia importante entre ser el cazador o la presa. Y mucha más en un país como Cuba.

—No. Yo no. No va a ser necesario. El trabajo sucio lo harán encantados otros. Concretamente los miembros de la familia Castro. Una copia de esta grabación, así como otras similares están siendo analizadas por especialistas de la Dirección de Inteligencia. También les he enviado un informe completo de toda la trama que has montado. Las empresas cubanas utilizadas para hacer los pagos, los secuestros de científicas y el resto de detalle de la operación.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Me has condenado!

—Efectivamente. A ti y a tus cómplices —dijo con una sonrisa en su rostro—. Y de paso he arruinado toda tu operación. Cuando el análisis del personal de la Dirección de Inteligencia llegue al Consejo de Estado, primero, irás a una celda perdida en el interior de la isla, de la cual solo saldrás con los pies por delante. Probablemente te venga a la cabeza tu próximo alojamiento. Segundo, se harán con el control de la operación que estabas tramando y la desmantelarán por completo. Ha dejado de ser secreta y no pueden permitirse un escándalo mundial de semejante alcance. Algunos de esas científicas proceden de países amigos del régimen. Las dejarán a todos en libertad. Me aseguraré personalmente de ello.

—¡Estoy muerto!

—Todavía no. Pero veo que estás empezando a ver que puede ser una buena solución. Tu mejor que nadie sabes lo que te espera en esas cárceles.

De repente, su móvil empezó a emitir un sonido parecido a una alarma. Sergio miró el dispositivo.

—Vienen a por ti —le dijo enseñándole la pantalla.

A través de ella se podían distinguir varios vehículos militares moviéndose a toda velocidad por la carretera que conducía a aquella casa.

—He colocado unos sensores de movimiento y un par de pequeñas cámaras a un kilómetro de aquí. Quería que tuvieses la oportunidad de verlo

en primicia. En menos de un minuto estarán a tu lado. Tengo tiempo de sobra para largarme.

Y se dirigió hacia la puerta de la piscina que daba a la parte de atrás de la villa.

—Por cierto —dijo girando el rostro, luciendo de nuevo aquella irónica sonrisa—, si te mueves de prisa y sales de esa piscina, quizás todavía tengas tiempo de coger tu pistola y pegarte un tiro. Mientras lo haces, piensa en Graciela. Hasta nunca.

⟨ *FIN* ⟩

— A TI, QUERIDO LECTOR —

Si esta novela que tienes entre tus manos, ha hecho que pases un buen rato, me puedes ayudar a que siga escribiendo, sin más que regalarme un par de minutos de tu tiempo y dedicarme un comentario positivo en la página del libro en Amazon.es. Con ello conseguirás que otros lectores sigan tus pasos y también la adquieran.

Si escribes la reseña, envíame un correo electrónico contándomelo a nlopezci@gmail.com y recibirás un pequeño detalle. Agradeceré mucho los comentarios que me hagas sobre cualquier aspecto del libro. Eso me ayuda a mejorar.

Gracias por tu inestimable apoyo y nos vemos en la siguiente aventura.

Nicolás López Cisneros

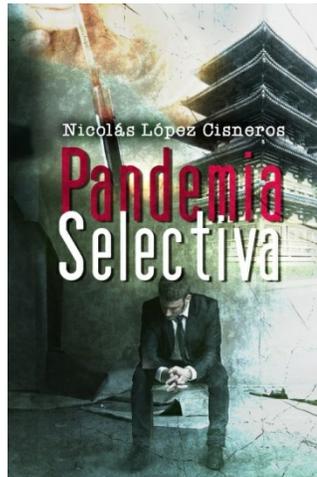
Otras novelas de
NICOLÁS LÓPEZ CISNEROS



Contrátame y gana

Era el detective más caro y exclusivo del mundo. Sus servicios solo estaban al alcance de importantes corporaciones a las que les habían robado sus secretos y necesitaban urgentemente recuperarlos.

Ninguno de sus encargos tenía nada de vulgar o corriente, pero cuando aceptó su último trabajo, no podía imaginar que las cosas se iban a complicar tanto: la chica, el cliente y el objeto a recuperar.

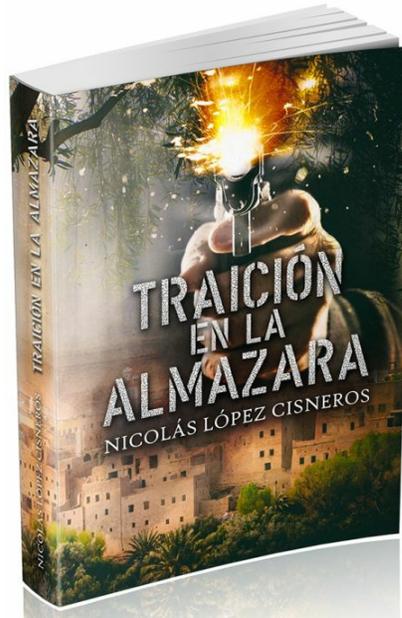


Pandemia Selectiva

Estaba cansado. Su último encargo le había reportado grandes ingresos, pero había acabado con parte de su futuro. Pero cuando Yoko Yoshida, una de las jóvenes más deseadas de Japón, le pidió que se encontrase con ella, cogió el primer vuelo que salió para Tokio.

Para el resto del mundo era la heredera de una de las familias más poderosas de Japón. Para él su mejor amiga. La persona que le había ayudado a sobrevivir al Dojo Negro.

Cuando se acomodó en el asiento de aquel avión para encontrarse con ella, no podía imaginar que tendría que perseguir a la muerte por varios continentes.



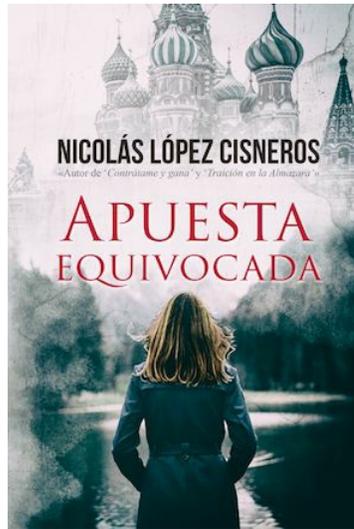
Traición en la almazara

En una humilde almazara, sus propietarios, tras años de investigación descubren un nuevo método para producir aceite de oliva de altísima calidad.

Por un descuido, su hallazgo llega a oídos de una despiadada corporación, cuyo dueño no dudará en utilizar el asesinato y la traición para hacerse con aquello que le permitirá obtener enormes beneficios.

La acción transcurre en el triángulo del oro verde formado por España, Italia y Marruecos, mostrando la realidad de nuestros días, en donde después de años de predominio del vino, el aceite de oliva se revela como el nuevo producto al que rendir culto.

Un escenario, en el que los grandes restauradores, los establecimientos gourmet y las revistas de gastronomía, hunden o elevan a la categoría de divino un determinado producto.



Apuesta equivocada

Durante una misión diplomática organizada por Estados Unidos e Israel con destino Georgia y Turquía, los miembros de las delegaciones comparten viaje, pero sus intereses personales se mueven en direcciones opuestas.

Lo que parecía un viaje de unos días, se complica cuando un fanático grupo que quiere rendir homenaje al “Holocausto Armenio” decide secuestrar al embajador israelí. Lo que desconocen es que su protección se les ha encargado a dos peligrosas Sayeret Matkal que viajan con él encubiertas.

Oscuras maquinaciones, intriga, acción y aventura se llevan a cabo en algunas de las ciudades que albergaron las más antiguas de las civilizaciones: Jerusalén, Ereván, Tiflis y Ankara.